

J. R. Ariadna

PASIÓN PROHIBIDA

ANDREW CARTER NO ES LO QUE PARECE

Pasión

Prohibida

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del código penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: Pasión Prohibida.

© J. R. Ariadna

© Representado por Wattpad. © Representado por Amazon Kindle.

Adaptación de la cubierta: Servicios de Amazon KDP Portada realizada por Ariadna Rivero Jiménez. Primera edición: Junio 2020.

ISBN: 9798642533611

Sello: Independently published

Biografía

Ariadna Rivero Jiménez, perteneciente a Las Palmas de Gran Canaria. Ariadna siempre ha sido una chica llena de sorpresas y muy trabajadora. Una ávida lectora de wattpad y libros físicos sobre historias de amor poco convencionales que te acababan volviendo loca de atar. Fue así como decidió empezar a escribir sobre sus propias historias que salían de su cabeza. Ariadna Rivero, o también conocida como J. R. Ariadna es autora de su nueva obra *Pasión Prohibida*, publicada en Amazon KDP y Wattpad. Ariadna publicará próximamente el segundo volumen de la serie Pasión, *Pasión Desenfrenada*.

Soy Grace Johnson y esta es mi historia...

CAPÍTULO UNO

Subo lentamente las escaleras de yeso. Solo un piso más. Solo uno más. Solo uno más. Me repito estas palabras lentamente, dándome fuerzas para poder subir el último piso. El último de cinco. Tengo que hacer ejercicio; salir a caminar, yoga o algo que me mantenga un poco en forma.

Llego al quinto piso casi sin aire. Uff. Me peino la melena roja con los dedos, intentando despejarlo de mi cuello y de mi cara debido al sudor. Me reacomodo el asa del bolso en el hombro, aliso mi pullover de lana gris y me acerco a la puerta blanca.

Doy tres toques no demasiado fuertes. Tengo ganas de estar en mi casa. Es donde debería estar a las siete de la tarde, pero no puedo retrasar más la cita con el doctor Wallace. Le he estado evitando durante las tres últimas sesiones con excusas sobre mi trabajo, cuando en verdad estaba en mi casa, atiborrándome a helado de vainilla de Ben and Jerry.

Ya viene. Los pasos se escuchan cada vez más cerca. Me cruzo de brazos, intentando protegerme. La puerta se abre, dejándome ver al doctor Wallace con su típica bata, su pelo y su barba blanca, ninguna de las dos demasiado larga, inspirándome cierta confianza. No sé por qué, pero esa espesa capa de color nieve le hace ver inofensivo.

—Bienvenida de nuevo, Grace. Te estaba esperando—su voz rota y sus gestos me invitan a entrar.

¿Me estaba esperando?

Pensé que ya se habría olvidado de mí, pero no. Si llego a faltar a otra sesión más ya empezaría a asaltarme a llamadas y mensajes, por lo que venir ha sido la mejor, aunque incómoda decisión. Entro en la consulta. Es una casa, pero él la ha adecuado a una consulta de psicología. Es una única sala con sillones amarillos, un escritorio de madera y una silla de cuero. Hay dos puertas más; una lleva a la cocina y la otra al baño.

Veo a través de las ventanas como el sol cae sobre la ciudad de Belltown. Sus edificios de colores rojizos, azulados, amarillos y verdosos se ven mucho más contrastados, mientras que el lado opuesto, los grandes edificios del centro de Seattle, donde la luz refleja en cada una de sus cristaleras. Es un collage arquitectónico digno de apreciar con una taza de té en el amanecer.

—He estado muy ocupada—miento—pero bueno. Ya estoy aquí.

Su mano se estira, señalando el sillón. Tomo asiento y agarro un cojín de terciopelo marrón. Lo coloco en mi regazo, toqueteándolo con mis dedos. La suave tela se enreda a duras penas en mis dedos debido a lo bien relleno que está el cojín.

—¿Cómo has estado? —me pregunta.
Bien, empecemos.

—Pues bien. Ha sido todo normal, nada raro— abre su libreta, pasando las páginas rápidamente—del trabajo a casa, de casa al trabajo.

—¿Con cuánta gente has hablado desde la última vez que nos vimos?
Oh. Eso ha sido hace tres semanas, y no creo que le vaya a gustar la respuesta.

—Pues... Con Luke —sonríe al pensar en él. Es lo mejorcito de este mundo —y con un camarero que me trajo un café el otro día.

—¿Y ya está? —asiento —tienes que interactuar con más gente. Ya eres una adulta, Grace. Estás cambiada. Ya no necesitas usar ninguna máscara.

—No quiero que me rechacen ni me hagan daño. Cuando pienso en hablar con alguien, me vuelven todos los recuerdos de todo, y simplemente me acobardo y me voy.

—Escúchame. Siempre habrá gente que te insultará, te mirará con desprecio y por millones de razones. Solamente te pido, que, hables con gente. No necesitan saber tu historia. Tienes que aprender a relacionarte.

Hago un mohín. No quiero relacionarme con gente vacía a la que solo le importa el exterior. Quiero tener una agradable conversación sobre el futuro, inquietudes, proyectos... A alguien que le importe algo más que el físico y las fiestas.

Nuestra charla se alarga más de la cuenta, donde él me repite una y otra vez que tengo que relacionarme, y yo simplemente niego rotunda. Es un buen psicólogo, le voy a acabar haciendo caso. Me lleva tratando cerca de siete años y la verdad es que hemos avanzado. Habríamos avanzado más si yo no fuera tan miedica y cabezona, pero como no es el caso pues vamos un poco más lento, pero gracias a él conseguí seguir con mi transición, estudié y conseguí un buen trabajo,

una casa bonita y ya soy capaz de hacerme cargo de otro ser vivo. Luke. Mi gato.

—Ya tienes cosas que hacer para el jueves que viene. Quiero que hables con gente, y lo apuntes en tu libreta, con quien hablaste y de qué. Aparte de la hojita de sentimientos diaria.

—Está bien. Lo intentaré.

Me da un apretón de manos. Le doy una sonrisa sincera, la primera que le he dado en todo el día. Me abre la puerta, me hago a un lado y paso como puedo. Me despido con la mano una vez más y desaparezco de su visión. Otra vez a las escaleras del infierno. Bajarlas es más fácil, menos esfuerzo. Empujo la puerta de entrada, recibiendo el viento helado de diciembre. Hemos tardado una hora y media. Miro mi reloj de muñeca.

8.15pm.

No es demasiado tarde. No quiero acostarme demasiado tarde. Mañana tengo trabajo, y acostarme tarde para levantarme temprano...No es lo que quiero.

Camino, apresurada hacia el coche. Hace demasiado frío. Busco torpemente las llaves dentro del bolso negro. El cuero de la parte interior del bolso me acaricia los dedos. Sonrío internamente al encontrarlas. Desbloqueo mi pequeño mini blanco. Subo en el y me froto las manos contra el pantalón para entrar en calor.

¡Debería haberme traído el abrigo!

Pongo el coche en marcha, rumbo a casa. Apenas vivo a tres kilómetros, podría venir en transporte público, pero vine justo al salir del trabajo, después de hacer horas extras, que si está un poco lejos y no veía razonable dejar el coche en casa para coger el metro o el bus. Enciendo la radio y The Avener envuelve el interior del coche. Es una canción con un buen ritmo, es tranquila con un toque de energía. Sin duda, la música que me gusta.

Introduzco la llave en la cerradura. Se escucha el “click” de cada uno de los seguros, desbloqueándose. Giro el picaporte y el calor de mi hogar me hace sentir más reconfortada. Enciendo la luz, iluminando el recibidor, sala de estar y cocina a la vez. Luke se acerca, moviendo su larga y peluda cola, recibéndome. Se frota contra mi pierna, ronroneando.

Dejo el bolso en el aparador y me agacho para coger a mi precioso gato pardo. Le acaricio la cabeza, y este, ante tal acto se apoya contra mi pecho.

—Siento haberte dejado solo —le digo a modo de disculpa —mañana estaré en casa pronto. Lo prometo.

Suelta un maullido, como si me hubiera entendido. Lo dejo en el suelo y se va de nuevo a mi sillón de color negro. Que gato más vago... No entiendo como puede pasarse el mismo tiempo dormido como cuando era una cría que dormía veinte horas al día.

Me quito los zapatos de tacón y los llevo en la mano hasta mi dormitorio. Abro mi pequeño armario y los coloco en su lugar.

Estoy más que orgullosa de haber empezado una vida minimalista. Cuando decidí venirme a esta casa me deshice de casi toda mi ropa. Solo me dejé tres pantalones, una docena de blusas, tres tipos de chaquetas y de suéter, un conjunto de deporte y tres pares de zapatos.

Esto no solamente lo hice en la ropa, también en los muebles, menaje, productos, etcétera. No le veo sentido a tener miles de cosas y que uses las de siempre. Cojo el pijama que tengo sobre la cama y me dirijo al baño para bañarme y hacer mi rutina nocturna.

—Es hora de cerrar la terraza, Luke —cierro la puerta, no sin meter antes la cajita de arena.

Es la misma rutina siempre. Se abre por la mañana y se cierra por la noche. Me voy hacia mi pequeño baño. Me desmaquillo, me quito las horquillas del pelo y empiezo a quitarme la ropa. Me miro una última vez al espejo y me meto en la ducha, haciendo desaparecer todo el estrés del día. El agua caliente me relaja los músculos entumecidos del día. Es una renovación física y espiritual, que me permite dejar de pensar en todo por un segundo y resetear mi mente.

Me meto en la cama. Las sábanas blancas me calientan el cuerpo al instante. Me encojo, abrazándome a mis rodillas, sintiéndome calentita y segura.

Planeo mi día para mañana. Ir al trabajo y volver a casa. Únicamente eso. Quiero ponerme a limpiar la casa y dormir un poco. Aunque también tengo que ir al super para reponer la despensa.

Empiezo a sentir la mente aturdida, como si se apagarán las luces de la empresa, como si cerrara tras un largo día de trabajo. Dejo de pensar en la planificación, en mi mente se disuelve cualquier idea, simplemente prevalece las letras -dormir-.

CAPÍTULO DOS

El sonido de la alarma despierta mis sentidos. No. ¡Por favor Quiero seguir durmiendo!. Des- lizo mi dedo por la pantalla un par de veces hasta que consigo que el estridente ruido acabe. Ruedo sobre la cama, buscando el calorcito que he ido dejando durante toda la noche.

7.30 am.

Merezco dormir más. Estoy pensando en coger vacaciones. Llevo trabajando en esa editorial durante casi dos años y nunca he cogido vacaciones. Quizás, si cogiera solo una semanita para descansar. Me lo pensaré.

Me separo de mi bonita cama y me arrastro, lentamente al baño para hacer mis necesidades. Voy a la cocina, y antes de nada abro la puerta de la terraza. Limpio la cajita de Luke y la saco. Me preparo un desayuno rápido de yogur, arándanos y galletas. Enciendo la televisión y pongo las noticias. Me gusta sentirme informada, creo que es otra de mis rutinas. Ver las noticias por la mañana. Creo que empecé a mirarlas cuando no sabía si iba a llover y me llevé solamente una camisa de tirantes. Justo ese día había tormenta y un frente frío del oeste. Después de eso miro todos los días las noticias.

Me como mi desayuno tranquilamente, saboreando los sabores combinados. Al terminar lavo todo y lo guardo, dejándolo totalmente recogido. Le pongo de comer a Luke. Ese gato seguro que se

despierta a las diez de la mañana. Siempre se queda durmiendo durante todo el tiempo que estoy aquí.

Me voy a mi habitación, abriendo el pequeño ropero de dos puertas y escojo unas medias polares, una falda de cuadros negra y gris y un gran pullover grueso de este segundo color, conjuntado con mis botas de color negro y me empiezo a vestir. No soy una persona que se bañe por la mañana, prefiero hacerlo por la noche por dos razones; la primera: hace mucho frío. La segunda: siempre he asociado darme un baño, con relajarme y el final del día, así que cambiar ahora mi rutina no tendría sentido.

Me gusta mi rutina. Me hace sentir confiada y sobre todo, organizada. Siguiendo este método cada día no llego tarde ni me retraso ni un poquito, así que, repito. Cambiarlo es una estupidez.

—¡Me tengo que ir Luke! — exclamo.

Cojo el bolso y las llaves del coche. Suelta un maullido en forma de despedida. Salgo de mi apartamento, asegurándome de dejar la casa bien cerrada. Vivo en un séptimo piso, por eso es por lo que no me importa dejar la puerta de la terraza abierta, pero la puerta de la calle si es indispensable cerrarla.

Llego a mi puesto de trabajo. Mi querido y pequeño despacho. “Washington Publisher.” Dejo el bolso sobre la pequeña mesilla de al lado de mi escritorio y me siento en la cómoda silla. Doy vueltas, viendo a la gente en la calle principal. Hay cafeterías muy animadas y de diseños muy divertidos. Tiendas locales donde puedes comprar cualquier cosilla que te surja, y algún bazar donde comprar algo puntual. Me dedico unos segundos a apreciar a la gente que pasa delante de mi ventana. Son todos personas empoderadas, y no me refiero en temas económicos. Me refiero a que es gente empoderada en el sentido de que saben verdaderamente quienes son. Van por ahí sin importarle lo que le diga la gente, o al menos eso es lo que aparentan, y si lo hacen, disimulan muy bien. Hay gente con traje y corbata, gente con chándal y tacones. Hay gente de todo tipo y no sé por qué, pero me causa cierta tranquilidad al saber que no soy la única que intenta ser ella misma. Que no soy a la única a la que mirarán con ojos acusadores.

Me acomodo el pelo en el lado izquierdo. Inmediatamente un frescor invade mi cuello. Lo malo de tener un pelo tan largo, es que es difícil de manejar, y el calor que este transmite.

Tengo que organizar la agenda. Ya es momento de ir a ver al endocrino y que me administre una dosis. También tengo que organizar el modo de como voy a terminar la semana respecto al trabajo, y asuntos de índole personal como ir a hacer la compra.

—Grace —me doy la vuelta de una forma brusca.

Mi jefa irrumpe en mi planificación mental. Me enderezo. Mis mejillas están rojas de la vergüenza. Jamás me había pillado así, tan despistada. Paso saliva por mi garganta, esperando a que me llame la atención por vagar o me despida.

Lleva un vestido de lápiz color negro que le queda espectacular a su cuerpo menudo. Su melena morena cae en cascada hasta la cintura y su maquillaje es tan refinado y perfecto que parece su propia piel.

—Lo siento. Estaba dándole vueltas a un artículo. Hay una palabra que no consigo recordar para sustituir la que ya está.

—Escúchame. No te preocupes por eso —se acerca y rodea la mesa. Hago la silla hacia atrás y ella se apoya en la esquina de la tabla —necesito que me hagas un favor. Se supone que hoy tenía que entrevistar a alguien para ofrecerle un hueco en nuestra editorial, pero no puedo debido a que me tengo que ir ya mismo porque mi padre está muy enfermo —asiento, sin saber que tiene que ver conmigo —te agradecería si pudieras hacerle tú la entrevista y hacerte cargo de la editorial durante estos días, en lo que mi padre se recupera —pierdo el color de la cara —por favor, Grace. Eres la única empleada que no me tiene miedo, y que tiene cierta confianza conmigo. Sé que no te sientes cómoda hablando con la gente, pero solo será esta vez.

—No sé cómo saldrá esto, Lauren. Me estás pidiendo que me encargue de entrevistar a alguien, y también de encargarme de una empresa como esta, pero está bien. Puedo intentarlo. ¿Cómo se llama la chica?

—Chico. Es un chico. Se llama Andrew Carter —me da una tarjetita —llámale y pregúntale dónde pueden encontrarse. Intenta convencerle para que se una a nosotros. Es un bestseller.

—Pues no he oído hablar de él...— musito en voz baja.

—No es el tipo de libro que sueles leer. Es un escritor erótico —sonríe al ver mi cara de espanto, supongo.

¿Tengo que entrevistar a un hombre? ¿Y entrevistarle sobre sus libros de sexo?
Genial.

Hoy voy a alejarme miles de kilómetros de mi zona de confort. Es como si cogiera un avión y me fuera hacia lo desconocido hasta donde no se llega a ver el sol.

—Bueno. Lo llamaré ahora.

—Muchísimas gracias, Grace. Te lo agradeceré siempre.

Hace una señal de agradecimientos con las manos y sale, dejándome con un problema enorme. Miro la tarjeta. Es blanca y tiene en color negro, con una letra muy básica “*Andrew Carter. Escritor romántico. Teléfono de contacto 555-432456*”

Debería llamar ya.

Miro el reloj.

8.30am.

Sí, debería llamar ya. Luego tengo que venir aquí y encargarme de lo que sea que haya que encargarse. Le prometí a Luke que me iría a casa temprano, y eso es lo que pienso hacer.

Tomo una respiración profunda y cojo mi teléfono móvil. Marco con dedos tembloroso el número impreso en el pequeño papel. Los tonos de llamada empiezan a sonar, y con cada toque, mi corazón sube veinte pulsaciones por minuto más.

No quiero hacer esto. Pero tengo que hacerlo. Es eso o que me despidan y perder la confianza con mi jefa. No es que seamos íntimas amigas, pero si hemos ido a tomar un café cuando necesitaba consolarse, y al igual conmigo. Cuando estaba mal ella me escuchó. Se lo debo.

—¿Diga? Soy Andrew Carter.

La voz al otro lado de la línea hace que de un pequeño salto en el asiento del susto. Su voz es grave, muchísimo. Es una voz profunda y varonil.

—¿Hay alguien ahí? No estoy para perder el tiempo.

—Soy Grace Johnson —me presento con voz temblorosa — de Washington Publisher y hemos hablado con usted anteriormente sobre tener una reunión. ¿Le parece bien quedar hoy por la mañana?

—¿No cree que deberían haber avisado con un poco más de tiempo? —su pregunta me hace fruncir el ceño.

¿Se ha cabreado?

—Señor. Yo solamente soy la encargada de hacerle la entrevista. Me he enterado hoy mismo, ya que la encargada de hacérsela ha tenido una urgencia.

—Está bien —oigo como suspira — venga a mi despacho lo antes posible. Estoy bastante ocupado. En la parte trasera de la tarjeta tiene mi dirección.

Sin despedirse cuelga.

Miro el móvil cabreada. ¡Vaya modales! ¿Y él es un escritor consumado?

Tratando así a la gente y con esa clase de modales... Pues vaya escritor. A pesar de mi cabreo me levanto, dispuesta a irme a su despacho. Miro la tarjeta para ver la dirección. No está tan lejos de aquí, a dos calles. Puedo ir caminando entonces. Salgo de la editorial y empiezo a caminar tranquilamente. El viento frío me golpea la cara, dejándola enrojecida y dolorida. Tengo la piel muy sensible, aunque supongo que es normal. Dicen que las pelirrojas tenemos la piel más sensible.

Cruzo la esquina. Este es el despacho del escritor maleducado. Miro entre los telefonillos y veo “Andrew Carter. Decimoquinto piso.”

¿Quince plantas? ¿habrá ascensor verdad?

Toco y de forma casi inmediata suena un pitido. La puerta se abre y empujo. Me meto en el vestíbulo y doy gracias a dios al encontrarme de frente con un ascensor.

¡Gracias tecnología!

Me acerco la mar de contenta al ascensor. Lo llamo y espero a que llegue a la planta principal. Pitidos agudos suenan, indicando que tan cerca está. Las puertas se abren. Entro y marco el botón número quince. Ahora me toca esperar a que suba.

Llego al piso deseado. Espero encontrarme con una puerta que me indique que he llegado, pero directamente me encuentro en su despacho. Una grandísima sala de color blanco y un gran ventanal dejando ver toda la ciudad. Una mesa de roble de al menos dos metros se encuentra en el centro de la estancia, con un ordenador de mesa. Una estantería rellena de libros, los suyos supongo, y otra estantería llena de folios.

—¿Hola? ¿Señor Carter? Soy Grace Johnson.

Me adentro en la gran sala. Mis tacones se oyen, impactando contra la tarima haciendo que los sonidos reboten en las paredes.

—Señorita Grace —su voz suena tras de mí. Me doy la vuelta sobre mí misma, encontrándome directamente con un árbol... Quiero decir, un hombre.

Es alto. Muy alto, quizás un metro noventa, o más. Su cuerpo fuerte y tonificado le hace ver mucho más intimidante. Me examino al lado de él y puedo jurar que ni con dos yo podría rellenar el espacio de su cuerpo. Sus ojos de color oscuro, casi negros con algún que otro destello marrón, pero casi imperceptible. Sus facciones son marcadas, sus labios finos. Tiene una nariz recta y mandíbula marcada.

Lleva puesto un suéter de color negro y unos pantalones de lino, también negros. Su pelo alborotado de color oscuro es lo que me llama la atención. Es ondulado, y no muy largo, pero si lo suficiente para que algunos mechones se caigan sobre su frente. Su vello facial, recortado y perfectamente cubierto le hace ver más serio y varonil.

—Anda. Hola —tengo que dar unos pasos hacia atrás para poder verle la cara. Me siento un tanto intimidada por este hombre.

¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta? Se conserva muy muy bien. Tiene un atractivo que no he visto en mis veintitrés años de vida.

Siento como me flaquean las piernas cuando pasa por mi lado, rozando su brazo con el mío. Se va a su escritorio y se sienta en la silla de cuero. Me acerco a la mesa con pasos lentos.

—Siéntese —me invita. No rechazo la oportunidad— usted dirá el por qué está aquí.

—Eh, sí. Claro —saco un cuaderno de mi bolso —no sé si sabe algo de esto, pero estamos expandiendo horizontes, respecto a nuevos escritores y usted cumple todos los requisitos para...

—¿Qué requisitos? ¿Los requisitos que tienen que tener los libros para que se consideren medianamente buenos? El problema de las editoriales como la suya, donde se necesitan “requisitos” para poder publicar son las que hacen que escritores jóvenes se desanimen y se sientan inútiles por el trabajo que tanto les ha costado hacer con un simple mensaje de “lo sentimos, pero no cumple los requisitos”. Empresas sanguijuelas que solo quieren coger dinero y no descubrir escritores novedosos, enseñarles, educarles en el mundo de la literatura y lanzarlos al estrellato — da un golpe suave en la mesa con la mano—Lo siento, pero no me interesa.

—Señor. Yo no he querido decir eso.

Noto mi corazón palpar. Estoy a solo unas palabras crueles más para ponerme a llorar. No es mi culpa. Leí el informe de Lauren y es exactamente lo que ella escribió antes de que me pasara esto a mí. No sé porque se está comportando así.

— ¿Qué quiere decir entonces? ¿Qué es usted una simple y burda empleada a la que le han asignado la ardua tarea de venir aquí y convencerme? De verdad que esto me muestra muy poco de usted.

Con lágrimas en los ojos me levanto. Estoy enfadada, triste y dolida. No me conoce de nada y me está juzgando e insultando como si fuera una cualquiera. Recojo la libreta, metiéndola a la fuerza dentro del bolso a pesar de que algo lo impide. Su mirada confusa me sigue. Sé que me sigue, pero no quiero mirarle.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

—Es usted un maleducado. Será muy buen escritor y tendrá mucha fama, pero eso no le da derecho a tratar así a una persona a la que han obligado a venir aquí para pedirle que forme parte de una empresa. Van a despedirme por esto, pero me las arreglaré. No voy a permitir que me traten mal.

—¿Está llorando?.

Su pregunta me hace mirarle con voracidad. Me analiza fijamente. Su cara está contraída, como si le doliera verme así.

—Síntese por favor. Perdome mi actitud.

—No puede tratar así a la gente...— digo, se - cándome las lágrimas con cuidado para no dañar la poca máscara de pestañas que he decidido ponerme hoy. Mala idea.

—Lo sé. Perdóneme por favor. Es que a veces las emociones me ganan, y más cuando estoy de mal humor —vuelvo a tomar asiento —¿Qué le parece si me manda el contrato y yo le doy una respuesta cuando me lo lea y lo consulte con mis abogados?

—Sí, como quiera —Contesto de forma hostil.

Aún sigo cabreada por como me ha tratado. No sé si espera que con que me haya salvado de un despido atroz e inminente va a tenerme en la palma de su mano.

Me cuelgo el bolso sobre el hombro, dispuesta a volver a levantarme e irme.

—¿Le he dicho algo que la haya ofendido? — su pregunta me hace sonreír.

Niego con la cabeza.

—Tengo que ir al trabajo. Tengo citas que atender y organizar algunas cosas.

—Yo soy una cita, y ahora mismo estamos hablando. Así que síntese e intente convencerme. — Hemos quedado en que le enviaría el contrato y usted me contactaría.

Su mirada fija me examina, dando a entender que no va en broma respecto a lo que ha dicho. Pongo los ojos en blanco. Vuelvo a dejar el bolso por tercera vez en la mesita.

—He cambiado de opinión. Convéncame.

Me siento de nuevo en la silla. Acaba de empezar el día y ya me siento derrotada. No puedo creer que en menos de media hora este hombre me haya hecho perder los papeles. Vuelvo a sacar la agenda y la abro por la misma página sin mirar.

Se acomoda en su silla. Sus largas piernas rozan las mías, que se tensan al notar el tacto de su pantalón. Lanzo un suspiro. Una corriente recorre mi cuerpo, yendo directamente a mi centro del placer.

—¿Qué edad tiene? —su pregunta me hace fruncir el ceño, si se puede fruncir más de como lo tenía claro.

¿Por qué quiere saber eso? ¿Qué tiene que ver eso con que acepte el puñetero contrato?

—Veintitrés —asiente. Desliza sus dedos por su barbilla —oiga, señor Carter... En serio nos encantaría que formara parte de nuestro equipo. No queremos hacer planes económicos exorbitados con sus libros, queremos darle más fama de la que ya tiene. Nos estamos expandiendo, y a pesar de que contactemos con usted, con una fama ya... Reconocible no significa que no vayamos a con- tactar con gente joven y novedosa.

Se queda en silencio durante unos minutos, y en todo ese tiempo su mirada no se despegaba de mí. Me mira a los ojos y recorre, examinándome, el resto del cuerpo. No es una mirada lujuriosa que te podrían echar otros hombres que solo te ven como un objeto de entretenimiento. Es una mirada un poco más... ¿tierna? ¿sincera? Me atrevería a decir incluso que esa mirada significa admiración, pero definitivamente no tiene nada que ver con el deseo.

—De acuerdo. Firmaré con ustedes. Esta tarde. A eso de las siete iré para firmar el contrato. —

¿No puede ser un poco más temprano? Es que termino de trabajar a las tres...

—Pues asegúrese de permanecer hasta las siete allí, o no firmo.

Me muerdo el carrillo de la impotencia. Ahora tengo que quedarme en el trabajo hasta las siete de la tarde. Asiento y me levanto para evitar lanzarle un insulto.

Tengo que irme al trabajo para encargarme de mi puesto y el de mi jefa. Espero que me haya dejado un recordatorio de las cosas que hay que hacer, si no me volveré loca.

Recojo mis pertenencias y sin despedirme me dirijo hacia el ascensor. Estoy cansada. Definitivamente me tengo que coger unas vacaciones. Pulso el botón del ascensor, esperando impacientemente a que llegue a esta planta. Jamás he estado tan incómoda con una persona. No sé si es por lo mal que me ha tratado o por lo guapo y sexi que se ve. Se ve tan maduro y varonil. Parece seguro de sí mismo y ha triunfado mucho...

Para, Grace. Para.

Deja de hacerte ilusiones con él. Seguro que tiene a miles de personas a sus pies. A mujeres mucho más atractivas y seguras que yo. Una mujer de su edad, madura y que tenga las cosas claras, no yo, que prácticamente se puede decir que acabo de llegar a la madurez.

No se mueve. Ni siquiera hace un misero amago de venir aquí, o decir algo para despedirse. Es lo que yo decía. No le intereso. Es imposible que un hombre de su magnitud, quien puede tener a la que quiera y pedirle que salte desde el balcón de esta oficina y ella lo haría sin más, se fije en mí.

Ese sentimiento hace que se me encoja un poco el corazón. No es la primera vez que tengo estos sentimientos negativos hacia mi persona, pero no todos duelen los mismo. Este es un sentimiento de vacío, pero no por él, si no por mí. Es un vacío personal, no me quiero, no me valoro, no me respeto... Es como si cada vez que me mirara al espejo fuera una persona totalmente distinta. Una persona que se juzga y se critica. Muy triste, lo sé. Intento mejorarlo, pero es tan difícil ver algo bueno en ti cuando lo único que te han hecho son cosas malas. Es difícil.

El ascensor llega y me subo. No me giro. Aprieto el botón y me quedo de cara a la pared plateada. No quiero girarme, no puedo. Las puertas se cierran y suelto todo el aire contenido durante la reunión. Mi pecho se expande, dejando de oprimir mi pecho. Dios santo... ¿pero que ha sido eso?

Vuelvo a la editorial más insegura que nunca. Me acerco de forma lenta y temblorosa al despacho de Lauren. Abro la puerta y me encuentro su despacho. Es muy bonito. Está lleno con colores cremas y ocres. Es una decoración escandinava, y lo más que me gusta es la mesa de madera tan oscura y personalizada con distintos eslabones de distintos tipos y colores.

Me acerco a la mesa y veo pilas y pilas de manuscritos. ¿Tengo que revisar todo esto?

Rodeo la mesa, acariciando la suave madera con el dedo. Veo un papelito pegado al ordenador donde me dicen las tareas. Suelto un suspiro de alivio al no tener que abarcar totalmente la responsabilidad de todo esto. Según esto tengo que terminar a las tres, así que sin problemas. Puedo irme a casa y luego volver a las siete para que el señor Carter firme el contrato. Cojo el pequeño papel y me muevo de aquí para allá sin parar, haciendo todos los mandatos que Lauren me ha encargado.

—¿Grace? — una voz masculina se escucha rebotando entre las cuatro paredes.

Es mi compañero, Jake, que irrumpe en el despacho, dándome un susto de muerte. Me agarro el pecho, calmando mi respiración.

—Dime Jake— contesto calmada, a pesar de tener el corazón acelerado.

Jake es rubio, no se le logra apreciar mucho ya que lleva el pelo corto, casi rapado, pero sus cejas le delatan. Tiene unos ojos azules que harían derretirse a cualquiera y buen cuerpo que se ve que lo tonifica. Es un tío que vale la pena.

Otro que está fuera de tu alcance.

La voz de mi mente, la que he tenido tanta tiempo encerrada en una caja con candado y a tres mil metros de profundidad emerge para deprimirme.

Me reprendo mentalmente, olvidándome de las últimas palabras.

—¿Qué haces que estás tan ocupada? —se apoya en la puerta, enseñándome su perfecta sonrisa.

—Pues Lauren se ha tenido que ir y me ha pedido que si podía hacerme cargo de algunas cosillas.
—asiente y cruza los brazos.

A pesar de lo que mi mente diga siempre he tenido la sensación de que le gusto, pero tiene demasiados ligues como para tener algo serio. Tanto como las que se busca como las que vienen por su cuenta, pero a pesar de todo eso es un espectacular diseñador. Sin él esto no tendría ni la mitad de prestigio que tiene. Se gira, a punto de irse.

—Oye, Jake —centra la atención de nuevo en mí— ¿sabes quién es Andrew Carter?

—¿Andrew Carter? Es el escritor erótico más reconocido de Estados Unidos ¿Has leído sus libros?

—Eh no... Es solamente que tuve una reunión con él y pues no sé prácticamente nada de él. —
Escribe sexo raro. Se dice que trata muy mal a sus amantes— lo que dice me deja estupefacta.

¿Sexo raro? En mi mente se viene una imagen de una chica sufriendo, sangrando y siendo brutalmente maltratada mientras que el emisor de este dolor gime de placer.

Me da un escalofrío.

—Muchas gracias por la información... — salgo del despacho mucho más traumada de lo que pretendía.

¿Qué narices es sexo raro? Dudo mucho que sea sadomasoquismo. Leí un poco sobre ese tema en unos de los tantos libros que he tenido que leer sobre eso. El libro que leí, no sé si por su forma tan sutil de escribirlo o por las descripciones perfectas que contenía, pero alimentó mi curiosidad y busqué cierta información en internet. No se ve un hombre de ese estilo.

¿Qué podrá ser...?

Olvídate de eso ya, Grace. Céntrate en trabajar y en acabar para irte a tu casa. Pero él... Es tan misterioso. Vaya tela... Si que me ha dejado huella.

Llego a mi casa más agotada que nunca. Me quito los tacones y los dejo en la entrada sin colocar. Hoy no tengo fuerzas ni para caminar. Dejo el bolso también en el aparador y camino hasta el sillón.

He terminado más tarde de lo previsto. Son las cuatro y media y mi salida normal es a las tres. Lo bueno de todo esto es que no tengo por qué prepararme nada de comer ya que he comido en el trabajo.

Y para colmo tengo que ir dentro de dos horas al trabajo para firmar el contrato con ese hombre.
¿Y si no voy?

Podría decirle que me surgió un problema y quedarme en casa. Sí. Eso voy a hacer. Me acuesto en el sillón, acurrucándome un poco. Cierro los ojos y me pongo a procesar todo lo que ha pasado hoy. Ha sido un día raro, para que mentir. Todo mi día se ha jorobado por el señor Carter, porque

me fue imposible concentrarme después de hablar con él. Esa voz apagada y ronca, esa manera tan brusca de actuar...

Sigo sin saber porque no dejo de pensar en él cuando me ha tratado tan mal. Me consigo quedar dormida, donde la última imagen que me viene a la cabeza es el señor Carter.

CAPÍTULO TRES

Me despierto por los incesantes toques en mi puerta. Aporreos contra la pobre madera blanca. Me levanto exaltada, sin poder creerme que estén tocando así. Si no abro me van a tirar la puerta al suelo.

¿Quién será? Dudo mucho que sea unos de mis vecinos, porque ni la mitad de ellos tienen edad para golpear tan fuerte.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —grito. Voy descalza por la fría madera. Vuelven a golpearla — ¡Dejen de aporrear la maldita puerta!

La abro sin cuidado alguno. Estoy a punto de cantarle las cuarenta a la persona que estaba haciendo esto, pero al ver quien es me quedo estática.
¿Qué coño?

Entrecierro los ojos, pensando si es una alucinación. No. Es el señor Carter. En la puerta de mi casa. Me veo mucho más baja sin tacones, o él más alto. Va con la misma ropa que esta mañana y se ve cabreado ¿conmigo? No, no creo, porque básicamente no he hecho nada. Al revés, yo tendría que estar enfadada con él por su comportamiento.

—¿Se puede saber qué hace aquí? ¿Cómo sabe mi dirección? — estas dos preguntas salen involuntariamente de mi boca.

Estoy cabreada, así que tengo todo el derecho de preguntarlo.

—Hemos quedado hoy a las siete y media, y adivine que hora es. Las ocho y media de la tarde. Me hace un lado y pasa. Mis ojos y mi boca se abren de par en par al chocar con la puerta.

—¡No le he invitado a entrar! —cierro de un portazo y le sigo, dando pisadas fuertes y rápidas — ¡váyase de aquí ahora mismo!

Se queda en medio del salón, observando a Luke moverse de aquí para allá. Me quedo a su lado, mirándolo de forma reprobatoria. Mira impasible mi pequeño apartamento. Para él tiene que ser como una caja de zapatos.

—¿Cómo ha conseguido mi dirección? —le pregunto por segunda vez. Quizás ahora me conteste. Hacemos contacto visual, y sus ojos oscuros, casi negros, hacen que mis piernas se debiliten.

Se fuerte, Grace. Oh no. Se acerca. Da pequeños pasos en mi dirección. Cada paso que da en mi dirección yo retrocedo otro.

—El pasillo se te acabará en algún momento, Grace.

Vuelvo a retroceder otro paso. Miro de reojo hacia atrás, dándole pequeño vistazo a mi dormitorio. Está justo a mi lado. Podría cerrar la puerta y esperar a que se vaya. Como si leyera mi pensamiento, en el momento que voy a empezar a correr me agarra del brazo. Da un tirón en su dirección y me arrastra hasta dejarme en el sofá.

Me agarro el brazo lastimado. Me duele la muñeca y tengo las marcas rojizas de sus dedos, que dentro de poco serán violáceas. ¿Cómo se atreve a venir a mi casa y dañarme de esta forma? Miro de forma simultánea a mi muñeca y a él, intentando encajar las cuatro piezas del rompecabezas.

Está justo delante de mí. En silencio, sus ojos intentan conectar con los míos, pero los esquivo. Estoy asustada. Esto se está yendo de las manos. ¿Es a esto con lo que se refería Jake de que está mal de la cabeza?

Mantengo mi mirada en sus zapatos Martinelli. Se han convertido en algo muy interesante. Intento levantarme, pero sus manos me agarran de los hombros, empujando hacia abajo.

—¿Qué quiere? ¿Por qué está aquí? — me atrevo a preguntar. Subo mi mirada hasta sus ojos —no sé qué quiere, pero déjeme decirle que esto no tiene gracia.

—¿Qué le hace suponer que quiero algo? —su pregunta me confunde.
¿Está de broma?

—Pues ha adivinado donde vivo. Ha venido sin ser invitado y me ha hecho daño en la muñeca. — levanto mi brazo malherido.

Examina mi muñeca por primera vez desde el incidente. Agarra mi brazo con cuidado y le da vueltas.

—Lo del brazo ha sido sin querer. Por lo demás es culpa suya. No debería haberme dado plantón.

—Pues lo ha hecho. ¡No lo entiende! Le dije que mi turno terminaba a las tres y a usted le dio igual.

Le doy un pequeño empujón y me levanto del sillón. Esta vez si me deja tranquila. Voy hacia la habitación y me pongo de nuevo el abrigo de esta mañana. Me está doliendo la mano.

—¿A dónde vas? —le miro, fijamente.

No sé por qué no le temo. En otras circunstancias, cualquier mujer estaría aterrorizada en este momento, pero no es mi caso. Ahora lo único que quiero es irme al médico y que me ponga una venda.

—Al médico ¿Podrías irte por favor? —le hago una señal con el brazo, señalando la puerta maltratada.

Pasa por delante de mí, y cuando está llegando casi a la puerta, le sigo. Me subo a los tacones y cojo el bolso. Cierro la puerta. Me encuentro cansada emocionalmente. Yo debería estar en mi casa cenando no yendo al médico.

¿Cómo se le ocurre invadir mi casa? Y lo que aún no sé ¿cómo? Se ha cabreado porque no fui a la empresa a las siete de la tarde.

Me subo al ascensor con él. Me pego a la es - quina del ascensor, evitando cualquier contacto. Miro al suelo, mordisqueándome el carrillo. Él, como de costumbre me mira fijamente.

—¿Podría dejar de mirarme tan fijamente? No me gusta.
Se lo pido con educación, lo que parece tener su efecto por un segundo.

Las puertas del ascensor se sellan completamente. El aire me empieza a faltar. Siento como si todo el oxígeno lo consumiera el hombre que tengo a mi lado. Se acerca un poco a mí, y mis pulsaciones se aceleran a un ritmo desorbitado. El ascensor se abre justo a tiempo, y mi vecino de la quinta planta, George, entra en él. Es el hombre que me pidió una vez hacer la colada en mi lavadora porque se le había roto la suya. Fueron treinta y cinco minutos muy agradables. Se interesó mucho por mi trabajo y me contó la magnífica historia de cómo conoció a su mujer.

—Hola, Grace. Cuanto tiempo — le sonrío a George que me da un par de besos en la mejilla.

—Hola señor Collins —sonrío y por un momento me olvido de la distancia de seguridad con Andrew.

Ahora está justo a mi lado, con su brazo rodeándome la cintura.

Intento apartarme, pero lo único que me llevo es un pellizco. Levanto el pie y le doy un pisotón no demasiado fuerte. No quiero hacerle mucho daño. Solo un aviso. Da el efecto deseado, ya que me suelta y lanza un pequeño suspiro.

Llegamos a la planta baja. El señor Collins sale primero, después yo y por último el señor Carter. Me dispongo a salir del vestíbulo, pero Andrew me agarra de la parte posterior del cuello y con fuerza me gira y me acerca a su tonificado cuerpo. Lanzo un pequeño grito de sorpresa. No ejerce una presión demasiado fuerte como para hacerme daño, pero es la suficiente como para levantarme par de centímetros. Me quedo de puntillas, para aliviar un poco la presión.

—Deja de jugar conmigo, Grace. No quieres verme enfadado, y te juro que me estoy controlando.

Asiento rápidamente. Me suelta y me quedo un poco aturdida. Siento mis ojos picar. Estoy a punto de llorar y no quiero. Ya me ha visto llorar esta mañana y no voy a permitir que me vea de nuevo.

Salgo del edificio para poder irme al médico. Por cuarta vez en el día siento como agarran mi mano buena. Otra vez.

¿Pero qué quiere de mí?

—Vamos al médico en mi coche —empieza a caminar, llevándome con él.

Un Range Rover desconocido entra en mi campo de visión. Ese tiene que ser su coche. Nunca lo he visto por aquí. Las luces se iluminan en cuanto pulsa el botón del mando a distancia. Me resisto. Intento ir en otra dirección, pero solo consigo que de tirones más fuertes.

—¡Andrew por favor! Para. Voy a irme ahora.

Mi amenaza no da los resultados esperados, porque sus labios se curvan hacia arriba, como si quisiera reír.

—Inténtalo si quieres, pero no vas a conseguir nada— es su última palabra.

Consigue meterme en la parte trasera del coche. Forcejeo con las puertas, pero ha puesto el seguro para niños.

¡Me cago...!

Se sube en el asiento piloto y arranca el coche con maestría y elegancia. El coche va como la seda. Se desliza por el pavimento como si fuéramos por una nube. Los asientos de cuero se empiezan a calentar ¿Tienen calefacción? Me hundo en la mullida superficie, derrotada. Gracias a todo este esfuerzo inútil no solo no he conseguido no poder salir, si no que además me he hecho más daño en la mano. ¿A dónde vamos?

—¿Por qué haces esto? —mi pregunta sale como si fuera un susurro, pero suficientemente alto como para escucharme.

—¿Te refieres a llevar a una mujer pequeña e indefensa al hospital por haberle hecho daño inintencionadamente? Llámame lo que quieras pero lo que rompo intento solucionarlo.

Es una buena excusa. Él me ha hecho daño, así que él debería ayudarme, pero me refería más a un por qué se ha metido en mi casa y me lleva a la fuerza a un supuesto hospital.

Me dedico a mirar por los cristales polarizados para no calentar más el fuego. Entre el cielo oscuro y los cristales no logro ver absolutamente nada, solamente algunas luces blancas y amarillas de otros coches. Me inclino para ver el cristal delantero. Gira a la izquierda y al bajar una pequeña pendiente entramos en el aparcamiento de urgencias de una clínica privada. Este no es al hospital donde suelo ir.

Aparca en uno de los más cerca de la entrada. ¿Qué hospital es este? Leo el cartel luminoso: Near Virginia Hospital. Este no es mi hospital.

Oigo como el seguro se desactiva. Podría salir corriendo y pedir que llamen a la policía, pero no me atrevo a abrir la puerta y ni siquiera llegar a la seguritas porque me ha cogido. No quiero dar un paso en falso así que la abra él. Tal y como predije la puerta se abre. Me deslizo por el asiento hasta tocar el asfalto del aparcamiento. Siento una punzada en la muñeca. Hago una mueca de dolor.

—¿Te duele mucho? —pregunta.

Asiento. Me quedo estática, esperando otra vez a que de el primer movimiento. Y como predije empieza a caminar hacia una de las entradas laterales de la edificación, donde hay un cartel gigante que pone “URGENCIAS”.

El interior es todo de color blanco y huele a desinfectante. Se distribuye con salas de estar a ambos lados, una recepción en el centro y por detrás unas escaleras descendientes y ascendentes. Arrugo la nariz.

—Hola. Soy Andrew Carter y mi novia se ha hecho daño. Quiero que la examinen.
¿Su novia? ¿Qué narices dice?

Veo a la recepcionista llamar por teléfono y pedir de forma mecánica una enfermera urgente. Parece que el señor Carter también ha hipnotizado a la recepcionista.

Una enfermera viene casi al instante, antes de que pueda mentalizarme, guiándonos al interior de una consulta.

La enfermera es pelirroja y de tez blanca, como yo. Nunca me he encontrado con gente pelirroja, sin ser mis padres, claro. Somos una gran minoría. Bueno en Irlanda seguro que está lleno.

Tomo asiento en una de las sillas de cuero. Andrew se sienta a mi lado. La doctora parece nerviosa con su presencia ya que no para de mirarle de reojo. Normal, señorita. Causa ese efecto en todo el mundo, pero creo que se intensifica en las mujeres.

—¿En qué puedo atenderle señorita? —su mirada cae sobre la mía, acompañada de una cálida sonrisa.

—Me...— miro a Andrew. Esta muy tranquilo.

Incluso cuando podría decir que me lo ha hecho él — me he caído hoy y me he hecho daño en la muñeca.

Le tiendo la mano y se pone a examinarla. Aprieta en zonas de la muñeca, masajea y mueve mi mano para encontrar algo. Con cada movimiento que hace siseo de dolor.

—No es nada grave. Tienes la muñeca abierta y un poco hinchada. Te pondré una venda y un cabestrillo para que estés un poco más cómoda y la muñeca se quede inmóvil. En tres días puedes quitarlo— asiento—. No debes hacer esfuerzo ni coger nada con esa mano. La gente suele no hacer caso a esto, porque ciertamente es una nimiedad, pero pueden ser para siempre si no se cuida como se debe.

Asiento y me quedo quieta en cuanto se pone a vendarme la mano. Presto mi atención en el perfil de Andrew. Me gustaría comprender que es lo que le ha llevado a esto, a mí. Me gustaría saber el por qué de su intromisión a mi vida personal.

Enumero las cosas que han pasado hoy: 1: Nos vimos durante treinta minutos en la mañana y me hizo llorar.

2: Averigué donde vivo. Algo que no saben ni mis padres.

3: Me hizo un esguince en la mano.

4: Me ha obligado a subirme en su coche para llevarme a este sitio.

Una primera impresión perfecta. Digo con sarcasmo para mi interior.

Miro el exterior a través de las ventanas. No sé que hora será, pero ya tiene que ser de noche. No puedo tardar demasiado. Mañana es jueves y tengo que trabajar.

¿Podré trabajar así verdad?

Espero. No me gustaría que Lauren llegue y se encuentre todo manga por hombro.

—¿Tener esto no me influye en el trabajo verdad?

Mi pregunta hace que la doctora nos mire, más bien a Andrew. Le miro y asiente. ¿Qué coño? ¿Por qué le mira a él?

—Sí, señorita. Puede trabajar y no le influye en nada— se levanta y vuelve a su silla.

—Hágale las revisiones pertinentes. Yo esperaré fuera.

¿Revisiones? ¿Qué revisiones?

Se levanta, con la intención de irse de la sala. Le agarro del brazo, impidiéndoselo.

—¿Qué revisiones? —mi pregunta sale temblorosa.

—Ecografías, análisis hormonal, análisis de sangre, tomar medidas. Cosas rutinarias —la información de la doctora me hace perder el color que me quedaba en la cara.

Me levanto y niego, escondiéndome detrás del hombre, que casualmente es el que quiere que me haga las pruebas.

—Quiero irme a casa. Mañana tengo que trabajar— salgo de la consulta. Camino a paso rápido hasta el lugar donde está aparcado el coche.

No quiero hacerme ninguna analítica. ¿Por qué quiere él saber nada de eso?

Llega par de minutos después y sin decir nada se monta en el coche. Hago lo mismo y nos sumimos en un absoluto e incómodo silencio. Las calles se ven un poco más iluminadas desde el asiento copiloto. Los edificios más grandes de Seattle están iluminados y creo que es una de las cosas más bonitas que tiene esta ciudad. Me gustaría viajar y vivir en otro lado. Siempre he vivido en Washington, en zonas distintas, pero siempre en este Estado. Me gustaría vivir en Europa; Francia, Polonia, Suecia... Cualquier país mientras sea de allí. Según he leído el estilo de vida es mucho más relajado que aquí. En ese mismo artículo leí que en muchos países como Italia y España son muy comunes las siestas, cosa que aquí, un estadounidense jamás haría.

Un destello de luz me hace dejar de pensar en mis planes de futuro. Ya estamos en mi calle, genial. Giramos en la esquina y ya estamos frente a mi edificio. Mi casa... Por fin.

—¿Estás bien con el brazo? ¿Quieres que te acompañe? —niego mecánicamente.

No piensa pedirme perdón por lo visto. Le da igual haberme hecho daño, y encima ahora dice de acompañarme. Ni de coña. Luego no se va.

Salgo del coche y apenas sin fuerzas entro en el edificio. Camino un poco más deprisa antes de que se cierre el ascensor y pulso el botón número siete. Las puertas se cierran y respiro de alivio.

¿Por qué no estoy llorando o asustada?

Debería estarlo ¿no? Es decir, un loco ha venido a mi apartamento y me ha hecho daño, pero por alguna razón no lo estoy. Creo que me he hecho inmune al dolor. Entre mis padres, mis exámenes, la gente de mi adolescencia y demás... Factores que han hecho que me acostumbre y que esto no me afecte.

Dejo los zapatos en la entrada, al igual que el bolso. Me arrastro hasta la cama y Luke rápidamente viene hacia mí. Se empieza a rozar con la venda, seguidos de algunos ronroneos.

—Luke, el hombre que has visto hoy es malo. La próxima vez muérdele ¿sí? —maulla —muy bien. Gatito bueno.

Hago todo lo que suelo hacer por la noche y me acuesto. No me apetece cenar. Se me ha cortado el apetito.

Voy hacia la cama, más desgana que nunca. Generalmente suelo planear mi día siguiente para aprovecharlo bien pero todo lo de hoy me ha dejado sin fuerzas. Me arropo y cierro los ojos. Otra vez la imagen de este señor.

¿Qué narices me pasa? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en él? ¿Y por qué no logro tener ese sentimiento de odio?

Me vuelvo a quedar dormida con su imagen en mi mente y miles de preguntas sin responder.

CAPÍTULO CUATRO

Me muevo de aquí para allá entre el despacho de Lauren y el mío. Es el segundo viaje que hago por culpa del brazo, ya que solo puedo llevar cosas con una mano. Se me hace muy difícil hacer las cosas con la mano vendada.

Me quito el cabestrillo, harta de no poder hacer nada y lo tiro hacia el pequeño sillón de mi oficina. Vuelvo al despacho de Lauren. Hoy he impreso tres libros de autores distintos y he formulado varios contratos. Entre ellos el del señor “irrumpe en tu casa como un loco”. Estuve tentada en poner una cláusula donde dijera que no pueda acercarse a mí, pero mejor no ponerla. No sería muy ético.

—Hola, Grace. —me saluda Jake.

—Hola, Jake ¿qué tal estás? —cojo una pila de folios.

—Mejor que tu —dice mirando mi mano — deja que te ayude. No deberías cargar peso. Le doy los papeles y me acompaña a mi despacho.

—He pensado que podríamos quedar algún día — le miro fijamente —si quieres claro. Podemos ir a tomar algo a un bar tranquilo de esos que te gustan.

Me siento un poco incómoda. Jake es un gran amigo, y aunque sea muy guapo y demás no lo veo como algo más. No quiero hacerle ilusiones que sé que no van a pasar.

—Eh si claro que podríamos...

—Grace — doy un salto al oír esa voz. Otra vez no por favor...

—S-señor Carter —mi voz suena temblorosa.

Está sentado en el sofá de mi despacho. Tiene un pie sobre el otro, y aun parece demasiado grande. Continuo hablando.

—No recuerdo que tengamos ninguna cita — me mira fijamente.

Su mirada cae sobre Jake que deja los manuscritos sobre mi mesa. Se coloca a mi lado, pasando su brazo por mi cintura. Me tenso un poco. La situación se ha vuelto un poco incómoda. Ambos se miran, sin despegar los ojos del otro. Huele a testosterona desde aquí.

Se levanta, permitiéndome verlo mejor. Esta vez lleva un traje de dos piezas azul marino con una camisa blanca de botones, con los primeros desabrochados, dejando ver parte de su pecho.

—Le he enviado un email, señorita Johnson. Aunque no necesito cita para poder ver a mi novia ¿verdad?

¿Qué? ¿Novia? ¿Me he perdido algo?

Se acerca y me aparta disimuladamente de Jake. Me envuelve con sus brazos, arrinconándome entre su brazo y su torso.

—No sabías que estabas saliendo con él... — dice con voz triste.

—¡No! No es lo que piensas —me separo — el señor Carter está bromeando. Ayer quedamos y tenemos muchas cosas en común, así que nos hemos permitido cierta confianza. No somos nada, te lo prometo.

Veó como su rostro se relaja, pero en cambio el del hombre que tengo detrás es de puro cabreo.

Consigo que Jake se vaya, quedándome a solas con Andrew. No quiero darme la vuelta. Noto su presencia justo en mi espalda. Dejo caer los brazos.

—Nunca me habían rechazado así —le oigo decir con una mezcla de cabreo y gracia. —no lo hagas más. No perdamos los nervios desde tan temprano.

—Ya que estás aquí, por favor. —me acerco al escritorio y busco entre los papeles su contrato — este es el contrato de la editorial. Fírmalo, por favor.

Se lo tiendo con la mano lesionada. Frunce el ceño.

—¿Dónde está el cabestrillo? —inquire con voz grave.

Miro por la superficie. La verdad es que no me acuerdo. Andrew mira entre los cojines del sillón, encontrándolo. Es verdad. Lo lancé porque ya me tenía cansada.

—Ponte el puto cabestrillo — intento cogér - selo, pero no me deja. Lo coloca él, apretándolo lo más que puede.

Me dejo manejar para evitar más conflictos. La gente me miraría con pena, pero es lo mejor. Si ya me hizo esto con un apretón vete a saber si hago algo que no le guste y me lesiona el otro brazo. Cuando obtiene los resultados que busca se acerca al escritorio y coge el contrato y un bolígrafo. Lo lee por encima y lo firma sin leer apenas la primera página. Si llego a saber que no lo va a leer cuelo la cláusula que pensé poner.

Me siento en el sillón. Son las once de la mañana y he hecho más kilómetros que en una maratón. No me doy ni cuenta cuando Andrew se sienta a mi lado.

—¿Te pasa algo? —pregunta.

Le miro con los ojos medio cerrados. Sonríe sin mostrar los dientes y me dejo caer un poco hacia atrás, apoyándome en el respaldar.

—Tengo hambre. El dolor no me dejó dormir y me quedé dormida. No pude desayunar —omito el hecho de que tampoco cené anoche.

Bostezo y me tapo la boca con la mano.

—Vamos al local que hay al frente. Te invito a desayunar—se levanta, abrochándose la americana
— Es algo que deberías hacer cada día, por muy tarde que te despiertes.

No pongo oposición. Quiero desayunar. Me le - vanto del sillón y con su ayuda, rodeándome con su mano la cintura caminamos hacia la pequeña pastelería-panadería.

—No todos somos autónomos, señor Carter. Yo tengo un horario. No puedo llegar tarde por desayunar.

Por primera vez puedo ver una sonrisa, bueno una mueca de sonrisa. Sus labios se juntan, quedando en una línea recta.

Cruzamos la calle y entramos en el local. Hay veces que he entrado aquí, por lo tanto, no es completamente desconocido. Hay algunas mesas libres al lado de la ventana. Hoy el ambiente es más relajado ya que este sitio suele estar a reventar. Es por eso que no venía. Me agarra de la mano buena y me lleva hasta una mesa en la esquina del local. Nos sentamos y coloco mis brazos sobre la mesa.

Una camarera viene hacia nosotros. Una chica joven, rubia y muy guapa. No llega a los treinta. Tiene un cuerpo, donde los dioses la esculpieron y supieron exactamente donde poner cada curva. Me encojo un poco en mí misma, avergonzada. Ve a Andrew y se acomoda el pelo a un lado, al igual de que sus movimientos se vuelven más lentos y sensuales.

—Hola. Buenos días, soy Kate. ¿Qué puedo ofrecerles?— su tono de voz es dulce y meloso.

—Queremos una de tortitas con arándonos y miel con un zumo de naranja y un café americano a la mitad con dos de azúcar.

Arrugo la frente. Eso es demasiado para comer hoy a las once. Le echo un vistazo a la chica, que al ver la falta de interés coge la comanda y se va.

—No tienes porque sentirte intimidada por chicas así—le miro confusa. ¿Cómo sabe en que estaba pensando?— eres única en este mundo, Grace.

Esas palabras me calan en el interior del alma y del corazón. Es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca. Solo tres personas en este mundo me han dicho cosas así, que sientan de verdad, y sobre todo, que sean cosas bonitas, inspiradoras y reconfortantes. Uno de esos tres, es Andrew. Me ha dejado totalmente sorprendida con lo que ha dicho, y como me ha demostrado otras veces, no son palabras con un doble sentido, son palabras que han salido de su boca y parecen sinceras.

Me muerdo el labio inferior, sin saber que decir.

—Gracias por el cumplido— miro a través de la ventana—siento mucho no haber aparecido ayer. Estaba cabreada por como me trató y fue poco profesional no aparecer.

—No me puedo creer que usted me pida perdón a mí— esto lo dice con un toque de humor, queriendo disminuir la tensión que hay, en su mayoría por mi culpa.— yo debo pedirle perdón usted por tratarle ayer así. Sé que no es excusa pero cuando estoy de mal humor soy imposible de lidiar. Así que por favor, señorita, perdóneme.

No sé que decir. Es todo demasiado normal, o es lo que parece. Noto su pesada mirada sobre mí.

Mete la mano en su chaqueta y saca algunos folios grapados y un poco doblados, pero solo por la mitad. Ni una sola arruga o dobladura más. Lo abre y de la otra parte saca un bolígrafo.

¿Se va a poner a trabajar? Es bastante práctico llevar los papeles para trabajar fuera. Un movimiento bastante inteligente.

—Firma aquí —me pasa los folios. Lo cojo y les hecho un ojo. ¿Es un contrato? —es un contrato de confidencialidad.

—¿Y por qué iba a querer yo firmar esto? — ojeo las últimas hojas —¿cómo te sabes mi número de identidad?

Le miro, pero no dice nada. Son sus respuestas más utilizadas. Mirarme y no decir nada. ¿Qué más sabe de mí?

El contrato no es nada del otro mundo, son cláusulas de lo que no puedo decir y cláusulas de que me pasaría si contara algo. Dejo el boli y el contrato sobre la mesa.

—¿A qué esperas para firmar? —lo acerca de nuevo hacia mí.

—No quiero firmar esto. Andrew. Es una tontería.

—No es una tontería. Fírmalo ya. —la rubia de antes viene con la comida. Andrew recoge los papeles y deja que coloque las cosas sobre la mesa.

Cojo mi desayuno y lo parto en trocitos para que sea más fácil de comer. La miel que hay sobre las tortitas se derrama por todo el plato, al igual que algunos arándanos. Se me hace la boca agua de ver esto.

—¿Por qué quieres que lo firme? —me llevo el primer bocado a la boca.

El sabor dulce de la miel y el gusto a vainilla de la tortita hace que gima de placer. Hace mucho tiempo que no como tortitas. Demasiado tiempo. Creo que la última vez fue hace seis años. Una auténtica delicia.

—Si no lo firmas no puedo contártelo —hago una mueca. Maldita curiosidad.

Cojo el papel y hago un garabato. Jamás he sabido firmar.

—Vale, cuéntamelo —recoge el papel y el boli, guardándoselo en el interior de la chaqueta. —Ya lo irás descubriendo. No te preocupes. —suelto un bufido —come.

Este hombre me resulta muy misterioso y sigo sin saber por qué. Lo único que me sale en Google de él son sus libros y par de fotos de él. Fuera de eso no hay nada más. Ni familia, ni nacionalidad, nada. Es como si viviera debajo de una piedra y saliera cada año para firmar libros. Tiene pinta de ser americano, pero no logro saber mucho más. Para colmo viene con un contrato de confidencia- lidad, que como tonta que soy he firmado por ser tan curiosa.

Me dedico a comer en silencio mientras lo observo. El tampoco dice nada. Esta claro que no es un hombre de palabra. Cuando termino de desayunar nos volvemos a mi puesto de trabajo. Le intento convencer de que no hace falta que me acompañe, pero insiste.

¿Este hombre no tiene que trabajar para ganarse la vida?

Bueno, con el dinero que tiene. Lo dudo. Llegamos a mi despacho. Reviso el móvil, para asegurarme de que Lauren no ha llamado. Nada. Bien, eso es bueno.

—Me tengo que ir —me dice.

Estoy de espaldas a él, organizando una serie de papeles que no sé porque razón están tan desordenados. Noto como se acerca, quedando a mi- límetros de mí

—Date la vuelta y despídete. No seas maleducada.

Pongo los ojos en blanco. Este hombre es exasperante. Me giro, encontrándomelo cara a cara. —Hasta luego —le doy una sonrisa sincera.

Sin darme tiempo a procesar, su mano se enrosca en mi pelo. Tira con fuerza y acerca mi boca a la suya. Gimo de dolor cuando tira de mi pelo, obligándome a separar los labios. Su lengua caliente no rechaza la oportunidad y explora mi cavidad bucal. No puedo hacer literalmente nada, simplemente aceptarlo y agarrarme para no caerme. Nuestros cuerpos están muy juntos, tanto que siento cada músculo de su cuerpo. Me pongo de puntillas, aliviando la presión. Muerde mi labio inferior.

Se separa, dejándome desorientada, dolorida y confusa. Me toco el labio inferior, está hinchado. Suelta mi pelo y da un ligero masaje en mi cuero cabelludo. Cierro los ojos automáticamente y disfruto del masaje que me da. Nuestras respi- raciones se normalizan tras algunos minutos, es entonces cuando decide soltarme.

—Hasta luego —me apoyo en el escritorio cuando se va de mi despacho.

Dios santo. No voy a llegar viva al fin de semana como esto siga así.

CAPÍTULO CINCO

Llego a mi casa más derrotada que nunca. Más que el día anterior donde también había dicho lo mismo. Apenas son las cinco y tengo el cuerpo entumecido. Dejo el bolso sobre la mesa. No tengo mucho tiempo. Tengo que ir al supermercado a comprar algo e ir al endocrino a por mi dosis. Dentro de dos días es navidad y aunque lo celebre sola me gusta cocinar para mí y para mi gato que le suelo comprar algo especial.

Me cambio por un atuendo un poco más cómodo. Ropa para hacer deporte. Es lo más cómodo que puede haber para un día con tanto trote.

Le doy un beso a Luke en su cabeza peluda y salgo corriendo de nuevo hacia el coche. Dios, que ritmo.

Conduzco a una velocidad moderada hasta el aparcamiento más cercano al Grace Hospital. Mi hospital de toda la vida. Estoy acelerada como una moto. Creo que ha sido el desayuno de hoy que me dejó con más energía de la necesaria.

Llego al hospital. Aparco en uno de los pocos sitios disponibles. Me aseguro de dejar el coche bien cerrado y decido darme un minuto de silencio. Apoyo mi cuerpo en el cuerpo del coche, respirando el aire de las últimas horas de la tarde. El sol me baña el cuerpo, pero ya casi no quema. Es invierno, por lo que significa que dentro de poco anochece. Seattle en invierno es una noche eterna. Cojo una respiración profunda hasta llenar por completo de aire mis pulmones. Lo mantengo unos segundos y lo expulso lentamente. Mis pensamientos se despejan y lo veo todo mucho más claro.

Subo a la planta que en donde está endocrinología cuando termino de relajarme y me quedo en la sala de espera a que el doctor y al paciente que tiene dentro salgan.

Me va a echar una bronca porque me he retrasado dos días. Es un acto muy irresponsable, pero si él supiera a lo que me he enfrentado estos dos días hasta me daría un abrazo para consolarme.

—¿Grace? —levanto la cabeza.

El señor Brown me sonrío y con la mano me invita a pasar. Una mujer desconocida nos da una sonrisa a medias y se va. Tomo asiento en una de las sillas de la consulta.

—Vengo a por mi dosis mensual —digo en tono burlesco.

—Una dosis que tendrías que haberte puesto hace cuarenta y ocho horas — se me borra la sonrisa —esto no son gominolas, Grace. Es una sustancia muy fuerte que te trastorna todo el sistema. Así que ponte un recordatorio en donde sea.

—Lo siento, es que estos dos días se me han ido completamente de la cabeza. He estado muy ocupada.

—Intenta acordarte, por favor. No es una broma.

Asiento y sin decir nada más me tumbo sobre la camilla. El pinchazo es un poco doloroso. Me la suelen pinchar entre los muslos, estómago y brazos, para evitar que se formen bolas. El doctor se acerca con la jeringa en la mano. Cierro los ojos y miro hacia otro lado. No le suelo tener miedo a las agujas, pero mirar como me atraviesan la piel...Noto el pinchazo en mi estómago cuando más despistada estoy. Siseo del dolor al notar el líquido ardiente en mi interior.

Joder.

Aprieto los dientes y cierro las manos en puños, intentando calmar un poco el dolor. Me muevo de un lado a otro en cuanto saca la aguja para aminorar el dolor. Es una sensación extraña. Es como si al inyectarlo quemara cada fibra muscular.

—¿Me ha inyectado lo mismo de siempre?— pregunto con la voz seca.

—Es lo que ocurre. La hormona está hecha para estar en tu cuerpo el tiempo que se haya estimado con la dosis. Si te saltas los horarios el cuerpo rápidamente lo elimina y hay que volver a inyectarlo. ¿No te acuerdas de la primera vez? Lloraste del dolor.

Tiene razón. La primera vez que me suministraron las hormonas de esta forma estuve llorando durante toda la sesión, incluso las horas después notaba ardores y molestias.

Cuando el dolor se disipa abro de nuevo los ojos y me levanto, frotándome la barriga que es donde la han puesto esta vez. Me bajo la camisa y me siento en la misma silla de antes.

Teclea rápidamente en el ordenador y al apretar un botón la impresora se activa y empieza a imprimir.

—Nos vemos en la próxima cita. Dentro de un mes exacto.— asiento mientras estiro la mano para coger el papel, pero en el último momento lo retira— en un mes justo.

—Esta vez no habrá excusas. Estaré aquí el veintidós de enero sin falta.

Esta vez me da el papel con una sonrisa en el rostro de oreja a oreja. Lo doblo cuidadosamente en dos y lo meto en el bolsillo exterior de mi bolso negro. Salgo de la consulta, y yendo hacia la salida reviso por última vez la lista de la compra para ver si me falta algo.

Siguiente parada: Pike Market.

Me subo al coche y prendo el motor antes de ajustarme el cinturón de seguridad y todo lo reglamentario para poder circular de forma segura por carretera.

Antes de que pueda arrancar, el móvil se adelanta y empieza a sonar. Miro el número de teléfono. No lo tengo agregado. Me quedo unos segundos mirándolo con desconfianza, pero al final decido no cogerlo y cuelgo yo misma. Ahora sí. Arranco y me voy a mi destino.

Salgo cargada de bolsas del supermercado. Me he pasado. Iba a comprar lo indispensable y al final he comprado la comida de dos semanas o incluso más. Abro el maletero como buenamente puedo y lo dejo todo bien colocado dentro de este.

Mi teléfono vuelve a sonar. Muevo los dedos rápidamente, intentando cogerlo antes de que cuelguen ya que lo tengo en mi bolsillo trasero. Es otra vez ese número desconocido.

¿Quién es? ¿Pueden ser mis padres? No. Antes me llama el presidente de Estados Unidos diciendo que soy una buena ciudadana y que me conceden las llaves de la ciudad.

Mi lado curioso gana. Descuelgo y me pongo el móvil en la oreja.

—Grace —no puede ser —necesito que te vengas a la ubicación que te voy a enviar cagando leches.

—¿No lo puedo creer! ¿Cómo tienes mi número de teléfono?

Pregunto, esperanzada de que me conteste, pero es como otras de mis tantas preguntas. Sin respuesta.

—Mira la ubicación que te he enviado por mensaje.

—Tu tendencia al acoso ya se está pasando. Primero mi casa, luego mi número de identidad y ahora esto.

—¿Déjate de gilipolleces y súbete al puto coche! —su grito hace que automáticamente le haga caso —pon el manos libres y ve a donde te digo.

—¿Podrías hablarme bien, por favor? Estoy harta de que creas que puedes hablarme así.

Espero que note que estoy cabreada, porque de estos tres días que he estado con él todas las conversaciones que hemos tenido son “has esto” “firma esto” “vamos aquí”. Me trata como si fuera un animal.

—Por favor, Grace. Hazme caso esta vez, por favor— ahora sí que estoy satisfecha.

Enciendo el coche, escuchando un suspiro de alivio desde la otra línea. No sé por qué hago esto. Mi sed de curiosidad no tiene límites. Voy siguiendo las instrucciones que me dice.

—¿Puedo saber por qué tanta urgencia para que vaya a este sitio?

Todo queda unos segundos en silencio. Su respiración irregular al otro lado de la línea y el ruido de la autopista por el otro lado me desconcentran. Estoy a punto de volver a repetir la pregunta, pero por una vez responde.

—Te están siguiendo. Los conozco y no quieren ir de buenas—¿Perseguirme a mí? ¿Quién?— Ya te queda poco, gira a la izquierda y entra en el primer edificio. Tiene las puertas del garaje abiertas.

Quiero preguntarle por qué, pero me lo ahorro. Entro en el rascacielos al que me ha guiado. Andrew se encuentra justo ahí, en un hueco libre. Aparco de forma rápida, más o menos precisa y salgo del coche. Las puertas del garaje empiezan a cerrarse, quedándose todo iluminado con algunas luces tenues de color amarillo.

—¿No me vas a explicar qué pasa? —mi pregunta se queda en el aire porque no la responde. Saco las bolsas del maletero —ya que me has traído aquí, déjame guardar esto hasta que me vaya. No quiero que se ponga malo.

Suelta un bufido y coge todas las bolsas, a pesar de pedirle que me deje llevar una las lleva él. Subimos por el ascensor subterráneo.

—Andrew ¿Qué pasa? ¿Por qué me seguían? Nada.

—Intentas ser paciente, pero yo también. Dime ahora mismo que pasa o me iré de aquí y me da igual que pase.

—Nada de esto tenía que salir así. Deben habernos visto en alguna ocasión que estuvimos juntos.

Eso es culpa suya. Si no me acosara, nadie tendría que habernos visto. Llegamos al lugar misterioso. Directamente me encuentro con un salón enorme, con un comedor y con miles de elementos decorativos geométricos. Esta tiene que ser su casa. Le sigo hasta donde es la cocina. Una cocina industrial del tamaño de mi casa. Deja las cosas en la encimera y vuelve a salir. Hay varias puertas y entradas que llevaran a los sitios básicos de una casa, pero al ver como es la cocina me puedo imaginar cualquier cosa. No sé, una pista de hielo en la terraza.

¿Cuánto gana un escritor?

Pensé que ganaban según lo que vendían, y parece ser que este hombre ha vendido toda su vida para poder tener todo esto.

¿Y si tiene otros negocios? Pero ¿cuáles?

Se acerca a la pared del fondo y empieza a tirarse del pelo y caminar de un lado a otro. Me acerco poco a poco y me siento en el sillón que queda justo en frente del hombre histérico.

—Andrew, cálmate por favor. No creo que sea nada grave. Eres famoso, te seguirán algunos fans locos.

—Eso no son aficionados ni fans locos como los llamas. Son gente bastante jodida. Que por salir sin un puto acompañante te han visto y han ido a por ti.

¿Está de broma? ¿Me está culpando por salir a la calle?
Esto tiene que ser una broma, y de muy mal gusto.

—¡Ni se te ocurra culparme! ¡Está claro que si han ido a por ti es porque me han relacionado contigo! Si no hubieras mostrado tanto interés... —¡Cállate, Grace! ¡Vete a una jodida habitación y déjame pensar! Como se te ocurra salir pienso atarte a la puta pata de la mesa.

Levanto las manos en son de paz. Lo dejo solo en ese gran salón, dando vueltas de un lado a otro. Me voy a la cocina, ya que es la única estancia que conozco. No voy a ir yendo como si fuera la dueña de una casa que ni conozco. Me apoyo en la encimera, suspirando. Llevo dos dedos al

punto de la nariz y lo masajeo.

¿Y qué hago ahora?

Le echo un vistazo a la enorme cocina. Tiene de todo, un chef profesional saltaría de alegría al ver esto. Paso las yemas por la encimera impecable. No me llevo ni una miga de pan.

Quizás puedo cocinar algo. Tengo hambre y con lo que me ha dicho no creo que me vaya a ir temprano, pero hay algo en todo esto que me lleva a la misma pregunta.

¿Quién podría venir a por mí? y ¿Quién es Andrew Carter de verdad? Esto ya me esta empezando a asustar. No quiero tener nada que ver con un hombre al que le persiguen.

Me tiro del pelo, intentando tener alguna buena idea. No puedo irme. Esto tiene pinta de que nadie entra ni sale sin su permiso. Me acerco al gran ventanal. Hay una visión estupenda de Seattle. Mi casa está por allí, en dirección Norte. Suspiro, dejando atrás la ciudad.

Me acerco a la nevera, y encuentro algunos platos precocinados. Puedo parecer muy confiada para abrir la nevera de otra persona pero es que me han metido aquí por la fuerza, así que, que se joda. Miro las etiquetas de cada envase y me decanto por la lasaña. Cojo el envase de cristal y lo meto en el microondas durante tres minutos. Busco los platos y los utensilios por todo los cajones y muebles superiores.

No sé porque estoy haciendo esto. Me gana la vena de la bondad. No puedo ver a alguien pasándolo mal y no hacer nada, aunque ese hombre sea quien me está haciendo la vida imposible. Sirvo dos vasos de agua y coloco una porción en cada plato.

Bueno, veamos si no me sale mal el plan.

Cojo el plato y voy hasta el salón. Sigue allí, dando vueltas y gritando por teléfono. Me acerco con pasos cortos y en cuanto me ve cuelga, tirando el aparato a uno de los sillones modulares.

—Te he traído algo de comer —le ofrezco el plato —una comida siempre te hace pensar mejor. —
¿Has cocinado? —pregunta.

—No. Estaba en tu nevera — me mira con expresión divertida, como si no se lo hubiese esperado, pero asiente.

Coge el plato y se dirige al comedor. Yo, mientras tanto voy a la cocina para coger mi plato y las dos botellas de agua. Me dirijo a donde está y me siento en la otra esquina de la mesa. Que me gane la vena de la buena persona no significa que sea tonta para sentarme a su lado y arriesgarme. Espero que cuatro sillas de distancia sea suficiente.

Comemos en silencio. El sabor de la carne picada con el hojaldre hace que mis papilas gustativas bailen una macarena. Está delicioso. Casi no hace falta ni agua para bajar la comida de lo suelto que está. Nunca he sabido hacer lasaña. O se me quedaba cruda o se quemaba o se deformaba. Una de esas tres para que acabara tirándolo o comiéndolo de mala gana por pena a desperdiciar la comida.

—Cocinas muy bien— le halago.

—Siento desilusionarte, pero lo ha cocinado mi asistente, Stephen — dice.

Claro, debería haberme supuesto que tenía asistentes del hogar. No creo que sepa ni freir un huevo, aunque claro, tampoco le hace falta. Abre la botella y bebe un gran trago de agua, dejando el envase casi vacío.

Sus ojos negros son lo último que he estado viendo al dormir. Es como si estuvieran hechos para grabarse en mi retina y en mi subconsciente. Sus ojos leyéndome el pensamiento y poseyendo mi alma.

—¿Ya tienes una idea de que hacer ante el problema de hoy? —pregunto con voz suave para no espantarlo.

Deja el tenedor sobre el plato en cuanto queda totalmente vacío. Bebe lo que queda en la botella y la aprieta suavemente. El sonido del plástico quebrándose hace encoger a mi espina dorsal, temerosa.

Necesito saber que va a pasar. No puedo estar aquí encerrada en esta jaula de oro. Aunque el miedo esté presente, la curiosidad que siento por este hombre y por todo lo que le rodea gana por goleada. Cada segundo que pasa es una pizca menos de esperanza de que me conteste.

—Nos vamos a Ucrania.

¿Cómo? ¿Qué coño está diciendo?

La cabeza me empieza a dar vueltas. Tiene que estar de broma. Le miro fijamente, suplicando a mi yo interior de que todo esto es un chiste malo y no lo he pillado. Siento como toda la comida me hace el mismo recorrido que hizo para entrar. Cierro la boca y me esfuerzo por no vomitar. Dios santo.

—¡¿Estás mal de la cabeza?! —me levanto, dando un golpe en la mesa —¡No puedes decir eso, así como si nada! Esto es increíble. ¿Sabes qué? Paso. No voy a seguirte el rollo más. He intentado entenderte, pero ahora mismo me voy a mi casa, con mi gato y a acostarme a dormir, que es donde debería estar y no aquí con un hombre que está claramente loco— me acerco, señalándole con el dedo— ¡Cómo se te ocurra volver a acercarte a mí te juro que te pongo una orden de alejamiento!

Me alejo de la mesa, dejándolo sentado y anonadado. Esto es increíble. Estoy harta de este hombre y su actitud. ¡“Te vienes a Ucrania” dice el gilipollas! Donde me voy es a mi casa. Esto me pasa por querer ser más sociable. Wallace estaba muy equivocado. Más vale bueno conocido que malo por conocer.

Pulso el botón del ascensor con fuerza. Nada. Lo pulso otra vez. Nada otra vez.

¿Por qué no se enciende el botón?

Empiezo a alterarme. Presiono el botón muchas veces seguidas, esperando una luz, un sonido. Algo que me indique que el ascensor funciona.

¿Y si...?

¡No! ¡No! ¡No! ¡Por favor no!

Aporreo la puerta metálica con fuerza. El sonido estridente del metal me martillea los oídos y altera mucho más las neuronas de mi cerebro. La mano se daña aun más con cada golpe, pero no es importante. Lo importante es salir de la casa de este loco.

¡Por dios ábrete ya!

Siento como me cogen por la cintura. Forcejeo con todas mis fuerzas. Intento darle una patada, un codazo, cualquier cosa que pueda sacarme de aquí. Grito desenfrenadamente, rogando que alguien me escuche. Coloca un paño húmedo sobre mi nariz. Los ojos se me salen de las orbitas. Suelto gritos sin ningún tipo de coherencia. Estoy aterrorizada. Solo quiero salir de aquí y no hay nadie para ayudarme. Intento aguantar la respiración, pero el asfixiante olor logra meterse por mis fosas nasales, haciéndome sentir cada vez más débil y somnolienta.

Sigo sin dejar de intentar soltarme. Las piernas me fallan, por lo que la única razón que no me he caído al suelo es la mano de Andrew en la cintura. Mis manos también pierden fuerzas y mi cabeza cada vez está más atontada. Es como si mi cuerpo no fuera a la misma velocidad a la que va mi corazón.

Dejo de emitir ruidos, solo se escucha mi respiración errática por el esfuerzo. Mis ojos se sienten muy pesados. No consigo enfocar nada, todo se ve como si tuviera neblina en los ojos, al igual que mis oídos que se taponan.

Cierro los ojos. Estoy perdida. Completamente perdida y dudo mucho que algo pueda salvarme. La imagen que se viene a mi mente es la de mis padres abandonándome y la de mi precioso gato, que me ha acompañado durante todo este tiempo.

—Lo siento mucho. Necesito mantenerte a salvo.

No consigo distinguir de quien es la voz, se escucha demasiado lejos como para analizarla. Suelto un último suspiro, diciendo la palabra “Luke”. Después de eso, ya no hay ni luz, ni miedo, ni sonidos. No siento absolutamente nada.

CAPITULO SEIS

Todo se mueve.

Es incómodo.

No hay nada. No puedo abrir los ojos, y aunque lo intente solo veo oscuridad. Nada más que oscuridad. Se escucha viento, mucho. Y un motor. ¿Estamos en un avión? ¿A dónde voy? Un pitido en la cabeza me hace gruñir.

Alguien me está acariciando el pelo.

¿Quién?

Estoy sobre una superficie blanda, parece una cama, y mi cabeza está sobre algo un poco más

duro.

¿Es esto real?

No. Es un sueño.

La mente vuelve a sentirse muy pesada y una especie de ondulaciones me hacen sentirme más mareada. Mi mente se siente aturdida, mucho. Es como si hubiera tomado drogas alucinógenas. Cierro los ojos, intentando aliviar el dolor, pero poco a poco me vuelvo a quedar dormida por obligación, por causa de algo desconocido, mientras las caricias continúan.

CAPÍTULO SIETE

Me despierto con un dolor de cabeza tan intenso que parece que me va a explotar. Me toco la sien, intentando calmar las pulsaciones.

¿Qué ha pasado?

No me acuerdo de casi nada. Solamente recuerdo estar comiendo lasaña, y después de eso, todo negro. Me reincorporo donde estoy acostada. Es una cama. Sus sábanas de satén blancas hacen que sean muy cómodas y reconfortantes. Te invitan a quedarte más tiempo. Me quedo con las piernas cruzadas, reflexionando sobre que ha pasado. Esfuérzate, Grace. Recuerda que ha pasado

Miro a mi alrededor, observando la gigante habitación donde estoy. Son todos colores claros como blancos, cremas y algún tono pálido como rosa o amarillo. Es una habitación muy...Femenina, como si hubiera sido decorada a consciencia.

¿Pero qué narices hago aquí?

Me levanto y me acerco corriendo a la terraza. ¿Qué es esto? Miles de montañas nevadas están a mi alrededor. Es una casa en medio de las montañas. Miro hacia abajo, encontrándome con que estoy en un segundo piso. Entre donde estoy y la tierra hay alrededor de siete metros más o menos.

¿Dónde estoy?

Mi mente consigue recordarlo todo en un solo segundo, imágenes y recuerdos de lo que ha pasado vienen a mi mente, como si se tratara de un torrente que te golpea de forma incesante. La noticia de que nos íbamos a Ucrania. El ascensor. El pañuelo.

¿Estamos en Ucrania? ¿Y mi trabajo? ¿Mi casa? ¿Mi gato? ¿Me ha secuestrado?

Empiezo a hiperventilar por todas las preguntas que hay en mi cabeza sin respuesta. Me dejo caer en el suelo helado de la terraza, congelándome la zona interior de las piernas al instante. Mis lágrimas caen a borbotones. Noto el dolor en la cara por el frío, pero no importa. Lo que importa es que me han secuestrado y me han traído a Ucrania. ¡¡Ucrania!!

¿Por qué me tiene que pasar esto? ¿Por qué tienen que hacerme sufrir de esta manera cuando no he hecho nada malo nunca?

Todo siempre me sale mal. Ya tuve bastante con mi adolescencia como para ahora me pase esto. Sorbo mi nariz, hipando a causa de las lágrimas. Mi respiración se ha hecho más irregular, y mi labio inferior tiembla debido al frío.

Me levanto y me deslizo hasta el interior de la habitación. Cierro las puertas de la terraza y me dejo caer en uno de los asientos grises de la estancia. Recojo los pies y me los llevo al pecho, escondiendo mi cabeza entre ellos. Suelto sollozos de dolor y de tristeza. Ahora mismo siento impotencia, mezclado con miedo. Mucho miedo. Es un coctel de emociones.

Oigo un ruido en otra parte de la casa. Levanto la cabeza de mis piernas y me levanto con cuidado, posando mis pies descalzos sobre el suelo.

Otro tema es que estoy en bata de satén. Nada más que en el albornoz. Pienso matar a ese puto psicópata. Pienso matarlo y ver como se desangra hasta que su piel se convierta en color blanco.

Bajo el manillar, rezando para que no esté cerrado. Se abre. Suelto un suspiro de alivio y deslizo la puerta en silencio. No quiero hacer ruido y que venga a por mí. Ya he visto esto. Es un tío trastornado que a la mínima que le lleves la contraria te encierra en el desván sin comer durante una semana. Unas escaleras centrales gigantes quedan justo delante de la habitación. Alrededor de esta hay más puertas. Se escuchan varias voces de hombre en la planta principal. Una de ellas es la de Andrew. Lo reconozco al instante.

Capullo.

A medida que bajo las escaleras, las voces van diferenciándose más. También hay una mujer. ¿Ha permitido que ese loco me secuestre? Pero de qué coño va esta sociedad que ni entre nosotros ayudamos, aunque... Quizás ella también esté secuestrada. Si es así podríamos ayudarnos.

Las voces vienen de la puerta de la izquierda. Es una sala de estar, bueno una sala de estar del tamaño de un teatro para trescientas plazas. Me asomo un pelín, para poder ver a quien me enfrento. Ahí está Andrew.

Empiezo a ver de color rojo. Estoy furiosa. Tiro el cabestrillo al suelo, y sin calcular ninguna estrategia entro en la sala de estar. No me doy ni cuenta de que está lleno de hombres trajeados, y como dije de una mujer.

—¡Secuestrador de mierda! —mi grito hace que todos se giren —¡capullo! —me acerco a él, que sigue de pie sin decir absolutamente ni una sola palabra.

Uno de los hombres se mete en medio, intentando detenerme. Me agarra de las manos y busca inmovilizarme con cuidado, pero levanto la rodilla y la impacto fuertemente contra su entrepierna. Caer arrodillado, soltando un gruñido de dolor, lo empujo hacia un lado, apartándolo de mi camino. Lo siento mucho hombre trajeado, pero tengo temas más importantes que solucionar.

Mi corazón está acelerado, tanto que creo que podría verse el latir a tres metros de distancias. Mi respiración errática no me impide en seguir caminando hasta llegar al causante de todo este sufrimiento. Me hago la melena pelirroja hacia atrás, teniendo una mejor visión de todo el panorama.

—¿Cómo has podido ser tan hijo de puta? — le espeto, teniéndolo cara a cara.
El hombre que dejé en el suelo se levanta, aun cojeando.

—¡¡Habla joder!! ¿Cómo me has sacado de Estados Unidos?

Sin inmutarse se sienta en uno de los sillones de cuero. Cruza una pierna sobre la otra, y con su mano en mi barbilla se dedica a observarme.

¿Pero qué coño le pasa a este señor por la cabeza?

Suelto un grito de frustración y me arrodillo en el suelo, agotada física y mentalmente. Soy patética. Estoy aquí de rodillas, llorando frente al hombre que me ha secuestrado, pero es que las sensaciones y las circunstancias me superan y no puedo controlarlas.

—Estás en mi casa oficial. Bienvenida. — le miro desde abajo. ¿Me está jodiendo? —a pesar de lo que pienses no te he secuestrado. Te estoy salvando.

—¿Salvándome? — pregunto medio riéndome —si estoy en esta situación es por culpa tuya. Me perseguían porque eres un puto mentiroso. Escritor erótico y una mierda...

—También soy escritor. Vale que tengo otro sustento, pero para que mentir. Soy bueno.

Me quedo allí sin decir nada. Me acomodo en el suelo y me quedo allí, pensando en absolutamente nada. Mi mente se ha quedado totalmente fuera de honda. Estoy totalmente en blanco. Esto me tiene confundida. No sé de que va este hombre.

¿Qué me va a hacer ahora? ¿Matarme?

Soy un blanco fácil. No le habría costado nada saber que estoy sola en la vida y que nadie me echaría de menos. Mi gato si me echará de menos.

Oigo un maullido. Levanto la mirada y veo a Luke correr hacia mí.

¿Es mi gato? ¿De verdad? ¿Lo ha traído?

Se sube a mi regazo, me acomodo, pensando que se va a tumbar sobre mí, pero en vez de eso salta y se sube al regazo de Andrew.

Gato traidor.

—Vete a tu cuarto, Grace. Tenemos que tratar algunos temas.

—No. Quiero que me digas que está pasando. Soy yo la que está involucrada.

Se levanta, haciendo que Luke de un salto y se vaya de allí. Me coge del brazo bueno y me arrastra fuera de la sala de estar.

—¿No puedes hacer caso ni una santa vez?— pregunta.

Niego. No entiende que esto está mal. Suelta un suspiro.

—Te estoy dejando libertad para hacer lo quieras, así que o te comportas o te encierro en una habitación hasta que estés domada del todo. ¿Qué dices?

—Dijiste que no soy una secuestrada— mi voz suena apagada y triste. Algo en lo que parece que me ha mentido. Una de tantas.

Se acerca, y por instinto encojo la cabeza y escondo las manos. No quiero que me haga más daño. Al ver mi reacción natural hacia mí se aleja un paso, dejando las manos detrás suya.

—Grace. No eres una secuestrada. Puedes salir y hacer todo lo que quieras. Quiero que seamos amigos, y eso significa que no tienes que temerme. No te haría daño nunca.

Bajo la mirada, avergonzada por lo que hice. Con movimientos lentos se acerca a mí y me acaricia el pelo desde la parte posterior de la cabeza, en señal de confianza y buen acto.

—Recuerda. No eres una secuestrada—asiento, hipnotizada.

Me cuesta creerlo. Me cuesta creer cada cosa que dice, pero hay algo en mi corazón que me dice que lo haga. Mi subconsciente me dice que lo acepte, a pesar de lo que diga mi mente.

—¿Dónde puedo comer algo?—pregunto suavemente, provocándole una sonrisa.

—Ahora le digo a Stephen que te prepare algo. Espera en la cocina.

Su mirada no admite discusión, así que me dirijo al otro lado del pasillo donde se encuentra una cocina gigantesca de color blanco y negro con grandes encimeras de mármol. Me siento en una de las butacas de hierro forjado.

Esto es muy raro. No es nada como me lo imaginaba. Si parece y todo que estoy de vacaciones. Bueno, también es cosa mía que parece ser que esto no me afecta. Cualquiera estaría abriendo esas puertas, pero desde mi punto de vista es inútil. Estoy en vete a saber donde de Ucrania. No parece haber nadie en cuarenta kilómetros y tenemos que estar a veinte grados bajo cero. A parte de que voy con una bata de seda, y desnuda. O sea, que si salgo hay dos opciones; Que muera de frío o que me encuentren y esta vez si me encierren de verdad.

Qué vida tan surrealista. Todo es culpa de este hombre. Desde que lo vi en su despacho supe que no era alguien de fiar. No fallé, pero como se empeñó en seguirme pues hemos llegado a esto.

—Hola, Grace. —una voz masculina interrumpe mis pensamientos.

Me giro y veo a un chico moreno, con el pelo de color castaño y unos ojos de color miel, el color marrón más claro que he podido ver. Tiene un cuerpo esbelto y definido, aunque no es excesivamente grande.

—Hola... ¿Stephen? —asiente —encantada. Yo soy Grace— asiente— aunque eso ya lo sabes. Suelta una risita y yo por primera vez en el día también sonrío.

—El señor me ha dicho que tiene hambre. ¿Qué quiere de comer?

—El señor...— pongo los ojos en blanco. Increíble— algo que contenga azúcar. Necesito endulzarme la vida.

Se acerca a la nevera y saca una tableta de chocolate. ¡Chocolate! Abre el paquete y me da una

fila de cuatro cuadritos de chocolate. Me lo llevo a la boca nada más tenerlo entre mis dedos. y el sabor dulce invade mi boca y gimo de gusto.

—¿Hace cuánto que no comía chocolate? ¿Tres años?

—El señor se enfadaría si solo comiera eso, así que ¿le pongo algo más?

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Siete de la mañana.

—¿Qué? Si es como vivir de nuevo este día de mierda.

Me da una sonrisa. Le doy lástima. Se acerca, tocándome el hombro.

—Siento mucho lo que le ha pasado. Los hombres de esta casa suelen hacer las cosas con el pie izquierdo.

Me pone delante unas tostadas y un zumo de naranja.

—Y tanto si hacen las cosas con el pie izquierdo. Me ha secuestrado.

—A pesar de que le haya hecho eso. No tendrá problema siempre y cuando no le cabree demasiado.

Le enseño la mano vendada.

—De la primera vez que nos conocimos.

Examina mi mano vendada y en seguida se le cambia la cara. Se disculpa y se va. Curiosa y confusa miro hacia donde va. Se ha metido en la sala de estar. Encojo los hombros, y por una vez freno mi sed de curiosidad, sentándome de nuevo. Me como las tostadas con paciencia. Observo la estancia con más detalle. Es bonita, aquí podría hacer miles de comidas y postres, y estoy segura que algo más ya que es enorme.

—Ruego que disculpes a Andrew por lo que hizo. No tiene remedio.

—No te preocupes. No es culpa tuya —nos quedamos unos segundos en silencio —¿Te cuento un secreto?

—¿Un secreto? ¿A mí?

Asiento par de veces, divertida por la situación.

—Sí. A ti. Sé que es un poco precipitado pero pareces la única persona de esta casa con la que se puede hablar sin temblar de miedo— nos reímos— creo que tengo un problema. Me he despertado aquí hace apenas treinta minutos, arremetida por los recuerdos, dejándome temerosa, pero no me siento asustada de estar aquí. Me siento asustada de lo que me ha hecho. No sé explicarme bien, sé que es una tontería, pero bueno.

—No es una tontería. Comprendo lo que quieres decir, y no es malo sentir eso.

Con una palmadita en el hombro sale de la cocina, dejándome sola en esta zona desconocida.

Me bebo el zumo de naranja para no perder las vitaminas y dejo las cosas en el lavavajillas. ¿Y

qué hago ahora?

Me centro en las cristaleras que adornan toda la pared de la cocina. Quedo embobada viendo el paisaje nevado de las montañas. ¿Por qué vi- virá tan lejos de la sociedad? Dice que es su casa principal, así que la mayoría del tiempo tiene que estar aquí.

Que casualidad que haya estado en Seattle justo cuando lo llamé.

Me río de mí misma por mis ocurrencias. Es que no logro entenderme. Estoy aquí, riéndome cuando me han drogado para traerme a Ucrania.

¿Debería aprender ucraniano?

Al menos la frase “*socorro me tienen secuestrada*”.

Salgo de la cocina y me voy a investigar un poco la casa. No creo que me digan nada. Me han dicho que no entre a esa habitación, no a las otras. Además han dicho que no estoy secuestrada.

Sigo mi instinto hacia la parte trasera de las escaleras. Solo hay una puerta del mismo estilo que la de las plantas de arriba. Giro la manilla y la puerta se abre. El olor a madera y a menta inunda mis fosas nasales. Asomo la cabeza. Es una sala. Me adentro un poco más en ella y veo un sillón de cuero y una televisión enorme. ¿Es una sala de entretenimiento? Quizás sea una zona para poder ver la televisión, tranquilo sin que le interrumpan.

Salgo de la habitación, mucho más confusa que antes. Cierro la puerta y vuelvo de nuevo por el mismo sitio que vine. Me acerco a la sala de estar. No hay nadie, solamente está Andrew con unos papeles. ¿Y todos los demás?

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —levanta la mirada al oír mi voz.

Me acerco un poco hasta quedar a unos tres metros de él. En este salón se podría jugar un partido de fútbol.

—No creo que volvamos en una larga tempo - rada. Tengo que tratar aquí todos estos asuntos para que no vuelva a pasar nada.

Asiento. Me siento en el reposabrazos del sillón que hay frente a él. Le observo. Se toca el puente de la nariz aun con los papeles en la mano. Algo que he visto de él es que se estresa demasiado. Le quito los papeles de un tirón y me los guardo detrás de la espalda. Me mira como si fuera un perro al que le han quitado el hueso. Sonríe de forma burlesca.

—No estoy para bromas. Dame el papel.

—Eres un hombre muy aburrido —le doy los papeles. El juego no ha salido como quería. Quería hacer las cosas un poco más amenas, pero no ha dado resultado—tenemos que llevarnos bien y tú lo único que haces es hacérmelo pasar mal. No sé si te gusta verme sufrir, a lo mejor es eso por lo que me has traído aquí, pero no quiero sufrir más Andrew. Ya he sufrido mucho. Dijiste que eramos amigos, y no lo siento como tal.

—Ven aquí —abre los brazos.

Voy hacia él con pasos lentos e inseguros. No quiero que me haga más daño. Cuando estoy frente a él me agarra suavemente y me sienta en su regazo. Me quedo con la espalda y el cuello rígido. Esto es un poco raro. Me hace apoyar mi cabeza en su pecho. Me envuelve en sus brazos y me permito poder cerrar los ojos durante un segundo. Sus dedos acarician mi cabello pelirrojo, desde la raíz hasta las puntas.

—Sé que no quieres verme, pero permítete disfrutar de las caricias un segundo. Ayudan cuando no tienes a nadie más.

Esas palabras me calan en el corazón. Una simple caricia, incluso de alguien a quien supuestamente odias puede ser un acto reconfortante. Me acurruco más en su pecho, sintiendo una calidez que llevo sin sentir más de siete años. Sin darme cuenta miles de lágrimas caen por mis mejillas, empapando la camisa de Andrew.

Me reincorporo sobre su regazo. Me mira sin pestañear. Sin pensarlo mucho me acerco y le beso. Mis labios torpes se presionan con los suyos. Es un simple toque de labios pero me siento como si enloqueciera, como si con este beso le diera mi alma. Paso mis manos por su pelo y tiro suavemente. No es como el anterior beso, este es un beso donde yo tengo el control. Un beso suave y tranquilo. Un beso donde busco el afecto que no he tenido en todo este tiempo.

Me rodea con sus manos, acercándose más a él. Su lengua acaricia mis labios sin ninguna timidez, al revés. La introduce en mi boca, asal- tándola. Mi lengua lucha por mantener el poder, pero pierde ante las incesantes arremetidas de su lengua contra la mía. Levanto mis caderas, acercando mi pelvis a su torso. Sus manos me tiran hacia abajo, dejándome en mi sitio de nuevo.

¿Qué estoy haciendo? ¿Me estoy enrollando con el que me tiene cautiva?

Me separo avergonzada. Mis labios húmedos y rojizos me duelen. Miro mis muslos. No quiero verle los ojos y volver a caer en la tentación. Me siento como Eva, probando de la fruta prohibida. Sus manos dejan de tocarme. Eso me desilusiona. Se ha enfadado conmigo.

Me levanto de su regazo y me voy de allí, antes de perder la poca dignidad que me queda. Subo las escaleras hacia el dormitorio que me desperté. No sé que hora es, no más de las nueve de la mañana, pero estar en el piso de abajo en silencio con ese hombre no es mejor plan.

¿Y esa puerta abierta?

Al lado de mi habitación hay una puerta abierta que antes no había. Me acerco, curiosa. No se me puede culpar de querer saber cosas.

Es un despacho. Un despacho de colores muy oscuros. Casi no hay luz ¿Cómo puede trabajar aquí? Es un sitio oscuro, no sé exactamente que transmite, pero solo sé que me dan escalofríos de estar aquí. Doy un par de vueltas, inspeccionando el lugar. No está muy decorada: una mesa, una silla, un sillón y una estantería. Me acerco a la estantería. Miles de libros de arriba abajo, llenándola por completo. Paso el dedo entre ellos. Son de color negro, absolutamente todos y del mismo tamaño, dándole un aspecto mucho más elegante. Escojo uno al azar y palpo la superficie

brillante. Una rosa, con sus pétalos marchitos es la portada principal. “*Fruta prohibida*”. Leo en voz baja. “*A. Carter*”.

¿Son estos los libros de Andrew? Miro el lomo. Son casi seiscientas páginas.

Un ruido fuera de la habitación me alarma. Cojo el libro y salgo de forma sigilosa del despacho. Me meto de nuevo en la habitación y me siento en la cama con los pies cruzados. Vuelvo a darle un vistazo a la portada. Con mejores condiciones de luz se puede apreciar como la rosa marchita gotea sangre. ¿Por qué sangre?

Abro la tapa con cuidado de no arrugar nada. Tengo que dejarlo en el mismo sitio de donde lo he cogido para que no se sepa que he estado allí.

Paso las manos por las primeras letras.

“Aunque no lo sepas siempre me has pertenecido, desde que mis ojos conectaron con los tuyos en aquella tarde de invierno”.

Que frase tan reveladora. Esto muestra mucho de su persona y también para la persona que sea esta cita. Supongo que la chica o el chico se hayan dado cuenta al instante al leerlo.

Después de esa página, el libro se convierte en una droga. Una página, tras otra, tras otra, tras otra...El libro me envuelve de una manera que no lo ha hecho ningún otro. Todos mis libros tratan de historias de amor perfectas, en donde hay un problema, pero siempre se acaba solucionando. Aquí es todo tan tenebroso, incluso pueda llegar a marearte al imaginar todas las escenas impactantes que hay. No me extraña que sea un bestseller.

Pasos se acercan a la habitación. Agudizo el oído y si mis cálculos no fallan vienen hacia acá. Guardo el libro debajo de la almohada y me tumbo, mirando hacia la terraza.

Andrew entra en la habitación. Me mira y se sienta a los pies de la cama.

—Tengo que salir. No quiero dejarte encastrada, pero si piensas escaparte no me queda otro remedio.

—¿Y a dónde voy a ir? —inquiero —no me hacen gracias tus bromas.

—No era una broma. No quiero que salgas de esta casa. —asiento, cansada de la misma conversación.

—¿Puedo saber a dónde vas? —le pregunto cuando se levanta — podrías llevarme. Me aburro.

—Para que me metas en un problema. No. Te quedas aquí tranquilita que es aquí donde debes estar.

—No sé ucraniano ¿lo sabes verdad? Sabes donde vivo, pero no los idiomas que manejo. Es increíble.

—Якби ти знав.

Le miro con los ojos entrecerrados ¿Qué ha dicho? Analizo su rostro, esperando alguna reacción, pero nada. Se levanta y se reajusta la chaqueta.

—Como decía. Quédate aquí y no les causes problemas a los escoltas.

—¿Aquí hay guardias?

—A tu cuidado hay seis, así que sí. Sería muy difícil que te deshicieras de todos.

—Si —me giro, quedando boca arriba — por cierto, eso que me has dicho lo serás tú.

Suelta una pequeña risa. ¿Qué narices me habrá dicho? ¿Era ucraniano? Lo habla muy bien. Incluso su voz se ha vuelto más grave al pronunciarlo.

Cierra la puerta de nuevo. Este capullo es muy inteligente. Primero me investiga, luego me lleva a su casa con la excusa de que me seguían— no me lo negado, pero no tengo dudas de que fue una mentira tan grande como esta casa— Me trae a un país donde nadie podría encontrarme —lo que no sé es como me habrá sacado de Estados Unidos. ¿No se supone que hay mucha seguridad? — me deja en el culo del mundo, rodeada de montañas nevadas, sin ropa y con seis escoltas encargados de mi “seguridad”. Mejor dicho; encargados de que no pueda escapar.

Se lo ha currado, eso lo tengo que reconocer. Por mucho que quiera intentar escapar hay varios problemas: el más importante es que no sé donde estoy y último en orden de importancia es que solo tengo una bata y a mi gato. No me han dejado nada más. Menos mal que aquí está la calefacción al máximo que si no estaría tiritando.

Cojo el libro de nuevo y me sumerjo de nuevo en la alucinante historia de Daryna y Demyan. Es una mezcla de sensaciones, porque en un momento todo puede ir bien y de repente torcerse y hacer que llore, me cabree, grite...

¡Y solo llevo cincuenta páginas! Esperemos que todo acabe bien.

CAPÍTULO OCHO

Miro entre mi nueva estantería favorita, buscando el segundo libro de “*fruta prohibida*”. ¿Por qué no pondrá este hombre el número de cada libro? Es más fácil de identificar.

“*Fruta de la tentación*”. ¡Lo encontré!

Este libro también es negro y brillante, y en la portada en vez de una rosa roja es una rosa blanca, sana, goteando sangre. He estado pensando, y después de leer el libro he visto que la sangre que brotaba de la rosa no es una salpicadura, es la personificación de la rosa —tendrá que ser Daryna — y la sangre sale de ella. Es como una especie de dolor, aunque es normal, el libro es un poco impactante, sobre todo la manera en la que trata Demyan a la pobre Daryna. La maltrata tanto física como mentalmente y ella le ama.

¿Por qué? ¿Por qué le ama si le hace tanto daño? ¿Es una manera de autocastigarse para que le perdonen sus pecados? Si no es eso. ¿Qué es?

“*La historia de Demyan y Daryna continúa...*” Es lo único que dice en la contraportada del libro.

Dejo el primer libro en la estantería, colocándolo exactamente donde iba y me quedo con el

segundo. He leído el primer libro en menos de cuatro horas. Me ha enganchado totalmente. Espero que el segundo me responda las preguntas que tanto ansio saber del primero. Quiero saber si Daryna vuelve o no.

Abro la puerta del oscuro despacho. Me doy la vuelta para cerrarla con cuidado para que ninguno de los hombres de ahí fuera, los cuales piensan que estoy durmiendo, vengan y me lo confisquen.

—¿Algo interesante ahí adentro? —pregunta Andrew con voz ronca.

Doy un grito agudo, acompañado de un sobresalto. Me agarro del pecho, intentando calmar mis pulsaciones.

¿Cómo se le ocurre hacerme eso? ¿Quiere matarme de un susto?

Me giro lentamente, intentando ocultar el libro a mi espalda. Estoy entre la puerta y Andrew, acorralada. Me mira con el ceño fruncido y con los labios apretados. No sé si es que le ha ido mal en su día o es que se ha enfadado conmigo. No me sorprendería ninguno de los dos porque su estado de ánimo cambia al milisegundo y siempre suele enfadarse conmigo, así que las posibilidades son infinitas.

—¿Qué tal tu día? —intento cambiar el rumbo de la conversación.

Tengo que despistarlo. No puede ver que estoy leyendo sus libros. Me moriría de la vergüenza. —No tan bien como a ti —me acusa —me han dicho que llevas todo el día durmiendo.

¿Durmiendo?

Ah sí. Se lo dije a uno de los chicos para que no entraran.

—Eh sí es que estaba cansada y el frío me suele dar sueño, por lo que... —encojo los hombros. Los brazos me están doliendo de esconder el libro —me voy a mi cuarto.

Camino hacia un lado, intentando salir de la prisión Andrew. Agarro el libro con fuerza y me las ingenio para pasarlo de atrás hacia un lado, ocultándolo, pero no llego muy lejos ya que me agarra de la parte delantera del cuello, de forma brusca y tira en su dirección. Suelto un jadeo de sorpresa. Tira hacia arriba, dejándome de puntillas. Su aliento choca con mi barbilla, sus labios entreabiertos de color rojizo me rozan mi pálida piel, en contraste con su piel bronceada y sus ojos negros que te trasladan al propio infierno. El mismo camino de descenso que hizo Dante. Mis ojos dilatados, dejando ver un simple anillo de color verde, mi piel blanquecina que se enrojece por la presión de sus manos, cosquilleándome su vello facial suavemente. Siento como mi respiración se altera de forma progresiva, de menos a más hasta llegar al punto donde mis jadeos se escuchan por todo el pasillo. Hebras de pelo rojo se caen del moño alto que llevo, algunos no los noto, pero otros sí.

Centra su atención ahí, metiendo el cabello sobrante detrás de mi oreja, lo hace con cuidado como si temiera romperme, aunque se contrasta con su duro agarre en mi cuello. Es difícil saber con que intenciones va. Sus movimientos delicados mezclados con su firme agarre.

—Dime que llevas detrás —agarro el libro con más fuerza.

—No tengo nada en mi espalda —miento. Voy a ir al infierno. Hace algo parecido a una sonrisa.

—Te doy otra oportunidad. ¿Qué llevas de - atrás? Si no respondes bien... Bueno, ya veremos lo que pasa.

Suspiro. No quiero que se entere. Me da ver - güenza. Mis mejillas se enrojecen aún más. Oh no, ya las noto calentarse. Le observo, para saber si está cabreado, pero no, puedo ver que sus labios juegan con mi piel. Se lo voy a volver a tener que decir.

—Solo entré a curiosar esta mañana...— le intento explicar — vi unos libros y me leí el primero. Ahora vine a leer el segundo.

—¿Qué libros? Tengo muchos ahí dentro. —no afloja su agarre y me estoy empezando a agobiar. Una situación excitantemente agobiante.

Con mi mano lesionada toco la suya, la que agarra mi cuello. Mira nuestras manos y afloja su agarre, pero sin soltar. Tomo una respiración profunda. El aire vuelve a mis pulmones con normalidad, pero no precisamente por soltarme, sino porque no noto su respiración tan cerca.

Le doy el libro. Lo mira desde abajo y sus labios se curvan hacia arriba, acentuando sus líneas de expresión.

—¿Te gustó? —asiento —¿y quieres leer el segundo?—vuelvo a asentir. —pues vamos a almorzar primero. Ya luego lo leerás.

Encojo los hombros. Me suelta y se va, bajando las escaleras con pasos elegantes. Le sigo, ajusto mi bata de seda. Necesito ropa, no puedo estar aquí toda la vida en bata. Llegamos a la cocina y sorprendentemente la comida esta puesta en la mesa. Stephen sale de la despensa con una caja de frutas en las manos. Me sonrío. Le devuelvo la sonrisa y tomo asiento en una de las sillas de la gran mesa de la cocina.

—¿Has comido Stephen? Puedes comer con nosotros si quieres. —le pregunto amablemente.

Siento un pellizco en el brazo por parte de Andrew. Quito el brazo de mala gana. Le miro de reojo y sigo hablando.

—No nos importa.

—Ya he comido, Grace. Muchas gracias por la invitación —sonríe, yéndose por la puerta trasera con la caja en las manos.

¿A dónde irá ese camino? ¿Estará ahí detrás la despensa?

Miro el plato un tanto confusa. No sé exacta - mente que estoy comiendo, solo sé que es un tipo de pasta. Son cómo los raviolis, pero más grandes . Miro mi plato y a él. No sé si comérmelo.

—No le he echado nada —dice y empieza a comer.

—Ya, pero la última vez que comimos juntos en tu piso me desperté en tu casa de Ucrania, y desnuda.

Tose falsamente y sigue masticando.

—Tengamos el almuerzo tranquilo, por favor —son las únicas palabras que me dirige durante el almuerzo.

La comida está bastante buena. El sabor a carne picada y a verdura contrasta con el sabor de la salsa que lleva dentro, la cual no sé que lleva. El agua aquí sabe diferente, como más dulce... No sé, quizás sean cosas mías y esté empezando a perder la cabeza. Terminó de almorzar, dejó el plato en el lavavajillas y me bebo el último trago de agua que me queda en el vaso para dejarlo en la máquina también.

Me estiro sobre la gran mesa de roble para coger el libro, pero me lo arrebató justo cuando mis dedos lo tocan.

Bufo y le miro de mal humor.

—Dame el libro. He almorzado y me has dicho que si almorzaba me lo dabas — le recuerdo sus palabras.

—Nunca dije algo así —le miro, perpleja —dije que ya luego lo leerías. Nunca dije que fuera justo después de comer.

Ruedo los ojos. Me siento de nuevo en la silla y espero a que me diga que hacer. Me rasco, intentando calmar los picores que tengo debajo de la venda. Coloca su mano sobre la mía, evitando que pueda hacerlo y dañe aún más.

—¿Por qué no me dejas leer? —mi pregunta suena más como una súplica que una pregunta.

Hago un mohín y le miro a sus ojos negros. —¿Qué te ha parecido el libro? —inquire.

—Pues es bastante bueno y distinto a los libros que he leído. Demyan tiene una manera rara de amar.

Sus pies se cruzan uno por encima del otro, apoya su codo en el respaldar de la mesa y con el libro en su otra mano. Su camisa negra se ciñe a sus brazos, dejando ver su fornido y esculpido cuerpo a través de la camisa.

—Define raro. —me ordena.

—No entiendo porque tiene que pegarle y porque luego no para de repetirle que le ama. ¿Por qué amas a alguien que te pega? Demyan le insulta cada día, incluso suele ocasionarle cortes en la hora del sexo para su placer. Ella en el libro grita de dolor y él no tiene ni una pizca de compasión.

—¿No has pensado que los gritos son de placer y no de dolor? Quizás ella pide que le insulten y que le peguen.

—¿Por qué haría algo así? Daryna estaría loca si le dejara hacer todas esas cosas porque verdaderamente le gusta. Creo que es más bien que no tiene opción. Lo único que puede hacer es

obedecer. Ella vive totalmente de él, sin Demyan, Daryna viviría en la calle, sin comida, sin un techo...

—¿Entonces crees que si tuviera independencia no estaría con él?

—Los hombres son raros. Piensan que pueden poseer a cualquier persona, y en la mayoría de los casos, eso no es así.

—“ *Poco a poco, las palizas se van convirtiendo en sadismo porque el único poder que tiene el violento en este mundo es el poder sobre aquella mujer, y sólo sobre ella, porque es su mujer y es un poder absoluto porque ella está a su merced, y sobre todo, porque ella así lo ha permitido*”.

Cita de memoria. ¿Qué quiere decirme con eso? Se levanta y aun con el libro en las manos se va, dejándome completamente confundida e inundada por mis pensamientos.

¿Qué ha querido decir?

Me acerco al gran ventanal. Agarro el manillar y tiro con fuerza hacia el lado contrario. La puerta se desliza, abriéndose. El frío helado de invierno me golpea la cara. Me ajusto la bata y pongo un pie fuera. La nieve roza mis dedos, helándolos al instante. Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Pongo el otro pie fuera, pero este solamente enterrando los dedos en la nieve. Ya he tocado la nieve antes pero no había tanta como a ti. Es simplemente hermoso.

Un pitido estridente se empieza a oír por toda la casa, ensordeciéndome. Me tapo los oídos ¿Por qué suena este ruido?

Me doy la vuelta para entrar de nuevo en casa, pero me encuentro rodeada de hombres trajeados, apuntándome con pistolas. Me quedo en blanco. Tengo tres armas apuntándome directamente a la cabeza, y otras tres un poco más alejadas. Mi corazón para de palpitir y el color abandona mi cara. Me quedo blanca como el papel.

Andrew aparece y manda a bajar las armas. Mi corazón vuelve a funcionar. Miro directamente a Andrew. Está cabreado, mucho. Está rojo de la furia y ante eso solo puedo temblar. Los hombres se van, dejándome a solas con él. ¡No! Quédense por favor...Me agarra de la parte posterior del cuello y me lleva a la fuerza al interior.

—¡Ay! ¡Me haces daño, Andrew! —muevo los brazos bruscamente para que me suelte. Agarra más fuerte— ¡Andrew por favor me duele!

Abre una puerta desconocida y nos mete a los dos dentro. Es un baño muy simple. Una bañera, un lavamanos y un inodoro.

Me suelta con brusquedad. Agarro la parte posterior de mi cuello, amasándolo con cuidado. Cierra la puerta y echa el pestillo. Retrocedo hasta que mi espalda está contra las baldosas de la pared.

—Desnúdate y metete en la puta bañera — niego rotundamente.

Ni de coña pienso desnudarme delante de él. Se acerca con pasos rápidos, arrebatándome mi bata. Quedo totalmente desnuda. Doy un grito ahogado, intento coger una toalla, pero me agarra bruscamente.

—¡Deja de actuar así por favor! ¡Quiero irme a mi casa!

—¡No vas a salir de aquí nunca más, Grace! Ve haciéndote a la idea de que esta es tu nueva vida. —termina sus crudas palabras.

Me quedo estática, dejando que me maneje y me mueva al interior de la bañera. No he querido aceptarlo, pero tiene razón. Esta es mi nueva vida. La puta de un asesino cualquiera que se ha

obsesionado conmigo.

Siento como recoge mi pelo en un moño alto, evitando que se moje. Me quedo con la cabeza baja, esperando a que haga lo que quiera hacer. Va a utilizarme y luego matarme por mi impertinencia.

Coge la alcachofa y activa el agua caliente. La porcelana blanca que hay bajo mis pies resbala y tengo que agarrarme a la pared para no caerme. Coge mi brazo lastimado para dejarlo en alto y no mojarlo. Me baña con el agua caliente. Toca mi cuerpo para lavarlo bien y cierro los ojos con fuerza cuando llega a mis partes íntimas. Lagrimas de impotencia corren por mis mejillas al no poder hacer nada.

¿Dónde está toda esa valentía de antes, Grace?

Se ha ido. La Grace valiente y atrevida ha enterrado la cabeza bajo tierra y ya no quiere saber absolutamente nada de mí. Se ha transformado en la Grace miedica.

El agua para de circular. Deja colocada la alcachofa en el soporte y coge una toalla. La pasa por mi cuerpo y me agarro a ella como si me fuera la vida en ello.

—Espera un momento.

Sale del baño y cierra la puerta. Oigo el pestillo. Ha cerrado la puerta, genial. Me siento en el inodoro, esperando a que llegue para vete a saber qué.

No sé qué quiere de mí. Primero me trata fatal y ahora me ducha, sin hacerme nada.

¿Por qué se ha puesto así por salir un segundo? ¿Será qué pensó que iba a escapar?

Suelto un bufido.

El pestillo de la puerta se oye desbloquearse, y seguidamente Andrew entra con una pila de ropa.

—Vístete — deja las cosas en el aparador del baño.

Le echo un vistazo a la ropa. Es un chándal gris y ropa interior masculina junto con unos calcetines. Le doy la espalda, dejo caer la toalla y sin perder un segundo me pongo la ropa interior y los calcetines. Miro el pullover gris. Me va a quedar por los tobillos, al igual que el pantalón, pero bueno. Me lo pongo y me doy la vuelta, encarándolo.

Me echa una mirada de cabreo. Sus pupilas dilatadas hacen que el pequeño tono marrón oscuro de sus ojos se vuelva completamente negro.

—No pretendía escapar —le digo, antes de que me quiera sacar aquí a rastras y encerrarme — solo quería tocar la nieve con los pies.

—No vuelvas a poner un pie fuera si yo no te lo permito ¿entendido? — aparto la mirada.

Me muerdo el labio inferior con fuerza y miro al suelo. Incluso sin verlo siento como se acerca. Agarra mi mandíbula para que mis ojos conecten con los suyos.

—Entendido... — digo con los ojos aguados. Me suelta.

Me miro un segundo al espejo y veo tres grandes marcas rojas en esa zona. Me levanto la manga derecha. Una zona amoratada con forma de cinco dedos.

Joder...

—A ver si te vas a coger un resfriado por tu imprudencia —abre la puerta del baño —vete al salón, uno de los hombres a tu cargo te llevará a mi despacho. Espérame allí a que vuelva.

Salgo del baño, mirando para atrás viendo a Andrew en la puerta de este, observándome. El chico que me tiene que llevar al despacho me espera en el arco de entrada del salón. Mira hacia atrás y asiente.

—Sígueme —tras decir esto empieza a caminar por los largos pasillos de esa gran casa.

Todo está lleno de madera, incluso puede llegar a ser agobiante. Es madera de color rojizo, uno muy potente y que si se usa demasiado puede no quedar bien. Por suerte solo está en este pasillo. Se para frente a una puerta y la abre. Se hace a un lado para que pase y obedezco. No entro totalmente en la habitación. Busco en la pared el interruptor de la luz hasta que lo encuentro. Una luz blanca del techo ilumina totalmente el despacho de Andrew.

¿Otro despacho? ¿Aquí es donde trabaja? ¿Y el de arriba?

El hombre cierra la puerta y me quedo sola. Camino, inspeccionando la habitación; un escritorio, una estantería, una tele, una mesa con dos sillones... Me acerco al escritorio. Tres pilas de papeles son el protagonismo del escritorio. Cojo uno al azar y me siento en la silla.

Se escuchan voces al lado de la puerta. Dejo el papel torpemente y me levanto de forma rápida de su asiento para sentarme en uno de los sillones que hay al lado de la mesa. Subo los pies a la silla y escondo la cabeza entre ellas.

Entra en la habitación. Las pisadas de sus zapatos resuenan por la habitación. La madera cruje en cuanto pasa por mi lado y sigue hacia su escritorio. Los siguiente que escucho son las ruedas de la silla que se deslizan por el parqué y el rechinar del cuero al sentarse.

Le miro de forma disimulada. Es una persona muy guapa. Si nuestra relación no hubiera empezado como empezó estaría babeando, literalmente, por él. Su barba arreglada de color negro le hace muy sexi. Extremadamente sexi. Me centro en como hasta la silla y la mesa de su propio despacho le queda pequeño cuando intenta estirar las piernas por debajo de la mesa.

Se me escapa una pequeña sonrisa en cuanto lanza un bufido y hace su gesto de preocupación habitual, tocarse el puente de la nariz. Aunque esté aquí cautiva me trata muy bien. No es que me guste estar aquí. Prefiero estar en mi casa y no haberle conocido nunca, pero debido a las circunstancias pues podría estar peor. Podría violarme, pegarme, humillarme, matarme de hambre... y una larga lista de etcéteras donde no hay ni una cosa buena.

A mi me deja estar de aquí para allá, me da de comer, puedo leer y ver tele —aunque no haya visto ninguna televisión, excepto la de la sala misteriosa — y me trajo a mi gato de Estados Unidos, que podría haberlo dejado ahí.

—Tenemos que hablar — su voz suena como si me estuviera susurrando al oído. Tan rota y grave...

Me acerco al escritorio y me siento, delicadamente sobre una de las sillas

—Aparte de poner límites sobre tu libertad, tenemos que hablar sobre algo importante. Firmaste el contrato de confidencialidad, así que, puedo decirlo con franqueza.

—¿El contrato de confidencialidad sigue vi - gente?—.pregunto. Asiente —¿cómo? Si estoy aquí encerrada.

Pensé que antes sí, pero porque pensé que íbamos a ser amigos y me contaría cosas sobre sus libros. No me imaginé un secuestro.

—Primero. Sí, sigue vigente. No todo el mundo sabe a lo que me dedico. Me dedico a la exportación de armas y de algunas sustancias. Un trabajo donde tengo a miles de personas trabajando para mí y nadie sabe quien soy —voy a hablar, pero sigue hablando — las personas que te vigilan son gente de fiar. En segundo lugar. Esto no es un se- cuesto, estás donde debes estar. En mi casa. Tu casa.

Me acomodo en la silla ¿exportador de armas y de sustancias?

Llevo mis dedos a los labios, para que no se me vea la sonrisa que tengo en estos. Lo intento por todos los medios, me muerdo el carrillo, pero nada. Estallo a carcajadas, reclinándome contra el espaldar de la silla. Me agarro el abdomen, riendo. Me mira con una cara de total confusión.

—¿M-me estás diciendo que eso de “ *exportador de armas y otras sustancias*” sustituye a la palabra narcotraficante? —muerdo mi labio inferior para no reír de nuevo.

Eres un caso raro. En vez de gritar y pedirle auxilio a la nada, me parto de la risa. Creo que es las situaciones de riesgos, no me hacen actuar de manera correcta.

—Es una palabra más ordinaria, pero sí. Es eso —acomoda unos papeles —me encanta que te haga tanta gracia porque así estás de buen humor para lo siguiente—abre el primer cajón del escritorio y saca una serie de papeles grapados —tus normas. Léetelas y las iremos aplicando.

Junto las cejas, confusa. Cojo los papeles y leo un poco por encima.

—¿Horarios de comida? ¿Citas médicas? ¿tiempo fuera de la habitación? ¿Vas a encerrarme?

—Necesito que comas bien, así que sí, horarios. Necesito que te hagas revisiones periódicas, ecografías, ginecología, enfermedades sexuales...Y por último que te quedes dentro de la habitación algunas horas por la mañana. A no ser que te diga lo contrario. De todas formas, cerraré con llave para que no haya imprevistos.

Sin paso a una negociación se enfrasca de nuevo en sus papeles. Apoyo mi cabeza en mis manos, mirándole fijamente. Hago morritos, in- tentando captar su atención.

Nada. Absolutamente nada.

Cojo un pisapapeles del escritorio. Es un maletín pequeño de color negro que pesa apenas quinientos gramos. Le doy vueltas, observándolo desde distintos ángulos.

Me mira de reojo, olvida lo que hace y se pone a mirarme inquisitivamente.

—Fue un regalo de mi madre —escucho —su último regalo, de hecho.

¿Falleció?

—Es un regalo a la medida de un... ¿empresario?—. digo esto último dudando. No quiero pensar que es narcotraficante. No estaría nunca en paz —es muy bonito —lo dejo en su sitio —¿qué edad tienes?

—No es relevante — responde.

Vaya que no...

Vuelve a coger una pila de papeles y es como si desapareciera de su campo de visión. Me levanto y camino en círculos por el despacho.

—Siéntate y déjame trabajar —me ordena. —¿No puedo irme al salón o a mi cuarto? Aquí no hay nada que hacer.

—No. Te quedas aquí. Siéntate y cállate.

—¿Por qué te dedicas a este mundo? Es peli - grosso—deja lo que está haciendo y me mira fijamente. Por un momento pienso que me va a gritar, pero en su lugar suaviza el resto, casi relajado.

—No es para siempre. Tengo pensado dejarlo, pero no sé cuando.

—No lo dejas por el dinero. No te preocupes, no eres el único. El dinero es muy vicioso, y una vez en las manos cuesta mucho deshacerse de él.

Intento no decirle directamente que me preocupa. No quiero que lo sepa, pero me preocupa. Me da pavor solo de pensar que algo puede pasarle por culpa de eso.

Cruzo los brazos y obedezco. El sillón de color gris es muy cómodo. Le doy la espalda y subo los pies, acomodándome lo que me permite el pequeño espacio. Cierro los ojos, me apoyo en el respaldar y me acurruco. De nuevo, me quedo completamente dormida.

CAPÍTULO NUEVE

Lluvia. Una tormenta cae sobre el techo de nuestra casa. Los rayos, el frío, el agua...

Estoy debajo de un toldo. Papá me ha echado de casa, mamá no hizo nada para arreglarlo y mi hermano, menos, al revés, estuvo de acuerdo con mi padre. ¿Por qué me odian? Soy una chica de quince años que quiere el apoyo y el amor de su familia. ¿Tan difícil es aceptar quien soy? No soy el chico que criaron. Soy Grace. Grace Johnson. Dejé de ser esa persona hace cuatro años. Ya no más.

Suena un trueno. Grito y me encojo en mi sitio. Empiezo a llorar, desconsolada. ¡Quiero estar en casa! ¡Quiero estar en casa!

Me arropo con la única prenda que llegué a coger. Mi abrigo, calentito. Mi abrigo...

Unos pasos se acercan de poco a poco. Me encojo del miedo. Es de noche. Estoy indefensa, sola y vulnerable. Tiemblo de terror en cuanto una sombra se posiciona junto a mí. ¡No! ¡No! ¡No!

Siento sobre mi cuerpo algo mucho más calentito. Abro los ojos. Es una manta. Miro a la persona que me la ha dado. Es un hombre. No logro verle la cara, está muy oscuro. Intento enfocar la imagen, pero nada. Me arropo a mi misma. Deja una bolsa a mi lado. Me acaricia el pelo. Sus dedos rascan mi cuero cabelludo, dejándome medio adormilada.

Se reincorpora y sigue su marcha. ¿Quién es? No... Vuelve.

—Vuelve... Vuelve... Por favor, no te vayas... Me zarandean.

Despierto desorientada. Otra vez ese sueño... —Tenías una pesadilla —me dice Andrew.

Está de rodillas en el suelo, una de sus manos en mi muslo y la otra en mi hombro.

—Sí... Pero no te preocupes. Estoy bien —le aseguro falsamente.

No quiero contarle mi sueño. No quiero que sepa la mierda de pasado que tuve.

Me ofrece una cálida sonrisa. Sus manos se mueven hasta llegar a mi cintura. Sin esfuerzo me coge en brazos y se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en la silla de enfrente. Me acomoda encima suya y empieza a acariciar mi pelo. Rasca mi cuero cabelludo y acaricia.

Cierro los ojos, tranquilizándome. Me recuerda mucho al toque de ese hombre, pero es imposible. Dejo que lo haga durante unos minutos, gozando de la tranquilidad que esto da.

Me gusta que me toquen el pelo, siempre me ha gustado. Me hace sentir querida y reconfortada.

—Esto me recuerda mucho al pasado —digo en voz baja —me trae un único recuerdo bueno entre todos los malos.

—¿Quieres contarme que has soñado? —niego ante su pregunta. Me entierro aun más en su pecho, aspirando su olor fresco y mentolado — contarle te ayudaría a dejarlo atrás.

—Alguien del pasado me ayudó, y fueron esas caricias las que me reconfortaron.

No dice nada más. Suspiro y me separo poco a poco. Le miro a los ojos y le sonrío, de forma agradecida. Cuando se porta así conmigo me parece una excelentísima persona, pero luego me trata como una basura y se me cae el alma al suelo. Todas mis ilusiones de que cambie se evaporan en cuestión de segundos.

Me intento levantar de su regazo, pero vuelve a dejarme pegada a él.

—¿Esta va a ser mi vida de ahora en adelante? —mi pregunta sale con una voz ahogada.

Me duele en el alma pensar que esta será mi vida de hoy en adelante. Una vida insulsa donde voy de la cama a su regazo. Su mirada me aclara que sí, que esta será mi vida y que no puedo hacer nada para arreglarlo. Mis ojos empiezan a soltar lágrimas sin parar.

—¡¡No quiero Andrew!! ¡Esta no puede ser mi vida! No puedo estar así hasta que te aburras de mí.

—Tranquila. No llores, Grace —empieza a acariciar de nuevo mi cabeza —si te sirve de consuelo, dudo que me aburra de ti algún día.

¿Quiere decirme que estaré aquí para siempre? Llora más fuerte, escondiéndome en su pecho. Me abraza, pero no reconforta.

—Quiero volver a Seattle. Llévame de vuelta a Seattle, por favor.

—No, Grace. ¿Por qué no ves esto como tu nuevo hogar? Aquí tienes todo lo que deseas y más. No tienes preocupaciones.

—Porque tengo horarios de hasta cuando tengo que comer. Por eso no sentiré que es mi hogar, y porque cuando pienso el por qué estoy aquí. Lo único que me viene a la mente es como me drogaste.

—Se acabó la conversación esta por hoy.

Nos levanta, dejándome colgada de su torso. Enrollo las piernas en su cadera para no caerme. Por supuesto que se acabó la conversación. Sabe que tengo razón.

—Tienes dos opciones irte a tu cuarto o puedo ponerte algo de televisión aquí.

Miro la gran televisión que hay en empotrada en la pared.

—Televisión —asiente y me deja sentada en la misma silla donde estuve durmiendo.

Enciende la televisión. Busca el canal de noticias y se sienta a trabajar.

Ya sé que está pasando...

Está jugando conmigo psicológicamente. Primero me hace daño, para recordarme que soy una secuestrada cualquiera, y luego me trata bien para que cree un círculo de dependencia. ¿Cómo no me he dado cuenta? Está intentando que olvide todo lo que me hizo antes de volver aquí.

Hay algo que no me cuadra en todo esto, y es la pregunta fundamental ¿Por qué me cogió a mí? Nos hemos visto dos veces. No he tenido ninguna relación con él antes. Si pudiera moverme de aquí para allá, quizás encontraría una respuesta, pero esta casa es enorme y es imposible moverse sin que te vean uno de los guardias.

Me centro en las noticias. Solo ocurren desastres. No hay ni una noticia buena, solo asesinatos, violaciones, cambio climático...No hay ninguna noticia buena sobre la cura de alguna enfermedad o el descubrimiento de algo importante.

El sonido de un móvil me hace darme la vuelta. Es el móvil de Andrew. Descuelga y saluda a quien sea que esté en la otra línea.

Hago como si me centrara en la televisión para que no sospeche de que estoy escuchando.

—Tendrías que avisar cuando vas a venir — oigo que le dice a la persona —si está bien. Te espero hoy a las seis.

Cuelga y deja el móvil con fuerza en el escritorio. Doy un respingo del susto. Me quedo estática en el sitio.

—Stephen ven un momento al despacho — oigo que dice ¿Stephen para qué?

Me reincorporo en el asiento y le miro frunciendo el ceño. El nombrado aparece al cabo de algunos minutos.

—Llévatela y metete con ella en la habitación. Cerrad con llave y no dejes que salga.

¿Qué? Me levanto como un resorte.

—¿Por qué tengo que estar encerrada? —Viene mi hermano y no me apetece que vea lo que es mío. Stephen, obedece.

Siento como me agarra de la mano.

—No le hagas enfadar —me susurra —te lo explicaré todo arriba.

Le enseño el dedo de en medio a Andrew antes de irme con Stephen. Este primero tensa la mandíbula mientras que el segundo hace un sonido nasal al evitar reirse.

Camino con pasos fuertes por toda la casa hasta llegar a la habitación. Tal y como le ordenaron, entra y cierra con llave. Me dejo caer en la cama. Mi acompañante me imita. Tomo una respiración profunda.

—El señor Alexey no es muy amable. Créame, es mejor quedarse aquí.

—¿Se llama Alexey? —asiente. Nunca había oído ese nombre —pues podría ayudarme a salir de aquí si le explico la situación...

Suelta una carcajada.

—Ya te digo yo que no — me mira —ese hombre me secuestró hace cuatro años para su placer, un juguete, pero el señor Andrew me sacó de ahí y me dio la opción de trabajar para él y tener su protección. Es por eso que yo también me escondo. Sabe que no quiero verle.

—Vaya. Esto viene de familia.

—No. Lo de Alexey era pura maldad, se aprovechaba porque trabajaba en colaboración con Andrew y nadie podía hacerle nada. Lo suyo es distinto, créame.

Asiento, no muy convencida de si es distinto o no. Me secuestró también. ¿Será de Estados Unidos también?

—¿Y no quisiste volver con tu familia? —pregunto—. no hace falta que respondas si no quieres.

—Mi familia me dio por muerto mucho antes de desaparecer.

Vaya...Que coincidencia. Se esfuerzan en encontrar gente a los que no echaran de menos. Como a mí. Me quedo embobada mirando al techo de color blanco.

—El señor no es malo, Grace. Tiene un temperamento fuerte, eso es verdad, pero intente darle una oportunidad.

—Hoy se ha enfadado porque salí, y me ha dado esto —le doy los papeles — normas que tengo que seguir. Yo era feliz antes de venir. Nunca debí hacerle esa entrevista.

—¿Qué entrevista? — pregunta.

—Es verdad, tu no lo sabes. Le tenía que hacer una entrevista para hablar de su libro y que se uniera a nuestra editorial. Pues no llegué a mucho porque mi jefa me dejó al mando y mírame aquí.

Asiente. No dice nada, aunque es comprensible. Yo tampoco sabría que decir.

—Yo soy de Nueva York —dice de la nada — hace que no estoy ahí unos seis años —lanza una pequeña risa —aunque Ucrania es mejor. La naturaleza siempre me ha gustado.

Esta vez soy yo la que asiente.

Saca su móvil y mira par de cosas antes de volver su atención a mí.

—¿Vemos algo en tu móvil? —pregunto —es que no sé cuanto tiempo vamos a estar aquí y podemos ver una peli.

Parece pensárselo durante un tiempo. Pongo mirada de cachorrito. Me mira fijamente y con una sonrisa saca el móvil del bolsillo.

¡Eureka!

Nos acostamos horizontalmente en la cama. Se mete en el navegador y miles de noticias aparecen en la pantalla. Les echo un ojo por encima, por aburrimiento. Solía hacerlo cuando estaba en casa sin nada que hacer.

—¡Espera! —le arranco el móvil de las manos sin poder creerme lo que estoy viendo —¡esa es mi casa! —leo el artículo en voz alta —Grace Johnson, editora de Washington Publisher ha desaparecido el pasado día veintidós de diciembre. Su compañero y su jefa denuncian la desaparición tras no volver a su trabajo al día siguiente —me tiro en el suelo. Las piernas me tiemblan de los nervios. —¡Jake me está buscando! ¡Gracias Dios mío!

Dejo el móvil en la cama y junto las manos, mirando hacia el cielo. ¡Me está buscando! Lágrimas caen por mis mejillas. Son lágrimas de felicidad. Pensé que no le importaba a nadie como para que me buscara, pero si hay alguien que se preocupe.

—¡Jódete, Andrew Carter! — grito, sin importarme una mierda si me oye su hermano o él. —No creo que esto le haga mucha ilusión a Andrew. Se va a enfadar mucho —comenta Stephen. Le miro fijamente. Me subo a la cama, gateando hasta quedar a milímetros de él.

—No se va a enfadar porque no se lo vamos a contar. Ninguno de los dos —le señalo con el dedo hasta tocarle la punta de su nariz —si se lo cuentas me encerrará en el sótano o me llevará a un sitio más lejos donde no me encontrarán nunca, y ya dudo de que me vayan a encontrar aquí —asiente —te pediría tu móvil para llamar, pero no quiero darte problemas. Yo buscaré un móvil.

—No lo hagas. Se enfadará mucho y no sabes lo que es capaz de hacer cuando se enfada. No te pongas en peligro de forma innecesaria.

—No puedo estar aquí para siempre, Stephen. Quiero irme a mi casa.

Pone los ojos en blanco. Le llega un mensaje, lo mira y sonrío.

—Ya podemos salir —se levanta y abre la puerta — nos vemos, Grace. Ten cuidado.

Me da un último vistazo y se va. Me quedo en la habitación, sentada en el centro de la cama. Suelto un suspiro, y como si lo hubiera invocado, Andrew entra en la habitación. Camina con las manos en los bolsillos hasta quedar a mi lado.

—¿Qué tal con tu hermano? —pregunto.

Abre los ojos por un segundo, claramente sorprendido, por mi preocupación quizás, pero vuelve a su gesto original al atar cabos y pensar de qué Stephen me lo ha contado.

—Pues igual que siempre supongo. Es un capullo.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo —digo. Vuelve otra vez esa mirada de sorpresa — ¿qué? ¿Te sorprende que te diga que tu hermano es un capullo o que estamos de acuerdo en algo?

—Ambas— dice. Saca una mano del bolsillo y me coge del brazo. Me ayuda a levantarme — vamos a la bañera.

—No quiero. Ya me he duchado antes y no quiero que lo hagas de nuevo.

—No es una ducha. Es un baño, y vamos que ya tengo la bañera llenándose.

Me lleva por el pasillo hasta una habitación enorme, más grande que la mía incluso. Su habitación, supongo. Es todo de color marrón y negro. Caminamos hasta la parte de atrás de una pared y llegamos a un baño igual de gigante, donde una bañera redonda negra se está llenando de agua y justo detrás de esta hay un gran ventanal, de pared a pared, dejándome ver la montaña nevada.

¡Es precioso!

Noto como me suelta y se aleja un poco hasta un aparador de color negro también. Se quita el reloj y los gemelos de oro de la camisa. Sus dedos hábiles se deslizan por cada botón, dejando ver un poco más de su bronceada piel. Sus ojos no me quitan la mirada de encima ni un solo segundo. Desliza la camisa por sus hombros. Sus bíceps se marcan al tirar un poco de ella para despojarla de su cuerpo. La deja en el aparador, desdoblada. Se dirige ahora a sus zapatos, agachándose para poder quitárselos decentemente. Desata los cordones con maestría y se quita los zapatos junto con los calcetines, siguiendo con los pantalones.

Me doy la vuelta, avergonzada. No quiero ver como se quita los pantalones y la ropa interior.

Ya gozaste demasiado, Grace.

¡Dios mío! Como para no mirar. Ese cuerpo fue esculpido por los mismos que crearon a las divinidades griegas.

Me percató de que el grifo de la bañera sigue abierto, así que me acerco y lo cierro. Vaya desperdicio de agua. Aquí tienen que haber más de veinte litros. Una ducha rápida le serviría igual.

Sus manos me rodean la cintura. Doy un pequeño resalto. No quiero girarme. Está desnudo detrás de mí y va a obligarme a meterme en la bañera con él.

Intento alargarlo todo lo posible, pero en cuanto mi cuerpo hace el mínimo movimiento su agarre se hace más fuerte.

—No vas a huir —me dice en el oído —puedo quitarte yo la ropa si quieres.

—Me la quitaré yo. Gracias por el ofrecimiento de todos modos. —se aleja unos pasos.

Pasa por delante de mí, sin darme tiempo a voltearme. Me quedo en shock al verle desnudo al completo. Trago saliva y me quedo embobada hasta que está dentro de la gran bañera.

Joder...Vaya culo.

Sacudo par de veces la cabeza y procedo a quitarme la ropa lo más rápido que puedo. Dejo la ropa en el suelo y me meto en la bañera, al otro extremo.

Arruga el ceño.

—No te quiero ahí precisamente —dice.

—Si quieres que haga esto tiene que ser con mis condiciones — estiro apenas mis pies, hasta notar que mis dedos tocan los suyos.

Enarca una ceja, claramente sorprendido. —Creo que las tornas se han intercambiado.

Coge uno de mis pies, obligándome a acercarme un poco y apoyar mi cuello en la bañera. Lo masajea. Dedos, cuerpo y talón. El mismo procedimiento todo el rato. Me relajo un poco al sentir como de cierta forma la tensión de mi cuerpo se disipa

—¿Qué te gustaría hacer mañana?

—¿Mañana? Pues lo que ponga en los papeles— respondo.

—Buena respuesta, pero no. Mañana tengo pensado en ir a la ciudad y pensé que te gustaría venir.

¿A la ciudad? ¿solos él y yo?

Me acomodo en la bañera. No tengo que pensar la respuesta, puesto que obviamente quiero salir, pero quiero hacerle sufrir.

—No sabía que a las secuestradas se les permitía ir a la ciudad —digo con sorna.

—Si fueras una secuestrada no te tendría en mi bañera. Te tendría en un sótano sin ventanas y con un colchón mugriento. Sin embargo, duermes en uno de más de cinco mil dólares.

Intento no parecer sorprendida por el coste del colchón. Estoy durmiendo sobre oro. Mete la mano en el agua y coge mi otro pie, para empezar a masajearlo también.

—La verdad es que algo de ropa me vendría bien. Me trajiste con la ropa del día, la cual no sé dónde está.

—Ropa será —cierro los ojos, disfrutando del masaje. Sus dedos expertos son hábiles quitando ropa y dando masajes. Me pregunto en que más serán así de buenos... —¿Por qué no tienes miedo?

Abro los ojos ante su pregunta. Me enderezo un poco en la dura superficie. Apoyo mi brazo lastimado en el borde.

—Si te soy sincera, ni yo misma lo sé. Supongo que esto, claro está que no me lo esperaba, pero no ha sido lo más duro que me ha pasado, y quizás el hecho de que te conociera, aunque no muy bien, ayude a sentirme menos como una secuestrada, que déjame recordarte que lo estoy, aunque me tengas entre algodones, y más como una invitada.

La conversación termina ahí. Creo que le ha convencido la respuesta, y a mí, porque nos quedamos aquí por más de media hora, disfrutando del agua caliente y del paisaje nevado. La mayoría del tiempo me la paso echándole un vistazo a las montañas y cortando mis gemidos de placer ante el masaje de pies.

Andrew sale de la bañera. Va hacia una pared y coge dos albornoces. Se lo ajusta y viene a mí para que haga lo mismo. Me suelto el pelo y lo atuso un poco para que pierda la forma del moño.

Su figura se posiciona justo detrás de mí, des - tacando la evidente diferencia de altura. Me masajea el cuello y los hombros. Le miro a través del reflejo del espejo. Su gesto concentrado en darme el masaje. Las arruguitas de su frente y de sus ojos.

—Ve a la cocina, prepararemos algo— obedezco.

Bajo las escaleras de forma rápida y enérgica. Llego a la cocina, no hay nadie. Abro la nevera, buscando algún envase de comida precocinada. Nada.

Me siento en una de las butacas, reclinándome sobre ella. Ha empezado a nevar. Más nieve en esta gran montaña nevada. Me apoyo en la isla y me dedico a mirar el paisaje. Mañana vamos a salir a la ciudad. Estoy ilusionada la verdad. No llevo nada aquí dentro, apenas un día y parecen semanas. Un copo de nieve se pega al cristal. Le doy golpecitos hasta que cae en el suelo con el resto de los copos.

—¿Qué haces? — pregunta.

—Nada. Nunca había visto tanta nieve junta.

—Aquí es muy normal en invierno —se dirige a la nevera. Saca algunas verduras y las pone sobre la encimera. Coge un cuchillo de la cajonera y empieza a cortar. Anda, pues sí que cocina.

Lleva el mismo chándal que yo me quité para darme el baño. Le queda mejor a él, incluso podría decir que le queda ajustado.

Su mano se mueve de forma rápida y enérgica, cortando las hortalizas en rodajas, casi de forma perfecta. Subo los pies a la silla, acomodándome. Me acuerdo que mamá siempre me echaba la bronca por hacer esto, pero es una forma de protección, o así lo veo yo. Mi madre no logró quitarme esa manía, y no creo que nadie lo haga ahora.

Coloca las verduras en una sartén y enciende el fuego, para poner este encima. Coge otro utensilio, un tenedor para remover las verduras. Rápidamente el olor inunda mis fosas nasales, es como si se crearan nubes de ese delicioso olor y entraran en mi nariz.

—¿Cuántos libros has leído? —pregunta.

—¿A qué viene esa pregunta? —encoge los hombros— algunos, sobre todo literatura romántica.

—Yo escribo literatura romántica.

Alzo una ceja. Si llamamos literatura romántica a sexo macabro...

Me mira, de reojo, sin dejar de lado a la comida. Tiene una mueca divertida, casi como si quisiera hasta sonreír.

—No esa literatura romántica. Hablo de literatura romántica antigua.

—¿Has leído el infierno de Dante? —asiento, al tener su atención fijada en mí — *“entre más perfecto es algo, más dolor y placer sienta”* —sonríe. Es una de mis citas favoritas —es una frase hecha para ti. Eres tan perfecta que estás condenada a sufrir y a recibir placer de forma constante y simultánea.

—Si fuera perfecta, que no lo soy, dudo que estar condenada a sufrir sea bueno.

—No es bueno. Nadie quiere sufrir —se acerca, colocándose frente a mí —pero las perfecciones como tú, no tienen el privilegio de poder elegir, es su penitencia al eclipsar al resto del mundo —me acaricia el mentón con el pulgar —lo bueno es que ambas cosas te pasaran conmigo.

<<Oh no. No pienso dejar que me hagan su - frir.>> Roza con el pulgar mi labio inferior por última vez para volver a centrar su atención en la comida.

Sirve la comida en dos platos y los lleva hacia la mesa del comedor. Me hace una señal con el dedo, y de forma obediente me levanto y voy hacia la mesa. Tomo asiento y espero hasta que se siente.

—A pesar de las circunstancias, sigues conservando los modales —su mano toca mi mejilla.

Su toque se siente cálido y familiar. Apoyo mi mejilla sobre su mano, sintiéndome, por un segundo, como si lo conociera desde siempre. No puedo creer que esté haciendo esto. Humillándome de esta forma, yendo hacia el toque de quien me tiene cautiva porque he estado tan sola que cualquier toque me hace sentir querida. Una lágrima rueda por mi blanquecina piel, mojando los dedos de Andrew. Sus ojos conectan con los míos, buscando información del por qué estoy llorando. No puedo decírselo. Más bien, no quiero. Sería humillante. Sigo soltando lágrimas de soledad y desesperación.

—No llores por favor —me ayuda a sentarme en su regazo —alguien tan perfecta como tu no merece llorar, y quien te haga llorar merece una penitencia eterna. Que irónico que sea él quien me dice esto. El hombre que me ha hecho llorar más en dos días que en dos años. Me seca las lágrimas con sus pulgares. Agarro su pullover con fuerza, lo estrujo, aliviando mi dolor.

—Deja que te alimente. Deja que empiece a cuidar de ti.

Con dos dedos trae mi plato a su lado. Pincha con el tenedor y me da a probar el primer bocado. El sabor mezclado de la cebolla y el pimiento me hace cerrar los ojos un segundo para saborear.

Me sigue dando de comer, alternándose entre bocado y bocado para comer algo él también. En menos de lo previsto nos hemos acabado los dos platos y yo ya he dejado de llorar. Sigo en su regazo. Una de sus manos me rodea la cintura, mientras que con la otra me da comer, y cuando no, me acaricia suavemente el estómago.

Estoy en bata, desnuda y dejando que alguien me haga caricias por encima de la prenda. Sigo sin explicarme el por qué no estoy asustada y porque me siento tan unida a este hombre. He intentado hacer memoria, pero no consigo acordarme de nada respecto a temas del pasado que lo puedan relacionar.

Necesito saberlo. Necesito saber quién es Andrew Carter.

—Es hora de subir. Mañana nos espera un gran día— me levanto y espero paciente a que deje las cosas a la cocina.

Vuelve a mi lado y subimos las escaleras de forma lenta. Estoy a punto de meterme en mi habitación, pero su mano en mi cadera me lleva a través del pasillo. A su habitación. La habitación oscura, como he decidido llamarla. Nos lavamos los dientes, y al terminar nos acostamos en la gran cama de tamaño kingsize.

Me acurruco, dándole la espalda. No sé porque voy a dormir aquí, teniendo una habitación allí. Tampoco quiero llevarle la contraria después de esta gran noche. Se acuesta tras de mí, abrazándome y arrastrándome suavemente a su pecho. De repente una sensación de calor y afecto me llega al alma, como si me hubieran clavado una flecha en el corazón.

Noto su respiración en mi coronilla. Su aliento cálido y mentolado. Sus manos grandes me estrechan contra su cuerpo, no demasiado fuerte, y sus respiraciones son profundas y pausadas.

—Buenas noches, Grace.

—Buenas noches, Andrew.

Cierro los ojos, dispuesta a dormir a pesar de que me tenga abrazada con tanta insistencia, con miedo de que me escape.

Inconscientemente agarro su mano, buscando aún más calor en el que refugiarme. Es adictivo. — Por fin te he encontrado, después de tanto tiempo he conseguido que vuelvas a estar a mi lado.

CAPÍTULO DIEZ

Mi estomago ruge. Tengo hambre, mucha hambre. No sé cuanto llevo sin probar apenas bocado. ¿Dos días? ¿Tres?

No me he movido de aquí en estos días ni siquiera para ir al baño. Estoy sucia y sé que huelo fatal. El hombre que me dejó comida no ha vuelto pasar por aquí, y ya me he comido lo que me

dejó.

Estoy lejos de casa, mucho. No quería estar en el mismo radio, así que me fui lo más lejos que pude. Estoy en Seattle, resguardada debajo del toldo de una tienda.

Me levanto, sacudo mi trasero. Cojo la manta y empiezo a caminar, sin rumbo ninguno. No entiendo porque la vida me castiga de esta forma tan injusta.

¿La vida me está diciendo que acabe con mi vida? ¿Qué no valgo nada y que es mejor que me vaya? Miro mis pies al caminar. Mis zapatos sucios y mojados chapotean con cada pisada.

Choco con alguien. Retrocedo unos pasos, aturdida. Miro atemorizada con la persona que me he chocado. Le pido perdón sin saber siquiera quien es.

¡Es él!

Es el señor que me ayudó hace días.

—¡Es usted! —exclamo de alegría —quería agradecerle lo que hizo por mí la última vez.

—Solo quería ayudar. ¿Ya tienes un techo? —su pregunta hace que me ruborice.

—Eh...Si. Es a unas cuadras de aquí. Hacia allí — señalo a mi espalda.

Juego con el bordillo de mi ropa. No me cree. Si no, no estaría tan sucia.

—¿Por qué me mientes? — su voz es dura, como si me estuviera reprendiendo —¿Sigues en ese mismo sitio verdad?—no responde —mírame cuando te hablo y responde.

—Si...He ido a estirar un poco las piernas. —mi excusa se queda corta. Me reprendo por hacerme la orgullosa en estas circunstancias. Cojo aire, mentalizándome —¿tiene algo de comer? Por favor, tengo mucha hambre.

—Despierta, Grace. Es solo una pesadilla. Estoy aquí contigo —la voz de Andrew hace que salga de mi pesadilla.

Agarro su mano y entierro mi cara en su pecho. Mi respiración irregular y mis sollozos ahogados es lo único que se escucha en la madrugada. No puedo más. Siempre aparecen esos sueños tan malos donde me recuerda las peores etapas de mi vida.

—¡Necesito que acaben ya Andrew! No puedo más— las últimas palabras me salen entrecortadas, debido al llanto.

—Cuéntame que pasa, Grace. Necesito poder ayudarte.

Niego. No puedo contárselo.

Sisea para ayudar a calmarme. Me acaricia el pelo como solo él sabe hacerlo y poco a poco voy serenándome. Noto como se acuesta de nuevo en la cama sin dejar de acariciarme y pegarme a su cuerpo. Hago tres respiraciones profundas y aspiro su olor mentolado. Intento apegarme más a su pecho, como si quisiera fusionarme con su alma.

—Intenta dormir. Aún es demasiado temprano. —No quiero dormir. Volveré a soñar lo mismo —

intento levantarme. Aun no ha ni amanecido.

Me agarra de la cintura y vuelve acostarme. Me envuelve con sus brazos y sus piernas, haciendo que quede totalmente acorralada. Me pego a su cuerpo todo lo posible, no porque me apetezca dormir, sino porque no me queda más remedio. Vuelvo a quedarme dormida por el calor que desprende su cuerpo.

Despierto sola en esta gran cama. Doy vueltas, desperzándome. ¿Dónde está? ¿Qué hora es?

Me levanto, desorientada. Me ajusto la bata, ya que durante la noche se había aflojado y salgo de la enorme habitación. Bajo las escaleras de forma lenta y perezosa. Ahora mismo me muero de sed y hambre. Me apetecería algo dulce, como un croissant.

Llego a la cocina, y lo primero que hago es servirme un vaso de agua. Refrescante y limpia agua...

Me apoyo contra la encimera, observando a través de las ventanas. Ahora que me doy cuenta, casi todo el exterior de la casa está rodeado con ventanales. La espesa capa de nieve sigue sobre las montañas. No estoy segura en que zona de Ucrania estamos, pero hay montañas y algunos árboles, como si fuera un pequeño bosque.

—¡Grace! Vámonos de aquí — la exclamación de Stephen hace que mi corazón se altere —ha venido Alexey. No puede vernos.

Me agarra del brazo y me lleva fuera de la cocina. Mira de un lado a otro, asustado, sin saber a dónde ir. Le agarro ahora yo a él y lo arrastro hasta la habitación que está detrás de la escalera. La habitación extraña.

—Podemos escondernos aquí —le digo.

Me siento en el sofá. Palmeo la plaza que está a mi lado para que se siente. Tiene el rostro pálido, como si hubiera visto un fantasma. Zarandeo mi mano para hacerle despertar de su ensoñación.

—¿Cómo sabes de esta habitación? —pregunta, tembloroso.

—La descubrí cuando estaba investigando. Es increíble que tenga una habitación con una tele y un sofá.

—Eh. Si. Es increíble.

Se sienta a mi lado. Le tiemblan las manos. Se las agarra para intentar calmarlo, pero lo único que pasa es que se note más.

Nos quedamos en silencio, esperando a que Alexey se vaya de esta casa. Me está empezando a caer mal. Ya tengo poca libertad, y cada vez que viene me encierran en una habitación.

—¿Por qué estas tan nervioso? ¿Tienes miedo de Alexey? —pregunto, en voz baja.

Su mirada cae sobre mí. Me examina con la mirada, de arriba abajo. Se nota que está confuso, impactado y hasta me atrevería a decir asustado.

—No es eso, Grace. Es simplemente que no deberías entrar aquí. Nadie entra en esta habitación, ni siquiera las limpiadoras. Nos va a matar en cuanto se entere. Va a despedirme y va a mandarme de una patada en el culo con Alexey de nuevo.

Su pecho se empieza a mover erráticamente debido a sus respiraciones. Le agarro las manos, para tranquilizarle.

—No te preocupes. Yo sé como lidiar con él. Tu no te preocupes que seguirás en esta casa —se apoya en mi hombro.

Le acaricio el pelo y poco a poco consigo que más o menos se vaya tranquilizando. Este truco de las caricias es mano de santo. Calma hasta la más loca fiera.

Pensándolo en frío no sé como lidiar con él. Le he mentido en la cara, pero no puedo dejar que entre en pánico aquí dentro. Una mentira piadosa no le hace daño a nadie.

Le llega un mensaje al móvil. Lo mira. Le echo un vistazo. Es de Andrew, dice que ya podemos salir.

—Dios santo...— susurra.

Le agarro del brazo y lo saco de la habitación casi a rastras. Me aseguro de que no esté a la vista y salimos al recibidor. Le miro con una sonrisa triunfante.

—Lo ves. No está y hemos salido. Nunca sabrá que hemos estado en esa habitación — me sonrío. Se quita las lágrimas de los ojos y me abraza.

—Muchas gracias, Grace. No quiero volver con él.

—Y no lo harás. Te lo prometo —rompe el abrazo y se va hacia la cocina.

Suelto un suspiro. Vaya cosas hay que hacer a buena mañana. Me froto la cara con las palmas de las manos, intentando desaparecer los restos de sueño.

—Si sabía que estaban en esa habitación— dice una voz a mis espaldas.

Giro sobre mi misma. Andrew está a un paso de mí. Va con su típico traje, pero sin chaqueta y con las mangas remangadas.

—¿Qué viste?

—Nada. Un sillón y una televisión.

—Voy a tener que hablar con Stephen sobre esto—.dice con la mandíbula apretada.

Pasa por mi lado, dispuesto ir a la cocina y despedirle. Por suerte, reacciono y le agarro del brazo.

—Ha sido culpa mía Andrew — digo de forma rápida y atropellada —fue todo muy rápido y ya yo había entrado en esa habitación. Tuve que hacerlo para que no nos vieran.

—¿Y qué? Él sabe que no se puede entrar ahí. Nadie puede.

—No le eches la culpa a él por algo que hice yo, por favor —su mano va hacia mi cara.

Cierro los ojos durante un instante, pensando que va a pegarme, pero no puedo estar más equivocada. Esta acariciándome el pelo, otra vez ese gesto tan familiar y reconfortante. Dejo caer mi cabeza hacia su mano, indicando que me encanta ese toque.

—¿Por qué siempre haces lo contrario a lo que digo?— pregunta más para él mismo que para mí. Hago caso omiso a la pregunta.

La verdad es que no lo sé. Me sería fácil seguir una de sus simples y estúpidas normas pero no creo que sea lo mejor para ya su alto ego.

—¿Por qué no vamos a la ciudad ya? Quiero conocer Kiev. Podemos desayunar algo.

—Son las doce de la mañana, Grace. Ya sería almorzar.

Encojo los hombros. ¿Tanto he dormido? Joder. Sus caricias cesan. Abro los ojos, decepcionada por que haya parado. Me mira fijamente por unos segundos. Se acerca a mi y deja un beso rápido y fugaz en mis labios.

—Ve a vestirme. He dejado algo para ti en nuestra habitación.

¿Nuestra?

Desaparece de mi visión antes de que pueda preguntarle.

Subo las escaleras de dos en dos ¿Qué me habrá dejado? Entro en la habitación oscura y lo primero que veo es un asombroso vestido color blanco junto con una gabardina de color blanca también. Me acerco y lo toco tímidamente. No quiero estropear ninguna de ambas prendas.

Cierro la puerta para poder cambiarme tranquila y sin que me vea ninguno de los guardias.

¿Por qué tendrá a tanta gente vigilando todo el día? Vale que su trabajo sea un poco peligroso, pero ¿es para tanto?

Me quito la bata y quedo totalmente desnuda frente al gran espejo de cuerpo entero. Mi cuerpo se ve aun más pequeño en esta gran habitación.

Miro mi mano envuelta en la simple venda. Estropea el look, pero si me la quito más estropearía mi mano, así que me la dejo puesta.

Me visto lentamente para no romper, ni arrugar el vestido. Me queda perfecto. ¿Cómo sabe mi talla?

Que más da. Sabe cosas mucho más personales. Estas son las cosas que más me asustan de él. Que sepa información privada que no tiene por qué saber. Como mi domicilio o mi número de teléfono personal.

Me pongo la gabardina y los tacones. Intento buscarle la etiqueta a todo, pero se lo ha quitado. Lo único que sé es que los tacones son unos Va- lentino, y porque está grabado a la suela, sino la quitaría también.

Me suelto el pelo y lo peino con los dedos. Necesito un puñetero cepillo de pelo, y de dientes.

Me ha traído aquí sin absolutamente nada. Bueno, mentira. Ha traído a mi gato, el cual está más feliz que yo porque tiene una casa y un jardín enorme. Tan feliz que no me ha echado de menos. Voy al baño privado de la habitación y observando por toda la superficie encuentro un cepillo de dientes. Bien. Es de Andrew, estoy segura, pero no puedo hacer más que utilizarlo.

Salgo de la habitación en cuanto estoy un poco más decente. Bajo las escaleras y me voy al despacho de Andrew. Toco dos veces y sin esperar una respuesta abro la puerta y entro en el despacho. No me equivocaba. Ahí está. Sentado en su silla de cuero. Me mira de arriba abajo y se detiene en mis pies.

—Muchas gracias por la ropa —le agradezco. Me acerco a su mesa —¿nos vamos?

—Hoy te compraré mucha más. No me agradezca por tres insignificancias.

Se levanta y me da la mano para salir juntos de su despacho.

¡No me lo puedo creer! ¡Voy a salir!

Me lleva por un pasillo de la casa en el cual nunca he estado. Cruzamos varias puertas hasta que llegamos a una de ellas que esta abierta. Pasamos al interior y me quedo con la boca abierta. Es un garaje con más de tres coches de gama alta.

¿Son todos suyos?

Mi reacción le hace sonreír triunfante. Ha conseguido impresionarme. Los guardias se montan en dos Ranges Rovers Negros.

—¿Vienen todos los escoltas? —pregunto —Son solo seis —dice con simpleza —nos vamos a Kiev, dulzura.

Con su mano en mi cintura me guía hasta el otro Range Rover. Ambos nos subimos en la parte trasera ya que de piloto hay un hombre con traje negro y gafas de sol negras.

—A Kiev, Andriy.

—Si señor. Hola, señorita Grace. Encantado de conocerla por fin.

Mis mejillas se coloran. Le doy una sonrisa tímida y me centro en jugar con mis manos. Andrew se acerca a mi oreja y susurra.

—Deja de coquetear con mi personal.

Su voz grave hace que me estremezca. Se separa de forma lenta, no sin antes dejar un mordisco en el lóbulo. Toso falsamente para ocultar el jadeo que brota de mi garganta.

—No estoy coqueteando, solo siendo amable— esto lo digo como un murmullo para mi misma, y parece no oírme porque no contesta.

Deja su mano sobre mi muslo, reafirmando que sus palabras no son en vano. Me fijo en su gran mano, que ocupa casi todo el ancho de mi muslo. Sus dedos extremadamente largos, sus uñas

perfectamente cuidadas, y su piel escasa de vello. Me dan ganas de enlazar mis dedos con los suyos, pero sé que no debo.

Estoy cometiendo un grave error en encariñarme con él. ¡Debería odiarlo! Pero lo único que siente mi corazón al tenerlo cerca es...No diría amor, pero siento como si mi corazón se acelerara. Siento una calidez en el pecho cada vez que me acaricia, que me besa o simplemente me habla. Es frustrante, porque tengo la sensación de que conozco a este hombre, como si algo nos uniera, un hilo transparente. Se me hace muy familiar, sobre todo sus toques, pero no logro recordar a quien me recuerda. Es todo muy confuso. Mi mente racional me dice que salga cagando leches, pero mi subconsciente me pide que por favor no lo haga, que necesita a este hombre que me ha llevado con él, sin importar el precio ni las consecuencias.

¿A quién debo obedecer? ¿A mi parte racional o irracional? ¿A mi mente o mi corazón? Ojalá alguien me haya enseñado a quien obedecer en estas circunstancias.

¿Qué diría el doctor Wallace?

<<Has siempre lo que te diga el corazón. Eso es lo que quieres realmente.>>

Si el supiera donde estoy ahora quizás no diría lo mismo.

El recuerdo de que me están buscando me vuelve a la mente. Mierda. Es verdad. La situación debe haberse agravado. ¿Debería decírselo a Andrew? Mi plan inicial era buscar un móvil en cuanto pudiera, pero ya no estoy tan segura. ¿Quién va a creerse que soy yo si llamo? Además, no tengo el número de nadie.

—Andrew — presta su atención en mí — déjame tu móvil un momento — entrecierra los ojos — por favor.

Saca su móvil de la chaqueta. Antes de dármelo vuelve a mirarme. No está muy convencido, pero me lo acaba dando. Entro en el buscador y pongo mi nombre. Le doy a buscar, y en cuestión de segundos aparecen más de quinientos resultados hablando de mí y de que me han secuestrado.

Abre los ojos por la sorpresa y lo coge, leyendo el artículo. Espero, nerviosa a que termine. Tiene los nudillos blancos del cabreo, al igual que la arruga de su entrecejo.

—Joder. El gilipollas de tu compañero lo está jodiendo todo —guarda de nuevo el móvil y se queda mirando por la ventana —no te he secuestrado. Eres mía y este es tu sitio, conmigo ¿por qué me lo has dicho? ¿Por qué no dejaste que si- guiera sin saberlo y así poder irte?

—Porque no voy a poder irme Andrew. Ocúltártelo solo haría que te enfadaras más. Si me dejaras llamar para avisar de que estoy bien. Puedo decir que estoy de vacaciones o cualquier cosa.

—Ni de coña vas a hablar con él —me agarra de la mandíbula —y como se te ocurra intentar comunicarte sin mi permiso...

—No lo haré, Andrew. Relájate por favor. Dis- frutemos de este día. Nunca he visto Kiev. —A veces pienso que me tratas así para poder irte en cuanto tengas oportunidad.

—No lo hago por eso. Si pudiera te trataría mal, incluso intentaría más cosas, pero ya te lo he

dicho. Hay algo que me dice que te conozco, y me impide irme.

Junta los labios, haciendo una línea recta. Sé que intenta no sonreír, pero lo que le he dicho le ha gustado.

El resto del camino es silencioso, incluso largo. No sé cuánto tiempo se tarda en llegar a Kiev desde donde estamos, pero se ve que está lejos porque no logro ver nada más que montañas allá donde me llega la vista.

Mis ojos se sienten cada vez más pesados. Me apoyo en el hombro de Andrew y me quedo profundamente dormida.

CAPÍTULO ONCE

Grace... Grace...

Abro los ojos con esfuerzo. La luz del sol me da directamente en la cara. Me escondo en el pecho de Andrew para poder abrir los ojos y acostumbrarme.

—¿Cuánto llevamos en el coche? —pregunto con voz ronca.

—Casi cuatro horas. Vivimos bastante lejos. —Un poco sí —me río levemente.

Miro por la ventanilla polarizada. ¡Vaya! Estamos sobre un lago, cruzándolo. En frente nos encontramos miles de edificios y casas, y en la otra parte todo está rodeado de árboles y plantas con una fina capa de nieve. Puedo ver de lejos como las nubes montan una bonita manta de color grisácea. Me pego más al cristal para poder verlo al completo. Abro los ojos como platos al percatarme del enorme edificio con cúpulas de oro. Abro la boca, sorprendida.

—Es un monasterio —responde a la pregunta antes de que se la haga.

—¿Es un sitio precioso! —nos adentramos en la ciudad y me quedo aún más sorprendida.

No son simples edificios de cristal, industrializados como en Nueva York. Hay zonas urbanizables donde las casas tienen unas ornamentaciones fabulosas, al igual que usan muchos colores vivos como el verde y el rojo

—¡Mira las casas que bonitas son! Ojalá en Seattle hubiera casas con tanta personalidad. —Aquí es todo un poco más... Familiar —dice — Andriy, a Tolstiy y Tonkiy por favor.

—¿Qué es eso que has dicho? —pregunto. No me molesto ni en intentar pronunciarlo.

—Es un restaurante. Tenemos que comer. Son las tres de la tarde.

Asiento. Me quedo sentada, viendo los edificios pasar y pasar. Entramos en la zona donde los edificios de cristal se hacen los protagonistas. Será la zona metropolitana. Avanzamos hasta que nos detenemos en frente de un edificio. Busco un indicativo de que hemos llegado, y efectivamente hay un toldo que dice el nombre del restaurante.

Me desabrocho el cinturón y seguidamente alguien me abre la puerta. Es Andriy. Le sonrío,

agradecida y le doy la mano para que me ayude a bajar del gran coche.

Andrew aparece del otro lado y me ofrece el brazo. Lo envuelvo con el mío y nos vamos al interior del restaurante. Tengo que dar pasos más largos, porque uno suyo son cuatro míos.

Entramos al restaurante y un señor, sin ni siquiera pedirle nombre le hace pasar al interior del restaurante. Es un lugar con luces muy tenues amarillas. Todo está formado por terciopelo negro o rojo, es un tanto asfixiante, pero muy bonito. Nos lleva a un lugar reservado del restaurante donde solo hay una mesa. El metre nos señala la mesa y se va. Me muerdo el labio para intentar no reír. El chico se moría de los nervios con él delante. Podía ver como le temblaban los pies al caminar.

Tomamos asiento, uno enfrente del otro. Noto sus pies rozar los míos debido a su altura. Una maldición que le perseguirá, y luego estoy yo que no llego ni al suelo.

Me doy cuenta de que su pesada mirada está sobre mí, mientras yo me dedico a tocar la cubertería de plata. La gente siempre se me quedaba mirando, pero me gusta apreciar los pequeños detalles de las cosas, aunque sea algo tan insignificante como un tenedor. Todo tiene su belleza, por pequeño y simple que sea.

Otro camarero vuelve. Esta vez es uno más mayor con el pelo y barba de color negro. Va vestido totalmente de blanco, incluso con la pajarita.

—Encantado de verle por aquí, señor Carter. ¿Qué le podemos ofrecer a usted y a su bellísima dama?

Nunca me habían llamado dama. Que clásico es el hombre. Me gusta.

—Queremos lo de siempre Anatoly. Trae agua para ella.

—Claro señor —me mira —¿desean algo más? —sus ojos me recorren entera, centrándose en mi parte superior.

—No, muchas gracias —responde con voz seca.

Le sonrío antes de que se vaya y nos deje solos de nuevo. Miro a Andrew que tiene el rostro tenso. Está cabreado

—¿Por qué tienes esa cara?

—Todos te miran como si pudieran tenerte, pero no pueden. Eres mía.

—Nadie me está mirando, Andrew. Solamente me ven tus guardias y porque vivo ahí.

—Si te están mirando, y tu les coqueteas —me acusa—si no te pusieras a sonreírles y a demostrarles que eres una jovencita hermosa pues no pasaría.

—¿Estás cabreado porque le he sonreído al camarero? —no me puedo creer lo que estoy oyendo

— Andrew. Es una tontería. Simplemente sonrío por ser agradecida.

—Pues no lo hagas —enarco una ceja —siéntate en mi regazo.

¿Qué? ¿Pero qué dice? Cada vez creo que está más loco.

—No voy a repetirlo, Grace. Si tengo que le - vantarme yo, todo se pondrá peor — da unos golpecitos en la mesa con los dedos.

Me levanto, resignada. Se hace para atrás, y como puedo me siento encima. Cruzo los brazos, demostrando que estoy cabreada. No puedo creer que me esté haciendo esto por sus celos.

Sus manos se cuelan debajo de mi vestido. Ahora mismo me arrepiento de quitarme la gabardina. Deja sus manos en mis muslos.

—Es la segunda vez que te digo que dejes de coquetear con mi personal. A la tercera no seré tan misericordioso.

—¿El restaurante es tuyo? —asiente —como no. Adicto al control —esto último lo digo más bajo, pero me escucha.

Anatoly llega con dos platos. Se queda un poco confuso al verme en este estado, pero sin hacer preguntas deja los dos platos a este lado de la mesa y se va. Veo el contenido. Es una especie de carne con una salsa de guarnición y con patatas.

—Cuidado que puedes mancharte —me avisa, colocando una servilleta en mi regazo.

—No soy una niña, Andrew.

—Pues deja de comportarte como una —antes de que pueda quejarme mete un trozo de carne en mi boca.

Mastico, saboreando el delicioso sabor agridulce de la carne. Me da un toque picante, pero a la vez un toque ácido, como a limón o naranja

—Así me gusta, pequeña.

—¿Jugamos a las diez preguntas? —propongo cuando ya no tengo comida en la boca— nos conoceríamos más, y yo me sentiría más cómoda.

—Esta bien. Empiezo yo — dice —¿Por qué trabajabas en ese sitio?

—Pues porque me gustan los libros, y en ese trabajo podía pasarme el día leyendo buenas historias —respondo. Es una pregunta fácil —me toca. ¿Qué edad tienes?

—Otra vez con la preguntita —dice en tono molesto.

—El juego trata de responder preguntas. Además, ni que tuvieras setenta años.

—Tengo treinta y nueve años, Grace.

¡Joder! Me lleva dieciséis años. Asiento, sin querer mostrar que es mucha diferencia. ¿Cómo esconde los años? Parece que tiene treinta o como mucho treinta y tres. Dieciséis años... Así visto desde otra perspectiva no es tanto. La edad es solamente un número, además que tampoco es que se note ni que me importa. Me gusta igual.

Espera. ¿Grace qué dices? ¿Ya lo has admitido y todo?

No estoy enamorada, al menos no aun, pero si hay algo que me atrae. Es inexplicable pero cada vez que lo veo el corazón me late y me hace feliz. Sacudo la cabeza, olvidándome de esto.

—Esta bien. Te toca —me apoyo en su pecho, dejando que me de otro trozo de comida. —
¿Comida preferida? —me muerdo el labio inferior, recordando ese momento tan especial. —La comida italiana sin duda.

—¿Qué estudiaste en la universidad?—le pregunto.

—En un principio me decante por la filología inglesa, pero como puedes observar se me da mucho mejor la economía —asiento, con una sonrisa. —¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Pues leer, aunque a veces solía hacer ejercicio en casa. Y dar paseos, me encanta pasear — me da un toque en la barbilla — ¿Cuándo ibas a decirme que Stephen también fue secuestrado por tu hermano?

Se le va el color de la cara en cuanto pronuncio esas palabras.

—No es una pregunta que debas hacerme aquí —me dice con la mandíbula apretada. Mete otro trozo de comida en la boca.

—Si lo es— digo, tragando—esto es muy jodido. Él está muy agradecido de que lo hayas salvado de Alexey, pero no es justo que siga en este país cuando es de Nueva York.

—No tiene a nadie, Grace —se reclina en su silla.

— ¿No vas a cambiar de parecer verdad? — niega —genial — me toco la sien —esto es muy jodido, Andrew.

—¿Jodido por qué? Tienes que estar conmigo, y esta era la mejor manera.

—Lo que no entiendo es el por qué tengo que estar contigo. No me dices cual es la verdad. Sé que tú también me conoces de algo antes de que todo esto sucediera. Yo tengo esa sensación. No logro saber de que ni el por qué, y sé que tu si lo sabes. Dímelo por favor.

Su rostro se encoje de la confusión y sorpresa. El brillo de sus ojos me reafirma que sabe algo que yo no. Necesito saberlo para poder atar cabos. Le miro fijamente, mis manos tocan su cara, mandíbula y cuello, intentando convencerle.

—No sé de que estas hablando, Grace. Estás aquí porque te vi por primera vez en la reunión y me gustaste. Eres mía y no va a cambiar.

Mi corazón se rompe en diez pedazos más. No sé cuantas veces se me ha roto, pero está claro que este ha dolido mucho más. Apoyo los codos en la mesa, dejando mi cabeza sobre mis manos.

¿Será verdad que no nos conocemos de nada? ¿Me lo he imaginado todo?

Siento su mano recorrer mi espalda, de arriba abajo. Sé que intenta darme apoyo moral, pero no

funciona. No en este momento cuando me ha confirmado que estoy loca y que lo único que nos une es su obsesión hacia mí.

Noto lágrimas saladas caer por mis mejillas y acabar en las comisuras de mi boca. Me las quito con fuerza. No voy a permitir que me vea llorar más. Me niego a que me vea arrastrándome y suplicando algo que no me va a dar.

—¿Cuándo nos vamos de compras? —pregunto con voz entrecortada.

—Dentro de poco —asiento —¿Qué te gustaría comprar?

—Unos pantalones vaqueros, un chándal, unos zapatos cómodos con una chaqueta y ya. Llevo una vida minimalista, no sé si te has fijado cuando entraste a mi casa.

—Voy a comprarte muchas más cosas. Mi mujer no puede ir por ahí solamente con unos pares de vaqueros.

—Sé que tú te sientes bien rodeado de todas esas cosas, pero yo solamente tengo lo que necesito. No más.

—No vamos a entrar en discusión por esto. Se hará lo que yo quiera y ya.

—Hagamos un trato —me mira, interesado — compremos solo cuatro cosas de cada. Así ambos nos iremos más o menos contentos.

Piensa mi propuesta por unos segundos.

—Lo haremos esta vez. Para la próxima compramos lo que se me antoje —asiento, más que feliz por haberle convencido —nos vamos.

Me levanto de su regazo y me adelanto un poco, yendo hacia el recibidor del restaurante. Me encuentro al metre que nos llevo hasta la mesa. Me sonrío y le devuelvo el gesto sutilmente. No quiero que Andrew se enfade todavía más.

Segundos más tardes. Me agarra suavemente del brazo y me lleva hasta el coche. Andriy me abre la puerta, y sin decir absolutamente nada me deslizo hasta la esquina de este. Nos movemos por las concurridas calles de Kiev.

—¿Por aquí cerca está Chernobyl verdad?

—Sí, bueno. La gente se vuelve loca cuando hablas de esa zona de Ucrania, pero ciertamente ya hay mucha vegetación viva, al igual que animales. Todo gracias a que no existen los seres humanos en esa zona.

—Es una acusación muy seria. —me mira —la de creer que los seres humanos destruimos todo aquello que tocamos.

—¿No crees que sea verdad?

—Soy consciente, pero no quiero creerlo. Quiero pensar que al ser humano le queda algo de

bondad. Que no todo es tan malo.

Asiente sin decir nada más y mira hacia delante. Le he dejado descolocado. Es verdad todo lo que he dicho. No quiero pensar que el ser humano es la definición de destrucción, y menos cuando me he esforzado por no ser así.

Me centro de nuevo en el frío paisaje. Solo de ver toda esa nieve sientes como si se te congelaran los dedos de los pies, por muy protegidos que estén. Hay muy poca gente en la calle, y es lógico. La mayoría estarán en sus casas tapados con una manta y tomando chocolate caliente. Es como debería estar yo y no en un coche en Kiev en busca de ropa.

El coche frena suavemente y miro entre la negrura del cristal, intentando ver algo. La puerta se abre, y de nuevo, con ayuda, consigo bajarme del coche. Es demasiado grande para mí.

¿Qué pasará con mi coche? Lo dejé en el garaje de Andrew. Lo más seguro es que llamen a la grúa y me lo retiren, aunque ya no importa. Ya no estoy para reclamarlo.

Cruzamos a la acera de enfrente. ¡No puede ser! ¿Chanel? ¿Vamos a comprar aquí?

Uno de los guardaespaldas abre la puerta de cristal. Si, vamos a entrar aquí. Andrew se coloca a mi lado, y con su mano en mi espalda, me guía por los largos pasillos de la lujosa tienda. Miles de prendas en perchas de material sofisticado se muestran a mis ojos. No puedo creerme que esté aquí.

Una mujer de pelo rubio y piel clara se deja ver tras cruzar el arco de la puerta del fondo. Va vestida con un traje lápiz negro y unos tacones de aguja negro. Se acerca a nosotros, contorneando sus caderas de forma provocadora. Sus ojos se abren al ver a Andrew a mi lado. Sus mejillas se sonrojan, se toquetea el pelo y se para frente a nosotros.

—Hola, distinguidos clientes ¿En que puedo servirles? — su voz aguda y acaramelada me taladra los oídos.

—Mi mujer necesita una renovación de armario. Todo lo que tengan por aquí que le pueda servir se lo lleva. Denle algunas prendas para cogerle la talla exacta y me cobra aquello que llevo a la caja.

Su voz es desinteresada hacia la mujer rubia menuda que nos atiende. Su mano acaricia mi espalda con toques gentiles y delicados. La mujer rubia, tal y como la he bautizado, deja de sonreír y se va al almacén.

Me muerdo el labio inferior y para evitarle la satisfacción de que me vea sonriendo me voy hacia la estantería de los bolsos. Me acerco a uno de ellos, de cuero blanco y la marca en negro. Es un tacto suave. Está frío. Le doy la vuelta a la etiqueta. Está basado en la moneda ucraniana. Miro en las variaciones de precio, hasta encontrar la basada en Estados Unidos. ¡Cuatrocientos dólares!

—Dios santo... Que desperdicio —digo al aire. —¿Te parece caro? —la voz de Andrew me hace dar un pequeño salto, tirando el bolso al suelo.

Me agacho y lo recojo con cuidado para colocarlo de nuevo en su sitio. Miro de un lado a otro, asegurándome de que ninguna dependienta me ha visto. Coloco la cadena por dentro del bolso.

—Sí. Exageradamente caro. ¿Cómo alguien puede pagar todo ese dinero por un bolso? —Yo. Si te gusta puedo comprártelo —niego — el dinero no es problema.

—No me gusta el bolso. Soy más de bolsos grandes, donde quepan muchas cosas, y preferiblemente negro, no blancos.

Asiente y con un gesto me señala hacia donde tengo que ir. Una habitación, la que supongo que serán los probadores, pero como está en ucraniano no lo entiendo. Esto debería ser como en el metro de Washington, las señales se ven en inglés, español y francés. Así todo el mundo lo entiende, y no hay que estar con cursos intensivos para aprender el idioma.

—Señorita —me llama la dependienta.

Voy hacia los probadores, y en cuanto llego, desaparece. Miro las pilas y pilas de ropa. Cojo un pantalón vaquero al azar, y lo observo con detenimiento. Es un pantalón normal, sin ningún tipo de extravagancia, como a mí me gustan. Me lo pruebo y me miro al espejo. Joder. Me queda muy bien. Me aprieta donde tiene que hacerlo. Me miro la parte de atrás.

—Ese pantalón te queda muy bien —doy un brinco al oír la voz de Andrew. Se acerca a pasos lentos. Coge una camisa y me mira.

—Ponte esto— me pasa el top de encaje negro. —Ni de coña. Se lo devuelvo.

—¿Qué has dicho?

—No me voy a poner la camisa, y menos contigo delante.

—Ni que fuera la primera vez que te veo desnuda. Me dejas bañarte.

¿Qué?

—¿¡Qué te dejo?¡Me obligas a hacerlo! — le espeto en la cara. Estoy cavando mi propia tumba, pero estoy al límite de sus putas exigencias —¡A ver si te enteras de una vez!¡No estoy aquí de vacaciones!¡¡Estoy aquí porque me has secuestrado!! —esto último lo digo con grito desgarrador —¡estoy cansada!

No puedo terminar de hablar porque su mano va directamente a mi cabeza. Me agarra del pelo y tira de él con fuerza. Doy un grito por el dolor.

—¡¡Yo no te he secuestrado!!

Tira hacia arriba, obligándome a quedar de puntillas. Avanza, estampándome contra la pared. Mi espalda impacta directamente con la pared, llevándose por delante un perchero móvil, haciéndome daño en los omoplatos y en las costillas. Siseo del dolor.

—¡Suéltame! —me revuelvo. Muevo manos y pies sin ningún tipo de orden.

—Estas aquí porque me perteneces. ¿Entendido?—. se acerca a mis labios, pero antes de que me bese giro la cabeza —no me hagas enfadar, Grace. No sabes que tan malo puedo ser para corregirte.

—Suéltame. No te lo repito más veces — digo lo más serena que puedo. Estoy cagada de miedo— eres un secuestrador asqueroso. Me das asco.

Mentira.

¡Calla! No te metas en esto voz de la conciencia.

Su expresión cambia totalmente. Ahora sí que la he cagado. De un movimiento de muñeca me tiene pegada a su pecho.

—Ahora sí vas a saber lo que es ser un secuestrador asqueroso —sin soltarme del pelo, me arrastra por el pasillo de los probadores.

¿Va a sacarme así del local!

—¡Te verán si me ves tirándome del pelo! — mis lágrimas no paran de salir de forma descontrolada. No es por el dolor, es por el miedo. Frena en seco y me mira.

—Tienes un minuto para ponerte la ropa. Si tardas más me va a dar igual sacarte en bragas.

Sin objetar me cambio rápidamente, volviéndome a poner el vestido y la chaqueta. Sin dejarme colocar del todo bien los tacones me agarra de nuevo del brazo.

—Mira al suelo. No quiero que te vea la cara empapada de lágrimas —bajo la mirada.

Me agarra del brazo y arrastrándome me lleva hasta la salida. Esto no es muy discreto que digamos.

Me mete en el coche, como si de una maleta me tratase. Me siento bien, pegada a una esquina mientras que el resto de la gente se sube. Suelto un sollozo. Andriy se gira para verme.

—Sube la ventanilla —este obedece sin rechistar, pero antes me mira con pena —quítate la ropa — niego— ¡Qué te quites la ropa he dicho!

Exaltada, obedezco. Sin parar de llorar me voy quitando la ropa, quedando en ropa interior. —La ropa interior también— obedezco sin mirarle a la cara.

No puedo creerme que esto me esté pasando a mí. Se coloca más cerca.

—Ponte sobre mi regazo —no me muevo — estoy siendo misericordioso. A-mi-regazo.

Muy a mi pesar y sin escapatoria obedezco y siento como mis pechos se aprisionan contra el cuero del coche.

—Eso que has dicho ha estado feo. Yo no soy ningún secuestrador —me da un azote. Doy un grito de dolor. Me tira del pelo en respuesta — pero ya que te empeñas en que lo soy. Debo actuar como uno.

—Perdóname. No quise decir eso es que...— me da otro golpe más.
Encojo los dedos de los pies por el escozor. ¿Por qué me humilla de esta forma?

—Eres una niña malcriada. Y a las niñas malcriadas se les corrige —da otro más. Me muerdo el brazo. Noto lágrimas saladas correr por mis mejillas —estoy siendo bueno. Podría encerrarte y solamente darte de comer cada dos días y entrar y follarte cuando me de la gana. Podría darte palizas para que cada vez estés más débil y no puedas hacer nada. ¿Quieres eso? —no puedo ni hablar. Me estoy ahogando en mis lágrimas — ¡¡Responde joder!! —me da otro golpe.

Me impulso hacia delante. Toso, ahogada por mi saliva y llanto.

—N-no. No q-quiero eso —por un segundo pienso que los golpes se acabaron cuando siento su otra mano acariciar mi espalda. Sin embargo, en cuanto menos me lo espero me vuelve a dar otro —¡No más por favor!

—Ojalá, cariño. Solo llevo diez. Cuarenta más y estarás perdonada.

Me remuevo, un intento en vano de resistirme. Estamos en menos de diez metros, no puedo alejarme mucho. Su mano abandona mi nalga izquierda. Cierro los ojos, esperando el golpe, pero nunca llega. En cambio se dirige a mi intimidad, envolviéndola por completo con su palma.

Suelto un suspiro de sorpresa, que se va convirtiendo en jadeos de placer cuando frota su palma contra mi centro de nervios, haciendo que encoja los dedos de los pies.

—Acuerdate que las perfecciones como tu reciben la misma cantidad de dolor y placer — se acerca a mi oído, mordiendo y chupando el lóbulo con lentitud —coge aire cariño. Esto va a doler.

Tiemblo de miedo. Cierro los ojos y me dejo llevar entre gritos y lágrimas por el dolor inmenso que siento con cada palmada.

Casi no puedo ni mantenerme consciente. He perdido la cuenta de cuantos vamos, solo sé que el dolor es insoportable, es como si hubiera una herida abierta y presionaran cada vez más fuerte. No me salen lágrimas, ya no queda ningún tipo de líquido en mí. Vuelve a dar otro azote, y lo único que sale de mis labios es un jadeo lastimero.

—Hemos acabado —dice. Me acaricia la espalda. Me encojo en mi sitio, del miedo —no me temas. Era necesario. No debes faltarme el res- peto — no quiero imaginarme ni como está mi culo por “faltarle el respeto”—.tienes que dar las gracias cuando se termina un castigo.

Me levanta de su regazo. El simple movimiento me hace sisear del dolor. Me apoyo lo menos posible sobre mis talones. Me pasa los dedos por la cara, quitando los rastros de lágrimas. Noto mis mejillas acaloradas. Tengo que estar roja como un tomate. Tengo la garganta y los ojos secos, y mi espalda duele horrores.

—Gracias —digo sin fuerzas para rebatirle o entender el porque debo decir gracias después de que me dé una paliza.

—Buena chica —me pasa mi abrigo por encima. Me encojo en cuanto la tela roza mi parte lastimada— acuéstate sobre mí. Así podrás descansar —le miro, desconfiada.

Se mueve hacia la otra esquina, y sintiéndome un poco más tranquila me acuesto en los otros dos asientos traseros. No puedo creerme que haya pasado esto. Es tan...Surreal que parece una auténtica pesadilla. No cierro los ojos ni por un segundo. Me quedo mirando a las alfombrillas.

—¿Ya estoy perdonada? —pregunto, en voz baja.

¿Qué me pasa? ¿Me preocupa que esté enfadado conmigo? ¿Por qué?

—¿Crees que mereces ser perdonada? —niego —entonces no lo sé. Depende de cómo te portes.

—Esta bien, pero ya he pasado suficiente castigo por hoy.

—No voy a castigarte más, hoy.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, temerosa de saber la respuesta.

—Si me faltas el respeto otra vez más te ataré a la mesa y con el cinturón te daré latigazos hasta que me duela la mano. Lo verán todos los guardias.

—No faltaré más el respeto —digo, horrorizada.

Siento sus dedos acariciar mi cuero cabelludo. Ese gesto me relaja. Me deja en un estado de ensoñación que hace que me quede dormida. Es como si me drogara con su toque. Cierro los ojos. Evito quedarme dormida. No confío en él.

Suelto un gemido de dolor en cuanto me giro. Me llevo la mano a la espalda y lo masajeo suavemente. Desde el centro de esta a mis costillas.

—¿Te pasa algo en la espalda? —niego— Grace, odio las mentiras. Dime si te pasa algo, por favor.

—Si me pasa algo en la espalda. Me hice daño cuando accidentalmente me estrellé contra la pared y el perchero.

Mis palabras salen crudas y sin ningún tipo de comprensión. Quiero que se sienta dolido, al menos la mitad de lo que me siento yo.

Me deslizo hacia abajo, quedando acostada entre los dos asientos, sin rozarme con Andrew. Cierro los ojos y me dedico a hacer ejercicios de respiración, calmándome y olvidando todo el dolor físico y mental.

CAPÍTULO DOCE

Siento como me cargan. Me duele el trasero horrores. Abro los ojos lentamente. Ya es de noche y se puede ver a través de los grandes ventanales. Segundo día, un total fracaso.

Por el rabillo del ojo veo que estamos llegando a la segunda planta. Está a punto de girar, pero hago un sonidito, señalando la que es mi verdadera habitación, y no en la suya.

—No puedes. Tengo que tenerte vigilada y curarte las heridas.

Ahora se preocupa por mí ¿no? Que hipócrita. Llegamos a la habitación y me deja sobre la cama, boca abajo. Me quita el abrigo y me vuelvo a quedar totalmente desnuda. Entierro la cara en la almohada. Siento sus pasos de aquí para allá, y en otro segundo la cama se hunde a mi lado.

—Quizás pique un poco. Es una toalla húmeda y una crema cicatrizante.

—¿Tan mal está? —pregunto.

—No tan malo. Tienes zonas moradas y otras rojas, pero como es la primera vez que hacemos esto te dolerá más y con esto es más fácil que cicatrice.

Tal y como me avisó, las curas duelen como el propio demonio. Dios santo. ¿Cómo voy a vestirme en la próxima semana?

Cuando termina se va de la habitación, dejándome sola. Mejor. No quiero ni verle. Siento un escalofrío correr por mi espalda.

Me levanto dolorida en busca de una manta o algo acolchado y suave que no me haga mucho daño.

Abro el armario empotrado. Anda que casualidad, aquí hay mantas y almohadas. Me agacho, viendo mejor cada una de ellas. Las toco sin mirar, guiándome por el tacto y hacer una buena elección.

Toco una de lana. Por el tacto se ve que es muy suave, aunque no tan peludita. Es como si hayan pasado años y la manta se hubiese ido deteriorando poco a poco. Tiro de ella y sale del ropero.

No puede ser...

Esto es...

Es...Es...

—¿Qué haces ahí? — su mirada baja hasta el objeto que tiene toda mi atención.

Le miro, con los ojos empapados de lágrimas. Bajo su mirada seria e impenetrable me acerco la manta al pecho, abrazándola

—¿Qué haces con eso?

—Te-tenía frío y... —vuelvo a mirarla. Es igual a la que tenía. La manta de colores con el reverso de color blanco —¿de dónde sacaste esto?

—Era de mi hermana. Cuando hizo limpieza me la dio —me la envuelvo alrededor. Es exactamente la misma sensación.

—Déjame quedármela por favor. Yo tenía una igual, significaba mucho para mí hasta que la perdí.

Su mirada parece iluminarse por un segundo, como si hubiera visto algo que le ocasionó una alegría inmensa en el pasado.

—Quédatela.

La abrazo, y olvidándome del dolor de mi trasero me acuesto. Es igualita a la mía, incluso podría jurar que huele como la mía. Bueno, la mía olía fatal, pero para mí siempre conservó su olor inicial.

¿Dónde estará ese hombre?

No logro acordarme de su cara. Fue hace de - masiado tiempo, y en mis sueños nunca logro verle la cara.

Mis ojos viajan hacia Andrew. Está estático, mordiéndose el labio. Sus manos están apretadas en puños, al igual que su mandíbula. Está tenso.

Le echo un vistazo de pies a cabeza. Este hombre no pierde la belleza en ninguna circunstancias. ¿En que estará pensando? Se está mordiendo el labio y su rostro se ha ensombrecido.
—A la mierda —se lanza contra mí, atacando mis labios de forma brusca.

Abro los ojos sorprendida, cuando de un solo movimiento me tiene debajo suya, atacando mis labios. Me dejo hacer, encantada. No deberia pero es como si lo necesitara. Mis dedos se enroscan en su pelo, tirando suavemente hacia mis labios.

Los muerde. Los maltrata con su brusquedad. Sus labios no se separan de los míos ni para coger aire. Su mano me agarra la mandíbula, cogién- dome media cara, mientras que su otra mano vaga por mi cuerpo sin ningún tipo de control.

Con mis manos desabrocho su camisa lo más rápido que puedo. No dejo que mi mente procese todo lo que hago. Solo quiero sentir. Necesito un poco de contacto físico y es el único que me lo puede dar.

Se separa, y para ayudarme se quita la camisa, tirándola al suelo. Tengo la respiración errática. Mis labios duelen. Tienen que estar rojos, al igual que mi cara.

Intento incorporarme pero con un rápido movimiento me deja de nuevo contra el colchón. Su mano derecha se va a mi cuello, sin presionarlo demasiado.

—Una vez hagamos esto me pertenecerás. Toda tu.

Asiento, sin prestarle demasiada atención. No puedo pensar ahora en lo que puede pasar después de esto.

—Quiero palabras.

—Entendido —digo con la voz ronca.

Me da una sonrisa. Dios santo.

Quema.

Estoy ardiendo por dentro. Me siento como si me hubieran atado y prendido fuego viva.

Se levanta, y sin quitarme la vista de encima se quita los pantalones y el boxe, quedando totalmente desnudo.

¡Joder!

No entra ni de coña.

¿El cirujano hizo un hueco tan hondo?

Sacudo la cabeza, sacando eso de mi mente. Se vuelve acostar encima de mí. Ataca de nuevo mis labios, esta vez con un poco más de delicadeza. Su mano viaja hasta mi centro, ya humedo por la excitación. Acaricia suavemente y cuando menos me lo espero introduce un primer dedo.

Suspiro.

—Seré cuidadoso—besa mi mandíbula —lo prometo.

Su dedo hace circulos en mi interior, explorando mi cavidad. Cada roce con alguna de mis paredes me hace soltar un jadeo de placer.

Introduce un segundo y con un movimiento de tijeras me dilata.

Hecho la cabeza hacia atrás, delirando de placer. Dios santo...

Esta primera experiencia es totalmente maravillosa. Me habían dicho que la primera vez sería un desastre, pero esta promete.

Su pulgar juega con mi centro de nervios, frotándolo de un lado a otro con movimientos lentos y pausados. Encojo los dedos pequeños de los pies, intentando frenar el cumulo de sensaciones. Su gran y húmeda virilidad se roza contra mi muslo interior, haciendo que me remueva, deseosa.

—Mírame —oigo que dice —quiero que en tu primer orgasmo no se te olvide quien fue el que lo provocó.

—¿Cómo sabes tu...Ahh!! — llego al orgasmo en medio de la pregunta.

Sin rechistarle le miro a los ojos, o al menos lo intento. Mi vista se vuelve borrosa, y siento que los ojos se me cierran por el éxtasis.

Puedo ver su cara de superioridad. Está encantado de haberme dado mi primer orgasmo en menos de diez minutos.

Sus movimientos no cesan, los hace cada vez más lentos y tortuosos pero no cesan. Me recompongo y es cuando se inclina y besa uno de mis pechos. Suspiro.

Lame y muerde uno de mis pezones, como si quisiera quedárselos para siempre. Curvo la espalda, acercándolos a su boca.

—Hora del buen sexo, cariño—se coloca entre mis piernas —abre más las piernas.

Lo hago, hasta que consigue acoplarse. La punta de su polla queda justo en mi entrada. Lanza un suspiro

—Pon las manos alrededor de mi cuello. Si duele mucho, clavame las uñas y frenaré.

Sin darme tiempo a contestar introduce una generosa parte de su virilidad en mi interior. Le clavo

las uñas con fuerza a la par que suelto un jadeo. Es como si me estuvieran desgarrando.

—Es mejor hacerlo todo seguido, sino te dolerá más— me dice —coge aire. Obedezco. Cojo una bocanada de aire cuando se termina de enterrar completamente en mí.

Me siento completamente llena. Siento como si me hubieran partido en dos y ahora me esté recomponiendo.

Suavizo la presión que hago al clavarle las uñas. Cierro los ojos y me escondo en su cuello. Su perfume a menta me hace aspirar más fuerte, embriagándome.

—Mírame. No pares de mirarme nunca — lo hago. Tengo los ojos llorosos, la cara como un tomate, sudada y la boca seca —voy a matarte de placer — me vuelve a agarrar del cuello, esta vez apretando un poco más—.ahora eres mía, Grace. Ahora puedo hacer lo que me convenga contigo.

—Más quisieras —digo seguido de un jadeo.

Sonríe por mi arrebató y da una embestida más potentes que las anteriores. Una vibración desde el interior de mí ser se expande por todo mi cuerpo, dándome un escalofrío.

Pongo los ojos en blanco del placer. Siento como se reincorpora un poco, saliendo de mi interior. Se queda de rodillas, observándome.

—A cuatro patas ¡rápido! —lo hago sin pega ninguna. Me fuerza a pegar el pecho y la cara a la cama, mientras que mi culo queda a su completa disposición.

Se acerca, y agarrándome de las caderas se vuelve a hundir en mí. Suelto un grito agudo, que es amortiguado por el colchón. Coge una buena cantidad de pelo y se lo envuelve en el puño, tirando de él.

Sus embestidas son cada vez más rápidas y profundas. Nuestros jadeos se entremezclan por el placer que nos ocasiona. Sus caderas impactan contra las cachas de mi culo, rozando mis heridas. Es una sensación extraña. Estoy en un límite entre el placer del sexo y el dolor de las heridas.

—Algún día pondre mi nombre aquí —toca mi nalga izquierda — así siempre sabrás a quien perteneces.

—¡Dios! —exclamo en cuanto cambia el ángulo de las arremetidas.

—No soy Dios, cariño. Soy Andrew —sigue dando embites fuertes, certeros y profundos, volviéndome loca de placer. Estoy cerca muy cerca —los dos a la vez, Grace. Correte.

Pellizca mi clítoris, haciéndome explotar sin control. Él llega también al orgasmo, clavándose de forma más profunda en mí.

Suelto jadeos y suspiros. Con el culo aun arriba y con Andrew dentro de mí, soltando sus últimos rastros de placer.

Me dejo caer en el colchón, y Andrew para no aplastarme se tumba a mi lado.

Jesus, María y José.
Estoy exhausta.

Su mano acaricia mi espalda con tacto y mimo. No sé si podré acostumbrarme alguna vez a esos tactos. Sin darme cuenta empiezo a llorar.

—¿Qué te pasa, Grace? ¿Te he hecho daño? Todos los recuerdos y memorias me vienen de golpe.
¿Por qué ahora?

Niego. Bajo la mirada a su pecho, debatiendo entre si contarle o no.

—No tuve una buena adolescencia, Andrew. Me educaron más a golpes que a tactos mimosos como los que me das —me quito las lagrimas con el antebrazo—.cada vez que intentas acariciarme me encojo porque pienso que vas a pegarme, pero no lo haces. Me regalas caricias y beso, excepto cuando pienso que puedo confiar en ti y es ahí cuando me haces daño.

Va a hablar, pero le interrumpo.

—No te estoy culpando a ti. Es para que lo sepas. No estoy acostumbrada, y que lo hagas, y más aun en las circunstancias en la que estamos pues me deja mucho más confusa.

Con su dedo me tira de la barbilla para que le mire a los ojos. En sus ojos no hay furia como esperaba, hay más bien comprensión y compasión.

—Quiero cuidarte. Quiero ser el que se encargue de ti. El hombre al que acudas para todo lo que necesites —acaricia mi pelo con ese toque tan peculiar — no quiero que debas preocuparte más para estar a salvo. Yo haré que estes a salvo, pero en cambio, Grace. Espero obediencia y que sigas ciertas reglas —ahora es él, el que me corta para seguir hablando —dame una oportunidad, Grace. Solo tienes que seguir una serie de normas. Nada difíciles. Si las sigues, serás la mujer más dichosa que este mundo ha podido tener.

Le miro a los ojos, buscando un atisbo de que me está mintiendo, de que solo quiere que confie en él para hacerme más daño si cabe, pero no. Solo veo sinceridad. De verdad está buscando mi bien.

—Promete que nunca me volverás a hacer daño.

—Grace. Los castigos son necesarios. Sobre todo en ciertas actitudes.

—No me refiero a eso— niego lentamente —me refiero a drogarme para hacer lo que tu quieras, o tirarme del pelo u ocasionarme cualquier tipo de fractura o esguince —digo, refiriéndome a mi brazo y a sucesos anteriores —si me prometes que no volverás a hacer algo así, o parecidos aceptaré. Te daré una oportunidad.

—Te prometo que no te causaré ningún daño más, dentro de los parametros que me has puesto.

Sonrío, agradecida.
Es un paso grande.

En lo poco que he estado con él, me he dado cuenta que no es alguien fácil de ceder, y menos en temas que conciernen al control. Así que, podemos decir que he avanzado un pequeño paso más.

—A cambio...— le miro, olvidando mis logros —no puedes intentar escapar. Te estoy dando mucha libertad, y no quiero que por hacer una estupidez me vea obligado a hacer lo que he hecho hoy.

Asiento.

—No escaparé.

Se acerca a mí, abrazándome. Me escondo bajo su pecho, relajándome. Sigue con sus caricias por mi espalda.

—No duermas. Tenemos que comer.

—Hoy no me ha sentado bien el almuerzo. Me duele el estomago. No me apetece cenar.

—No empecemos —me advierte —dijiste obedecer. No te puedes acostar con el estómago vacío. Vamos a bajar y comeremos algo.

Bajamos a la cocina. Voy con la manta envuelta en el cuerpo, debajo de eso, nada. Espero que no entre nadie. Me siento en una de las sillas, con cuidado de no dañarme más. Primero la mano y ahora el culo.

Ha dicho que no me va a volver a hacer daño, en los parametros que definimos, pero no significa que no me vaya a dañar con otras cosas.

Le miro mientras se pone a preparar las cosas necesarias para comer, que consta en algunas frutas. Menos mal. No creo poder comer algo más pesado.

Va únicamente en boxers de Armani de color negro. No tiene nada que envidiarle a nadie a pesar de su edad. Me pregunto si siendo así de guapo, millonario, exitoso y buenísimo en el sexo porque se ha conformado conmigo.

Si solo soy una triste editora que vive sola y tragó con tanta miseria que ni siquiera puede contar cuantas fueron.

Deja el plato sobre la mesa y se sienta a mi lado. —¿En qué piensas? —suavemente me agarra la mano y me sienta en su regazo.

—En el por qué me has elegido a mi. Eres tan... tan... Que no entiendo porque te conformas conmigo si puedes tener a la mujer que te apetezca. —Si tan solo supieras, Grace.

—¿El qué sé? —pregunto, deseosa de información.

—Si tan solo supieras como funciona el mundo no pensarías cosas tan inocentes. Eres como una pequeña niña, que sabe que está mal irse con desconocidos, pero que si le ofrecen un caramelo se subiría al coche de ese desconocido sin pensarlo. Una chica ansiosa de información, haría lo que fuera por hallar la respuesta ¿verdad Grace? ¿A qué harías lo que fuera por saber un poco más de mi? —su pulgar roza mi labio inferior. Miles de sensaciones se van a la boca de mi estomago —no me hace falta drogarte para hacer lo que quiero, querida. Tú sola te estás metiendo en esto

—da un beso rápido en mis labios —tú sola cavas en ese agujero, enterrándote en él.

—No te tengo miedo —digo, apoyándome en su pecho.

La conversación ha pasado de normal a oscura. Siento que me está advirtiéndome de algo, pero no sé exactamente de qué. También siento que me amenaza, pero muy sutilmente.

—Y tu tenacidad es algo que me vuelve loco desde el principio —se acerca a mi oído, chupando mi lóbulo— pero deberías temerme —lleva una fresa a mis labios, la pasa de una comisura a otro, y en cuanto le quiero dar un mordisco, quita la fresa —eres como Eva, ansiosa por probar la manzana prohibida.

—Si yo soy Eva, yo tengo que identificarte con Lucifer. Un hombre que quiere ser Dios e impone sus propias leyes, sin aceptar la de los demás. Te echaron del cielo, y ahí es cuando creaste tus propias reglas.

Veo como sonrío ampliamente.

—Me conoces tan bien —dice antes de darme un largo beso. Enrosco mis manos en su pelo, tironeando hacia mí. Se separa, dejándome deseosa de más —aprendes rápido, Grace. Lo mejor de todo es que aprendes sin educarte. Quizas debería dejarte mi segundo libro, para dar el segundo paso.

—¿Qué segundo paso?

—¿No ves la relación pequeña mía? He conseguido exactamente lo que quería el protagonista. Aduñarme del cuerpo y alma de su fémica, y lo he conseguido. El segundo libro te enseñará el segundo paso —me susurra esta vez— empezarás a leertelo mañana ¿de acuerdo?

—De acuerdo —digo hipnotizada por su mirada.

Terminamos de cenar, y tras charlar un poco sobre los acontecimientos nos acostamos a dormir.

CAPÍTULO TRECE

Me encuentro en la sala de estar, con mi manta, arropada y leyéndome el segundo libro. No he podido avanzar mucho por las innumerables interrupciones de los escoltas de Andrew. Incluso hay uno que me vigila en todo momento. Va vestido completamente de negro con gafas de sol. Es alto y moreno. De compleción fuerte y atlética. Parece joven, sin duda no tan mayor como Andrew.

—Puedes sentarte si quieres... —digo, esperando a que me diga su nombre.

—Stephen —dice con simpleza.
Anda que casualidad.

—Stephen. Puedes sentarte si quieres. Estar de pie todo el día tiene que ser cansado, y por lo que sé llevas más de dos horas —se sienta, unos segundos más alejados —me llamo Grace.

—Sé quien es, señorita —levanto la mano en son de paz. Vaya humos... —siento mucho como le he hablado. Estamos un poco tensos.

—¿Y eso por qué? Si se puede saber claro. No quiero ocasionarte problemas con Andrew.

—Lo siento señorita. No puedo decírselo — encojo los hombros, haciéndole saber que no importa. Me arropo más y dejo el libro sobre la mesa.

—Esta casa es tan grande que por norma general no debería aburrirme, pero lo hago. Ni siquiera puedo salir afuera porque me congelaría en dos segundos.

—Permanezca aquí dentro, y si sale que sea con uno de nosotros. El exterior es peligroso — apoyo mi cabeza en mi mano.

—Si pudiera ayudar a Stephen en la cocina pues la cosa mejoraría, pero no me deja ni acercarme a la nevera.

Hace un amago de sonrisa, y yo se lo devuelvo. De la esquina aparece Andrew, con cara de pocos amigos. Stephen se levanta y de un segundo a otro se ha convertido en el mismo témpano de hielo.

—¿Qué coño haceis? —dice, acercándose al pobre chico.

—Andrew —lo llamo desde el sillón —ha sido culpa mía. El pobre llevaba ahí de pie más de dos horas. Solo lo he invitado a sentarse.

—Ese no es su puto trabajo, Grace. No te metas donde no te incumben. Me levanto, cabreada. Me acerco y le doy con el dedo en el pecho.

—¿Crees que no sé que estos veinte tíos que están de un lado a otro en casa es porque sí? Sé que están armados, y que están aquí para protegerte. Eres su jefe, si, pero no es necesario que lo pasen tan mal.

—¿Me estás dando un sermón? — dice divertido.

Se empieza a reír descontroladamente, mientras que Stephen aprovecha para volver a su puesto de trabajo. La entrada.

—Solo te estoy haciendo ver las cosas —digo, alejándome poco a poco.

—Yo si que te voy hacer ver una cosa. Las estrellas.

Me empieza a perseguir. Yo retrocedo uno, y el avanza otro. Me pongo en el otro lado del sofá grande.

—Estamos hablando —digo— no es momento de ver las estrellas.

—Mira que casualidad que yo no quiero hablar. Quiero follar. Follarte tan fuerte que todos los putos escoltas puedan oírte gritar mi nombre —va por la izquierda y yo por la derecha, quedando siempre uno frente al otro —¿ahora intentas rehuirme? Esto se pone interesante — vuelve a caminar hacia mí, pero vuelvo a irme por el otro lado.

—Tienes que tratar mejor a los escoltas. Si te pasas algún día no querrán protegerte más. Se queda quieto, y en cuanto tengo la oportunidad corro fuera del salón.

Oigo como grita mi nombre y sus pasos detrás de mí. Debo estar loca, pero me estoy divirtiendo. Llego a la parte de arriba de las escaleras, por la parte del barandal. Lo miro. Tiene la respiración errática y el pecho le sube y le baja con rapidez.

—Estás hecho un abuelo —digo con sorna. Me mira con los ojos entornados.

Creo que le he hecho sufrir suficiente. Me acerco de forma voluntaria y me quedo a diez centímetros de él. Está sorprendido, como si mi acto le extrañara. Pensaba que corría para escapar no para jugar.

—Gracias a que soy pequeña soy más rápida que tú, que mides casi dos metros —sigue sin decir nada— era una broma. Solo quiero divertirme. Te pasas todo el día trabajando y yo me quedo aquí sola.

—¿Y tienes que correr por toda la casa? —encojo los hombros —yo te quito el aburrimiento.

Me coge, colgándome al hombro. Doy un grito de sorpresa y como puedo me agarro a sus caderas, para evitar accidentes. Dios santo. Camina por el largo pasillo hasta meterse en una habitación desconocida. Mierda. ¿Qué es esta habitación?

Intento agudizar mi vista para ver algo pero está muy oscuro. Demasiado oscuro. Se acerca a una pared, aún conmigo a cuesta. Al encenderla me quedo muda.

¡Es una sala de cine!

Hay unos sillones que tienen pinta de ser lo más comodo que voy a probar, junto con una pantalla enorme.

Me baja con cuidado, asegurándose de que me estabilizo. Abro la boca, asombrada.

—¿Por qué no me habías traído antes?

—Llevas aquí tres días, cariño — sin hacerle mucho caso me acerco a uno de los sillones, acostándome.

Joder, cuanto lujo ¿No?

Me hundo en la suave superficie. Es un sillón normal y corriente pero que es más ancho de lo normal, permitiéndote una mayor libertad de movimientos.

—Veamos una película.

—Tengo trabajo, Grace. Te he traído para que veas algo.

—Pero si es que trabajas siempre. Veamos una película juntos y luego te pones a trabajar. —No puedo— dice con voz más grave.

Asiento. Me ha quedado claro. Le doy la espalda y me quedo jugando con mis dedos. No lo entiendo. Me tiene aquí para matarme de aburrimiento, porque otra cosa.

—Esta bien. Ve a trabajar, pero no entiendo para que tantos lujos si no los disfrutas. Que desperdicio.

Digo en voz baja con voz de mala hostia. Estoy enfadada. Cojo el mando y enciendo el televisor. Rápidamente se muestra una lista con todo tipo de películas y géneros. Siento el sillón hundirse a mi lado. Miro extrañada y es Andrew, que me mira serio.

—Solo una película — intento no sonreír. Me muerdo el labio inferior y vuelvo a mirar al frente.
—¿Te parece si vemos mujercitas? —pregunto —es muy buena. Fui al estreno.
—No sé de que va, pero ponla — asiento y le doy a reproducir.

Automáticamente las luces se apagan, sucumbiéndonos a una gran oscuridad, mientras que el sonido de los altavoces se regulan.

La película comienza y en silencio la vemos. Ninguno de los dos habla. Estamos inmersos en la película, tanto él como yo, y lo sé porque le miro más de una vez para ver si está atento o no.

Las luces se encienden. La película ha terminado y he acabado llorando como la primera vez. Me quito las lágrimas con el brazo y le miro. Tiene una mirada seria, como siempre. Es su cara estándar. Me mira y le sonrío.

—¿Qué tal te ha parecido la peli? —pregunto, interesada.
—¿Sinceramente? Ficticia. No era tan exagerada la situación de desigualdad en ese entonces. Abro la boca, impactada. ¿En serio? ¿No era tan exagerada?

—¿Solo dirás eso de la peli? —vuelvo a preguntar—.claro que había mucha desigualdad. Antes la mujer no era nada sin un hombre. Más bien no las dejaban ser nadie. Creo que pasaron por mucho, y que alguien la documente así, para concierzarnos me parece espectacular.

—Sigo pensando que era exagerada.
—¿Piensas que es igual a las desigualdades de hoy en día?

—Hoy en día no hay desigualdades, Grace. Es un invento para promocionar y vender. Se llama marketing.

La mandíbula me llega al piso.
—¡Claro que sí, Andrew! Hay muchísimas desigualdades.
—Dime una.

Me lo ha puesto fácil. Sonrío arrogante y saco las benditas normas.

—La mujer de Andrew, que ni siquiera pone mi nombre destacando así que soy una posesión, está obligada a permanecer en casa, disponible para lo que este necesite —se muerde el labio inferior —y esto es solo el principio. Tengo cincuenta más que puedo decirte.

—Eso no vale. Es consensuado — guardo la lista— sigo manteniendo mi posición.

Suelto un grito de indignación.
—Algún día me darás la razón.

—Lo dudo— dice — ahora es momento que me vaya a trabajar.
—¡No! —me subo a su regazo —estamos hablando.

—¿Sabes que puedo quitarte sin esfuerzo verdad? —asiento— ¿por qué siempre me desafías?

—Te cabreas demasiado rápido. El sentido de humor brilla por su ausencia.

—Muy pocas cosas me hacen gracia.

Mete la mano por dentro de mi sueter. Me dan escalofríos al sentir su mano tan helada. Juega con mi estómago. Sus manos tocan mis pechos. Los amasa y juega con ellos. Lanzo suspiros sueltos. Apoyo mis manos en sus rodillas.

—Me encanta como te encojes a mi toque — sonrío— vamos a desnudarte.

Me deja de pie, justo delante y sin perder tiempo me baja la ropa interior y los pantalones. Deja un beso en mi pubis y sigue con la camisa. La tira al suelo y me quedo totalmente desnuda. Su pesada mirada me recorre de arriba abajo. Noto que se para en mi intimidad y en mis pechos. Miro hacia otro lado, para evitar sentirme más incómoda.

—Arrodíllate frente a mi — frunzo el ceño — hazlo— obedezco un tanto desconfiada. Me dejo caer sobre mis rodillas. Pongo las manos sobre mis muslos y endezco la espalda— eres muy obediente. Una sumisa nata, ni siquiera he tenido que indicarte como es la postura.

—No soy una sumisa, Andrew... —hacién - dome caso omiso se centra en soltarme el pelo. Noto como mi larga melena cae por mi espalda. Tomo una larga respiración.

—Vuelve a mi regazo, pequeña Grace —obedezco una vez más y me siento encima suya — ¿Qué crees que vamos a hacer? —pregunta.

—Eh...¿Sexo?

—Mmm... Eso también, pero antes me gustaría hacer algo —se mete la mano en el bolsillo, sacando un rotulador— de momento tendrás que conformarte con un permanente. Ya más adelante pensaremos en algo mucho más duradero.

—¿Qué vas a escribir?

—Voy a escribir “propiedad de Andrew Carter” justo aquí —toca mi abdomen

¿Cómo? ¿Por qué quiere marcarme como si fuera ganado? Pensé que después de la experiencia de ayer íbamos a actuar como una pareja normal y no como secuestrada y secuestrador.

—¿Por qué? —digo tapándome esa zona con las manos. Encoje los hombros. No va a decirme nada—. ¿sabes que? Hazlo. No me importa lo más mínimo. Se irá a los dos días como mucho.

—¿Te has enfadado? —pregunta.

—No sienta muy bien que quieran marcarte como si fueras un simple objeto.

—No pretendía hacerte sentir así —asiento, sin crearme ni una sola palabra.

Me levanto, y sin darle tiempo a procesarlo me pongo la camisa y las bragas, saliendo del cuarto. No puedo creer que después de la buena tarde que hemos pasado diga esas cosas como si nada. No soy nada para él, ya lo tengo asumido. Solo un simple juego. Bajo las escaleras de forma furiosa. Los pisoteos se escuchan por toda la casa. Es increíble que me guste este hombre. Me

dice cosas bonitas, me lo demuestra y tres horas después me insulta de esta forma. Escucho el grito de Andrew, llamándome. Vuelvo la cabeza hacia atrás. Lo veo parado en las escaleras. Sin parar de andar voy en dirección a la cocina.

Antes de ni siquiera pasar el recibidor me estampo con un cuerpo enorme. Retrocedo un par de pasos. De primeras pienso que es un escolta, pero al verle la cara me doy cuenta de que no.

¡Es igualito a Andrew!

Miro hacia atrás de nuevo. Andrew baja las escaleras y se coloca a mi lado, agarrándome posesivamente de la cintura.

Dios santo.
Estoy alucinando.

Miro primero al Andrew verdadero y después al otro.
¿Es su hermano Alexey? ¿Por qué nadie me dijo que eran gemelos?

En cuanto me doy cuenta de quien es me acerco un poco más a Andrew, escondiéndome. —Як красиво, коли ти мені це позишиш? ¿Qué ha dicho?

Miro la expresión de Andrew, como arruga la frente y tensa la mandíbula.
—Вона є Grace.

Eso sí lo he entendido. Alexey me mira con un rostro de sorpresa. Sonríe ampliamente y se acerca a mí. Ambos son altísimos. Me siento entre dos torres. Los ojos negros de Alexey son más suaves que los de Andrew, no dan tanto miedo como los de su hermano. Aunque frente a mis ojos de color verde me siguen ganando en ferocidad y temor.

—Encantado, Grace. Llevo mucho tiempo deseando conocerte —entrecierro los ojos ¿mucho tiempo? —soy Alexey.

—Ya lo sé —digo con voz dura —si no os im- porta me voy arriba a...

—No te vayas querida. Hablemos un poco más. Quiero saber sobre ti.

—No hay mucho que saber sobre mi —me suelto de Andrew y voy hacia las escaleras —seguro que teneis que hablar cosas importantes. Os dejo solos.

Dejando a Alexey con la boca abierta subo las escaleras de forma rápida, encerrándome en la que era mi antigua habitación. Allí dentro se encuentra Stephen.

—Acabo de conocer a Alexey. ¿Por qué no me dijiste que era igual a Andrew?

—No me gusta hablar sobre él, y no se parecen tanto tanto...Solo en el físico.

—Si bueno, como que no es el factor importante — digo sarcástica. Me tumbo sobre la cama—
¿Qué hacías?

—Pues mirar las noticias. Nada importante. —¿Por qué las miras todos los días? ¿Qué quieres

ver?

—Soy curioso. Es por eso.

Ya...No sé porque pero no me creo ni una sola palabra. Creo que todos me mienten sin ocultarlo siquiera, y ya me estoy empezando a hartar.

Oigo pasos en el pasillo superior. Me acerco a la puerta, intentando escuchar algo.
Mierda.

Los sonidos se escuchan muy amortiguados. Me esfuerzo por escuchar algo, pero nada. Lo poco que logro escuchar es en Ucraniano.

¡Mierda! ¡Mierda!

Doy algunos golpes en la cama. Estoy más que furiosa. ¡No aguanto más! ¡Me voy a volver completamente loca como no consiga respuestas! ¡Todos me ocultan cosas! Sé que aquí esconden algo gordo, y sobre todo que me influye. Estoy segura que está relacionado conmigo. Si no ¿por qué narices estoy aquí? No me creo que sea de pura casualidad.

—¡Por favor, Grace! —Stephen me para — estate tranquila. No sacarás nada poniéndote así.

— ¿¡Y qué coño tengo que hacer?! ¡¡Esperar a que se canse de mí y me mate!! ¡¡O qué no soporte más mis evasivas y me viole!! —grito, desgarrándome la garganta —lo siento mucho, Stephen, pero no voy a estar aquí esperando a una muerte segura. Me alegro por ti si tu lograste sobrevivir, pero yo no puedo. No puedo.

Me agarro la cabeza, tirando de mi cabello. Se queda callado. Mi mente va rápidamente por mis recuerdos. Esa habitación. La habitación que está detrás de la escalera.

Salgo del cuarto y bajo las escaleras corriendo. Ahí tiene que haber algo. Todos me han dicho que no entre ahí, así que algo tiene que haber.

Los escoltas me miran extrañados, pero sin detenerme me dejan entrar en esa extraña habitación. Cierro con llave antes de que se den cuenta de que estoy aquí.

¡El mueble! Stephen fue el que me dijo que no mirara ahí después de tener un ataque de pánico por miedo a que le echen. Lo abro y me encuentro un pequeño estante con varios CD'S y un álbum de fotos.

¿Películas? ¿Es una sala de cine como predije? Miro en el resto de estantes y veo un reproductor y un par de mantas.

Cojo el primer disco, sin pensármelo mucho y lo inserto en el DVD. Enciendo la tele. Me siento en el sillón, y con el mando pongo todas las configuraciones para ponerlo en marcha.

Aparece la imagen de una calle normal. Una cafetería, un par de comercios locales y un paso de zebra que te lleva a otra calle. El video está grabado desde un asiento, un banco quizás o unas mesas de algun local. Me fijo bien en las personas que salen ahora en el video. Es un grupo de

chicas con una maleta a cuestas. Estudiantes supongo.

Espera...

Me acerco a la pantalla, a la medida que el grupo se acerca un poco para adentrarse en la cafetería. Esto es...

¡Soy yo!

Me quedo de pie frente a la pantalla. No hay duda. Soy yo. Llevo una falda de cuadros. Me acuerdo perfectamente de ese día. Ibamos de paseo, justo después de salir de clase. Adelanto el video lo más rápido que puedo. Ahora hay otra escena. Es de noche. Está frente a una casa.

¡Mi casa!

¿Qué es esto? ¿Qué clase de juego es este?

Tiene que ser una broma. Sí, si. Es eso. Una broma de mal gusto.

¿Desde cuándo me conoce Andrew?

En este vídeo apenas tenía quince años. Me acerco a la estantería, viendo cada uno de los discos. Son quince en total. Quince discos todos de diferentes colores. Dejo caer el mando al suelo. Un sonido estridente se escucha al dejarlo caer.

¡No, no, no, no!

Cojo el álbum, y lo que veo hace que caiga al suelo de rodillas.

Soy yo.

En todas y cada una de las fotografías. En clase, en casa, en la calle, durmiendo, duchándome. Hay montones de fotos de mí.

Hay fotos incluso de antes de empezar la transición. ¿Lo sabía? ¿cómo? ¿por qué? ¿cuándo?

Me centro en una foto en específico. Es cuando dormí en la calle durante un par de semanas. Estoy con esa justa manta que tiene él aquí. Leo la fecha.

¡Mierda!

Fue el día antes de que el señor Wallace me llevara a su casa.

¿Es él? ¿Andrew es el hombre que me daba de comer?

No me he dado cuenta de que estoy llorando a mares. Esto es muy difícil. Me lleva observando durante años, planeando el momento para poder llevarme con él hasta aquí.

—¡Grace! —oigo el grito de Andrew —¡Sal de ahí ya!

Lanzo un grito de terror. ¡No por favor!

Busco algo con lo que protegerme. Una lámpara, un bolígrafo o algo, pero no. Meto la mano entre los discos, con la esperanza de encontrar algo. Tiro los discos al suelo, algunos se abren y otros se quedan como están. Saco papeles y algunos álbumes más hasta que topo con algo desconocido.

¡Un arma!

La tiro al suelo, aterrorizada. Nunca había tocado un arma.

—¡Grace! ¡Sal ahora mismo o tiraré la puerta! Sin pararme a pensar mucho cojo el arma y me voy lo más lejos de la puerta.

La puerta se abre a la fuerza. La ha roto. Trago saliva. Estoy muerta de miedo. Mis extremidades tiemblan como si fueran gelatina. En la puerta está Andrew, Alexey, Stephen y algunos escoltas.

¿Qué hace Stephen fuera? Alexey no debería saber que está aquí.

Sacudo la cabeza. Él también lo sabía. Te ha mentido. Te ha mentido. Todos lo sabían y te han mentido.

Andrew mira todos los papeles en el suelo, los discos, el álbum abierto y una reproducción de mí en mi antigua habitación.

Está blanco como el papel, y sus movimientos son lentos y cuidadosos. Se intenta acercar a mí, pero levanto la pistola, apuntándole. Seguidamente los dos escoltas me apuntan a mí, haciéndome temblar más.

Andrew se da cuenta y mira a los hombres trajeados.

—Bajad las armas— dudan— ya me habeis oído — lo hacen. Vuelve a mirarme. Puedo ver como su mirada destila tristeza y confusión — Grace, por favor. Vamos a hablar. Esto no tendría que haber pasado así.

—¡¡Cállate!! Por eso no querías que entrara aquí. Eres un cerdo, un capullo y un pedófilo inmoral —me quito las lágrimas, sin dejar de apuntar.

—Nunca me acerqué a ti, Grace. Te lo prometo. Baja el arma y hablamos.

—¿Desde cuándo?! —no responde —¿desde cuándo me llevas acechando?!

—Por favor. Vas a hacerte daño. Baja el arma.

Rozando la irracionalidad me pongo el arma en la sien. En una fracción de segundo Andrew pierde el poco color de la cara y empieza a respirar con dificultad. Stephen se agarra al brazo de Alexey, estrujándolo.

—¡Responde o me pego un tiro en la cabeza! —intento controlar los temblores de mi mano. No quiero pegarme un tiro, no quiero— vas a perder tu trofeo, Andrew. Ahora se hacen las cosas como yo digo.

—De acuerdo, cálmate, cálmate —rodea el sillón, quedando mucho más cerca de mí, pero no lo suficiente como para interceptarme. —desde los doce años, Grace. Te llevo investigando desde los doce años. Es amor Grace. Estoy enamorado de ti desde ese entonces, por eso es...

Doce, doce, doce, doce, doce, doce...

En mi mente solamente está esa cifra. Era una niña que jugaba aún. Una niña que recién había

dejado la primaria.

Siento la vista cada vez más borrosa. La cabeza me da vueltas de un lado a otro. La habitación se hace cada vez más pequeña. Paso saliva por mi garganta seca. Los pies me fallan. Me agarro de la pared para no caerme al suelo, veo a todos los presentes mirarme como si no entendieran que me está pasando. Sin fuerzas para poder sostener la pistola la tiro al suelo, rebota contra la superficie y se aleja unos centímetros de mí, haciéndome imposible volver a cogerla.

Sin poder resistirlo cierro los ojos y dejo que mi mente descansa de una vez. La mente se queda en blanco y mi cuerpo pierde las capacidades motrices. Sin quererlo ni evitarlo me desmayo sobre el suelo de la habitación del terror.

CAPÍTULO CATORCE

No. No. No. No. Corro lo más rápido que puedo. Necesito huir. Necesito huir. Necesito salir de aquí.

Recorro a toda prisa el pasillo principal hacia las escaleras. No avanzo. No avanzo. Cada vez se hace más largo y ellos están más cerca.

—¡Grace es solo una pesadilla! —me despierto, sudada y con la respiración errática.

Me toco el pecho, a la par de que me quito el sudor de la frente. Nada ha sido una pesadilla. Todo sigue igual. Me fijo en la habitación. Todo sigue igual. Estoy sobre la cama de Andrew. Me fijo en él. Va en chándal junto con una camiseta básica de color blanco. Nunca lo he visto así vestido, ni para dormir.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—¿Hablar? No hay nada de lo que hablar. Eres un pedófilo que lleva observando desde los doce a una pobre niña hasta que cumplió la mayoría de edad para secuestrarla y alejarla del mundo. Todo está muy claro—intento levantarme pero algo me lo impide. Me destapo. Mis pies. Estan atados con una cadena a la cama —¿me has atado a la cama?

—Necesito que escuches lo que quiero decirte. —No quiero escucharte Andrew.

—No se si te acuerdas pero todo empezó cuando te tropezaste conmigo al salir de una tienda de golosinas. Eras un dulce niño, el cual se sabía que no era un niño por dentro, sino una hermosa niña —me tapo los oídos—por favor. No me hagas atarte las manos también— al oír su amenaza me guardo las manos debajo de la manta— me tiraste el batido de chocolate encima y te pusiste a llorar, suplicando perdón. Destilabas inocencia por allí donde pasaras. Yo, en ese entonces tenía veintiseis años. Me di cuenta al instante de que era malo lo que pensaba, pero no pude separarme, por una extraña razón pensaba que me necesitabas. Todos los hombres de ahí fuera se encargaron de que nada malo te pasara, yo entre ellos. Necesitaba saber de ti, por eso son las fotos y videos. Nunca hice nada indebido con las fotos. Lo prometo. Lo que sentía por ti en ese entonces era veneración. Eras una personita inocente que no tenía a nadie. Sentía la necesidad de protegerte. Nada más fuera que proteger a al- quien que lo necesita.

—Para ya, por favor. No me alivia escuchar esto. Solo me dan ganas de vomitar.

—Lo sé, pero por favor.— me callo— el tiempo pasaba y pasaba y empezaste tu transición. Convirtiéndote en quien eres ahora. Cuando te- nías quince años quise declararme, eras simplemente hermosa, y tengo que admitir que sí sentía cosas ya. Estabas a punto de cumplir dieciséis, pero supe que era demasiado mayor para ti así que seguí observándote. Me dediqué a ayudarte, a darte comida, a abrigarte mientras lo necesitabas, pero un día desapareciste. ¿dónde estabas? ¿dónde te metiste pequeña?

Acaricia mi mejilla, secándome algunas lagrimas. No se si me duele más que haga todo esto o que me recuerde la peor etapa de mi vida. Tampoco sé si es peor lo suyo o que me deje tocar por él.

—El señor Wallace me acogió. Es m-mí psicólogo. Me lleva tratanto desde entonces.

—No puedo creerme que tus padres te hayan abandonado. A una pobre niña inocente...

—¡Para!;Deja de recordarme eso! No quiero re- cordarlo más ni escucharte más. Quiero irme a mi casa. A Estados Unidos, Seattle.

—No va a poder ser, Grace. Sabes que tu lugar está aquí. Conmigo.

— ¡No quiero estar aquí!;Cómo no me lleves a mi casa pienso coger otra arma y esta vez si que no voy a dudar! Voy a meterme un tiro en la sien.

—Escuchame señorita —me agarra de la mandíbula— puedo dejarte aquí atada por el resto de tu vida. Si quieres salir de esta habitación empieza a comportarte.

—Desátame al menos. Me duele llevar esto puesto— tiro de las agarraderas. Son tiras de cuero, pero están demasiado apretadas.

—Si te desato tienes que prometerme que no te harás daño.

—¡El único que me daña eres tú!;Ni pegán- dome el tiro hubiera sufrido tanto!

—¿Sabes qué? Te quedas aquí y así. Esperemos que aislarte funcione mejor que un castigo físico.

Me da un beso en la frente y se va, dejándome sola y encadenada. Grito como si me fuera la vida en ello hasta que me quedo sin voz.

Me acuesto, llorando por lo sucedido y los recuerdos. No puedo creerme nada de esto. La puerta se abre, dejándome ver a Stephen con una bandeja.

—He traído el desayuno— dice con voz apagada.

¿Desayuno? Si todo pasó ayer por la tarde. ¿Llevo durmiendo desde entonces?

La deja sobre la cama

—Quería pedirte perdón por...

—Cállate, Stephen. No quiero escucharte. Eres otro mentiroso más que lo sabía todo y no me dijo nada a pesar de verme sufrir.

—Pero es que Andrew...

—Escúchame bien, Stephen. Como sigas hablándome y soltando mierda por esa boca me aseguraré de que Alexey te lleve de nuevo a su casa para que te convierta en su puta.

Cojo el plato y lo estampo sobre la pared, tirando la tortilla. Hago lo mismo con el vaso, mojando el suelo y la pared de agua. Stephen sale corriendo y llorando pero no me puede importar menos.

Empiezo a darle golpes a la mesa de noche con la bandeja. Siento mi pelo moverse de un lado a otro. Mis manos me duelen, mi cuello duele. Todo dentro de mí duele un montón. Han terminado de romperme en los últimos pedazos que un corazón podía soportar. Ahora mismo todo se ha desintegrado.

Suelto la bandeja, derrotada del cansancio. Esta cae al suelo, y haciendo caso omiso al ruido estridente me acuesto sobre la cama, llorando sin consuelo.

La puerta del dormitorio se abre varias horas después. Me giro un poco, para poder ver de quien se trata. Es Andrew. Por una extraña razón mi corazón siente alivio de verlo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Andrew.

Puedo ver como intenta llegar hasta a mí sin pasar por todos los destrozos que he ocasionado. La cama se hunde a mi lado debido a su peso. Su mano intenta tocarme el muslo pero lo aparto tanto como me lo permiten las ataduras.

— ¿No has comido en todo el día? —no contesto a su pregunta— Dios Santo. Acabo de llegar de trabajar, Grace. Se supone que ya tienes que estar lista para dormir y no estás ni bañada ni cenada.

—Stephen solo ha venido una vez y le he echado.

—¿Por qué has hecho eso? —intenta tocarme de nuevo, y por segunda vez le quito la mano.

—Lo sabía todo. No me dijo nada sobre esa habitación, y en definidas cuentas le tiré la comida a la pared y le grite que si venía de nuevo haría que Alexey se lo llevara.

Lanza un bufido. Se levanta y con movimientos maestros me quita las cadenas de los pies. Me coge en brazos, como si fuera un saco de patatas y me pasea por toda la casa, llevándome hasta la cocina. No me enfado. No me muevo. No hago nada más que agarrar su cintura con mis manos para no caerme.

Me encuentro a Stephen, cocinando algo en el horno. Se da la vuelta y se queda confuso al vernos así. Con un rápido movimiento me deja en el suelo. Me agarra de la cintura y se coloca detrás de mí.

—Ya sabes lo que tienes que hacer— me dice en un susurro. Me acaricia el cuero cabelludo, solo como él sabe hacerlo.

Las piernas me fallan durante un segundo, obligándome a apoyarme en él. Recuerdos momentáneos sobre mi pasado me golpean en la cara. Cierro los ojos, centrándome en sus movimientos

—No pierdas el tiempo— abro los ojos.

Trago saliva, separo los labios, humedeciéndolos con la lengua. Mis ojos se cierran por el cansancio y el aturdimiento.

—L-l-lo siento mucho —me disculpo de forma torpe— no debí usar esa información a mi favor para hacerte daño. Estoy segura que no me lo dijiste antes, bueno...Por tus razones.

—No pasa nada, Grace. Me gustaría explicar -telo todo cuando quieras —asiento— Andrew. No se ve bien. ¿Qué le pasa?

—No lo sé, creo que está cansada.

—¿Cuándo fue la última vez que comió y bebió?

Cierro los ojos, derrotada. Me abrazo el brazo de Andrew.

—¡Mierda! —grita— creo que desde ayer por la mañana.

—¡Andrew como se te ocurre!— siento como me coge en brazos y como puede me deja sentada en la butaca.

—Estoy bien. No seáis exagerados. He estado más tiempo sin comer, solo es que estoy cansada. Muchas emociones.

Van hacia la nevera y cogen unos cuantos ingredientes, y entre otras un yogur. Cogen una cucharilla y me lo dan.

—Lo siento, cariño —me da un beso en la frente— come esto en lo que te preparamos la mesa — Se va a ayudar a Stephen con la comida.

Me quedo en la butaca de la isla, tomándome un tazón de yogur griego. ¿Un día sin comer? Empiezo a hacer memoria del día de ayer.

Desayunamos y me quede leyendo hasta la hora del almuerzo, pero no comí. Vimos la película y todo el drama de después.

Me levanto, dejando la taza en la encimera y camino con pasos lentos fuera de la cocina. No tengo ganas ni de intentar alejarme. Camino hacia el aseo y hago mis necesidades después de estar todo el día aguantándome. Estos dos son de lo que no hay. Les preocupa que no coma pero no se dan cuenta de que como persona tengo que ir al servicio.

“*No eres una secuestrada, Grace*”. Pues déjame decirte que cada vez se parece más a eso. Tras terminar me quedo observando mi rostro pálido y mi pelo revuelto. ¿Qué debo hacer?

Lo que ha hecho es fuerte. Demasiado fuerte como para creérselo. Tenía doce años desde que empezó a saber sobre mí, aunque no me di cuenta ni de una sola vez.

También me ha ayudado, mirándolo por otro lado. Fue el que me dio de comer y abrigo cuando lo necesitaba, pero no puedo evitar pensar en todas las fotos y películas.

¿Tendrá vídeos míos en el hospital tras la operación? Creo recordar que habían documentos en esa estantería. ¿Información personal? Lo más seguro. Quizás debería volver y aclararme las ideas para poder tomar una decisión más acertada. Para saber si lo dejo pasar, cayendo perdidamente enamorada de él o escapo de aquí, yendo a una muerte segura. Me pegarán un tiro en cuanto menos me lo espere.

Salgo del baño y camino por el recibidor. Ahí me encuentro a Andrew buscándome como un loco.

—Joder ¿Dónde estabas?

Miro detrás de mí.

—En el baño. También soy persona para ir hacer pis, no solo para comer.

Se rasca la nuca, nervioso. Sabe que tengo razón, pero no quiere admitirlo por su ego. Voy de nuevo a la cocina y me siento a comerme mi yogur.

Cuando el bol de yogur está vacío lo dejo sobre la mesa. Me relamo los labios. Siento como gran parte de mis energías se recuperan al instante, pero aumentan al percibir el aroma de la lasaña. ¡Comida que conozco! Estoy cansada de comida rara. Me ponen el plato delante. Me muerdo el labio inferior. Cojo el tenedor y deboro el plato con vehemencia. Dios. Está buenísimo.

—Stephen, cocinas muy bien —le halago. Sonríe sin mostrar los dientes, y sin hablar más sigo comiendo. Son casi las doce de la noche.

—¿Crees que ahora podemos entablar una conversación sin enfadarnos? —pregunta Andrew en un tono frío. Niego —tenemos que hablarlo.

—No quiero hablar nada. Al menos no ahora. Me gustaría terminar de comerme esta riquísima lasaña, darme un baño relajante y lo más importante, sola, y por último acostarme a dormir.

—Necesito hablar contigo de temas urgentes. No hablaremos del problema principal pero hablemos de lo segundo que me tiene tan preocupado. ¿Por qué te pusiste un arma en la cabeza? No vuelvas a hacerlo, Grace.

—Lo hice exactamente por eso. Sabía que si me ponía yo misma en peligro hablarías. Todo lo que hay en esa habitación me hace intuir que te preocupo, de alguna forma.

—Solo no lo vuelvas a hacer, por favor — asiento y sigo comiendo. Vaya...Así que conseguí ese efecto. Que se preocupara por mí —mañana tengo unos asuntos que resolver.

—¿Nunca has pensado en dejar ese mundo? — niega— me aterra. No sé porque la gente quiere meterse en este mundo donde siempre tienen que estar vigilando lo que hacen, siendo perseguidos por la policia o algo peor, y exponiendo su vida por el mísero dinero.

—Te veo muy preocupada por mí— dice con gracia.

—No lo llamaría preocupación. Sé que sabes lo que haces pero no quita de que seas una de esas personas inconscientes que defienden ese trabajo.

Doy el último bocado a la lasaña. Me levanto y dejo el plato en el lavavajillas.

Salgo de la cocina a paso lento, y antes de subir me quedo en el punto justo para observar la habitación. Me acerco con pasos lentos. No debería. Debería olvidarlo todo y salir corriendo, pero quiero saber que sabía de mí antes de nuestra reunión. ¿Estaba todo planeado?

Agarro el picaporte y tiro hacia abajo. La puerta se abre. Sé que Andrew está justo detrás de mí. Observándome, pero respeta mi curiosidad y todas las preguntas que tengo.

Todo sigue igual que lo dejé. Los papeles, los discos, el álbum...Excepto la televisión que ahora está apagada.

Me acerco a todo el revuelto de documentos y me siento en el suelo. Cojo la primera carpeta, esta de color morado, son documentos recientes. Mi número de la seguridad social, mi pasaporte, mis facturas, mi lugar de residencia y de trabajo...

—¿Sabes la gasolina que le pongo al coche? — pregunto, atonita— increíble.

—Necesitaba saber que estabas bien y que nunca te pasaría nada.

Asiento. Me cuesta creermelo, pero es mejor pensar que lo hacía por mí que por obsesión. —¿Lo de la entrevista fue planeado? —pregunto.

—Tengo que decir que esa vez me sorprendiste. No sabía que ibas a venir tu, pero fue una grata sorpresa.

—Si tu lo dices...— sigo ojeando entre las carpetas. Veo un papel, un papel de una solicitud de beca admitida. Es la beca que eché en mi último año de universidad. Gracias a eso pude operarme. Leo un poco más profundamente el papel— ¿Fuiste tú el beneficiario? ¿Cómo?

Mira el papel.

—Tú solicitaste la beca a mi fundación, Grace. No influí en nada. Solamente recompensé tu esfuerzo de estudios.

—¿Con veinte mil dolares? Dios...Estas loco. No sé si cabrearme o...

—Podrías darme las gracias ahora que has conocido al benefactor.

Me muerdo el labio inferior. Tiene razón. Una vez más.

—Gracias por la beca.

—Sé que fue por una buena causa, cariño. Encantado de ayudar.

Ruedo los ojos. No puedo creerme que esté teniendo esta conversación.

— ¿Qué debo hacer Andrew? Esto es muy duro, pero me has ayudado mucho cuando más lo necesitaba, pero me has secuestrado, me has tratado de maravilla y luego me he enterado que me tienes en el punto de mira desde que tengo doce años. Debería odiarte, es más, debería haberte disparado anoche, pero no pude porque solo me venía a la mente las veces que me trajiste de comer o me dejaste quedar en tu casa, durmiendo. Sé que todo está mal. Tu, yo, mi mente... Todo está mal.

—No sientas eso, por favor —se acomoda en el sillón, haciendo que quede entre sus piernas.

Con sus grandes manos me coge de la cara, para que pueda mirarlo y nuestras miradas se conecten una vez más.

—Dame una oportunidad más. Déjame en- morarte como tu me enamoraste a mí.

—No puedo. No es sano, Andrew —digo debilmente.

Sonríe y con un gesto tan dulce como gentil junta nuestras frentes. La punta de su nariz roza la mía y siento su aliento mentolado en la cara.

—Te juro que será la última oportunidad. Lo sientes, Grace. Yo también lo siento. Los latidos incontrolados de tu pecho, como se para y late a velocidades inhumanas cada vez que estamos juntos. Puedo sentirlo. Puedo sentir como nuestros corazones laten en sintonía y se convierten en uno solo, incluso nuestras almas. Somos uno, pero solo cuando estamos juntos.

Cierro los ojos, sintiendo exactamente lo que ha descrito tan bien. Noto mis latidos ir acele- rados para luego regularse a los suyos. Mi alma intenta juntarse con la suya para poder ser feliz.

—*Hay amores tan bellos que justifican todas las lo- curas que hacen cometer* —cita de memoria.

Le miro a los ojos. Sigo viendo ese abismo negro, esa negrura que no me deja ver más allá de lo que él quiere que vea, pero que es mucho más de lo que las otras personas pueden ver.

—Plutarco— digo, dándole nombre al dueño de esa bonita cita. Roza nuestras narices. Un beso de esquimal— te daré una oportunidad. La úl- tima oportunidad, Andrew.

Sin poder ocultar su sonrisa, me besa. Es un beso sincero, cálido y lleno de afecto. Me aferro al beso como puedo. No es un beso posesivo como otros. Es uno suave. Su lengua no interactua, simplemente son nuestros labios, que se unen, uniendo por consiguiente a nuestras almas, por fin. Mis manos vagan por su cuero cabelludo, acariciándolo.

Acaba el beso y me quedo como antes, arrodillada a sus pies y sus manos acunándome la cara. Suspiro y cojo una bocanada de oxígeno.

—Si vamos a intentarlo tienes que hacer algunas conseciones. No quiero sentirme como que estoy cautiva.

—¿Qué tipo de conseciones? —pregunta. Antes de responder me coge de la cintura y me sienta en su regazo. Se reclina en el sofá.

—Pues en primer lugar, me gustaría que me dejaras salir de casa. Poder salir con Stephen a algún pueblo o ciudad cercana. No quiero estar encerrada—asiente. Admite esa propuesta —y de segundo que me dejes llamar al doctor Wallace para que sepa que estoy bien—le cambia el gesto.

—Admito lo primero. Lo segundo no —hago un mohín, dispuesta a protestar pero sigue hablando — nos vamos a Seattle de nuevo, en tres días. Solo estaremos allí una semana en lo que hago el papeleo, después volveremos y esta será nuestra casa oficial.

—¿Vamos a volver a Seattle en tres días? — digo. Intento evitar el deje de alegría pero no puedo. Estoy la mar de contenta— muchas gracias, Andrew. Me gustaría coger algunas cosas del apartamento, sobre todo para Luke, que por cierto hace mucho que no le veo.

—Siempre está por el salón principal o mi despacho. Le encanta —gato traidor — ¿alguna petición más señorita Johnson?

En mi mente se enciende una bombilla.

—Quiero que dejes el trabajo de narcotrafí - cante. Haz lo que sea, pero no quiero vivir con miedo —antes de que hable le interrumpo— por favor— me acuesto sobre su pecho— considéralo.

—Lo haré— acaricia mi espalda— tenemos que darte un baño y meterte en la cama. Ya es muy tarde, Grace.

Nos levanta del sillón sin ningún tipo de esfuerzo, y sin más sube a la planta de arriba y nos mete en su habitación.

¿Es nuestra ahora? ¿Puedo llamarla nuestra habitación? Practicamente he decidido estar con él, así que sí. Se puede decir que sí.

Me deja sobre el marmol del aparador. Mis pies se juntan, mientras observo como se va hacia la ducha y enciende el agua caliente.

Se quita la ropa de forma hábil y rápida, quedando totalmente desnudo. Desvío la mirada. Aun tengo vergüenza de verle como Dios le trajo al mundo.

Se acerca a mí. Abre mis piernas, colocándose entre ellas y con movimientos lentos me quita su camiseta, dejándome completamente desnuda. Con su ayuda, consigo bajarme del mueble y nos vamos hacia la gran ducha de piedra.

La lluvia artificial cae sobre mí, mojándome entera. Me hago el pelo hacia atrás, para poder verle la cara. Se encuentra a diez centímetros de mí, lo que me hace sentir segura pero incómoda por su falta de ropa.

—¿Qué sabes antes de qué viviera en la calle? —No mucho, solamente que un día te perdí el rastro y par de días después te volví a encontrar.

—Le dije a mi familia que quería ser una chica. Yo no tenía ningún rasgo masculino, incluso ya tenía el pelo más o menos largo, por lo tanto no sería empezar de cero totalmente, pero cuando se los dije. No sé...Me esperé quizás un ya lo sabíamos, un vete a tu cuarto, incluso un grito de parte de mi madre ya que es la más tradicional, pero...No fue así. Lo único que recibí fue *“tienes veinticuatro horas para irte de casa antes de que te matemos. No queremos a una vergüenza como tu.”* Fue un duro golpe, incluso pensé que estaban de broma, pero no. El caso, me fui tres horas después. Ninguno dijo nada, ni siquiera un hasta luego.

—Me aseguraré de que te pidan perdón. De que se arrepientan de perder —me da un beso— a la

mujer— otro beso— más espectacular de este planeta.

—No hace falta, de verdad —paso mis manos por sus grandes brazos, que no ocupan ni un tercio de este— hicieran lo que hicieran no les guardo rencor. No se puede culpar a alguien de sus ideales y de su mentalidad. ¿No crees?

—Además de guapa, madura, inteligente y super sexi —me muerdo el labio inferior y desvío la mirada al grifo —eres tan joven...

Coge el bote de champú y vierte una generosa cantidad en su mano. Lo deja en la repisa y haciendo burbujas lo lleva a mi pelo, lavandolo concienzudamente

—Siempre te ha gustado que te acariciaran el pelo.

Asiento. Sus dedos se mueven con maestría, como si se conocieran el camino para hacerme delirar de placer. Termina el masaje y suelto un gemido.

Abro los ojos y me tapo la boca. ¡Dios que vergüenza! ¡No!
Cierro los ojos.

Puedo sentir a Andrew ponerse a mi nivel. Me tapo la cara con las manos para que no pueda verme.

—¿Qué ha sido eso? ¿Te ha gustado?

—¡Ohh! Deja de torturarme— me escondo en su pecho— es que se me ha escapado. La pregunta correcta es ¿Por qué paraste?

—Mi pequeña Grace— me aclara el pelo, dejándolo limpio y sedoso— tu pelo me encanta. Ese color rojo. Tu piel blanquecina...— le doy una sonrisa— y tu sonrisa perfecta.

—Para de adularme, por favor— me escondo, mirando el suelo —vamos a la cama, así me haces más caricias.

—Se te olvidan las palabras mágicas, cariño— dice, mientras me envuele en la toalla.

—¿Por favor?— asiento.

Camino con pasos de pingüino hacia el espejo. Me revuelvo con fuerza la toalla de mi pelo, para quitarle la humedad. Dejo caer la toalla cuando ya lo considero seco y me paso los dedos para poder desenredarlo un poco. Andrew se coloca detrás de mí.

—Me sacas tres cabezas— digo, observando la diferencia abismal de altura. Con manos expertas me quita la toalla que envuelve mi cuerpo, dejándome completamente desnuda— ¿Qué haces?

—Levanta el culo cariño— con ayuda me levanta las caderas, dejándome de puntillas— lo haré lento.

Como promete, se mete en mi interior de forma lenta y tortuosa. Mis pantorrillas se tensan, pero tenso mi agarre al marmol para no bajar el culo.

—¡Dios...!— gimo al sentir su glande al final de mi coño.

—Joder. Siempre estás chorreando por mí— me agarra de las caderas y me levanta, pegándose a su pecho. Suelto un grito al notarlo totalmente dentro de mí— miranos en el espejo— tengo los ojos cerrados, mordiéndome el labio para poder acostumbrarme. Da una embestida— mira al espejo.

Lo hago. Estamos unidos. Mis brazos se enroscan en su pecho, para evitar caerme hacia delante, y sus fuertes manos me envuelven el pecho y la cintura.

Hago la cabeza hacia atrás, sintiéndome totalmente extasiada. Esto es demasiado placer. —Ya... — suelto un gemido ronco. Por su mirada puedo suponer que sabe lo que iba a decir.

Ataca ferozmente, con embestidas rápidas y certeras. Gime con cada arremetida en mi cuello, aumentando mi orgasmo. Estoy muy cerca, muy cerca.

No sabía que alguien podía hacerle llegar al orgasmo solamente con penetraciones, pero está claro que Andrew Carter sí. Es un experto en el sexo. Sabe como volver loca a una mujer y que olvide todos sus problemas.

Suelto un grito en cuanto mi orgasmo llega a su fin. Cada fibra de mi ser tiembla como una hoja, y todas mis energías, las pocas que me quedaban, se disipan con este orgasmo. Nuestro éxtasis se mezcla uno con otro, haciéndolo más placentero.

Me dejo caer hacia el aparador, apoyando mi cabeza y mis manos. Estoy derrotada. Ahora sí que no puedo moverme. Las piernas me tiemblan del placer.

—Ahora si podemos irnos a dormir— emito un sonido indescriptible— ¿quieres que te lleve? — asiento— te he dejado sin palabras.

—Y sin poder moverme— digo con una sonrisa débil.
Estoy satisfecha. No. Mucho más que eso. Estoy muy satisfecha.

Me deja sobre la cama, y sin esperar un solo segundo más, me escurro entre las mantas y cojines, quedando totalmente escondida. Cierro los ojos, disfrutando del silencio y oscuridad. La cama se hunde a mi lado, y unos brazos me toman, abrazándome. Caigo en un profundo sueño.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta la figura desconocida.

Me arropo más con la manta. La manta que me ha dado. Me siento segura, pero es de noche y tengo frío. Mucho frío.

—Grace— digo castañeando los dientes.

—Grace. Estás muerta de frío. Vamos a mi apartamento. Pasarás la noche allí —intento negarme pero no me lo permite— te prepararé sopa caliente y podrás dormir en una cama. No rechazes eso.

Asiento. Tiene razón. No debo desperdiciar la oportunidad que me está dando. Antes de caminar

junta nuestras manos. Una corriente electrica va desde mi mano a mi corazón. Nos miramos el uno al otro.

Ya sé quien eres, Señor misterioso.

CAPÍTULO QUINCE

Siento como el sol me da en la cara. Gruño y para evitarlo me doy la vuelta y me escondo bajo las mantas. Busco el calor de Andrew, pero no está. Que raro que no esté, notese el sarcasmo. Yo creo que se levanta antes de que salga el sol. Vuelvo a centrarme en dormir. Calentita y cómoda cama. Nada podrá separarnos.

—Buenos días Grace.
Excepto él. Me escondo aún más.

—No te hagas la dormida. Conozco hasta cuanto aire consumen tus pulmones. Puedo percibir cuando estás dormida.

—Andrew. No sé que hora es, pero mi cuerpo me dice que es muy temprano. Déjame dormir —oigo una risotada de su parte.

—Tu cuerpo tiene razón. Son las seis y media pero tengo planes para ti esta mañana —asomo la cabeza a través de la gruesa manta de lana— tienes la ropa colgada justo en frente de ti. Vístete y baja en diez minutos. Te tengo una sorpresa.

Sus pasos se escuchan cada vez más lejos. Se ha ido. Miro el conjunto. Son unos leggins negros y un top del mismo color. ¿Vamos a hacer deporte?

No creo. No podemos salir de casa por la ne - vada, y menos así de destapada. Moririamos de hipotermia.

Me levanto, y obedeciéndole me pongo la ropa de deporte. Hagos mis necesidades, me aseo y bajo al recibidor. Ahí está él. Vestido con unos pantalones cortos y una blusa de color negro. Que raro se me hace verlo así, acostumbrada a sus trajes.

—Buenos días, Andriy —digo, pronunciado mal su nombre, de nuevo. Me he esforzado en decirlo bien pero es que el Ucraniano es demasiado difícil.

—Buenos días, señorita Grace —sonríe. —Acuerdate de lo que hablamos —le dice al escolta— buenos días —me da un beso en la frente.

—Me has levantado a las seis de la mañana. Espero que valga la pena —sonríe. Me agarra de la mano y empieza a caminar mansión adentro —¿a dónde vamos?

—Espera y verás. No seas impaciente —unas puertas más allá y parece ser que llegamos a nuestro destino.

Abre la de cristal transparente. y lo que veo me deja con la boca abierta. Es un gimnasio. Un gimnasio con todo tipo de máquinas. Un estante con toallas y botellas de agua y televisores con las

noticias.

—Hoy vamos a hacer mi rutina de ejercicios. Seré suave porque es la primera vez que vas a un gimnasio.

—Eres un rico con suerte —digo con sorna— si he ido a gimnasios —enarca una ceja. Mierda.— no vale. Juegas con ventaja. Hacía ejercicio en casa, que es lo mismo que esto pero sin maquinillas.

Evita no reírse de mí, mordiéndose el labio inferior. Se dirige hacia las máquinas de correr, que casualmente hay dos. Coge dos botellas y dos toallas y las coloca en la máquina de correr.

—Correremos durante media hora. Después pasaremos a lo siguiente.

Asiento, envalentonada. Me subo a la máquina, y con su ayuda logro encenderla y ponerla a una velocidad correcta para mí. Si corro lento no creo que me canse. Le echo un ojo a Andrew, que sube la velocidad varios niveles y empieza a correr como todo un profesional. Su mirada no se separa de la pantalla de las noticias, y su respiración es regular y metódica. Coge aire por la nariz y lo expulsa por la boca.

Puedo hacerlo. Yo también puedo lograr correr treinta minutos, a pesar de que nunca he corrido tanto en mi vida. Subo un poco la velocidad, me parece demasiado lento, y como él me centro en las noticias y en respirar de forma adecuada. Los primeros cinco minutos pasan bien. Mis pulmones quieren conseguir más aire, pero bien. A los diez minutos empiezo a sentir una presión debajo de las costillas, y por consecuencia mi respiración empieza a fallar, por lo que se me hace mucho más difícil. A los quince minutos casi no puedo ni respirar. Bajo varios niveles la velocidad hasta que puedo ir caminando.

Andrew se da cuenta de que he parado y me mira con una sonrisa. En ningún momento ha perdido el ritmo, la única diferencia es que ahora las gotas de sudor le caen por la frente.

—¡No puedo más! —me quejo— voy a ir caminando los otros quince minutos.

—Camina pero no a esa velocidad— dice — has marcha.

Asiento, y lo vuelvo a subir, pero no demasiado. Lo suficiente para hacer marcha.

Así llego a los quince minutos. Mi respiración fuerte me hace entender que gracias a que paré no me dio un paro cardíaco. Andrew pulsa varios botones para pararla, e imitándole hago lo mismo. Se pasa la toalla por la cara. Tiene un aspecto joven y muy sano. Sin embargo, yo parece que estoy con un pie en la tumba.

Me apoyo sobre mis rodillas, recuperando el aire.

—¿Por dónde quieres empezar ahora? ¿Piernas, abdomen o brazos?

—¿Por qué tengo que hacer ejercicio? —me quejo— no me gusta.

—El ser humano tiene que hacer ejercicio cada día. Somos máquinas que si no se mueven se oxidan.

¿Por qué siempre tiene que tener razón? Pongo los ojos en blanco y pienso que podríamos hacer

primero.

—Pues brazo. No parece ser muy cansado.

Le sigo hasta las máquinas. De estas solo hay una de cada. Me siento en frente de él, viéndolo ajustar la máquina.

—Es un ejercicio fácil. Coge las agarraderas que están arriba —levanto la mirada. Si. Hay dos varillas de hierro con una zona de plástico. Las agarro, tensando los brazos. Casi no llego —ahora tira hacia abajo. Es un ejercicio para triceps.

Lo intento hacer pero no puedo. No se mueve ni un centímetro.

—Se me olvidó. Tienes que ponerle menos peso. Ponte cinco.

Me muerdo el carrillo, para evitar lanzarle un insulto a esa cara de arrogante que tiene. ¿¿85 kg??

¿Está loco?

Cojo la balanza y la coloco en diez. Cinco es muy poco. No soy tan débil.

Hago los ejercicios como me manda, tanto este como todos los demás de brazos, piernas y abdomen. No puedo más. Siento como que cada músculo de mi cuerpo arde. Le echaron gasolina y prendieron el mechero. Andrew por otro lado está como si nada hubiera pasado. Que injusta es la genética.

Me bebo el líquido sobrante de mi botella de agua. ¿Cuánto llevamos aquí? Casi dos horas. Estoy segura.

¿Quiere que haga esto cada día?

Que siga soñando. No puedo seguirle el ritmo atlético y sexual. Ni loca. Acabaría postrada en una cama sin moverme.

—Estoy muy orgulloso de ti— me dice. Mi autoestima se sube un poco, a pesar de que lo haya hecho de pena— vamos a desayunar, que te tengo una sorpresa.

—Espero que esa sorpresa sea mucha comida —digo divertida.

Esta vez salgo la primera. Recorro el pasillo con rapidez y me meto en la cocina. Allí está Stephen, desayunando. Nos ve y nos saluda con la cuchara en la mano.

—Veo que os habeis puesto en forma— dice.

—Casi me muerdo ahí dentro. Me obligó a hacer cada uno de los ejercicios —El acusado me mira con una sonrisa— cree que todos somos unos atletas profesionales como él —mi respuesta parece complacerle porque se gira, sin decir nada y empieza a preparar el desayuno—Andrew, quiero lo mismo que Stephen.

—Primero te tienes que tomar esto— me da un vaso de agua — tiene azúcar, para aliviar las agujetas de mañana —me lo bebo sin rechistar.

—Stephen. ¿Te vas a venir con nosotros a Estados Unidos?

—¿Vais a Estados Unidos? —pregunta confuso. Andrew me mira. Mierda. Lo he chafado todo.

—Si. Stephen —dice con voz seca. Está enfadado. Hemos dado tres pasos atrás — no quiero que te sientas incómodo, por eso no te dije nada.

—Si no os importa voy. Me gustaría ver Seattle. Nunca he estado.

Sonrío. Al menos vendrá y podemos hablar. Podría enseñarle Seattle. Es un sitio hermoso.

Andrew me sirve el desayuno, y antes de que se aleje le doy un beso en la mejilla. Se va a la barra y empieza a tomarse su café, sin quitarme la vista de encima. Ataco a los cereales de chocolate. Estoy hambrienta. Otra comida más que ponen que conozco. Estoy en racha.

Me llevo las manos al cuello, quitando los pelos pegados a él. Ahora me tengo que lavar el pelo de nuevo. No debería hacer eso. Debería lavarme un día si y otro no, pero me es imposible. De alguna manera u otra siempre acabo echando un desastre.

—He pedido cita en una tienda de un pueblo cercano. Andriy os llevará a ambos para que os compreis algo que os guste, y que este dentro de los límites establecidos.

—¿Y por qué? —pregunto.

—Dijiste que querías más libertad. Aquí la tienes— se termina la taza de café. Coge una manzana.

—Me refiero que por qué tenemos que comprar algo.

—Hoy es veinticuatro de diciembre cariño. En nochebuena la gente se arregla para cenar. Anda. Es verdad... Ya es navidad.

¿Debería aprovechar y comprarle algo a

Andrew? No tengo dinero, pero puedo coger algo de la tienda donde vamos a ir y que lo carguen a su cuenta.

Otro de nuestros grandes problemas. Su dinero. No lo quiero, y siempre me hace comprar en los sitios más caros, y esto no será la excepción. Me siento incómoda cada vez que cojo algo con más de un cero. Siento que me aprovecho de él y no es dinero que quiera tocar. Es dinero que ha conseguido por armas y drogas. No es dinero limpio.

Andrew se va, dejándonos solos. ¿No desayuna? ¿Cómo puede hacer todo ese ejercicio y no comer nada?

—¿Nos preparamos y nos vamos? —asiente a mi pregunta, y sin perder más tiempo cojo una manzana y me voy escaleras arriba.

Entro en la habitación. Andrew está en ropa interior, con su teléfono.

—Toma— deja el teléfono a un lado y coge la manzana —solo has comido una. Tienes un cuerpo muy grande como para solo mantenerte de una sola manzana.

—Gracias —me da un beso en la frente y vuelve al baño.
El teléfono vibra sobre la mesa y la pantalla se enciende. No lo hagas, Grace.
Bueno no contestaré, simplemente quiero saber quien es.
¿Cassie? ¿Quién narices es Cassie?
“*Estaré allí en tres días. Nos veremos en mi apartamento*”.
¿Piensa ir a Estados Unidos para verse con ella?

Me muerdo el labio inferior, y con toda la impotencia en mi interior cojo el abrigo de color negro que hay en la percha y me voy. Que le den. Que se vaya con Cassie si quiere.

Bajo las escaleras con fuerza. Me encuentro a Andriy en la puerta, esperándome.
—Vamos al coche, por favor. Stephen sabe que estaremos ahí.
Con un movimiento de cabeza me da el paso para ir hacia el garaje. ¿Sabrá él quien es Cassie?
Me meto en la parte trasera del coche. Andriy me sigue pero en el asiento piloto.
—Andriy —le llamo— ¿Tú acompañas a Andrew a Estados Unidos verdad?

—Si señorita. En cada uno de sus viajes. —¿Quién es Cassie?

Me mira a través del espejo retrovisor. Desvía la mirada y se vuelve un tempano de hielo. No se mueve, no habla, casi no respira.
—No puedo hablar sobre eso —dice.

—Genial. Más secretos.
—Si le sirve de consuelo. No se preocupe por ella, es solo agua pasada.
—Ya, pero no me agrada cuando hay un mensaje diciendo que hablaran dentro de tres días.

Stephen entra en el coche. Andriy no responde, sino que se queda en silencio y parte hacia el pueblo.

—¿Le vas a comprar algo a Andrew? — pregunta Stephen.

—No sé que regalarle. Tiene de todo —con - fieso, y la verdad que con el cabreo que tengo encima no sé si comprarle algo o matarle.

—Nunca le he visto con un gorro para el in - vierno. Estoy seguro que si le compras eso será algo nuevo y que le quedará de maravilla.

Me lo intento imaginar con un gorro de lana de color negro, y la verdad es que no queda tan mal. Quizás le compre eso, siempre y cuando haya en la tienda.

—Estoy ilusionada por volver a Estados Unidos, aunque solo estaremos una semana. —Yo también quiero ir— concuerda Stephen— hace mucho tiempo de la última vez.

—Cuando llegue allí voy a ir a despedirme de Wallace, y de algunos amigos. Puedes venir si quieres. No creo que a Andrew le importe. Sobre todo cuando estará ocupada con una tal Cassie.

—¿Cassie? —dice. Puedo percibir como que por un momento Andriy se comunica con él, porque cambia totalmente de tema— ¿Tienes pensado que quieres comprarte?

Ruedo los ojos.

—Pues un vestido simple. Preferiblemente de color blanco. Son locales caros a los que vamos, y no me siento nada cómoda con eso.

—Andrew gana dinero. Puede permitírselo.

—Pero no quiero que se lo gaste. Le pedí que dejara este mundo de las drogas y las armas. No me dio una respuesta, pero no pienso parar hasta que lo deje. ¡No entiende que se va a meter en un lío!

Después de esas palabras el ambiente se queda tranquilo durante algunos minutos. Me centro en ver el paisaje helado. Es increíble que pueda haber tanta nieve. No estamos tan al norte, pero todo está recubierto por una capa blanca. Quizás sea una capa de cinco centímetros o de cuarenta, quien sabe.

Nos metemos en una intersección de camino a Temopil. Otro puente que atraviesa para poder llegar a la ciudad. Es como si todas estas ciudades estuvieran protegidas por esos lagos o ríos que hacían impenetrable al castillo. Las edificaciones son preciosas. Tienen un tono antiguo y vintage que me hace amar más a este lugar. Es como nuestra casa, quiero decir, la casa de Andrew. Solo que estas son un poco más modernas en cuanto a colores y materiales. Allí todo es madera o mármol.

Andriy conduce con soltura, como si estuviera acostumbrado a venir aquí cada día. Se mete por la calle principal deteniéndose a uno de los lados de la carretera.

—La tienda está justo ahí —señala— yo esperaré aquí. Mirais los vestidos y al coche.

—Entendido— decimos Stephen y yo. Salimos del coche, y siguiendo por donde ha señalado entramos en la tienda que tiene pinta de ser muy poco barata.

Entramos con paso lento. Miro los miles de maniquis y no hay nada que me llame apenas la atención.

—Tenemos una reserva a nombre de Andrew Carter—en cuanto decimos eso al chico se le cambia la cara. Guía a Stephen a una sala privada, y sin más remedio le sigo.

Llegamos a una sala donde hay una serie de trajes seleccionados. Estos son los perimetros a los que se refería Andrew. Quería decir “*compra exactamente lo que yo quiero*”.

—¿Necesita ayuda señorita? ¿Quiere una taza de té o algo? —la voz del chico me hace despertar de mi ensoñación.

—Eh no quiero nada, pero si me gustaría saber si tienen un gorro. De esos que se usan para el invierno. Los típicos grises.

—Creo que si tenemos algunos por ahí. Ahora mismo se lo traigo.

Se va. Ambos nos ponemos a mirar ropa. Stephen muestra interes por dos modelitos, por otro lado, yo no veo nada que me guste, ni siquiera una triste blusa.

—No he visto nada que me guste, pero si hay algo en la tienda de al lado que quizás... —Ni se te ocurra, Grace. Te ha dejado salir. No lo estropees.

—Es solo ir aquí al lado. Vendré antes de que te des cuenta.

—Díselo a Andriy. No te metas en lios.

Asiento, y sin pensarlo dos veces me voy fuera de la tienda. Me acerco al coche y antes de que pueda decir nada, Stephen sale. Tiene cara de preocupación como si fuera a perder el trabajo.

—¿Me acompañas aquí al lado? Es que hay un vestido que me gusta.

—Hay ordenes de comprar en esa tienda. —Es que no me gusta ninguno. Andriy por favor. Yo hablaré con él luego.

Parece pensárselo, pero al cabo de unos minutos estira la mano, dejándome pasar a mi primero. Entramos en la tienda y veo el vestido que tanto me gusta entre las perchas. Busco mi talla y sin probarmelo me voy directamente a la caja. Según la etiqueta no es tan caro como las cosas de la otra tienda. Esta solo tiene dos ceros, y el mínimo de ceros allí eran cinco.

—¿Tienes la tarjeta de Andrew o algo? —pregunto.

Me mira de reajo, pero sin oponerse saca una tarjeta brillante de color negro. La señorita morena la acepta con una sonrisa y la pasa por el tarjetero. Mete el vestido en una bolsa y me la da con una sonrisa. La acepto y salimos de la tienda. Hemos tardado menos de dos minutos.

—Muchas gracias, Andriy. No dejaré que te echen la bronca. Te lo prometo.

—No se preocupe señorita. Vaya con Stephen y terminen las compras.

Vuelvo a entrar a la exclusiva tienda. Stephen ya está pagando. Me acerco a la caja y cojo el gorrito para que no se olvide.

—¿Puede poner el gorrito para regalo? — asiente y le doy una sonrisa de agradecimiento.

Salimos de la tienda y nos montamos en el coche de vuelta a casa. El trayecto es silencioso y comodo. Subo los pies al sillón para dormir. Agarro la cajita de regalo, como si fuera mi tesoro más preciado.

Llegamos a la casa. Salgo del coche y camino por el pasillo. Este es el plan: llegar a la habitación sin que Andrew se de cuenta y esconder el regalo hasta esta noche.

Seguro que está en su despacho. Camino despacio, para evitar hacer algún ruido. La madera del suelo cruje a cada paso. Doy zancadas largas. Ya casi estoy al final del pasillo. ¡Lo conseguí!

—¿A dónde vas tan rápido? —mierda — tenemos que hablar. Entra al despacho.

Me giro. Escondo las bolsas detrás de mi y entro al despacho. Cierro la puerta, y en cuanto me giro ya está sentado en su silla de cuero.

—Es que tengo que guardar una cosa y... —¿Guardar la ropa en la tienda que yo no dije? ¿Te refieres a eso?

—Andrew —dejo la bolsa en el sillón— no había nada que me gustase ¿qué querías que hiciera?
—Llamarme. Contármelo y ya habría encontrado una solución.

—¿Con solución te refieres a elegirme más ropa por tu cuenta? —suelto un suspiro— no hay nada por lo que discutir. No me gustaba la ropa. Fui a la tienda de al lado y me compré un vestido.

—¿Qué no hay nada que discutir? Estas de broma—se levanta y queda justo frente de mí — me has desobedecido.

—Nunca dije que iba a obedecerte Andrew. ¡Podrías alegrarte por mí por haber encontrado algo que guste!

Se queda quieto por un segundo, analizando las palabras que le he dicho.

—No te enfades por favor —le digo. Enrosco mis manos en su cuello, quedándome de puntillas— hoy es navidad. Tiene que ser un día feliz.

Sus hombros se relajan al instante. Ya se ha relajado. Es un paso más en la buena dirección. Eso es bueno. Me relajo y dejo que me envuelva en sus brazos. Esconde su cara en mi cuello, y aspira.

—Me encanta como hueles— dice con voz sosegada—es como si nunca se te fuera tu esencia. Frutos silvestres. Eso es lo que huelo en ti.

—Tu siempre hueles a menta. Es un olor muy refrescante —le halago.

—Enseñame que has comprado —asiento. Voy a la bolsa y saco el vestido. Es un vestido de color verde esmeralda con florecillas doradas y azules pequeñas. Es de tiras y con un escote ballena— ¿te lo has probado?—niego— ¿cómo sabes que te queda bien?

—Es mi talla— digo enseñando la etiqueta.

—Que poco ha costado —asiento, orgullosa de mi elección— no me digas que compraste eso porque era más barato que las cosas de la tienda.

—No fue por eso exactamente. De verdad no había nada que me gustase. Todo era de colores plateados o negros y muy...muy reveladores —se muerde el labio— aparte de que todos tenían más de seis cifras, y no sé como es el cambio de moneda ucraniana a dólar pero se veía caro.

—Estoy deseando vértelo puesto esta noche— sonrío, agradecida de que no se enfade —junto con esto— se saca una cajita de terciopelo negro del bolsillo— ábrelo.

Con manos temblorosas cojo la cajita ¿Qué será? ¿Un anillo? Tiene pinta de caja de anillo. La abro y me quedo con la boca abierta. Son unos pendientes dorados que caen. Los muevo dentro de la caja. Brillan como el sol.

—Unos pendientes de oro blanco con diamantes de cinco kilates para mi mujer —abro la boca.

—¡Guau! No sé que decir es...demasiado— estoy atónita ¿cuánto le habrá costado? —gracias, Andrew. Son preciosos — le cambia el gesto.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba, queriendo formar una sonrisa pero no la termina. Moriré antes de verle sonreír abiertamente. Lo tengo claro.

—Me gustaría hablar contigo de una cosa— su mano va hacia mi mejilla, acariciándola— estuve leyendo tu historial médico sobre las hormonas que te estás administrando mensualmente — asiento. Me reacomodo en el sitio, claramente incómoda por esta conversación— aquí en Ucrania existen unas más potentes, son las oficiales del País. Muy seguras, inventadas por un Sueco. Si quieres puedes seguir con las que tienes o podemos conseguir las nuevas.

—¿Crees que es necesario el cambio?

—Sinceramente no. Creo que las hormonas que te tomas hacen un trabajo excelente contigo, pero son más complicadas de conseguir estando aquí. Y sinceramente no me fio mucho de transportar medicación. Cualquiera puede hacerles algo. Estas sería mucho más fácil. Vendría tu médico personal y te las suministraría.

—Ya...Yo tampoco me fiaría mucho. Aduanas podría pararlas y quedarme sin medicación— otra vez más que tiene razón— esta bien. Usaré estas nuevas.

—Genial. Me pondré en contacto con la doctora después de volver de Estados Unidos. Se vuelve a sentar en la silla y coge una gran pila de papeles.

—¿Qué es eso?

—Acabo de terminar otro libro cariño. Lo he impreso para leerlo y buscar fallos que pueda tener.

—Yo casi me he leído tu segundo libro. Creo que cada vez el sexo se va volviendo más...sádico.

—¿Por qué piensas eso?

—Él siempre está enfadado en el segundo libro. Algo le pasa y ella no sabe que es. Intenta ayudarle pero a la mínima que dice o hace algo él se ceba con ella. Creo recordar que había hasta una sesión donde él la marcaba con un cutter. Le ponía su inicial —asiente— pero con razón ha sido bestseller. La gente fantasea sobre lo que no puede tener. Todos.

—Yo no, señorita Jonhson. En eso disentimos. Tengo todo lo que quiero. Tarde o temprano.

—Porque tu te empeñas en ser Dios— me siento en la silla. Cojo la primera hoja— "*Pasión prohibida*". Me gusta.

—A mí me gusta cuando me desafías. Dices las cosas sin pensarlas porque no me tienes miedo. Eso lo hace excitante.

Me reclino sobre la silla. Este juego me gusta. Me siento sexi y poderosa, dos cosas que nunca habría pensado que vendrían de mí.

—Eso es porque no te tengo miedo— me levanto, rodeando la mesa y su silla, quedando justo

detrás. Me inclino, hasta quedar a la altura de su cuello— soy la mujer de Andrew Carter. Tu deberías tenerme miedo a mi —esto último lo digo en un susurro.

Puedo oír como gime abiertamente por mis palabras. Le he puesto cachondo.

—Yo también puedo jugar a ser Dios— vuelvo a mi sitio. Tiene el gesto contraído. Le he chafado los planes. Suelto una risa ahogada.

—Bien jugado, cariño. Esta vez he perdido — admite— ve a la cocina. Ahora voy.

Asiento. Me levanto y cojo las bolsas, saliendo corriendo escaleras arriba para esconder el regalo. He de admitir que eso me ha divertido. He hecho que don tengo todo lo que quiero se vea aturdido por mí. A esto lo llamo empoderamiento femenino.

En vez de entrar en la habitación habitual me voy a la otra. En donde desperté el primer día. Escondo la pequeña caja en la estantería y coloco la ropa de esta noche sobre la cama.

Menudo regalo me ha hecho. Unos pendientes dignos de la realeza. No debería regalarme estas cosas. Soy tan patosa con los accesorios que siempre se me acaban perdiendo o cayendo por las tuberías. Por eso nunca los llevo, pero no voy a decírselo. Se ha acordado de mí y me ha regalado esto. Lo mínimo que se puede hacer es usarlo esta noche y agradecerse.

Bajo a la cocina y me encuentro a Stephen, terminando de colocar la mesa. Se ha cambiado por lo que siempre suele llevar. Un chandal y una blusa negra.

—Deja que te ayude— niega— Stephen estamos en navidad. Deja la cabezonería. Quiera o no quiera cojo la comida y la voy sirviendo en los platos.

Me pregunto cuando comen los escoltas. Es verdad que a la hora de comer no suele haber ninguno por aquí, únicamente Andriy y alguno más pero ya está. Quizás esten con su familia, pero ¿dónde? ¿Hay más casas por aquí cerca?

Andrew ingresa en la cocina, con la comida ya puesta. Nos agradece a ambos y se sienta a mi lado. Stephen queda frente a mí. De los que trabajan aquí creo que él es el que más cariño le tiene Andrew. Quizás porque le salvó, o le recuerda a mí. No lo sé, pero no le trata igual a los otros. —¿Va a venir hoy Anna?

—No lo sé. Invitada está, pero ya la conoces. Es impredecible.

—¿Quién es Anna? —pregunto, esperanzada de que alguien me de respuesta.

—Mi madre —dice Andrew— es un poco demasiado especial. A ella si le gusta creerse Dios, bueno Dios y todas las deidades que han existido y existen en este mundo.

Pensé que estaba muerta por aquello que me dijo en el despacho.

—Vaya... Tiene pinta de ser una mujer muy segura de si misma.

—Créeme. Autoestima no es de lo que carece— dice Stephen— de amabilidad si.

—No te pases, Steph— este rueda los ojos y hace señas de vomitar sin que Andrew lo vea. Suelto una pequeña risa.

—Me encantaría conocerla si viene. Tendrá que hablar inglés, pero bueno.

Les doy una sonrisa coqueta a ambos y sigo comiendo esto que no sé que es, pero mejor no preguntar por si acaso. Si no, no me lo voy a comer. Terminamos de almorzar y le suplico a Stephen que me deje ayudarlo, pero esta vez es Andrew quien me coge en brazos y me lo impide.

Me lleva a la sala de cine. Se acuesta sobre él y me acurruca entre sus piernas. Parecemos una pareja feliz que está viendo Netflix después de un día duro de trabajo.

—Vamos a ver otra película —pide— la que tu quieras.

—¿Qué clase de películas te gustan? —quiero evitar decirle que le he enganchado a esto de ver películas por si acaso que decida cabrearse e irse— a mí me gustan todos los géneros.

—Me acuerdo que de pequeño veía muchas películas de superhéroes pero hace más de quince años que no me acuerdo a ver una película.

—¿Quince años? ¿Y qué hacías cuando estabas aburrido?

—Salía a correr, trabajaba, escribía. Lo normal.

—Está bien. Pues bienvenido al mundo de la comodidad y el lujo. Veremos una película nueva de superhéroes. A todo el mundo le ha gustado esta película.

Cuando los créditos comienzan, me giro para verle la cara.

—¿Qué te ha parecido? —pregunto. Dejo el mando a un lado —es la mejor película de los vengadores.

—No ha estado mal. En mis tiempos superman estaba mejor que esto pero no está mal.

—Nunca vi esas películas —admito. Intenta moverse, pero hago presión para que no.— veamos otra película.

—No puedo. Tengo que trabajar —intento protestar pero tapa mi boca con su manos— esta noche vemos otra película.

—¿Promesa?

—Promesa— dice.

Dejo que se levante. Me da un beso en la frente y sale de la habitación. Curioseo por el resto de películas que hay por ver.

¿Call me by your name?

¿Puedo verla en serio? Es mi película favorita de todas. Le doy al play. Cojo algunos cojines y los junto para rellenar el vacío que me ha dejado Andrew. Cojo la manta de color negro y me envuelvo en ella como si de una oruga me tratase.

Que empiece la mejor película del mundo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Me estiro sobre el sillón.

—Grace tienes que prepararte. Dentro de nada cenaremos —me avisa Andrew, interrumpiendo en la habitación.

—Llévame a la habitación por favor— estiro los brazos.

Enarca la ceja, pero sin poner objeción me coge en brazos y me lleva a nuestro cuarto. Me deja

sobre la cama, al lado del modelito de esta noche.

—Te espero abajo. No tardes.

—¡Espera! —me levanto. Cojo la cajita detrás de la estantería.

Me mira incrédulo, como si estuviera loca por ver que le voy a dar un regalo. Con mis dos manos se lo tiendo, junto con una sonrisa

—Tenía pensado dártelo en la noche, pero me parece mejor en la intimidad.

Acepta la caja con nerviosismo. Le tiembla un poco el labio inferior, al igual que sus manos. Puedo jurar que está nervioso y sorprendido.

Toca el envoltorio y el lazito con cuidado, como si no quisiera dañarlo. Tira de la cinta de seda negra y el regalo queda liberado de las ataduras. La deja encima de la cama. Ahora va con la caja. Con una mano agarra la base inferior y con la otra la superior, tirando de ella y abriendo el regalo.

En un principio lo mira de forma extraña. No lo coge de la caja, intenta averiguar que es sin tocarlo, pero al fracasar lo agarra con las manos y se da cuenta de lo que es. Se muerde el labio.

—Sé que no es mucho, pero ya tienes de todo y me dijeron que lo único que no te han visto nunca es un gorro. Así que...

—Muchas gracias, Grace. No tenías porque regalarme nada.

—Es navidad. Todo el mundo merece un regalo— sus labios se juntan en una fina línea.

Su gesto se contrae. Parece que le duele recordar la navidad. Quiero preguntar el por qué, pero sé que no es lo mejor porque se podría ir todo al garete, y quiero que disfrute como pueda. Lo mejor es dejarlo para otro día.

—Ahora tengo que prepararme— digo— fuera señor Andrew. Así una no se puede concentrar— bromeo, mientras le conduzco fuera de la habitación—estaré abajo en veinte minutos.

Cierro la puerta, y sin perder tiempo me meto dentro del baño para darme una ducha rápida. Me recojo el pelo en un moño alto y con la alcachofa me mojo el cuerpo con agua fría.

¡Rápido! ¡Rápido!

Cierro el grifo y salgo del agua, temblando. Me envuelvo en la toalla, y sin perder tiempo me hago una cola bien alta y apretada para así poder presumir de los pendientes.

Me pellizco las mejillas para darme un poco de color y sigo hacia el dormitorio. Dejo la toalla en el suelo y me meto en el vestido. Me queda pegado al cuerpo, no demasiado, pero si me estiliza las zonas que tiene que estilizar. Me miro en el espejo desde distintos ángulos, buscando alguna imperfección pero no la hay. Aunque esté mal que yo lo diga me queda perfecto. Cojo los pendientes, y con mucho cuidado pongo uno en cada una de mis orejas. Dios santo. No parezco yo. Nunca creí vestir estos colores, ni estas joyas, pero luzco bastante bien. Mi piel blanca hace contraste con el vestido, que destaca aun más mi pelo rojo y mis ojos verdes. Me pongo los tacones de color beis que me compró la otra vez. No pensé en los zapatos, pero no importa. Podría hasta bajar descalza.

Me miro por última vez al espejo y guiñándome un ojo a mi misma, salgo de la habitación. Bajo las escaleras con cuidado, agarrándome de la barandilla. Llego al recibidor y me encuentro a varios escoltas, todos juntos bebiendo vino y champagne. Me acerco a Andrew y enseguida me agarra de la cintura, acercándose a él.

—Hombre. La chica que me dio un golpe en las pelotas.

Dice el hombre que está a su lado. Ahora no tiene gafas de sol ni ese traje. Va como un ciudadano normal con pantalones vaqueros, una sudadera y un peinado rebelde.

—Lo siento por eso...— me disculpo— supongo que no comenzamos con buen pie. Soy Grace.

—Encantado Grace. Soy Dimitri —me da un beso en la mejilla— te perdono lo de ese día porque fue culpa de este— le da un golpe en el hombro. Miro a Andrew, esperando una reacción distinta a reirse.

—Yo pensé que los escoltas se iban con su familia— le digo en un susurro.

—Aquí somos una familia, Grace —asiento —¿qué quiere de beber mi mujer?

—Agua. No bebo alcohol —asiente y se va hacia la cocina.

—Lo tienes loco, Grace —me dice Dimitri— cuídalo.

—Si. Eso intento —le sonrío— pero me lo pone difícil.

—Créeme. No lo hace con maldad —suelto un bufido. Ahora no, pero al principio...— lleva mucho tiempo cuidandote y buscandote. No seas tan duro con él.

Se va justo en el momento en el que Andrew llega con mi vaso de agua. Le agradezco y doy un sorbo.

—Estás muy unidos a todos ellos ¿verdad? — asiente— me alegro de que te quieran tanto. Me dejan más tranquila.

—¿Por qué? —pregunta.

—Tienes un trabajo muy peligroso, Andrew. Es por eso que no me dejas salir de casa sola, y sé que tu tampoco lo haces— me acerco a él para que no nos escuchen— todo por no dejarlo.

—No me pasará nada cariño. Deja de preocuparte por eso.

—No voy a dejar de preocuparme. Tienes que tomartelo en serio. Me es difícil no pensar que algún día pueden entrar en casa y pegarnos un tiro. Por favor. Consideralo por mí.

—Aunque ya te he dicho que sí lo haré, está bien. Lo consideraré, pero nadie vendrá a por nosotros. Nadie sabe mi verdadero nombre y nadie me delatará. Esta no es la típica historia donde alguien entra por venganza, cariño. Te lo prometo. Así que haz algo por mí. Hoy no te preocupes por nada de eso.

—De acuerdo —me da un beso

—Estás preciosa. Ese vestido te queda estupendo.

—No me queda tan mal, no— digo observando mi cuerpo desde arriba —¿qué vamos a cenar?

—Pues hay un poco de todo. Cada uno ha traído algo originario de su país. Casi todos son americanos y ucranianos, pero hay comida española, francesa, senegalesa...De todo.

—Mmm...Se me abre el apetito de solo pensarlo.

Pasamos a una sala. Quiero decir que es el comedor principal, pero es más que eso. Es como si la mesa se hubiera abierto cuatro metros más. Hay sillas suficientes para todos, aparentemente. Nos vamos sentando en la silla. Yo al lado de Andrew, obviamente, mientras él preside la mesa. Dimitri se sienta a mi lado, y todos los demás, a los que apenas conozco se siguen sentando. La comida está sobre la mesa. De cualquier país y distintos platos que se ven deliciosos tal y como me describió.

Empezamos a comer entre risas y discusiones sobre temas de seguridad. Andrew se ve muy entregado a la conversación. La seguridad. Es un tema que le apasiona según veo.

—Ellos solo saben hablar de seguridad— me dice Dimitri —a mi me gusta, pero a veces prefiero hablar de otras cosas.

—Andrew se preocupa mucho por la seguridad. Sobre todo por la mía.

—Es normal. Eres su niña.

—¿Cuántos saben que él... Me observaba? — pregunto en voz baja.

Es un tema tabú, porque le cambia la cara a una más seria. Bebo un poco más de agua. Cojo un trozo de pimiento asado.

—Es solo una respuesta. Lo sé todo. No te va a hacer nada por eso.

—Lo saben todos, Grace. Cada uno de nosotros se encargó de cuidarte alguna vez—asiento. Miro a cada uno de los presentes— siento mucho por lo que tuviste que pasar.

—No te preocupes. Las cosas pasan, y supongo que gracias a eso estoy aquí...Con él.

Le miro. Está mirándome fijamente. Le doy una sonrisa tímida.

—Creo que se ha cabreado— dice.

Antes de que pueda decir nada siento como me tironean del brazo y me arrastran fuera del salón. Abre la puerta y la cierra de un portazo, estampándome contra ella. Esta vez el impacto no es doloroso, al revés. Coloca sus manos antes de que mi espalda toque el cemento.

¿Qué he hecho ahora?

Siento su agarre en mis manos, como las sostiene por encima de mi cabeza. Subo la mirada hasta quedar cara a cara.

—¿Por qué estás enfadado? Puedo escuchar tu respiración agitada desde aquí. Se te va a salir el corazón.

—Estás coqueteando con Dimitri en mi puta cara. Me doy cuenta de las cosas.

—¿Qué? ¿Va en serio? Si hemos estado hablando de ti toda la noche. Además tu estás muy ocupado hablando con tus amigos. No voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que decidas hablarme.

—Si no fueras tan coqueta. Esto no pasaría — se acerca a mi cuello —no soy fan de hacer estas cosas pero visto las circunstancias.

Da un pequeño mordisco en el cuello y empieza a succionar con fuerza. Suelto varios jadeos de dolor y placer. Es una sensación extraña. La forma en la que coge mi piel me causa dolor, pero a la vez, el sentirlo tan cerca de mí, sus labios en mi cuello, y su perfume me hace delirar de placer.

—Listo.

—¿Qué has hecho?— pregunto tocándome la zona afectada.

—Se llama chupetón, pequeña. Así sabran que eres mía y solo mía— me agarra de la mano y me arrastra de nuevo al interior de la cena.

Doy pasos torpes por los tacones, y en cuanto me voy a sentar vuelve a tirar de mí, sentándome sobre su regazo

—Es aquí donde vas.

—¿Pero que estás haciendo? —susurro —me haces un chupetón y ahora me sientas sobre tu regazo como si fuera una niña malcriada.

—Lo eres. Hablas con quien no debes hablar.

—Voy a hablar con quien quiera —le digo en otro susurro. Suelta una carcajada— ¡no tiene gracia!

Le doy un golpe en el pecho y me acomodo sobre él, mirando al resto de los invitados que ya han vuelto a dejarnos de prestar atención.

—Pruébalo— dice, tendiéndome la copa de vino. Niego— solo un poquito. Un sorbo.

Acepto la copa después de pensarlo durante algunos segundos. Mojo mis labios en el vino tinto. El sabor amargo y ácido baja por mi garganta, haciéndome hacer una mueca extraña.

—Está malísimo, Andrew. ¿Cómo puedes beber esto?

—Cuando llevas unos cuantos te empiezan a gustar.—me asegura. ¿estará borracho? —no estoy ebrio, Grace. Nunca bebo hasta llegar a esos límites— asiento, creyéndole. Nunca lo he visto bebido, así que no es motivo para desconfiar — me gustaria follarte sobre esta mesa ahora para que todos vean que me perteneces.

—¡Shh!;Estás loco! —me pongo roja hasta las orejas—a no ser que sea con otra no vas hacer eso conmigo.

—Estás muy segura de ti misma— me dice, acariciándome el cuello— una rebelde.
—*Mediante la desobediencia y la rebelión se ha realizado el progreso*— cito.

—Oscar Wilde —asiento— guapa e inteligente. Hice una buena elección —pongo los ojos en blanco —disfruta de la fiesta, cariño. Te tengo una sorpresa para luego.

—¿Qué sorpresa? —intento sonsacarle la información, pero no consigo nada— sea lo que sea estaré muy agradecida.

El resto de la noche se pasa igual. Gente hablando aquí y allá. Comiendo. Bebiendo. Divirtiéndose...

Son las diez y media de la noche, y ya todo está más calmado. Stephen y yo estamos en el salón principal, descalzos y con los pies en altos. Estoy destrozada. La cabeza me palpita del jaleo y las piernas me queman por los tacones. Eso significa que ha sido una buena noche. Solo me faltaría despertarme sin bragas y en una cama desconocida para que sea una fiesta perfecta, pero no me va ese estilo de tener relaciones sexuales con cualquiera. Puedo testificarlo, bueno, Andrew puede. Fue quien hizo que dejara de ser virgen.

—Me voy a dormir, Grace. Hasta mañana. — Stephen se levanta y desaparece tras cruzar la puerta.

Me quedo unos segundos solas antes de que aparezca Andrew. Con una sonrisa me coge en brazos y me lleva escaleras arriba. Se mete en la sala de cine, me deja sobre el sillón y me besa en los labios, dejándolos húmedos y con ganas de más.

—¿Te lo has pasado bien? —asiento— ¿tanto como para no poder moverte? —vuelvo a asentir— aquí tienes cariño —me da un gran ramo de rosas. Una mezcla de rojas y blancas.

—Muchas gracias, Andrew. Me encantan las rosas— me siento sobre el sillón, cogiendo el ramo de rosas. Miro a la mesa de noche y encuentro un florero encima que antes no estaba— mmm... Que casualidad— coloco las rosas.

Se sienta a mi lado.

—Es increíble que estemos en estas circunstancias— me dice— nunca vi el momento de tenerte aquí en mis brazos.

—Yo tampoco la verdad— digo con voz suave— estuve pensando y...— me subo el vestido para poder acomodarme en su regazo, con una pierna a cada lado de su cuerpo— quiero intentar algo nuevo, sexualmente hablando. Lo que tu quieras.

—¿Lo que yo quiera? —en cuanto pronuncia esa pregunta su mano se cuela por dentro de mi vestido.

—Algo no muy extremo. Lo que para ti sea muy suave —asiente, con una sonrisa a medias.

De un solo movimiento me quita el vestido, dejándome completamente desnuda. Me mira

asombrado por no llevar ropa interior. Me muerdo el labio inferior.

—Voy a buscar las cosas. Ponte de rodillas encima del sillón— lo hago— ahora espera a que venga, pequeña— me da un beso fogoso.

Estampa sus labios con fuerzas. Sus manos cogen mi cara para tener más accesibilidad. Su lengua domina a la mía con rudeza, demostrando quien manda en la relación. Sin esperarlo da un golpe certero y con fuerza en mi intimidad. Mi grito de sorpresa y de dolor se ahoga en su boca. Mi respiración se agita por la nueva sensación. Deja de besarme y me mira con ojos ardientes. Cierro las piernas, intentando calmar la sensación.

Suelto un suspiro.

Se va de la habitación, dejando la puerta abierta. Puedo ir sus pasos alejarse hasta que ya no se escucha nada.

¿Qué iré a buscar? ¿Qué haremos?

Me quedo mirando a mi alrededor, pero sin perder la posición. Estoy más que segura que se acuerda hasta de como tengo los dedos de las manos colocados. No puedo creer que haya aceptado. Debo estar loca, pero no lo estoy. Es simplemente que quiero darle una oportunidad a todo esto. Quizás si lo complazco de alguna manera se abra más a mí y me cuente cosas como quien es Cassie.

No quiero que pensar en ella. No me está engañando. Según me dijo Andriy ya es agua pasada. No tengo por lo que preocuparme, y al igual que él hablará con esa chica, yo hablaré con Jake para poder explicarle al menos porque he desaparecido. Quizás me lleve a un psiquiátrico, pero merece una explicación y que me dejen de buscar. En el caso de que me sigan buscando.

Andrew vuelve a entrar a la sala. Cierra la puerta y se acerca a mi con una cuerda de color rojo, una cinta y una vela. Deja las cosas sobre la mesita y empieza a desnudarse, con pasos lentos y seductores.

—¿Para qué es todo eso? —pregunto sin dejar de hacer contacto visual.

—Confía en mí. Has dicho lo más suave y eso he hecho— se acerca. Mi cara le llega a su abdomen desnudo. Aspiro su aroma mentolado, tranquilizándome al instante— no pensé que esto fuera a suceder tan rápido, pero ya que lo pides —coge la cinta— es para tus ojos. No quiera que pierdas ni un poquito de placer por estar mirando cada una de las cosas que te voy a hacer.

La coloca sobre mis ojos, privándome del sentido de la visión. Ahora solo hay oscuridad. Andrew me tiene desnuda y ciega para poder hacer conmigo lo que quiera, pero lo peor es que confío en él y sé que no me haría nada demasiado malo.

Mi sentido auditivo se agudiza y puedo oír como sus pantalones impactan contra el suelo al chocar el cinturón contra este. Me sobresalto, pero lo disimulo con colocarme.

Coge mi labio inferior con sus dientes y tira de él, haciéndome gemir. Voy en busca de sus la-

bios, deseosa de más. Quiero que me bese, que me haga sentir deseada y querida.

Se aleja antes de que pueda besarle. La cuerda se enreda a mi alrededor. Me está atando. Le da una vuelta al pecho y se entremete entre uno de los brazos, le vuelve a dar la vuelta en el abdomen, esta vez a la altura del ombligo. Ata el otro brazo y tira con fuerza.

—Andrew atarme no— me quejo pero hace caso omiso.

Esta vez va hacia las piernas, y siento como que con facilidad me levanta y me ata el tobillo al muslo, de vuelta al abdomen y el mismo proceso pero en la otra pierna. Suelto un suspiro. Ahora sí que estoy un poco preocupada. Me tiene atada completamente como si fuera un envasado. No puedo mover ni un solo músculo porque sino la cuerda de fibra me raspa y me hace daño. Genial. Mira en lo que te has metido por ir de experimental.

—Deja de darle vueltas a la cabeza. Estás haciendo esto porque estás segura. Eres una chica muy fuerte. Mi chica fuerte— me halaga, y por un segundo los nervios se me van.

—Confío en ti— digo, no muy segura de si me lo ha preguntado o no. Sé que no me hará daño, pero no sé si hemos llegado al límite de dejar atarme y dejar que me haga lo que quiera.

—Ahora mismo estás tan hermosa —pasa las llemas de sus dedos por mi abdomen. Desde mi cuello hasta mi pubis —he tenido esta oportunidad antes, pero ninguna de ellas se ven como te ves tu.

—¿Qué quieres...— no me deja terminar porque me besa. Su lengua invade mi boca y la explora de mil maneras. Es un beso pasional, muy distinto a los que he podido dar, pero a la vez tan obsceno que parece prohibido. Se separa, dejándome deseosa de más como siempre.

—Lo que quiero, Grace. Es enseñarte que tan sucio y bueno puede ser el sexo —se acerca a mi cuello. Muerde suavemente un trozo de carne y pasa la lengua desde ahí hasta el óvulo de mi oreja — si supieras las cosas que tengo pensadas para ti— intento cerrar las piernas por la excitación, pero es imposible— antes me has dicho que me creo Dios. Me sorprendió. Nadie me lo ha dicho antes. Lo piensan pero no me lo han dicho. Es por eso que esta noche me vas a ver como un Dios. Lo único que vas a poder hacer es suplicarme y gritar mi nombre para poder tener lo que deseas.

Pasa sus dedos por mi abdomen, y al subirlos hace presión con sus cortas uñas, haciéndome jadear. Tengo las manos en mi espalda. Los pies doblados. Estoy totalmente indefensa y abierta de piernas para él. Echo la cabeza hacia atrás, siseando.

—Por favor...

Puedo imaginar la sonrisa arrogante que tiene ahora en el rostro. Se aleja de mí. La cercanía se esfuma por un segundo hasta que vuelve a quedarse junto a mi. Su pulgar pasa por mi labio, liberándolo de mis dientes.

Siento un quemazón en la piel.

¡Au!

¿Qué ha sido eso? ¿Me ha quemado?

—¿Qué ha sido eso?— pregunto, sintiendo los últimos efectos de la quemazón.

—Nada que no puedas soportar —me dice —¿Cuáles son los pecados capitales, Grace? ¿A qué viene esto? ¿Es algo que tiene que ver con su juego?

—Responde. Estoy seguro que lo sabes. No hay mujer más inteligente que tu.

—L-la...Lujuria, la gula, ¡ah! —siento otro quemazón— la av-avaricia, la pereza, la ira, la envidia y la soberbia— estos tres últimos los digo sin respirar.

—Eso es— vuelve a verter lo que esté vertiendo. Cojo una bocanada de aire. ¿Es una vela? ¿Me está quemando con la cera derretida de la vela?

—¿No crees que entre los dos hacemos los siete?—.vuelve a verter la cera, y esta vez duele más que los otros porque cae en mi pubis. Muevo las caderas con brusquedad— no te muevas — detengo mis movimientos— yo creo que si hacemos los siete. Obviamente tu tienes la lujuria, y si lo dudas puedo sacarte una foto de como estás ahora mismo. Dios y Lucifer se reunirían para hacer un trío contigo —me sonrojo hasta las orejas— posees el pecado de la gula. No he visto a nadie disfrutar tanto de la comida como lo haces tu, y joder...Lo más sexi que puede ver un hombre en este mundo es ver a una mujer comiendo hasta saciarse. Eres un poco perezosa también. No de- masiado, pero podemos decir que si.

Deja caer varias gotas a la vez en mi muslo interior. Suelto un jadeo.

—¡Es suficiente con la cera! —exclamo.

—Yo tengo todos los demás pecados, aparte de la lujuria que también la tengo yo. La gente del cielo tiene que estar escandalizada.

—¿Puedes dejar de hablar de Dios mientras hacemos...esto? Por favor, es muy sucio.

—¿Eres creyente verdad? —asiento. Como si no lo supiera ya— me encargaré de que hoy subas hasta el cielo del placer.

Sopla y apaga la vela. Es aquí cuando sé que empieza el juego de verdad. Se oye el sonido de como deja esta sobre la mesa.

Se sube al sillón, colocándose entre mis piernas. Cojo una bocanada de aire.

—He pensado en que me hagas sexo oral, pero debido a que es un regalo que me has hecho tu a mi, he reconsiderado la propuesta. Cuando no estés en estas circunstancias —puedo sentir como se agacha hasta quedar a escasos centímetros de mi intimidad— yo te haré sexo oral. ¿Lista para el primer orgasmo de la noche?

¡Dios si! Llevo esperando por él desde que le propuse esto.

Su cara se entierra entre mis piernas. Mi primer instinto es cerrarlas, pero por las cuerdas es practicamente imposible.

Mis pliegues se humedecen por su lengua y por mi propia excitación. No pensé que pudiera sentirse tan real. Coge mi centro de nervios y arremete su lengua contra ella.

Gimo.
Grito.

Muevo mis caderas de un lado a otro para acercarlo más a mi. Uno de sus dedos se introduce en mi interior, y es ahí cuando siento que voy a desfallecer. Acaricia mis paredes internas. La cabeza me da vueltas, es como si estuvieran tirando fuegos artificiales dentro de mi. Su lengua le hace compañía a su dedo corazón, junto con el índice que se introduce también.

¡Joder!
No voy a aguantar más.

Levanto las caderas con fuerza y llego al climax sin avisar. Pongo los ojos en blanco, a pesar de llevar el antifaz. Me muerdo el labio para evitar dejar salir más gritos. Me sacudo. Mi cuerpo y mi mente sufren espasmos y cortocircuitos por el increíble orgasmo que acabo de conseguir. Mi pecho está acelerado, mi sangre corriendo a gran velocidad por mis venas y mis neuronas, confusas por lo que acaba de pasar.

—Saboreate cariño— antes de que pueda decir nada me besa, dejándome, literalmente, saborearme. El sabor mentolado habitual de Andrew, junto con un nuevo sabor dulce —eres tan dulce. Magnífica. Por dentro y por fuera.

—Dios...— digo en susurro. Estoy totalmente complacida al igual que satisfecha.

—A por el segundo orgasmo— esta vez me coge en brazos, dejándome boca abajo, con el culo levantado y la cara aplastada al sofá.

¿Cuántos orgasmos van a ser?

Uno ya me ha dejado destrozada. Agarra mis caderas, y sin esperar mucho más se hunde completamente en mí. Un jadeo ahogado sale de mi boca por la intromisión.

Se inclina hacia delante, y delinea con su lengua mi columna vertebral. Me da un escalofrío, y como acto involuntario mis caderas se hacen hacia atrás, haciendo la penetración más profunda.

Sonríe pegado a mi espalda. Con una mano agarra ambos pechos y los aprieta. Da embestidas lentas y profundas. Quiere alargarlo lo máximo posible.

No sé como hacer que mi mente entienda lo que está sucediendo. Sus penetraciones me hacen resetear todo aquello por lo que estoy preocupada o hay en mi mente.

Andrew Carter es mi perdición.
Estoy segura de eso.

Me está follando un demonio. No hay otra razón para que esto se sienta tan bien y tan prohibido. Un mortal normal no podría eliminar mi capacidad de razonamiento con un solo beso.

Tira de mi pelo y da una embestida tan fuerte que me hace desplazarme varios centímetros. — ¡Dios Andrew! —grito, exhausta —¡desátame por favor. Quiero besarte, quiero tocarte. —¿Ahora

crees que soy un Dios de verdad? — su pregunta casi me hace reír. Que irónico. —Un demonio tal vez —digo —¡por favor, Andrew!

Da una última embestida antes de salir de mi interior y desatarme de forma rápida. Me coge en brazos y se hunde en mi interior de nuevo, dejándome esta vez encima. Coloco mis manos en sus hombros, apretándolos por la sensación de placer.

Sus manos en mis caderas, impulsándome. Dentro.

Fuera.

Dentro.

Fuera.

Repite ese proceso cada vez más rápido, sacándome gemidos y gritos de placer.

—Mirate joder. Aunque te he desatado sigues sin quitarte la cinta. Buena chica — a tientas le planto un beso en la boca.

Intento tener el control por esta vez. Mi lengua se adentra en su boca por primera vez y empiezo a explorar timidamente contra la suya. Ese tacto tan suave y húmedo me pone los pelos de punta.

—Me queda muy poco, pero no quiero que esto acabe.

—Yo también estoy cerca —digo.

Estoy sudando. Mi piel húmeda y pegajosa no es un impedimento para que me bese cada centímetro. Coge un pezón con los dientes y se lo lleva a la boca, succionando. Se los acerco más, disfrutando del momento. Ahora si he conseguido que mi mente olvide todo por un segundo y disfrute al cien por cien de lo que está pasando ahora.

Estoy haciendo el amor con quien me ha causado tanto sufrimiento. Estoy disfrutando de esto y no me hace estar loca ni tener ningún problema como el resto de las personas puede pensar. Yo sé lo que ha pasado, porque este hombre que arremete con fuerza contra mí, haciéndome suspirar es el que me ha ayudado a no morir de inanición en mi adolescencia, el que ha pagado mi operación de forma desinteresada y el que me ha cuidado desde que estoy aquí, tratándome con tanto respeto y cariño.

—Juntos, Grace —asiento.

Da una cuantas embestidas más y es lo justo y necesario para hacernos llegar al orgasmo. Es una sensación indescriptible el como dos personas pueden sentirse unidas de esta forma por un orgasmo.

Mi frente se apoya sobre la suya.

Gemimos.

Jadeamos.

Puedo sentir el sudor de ambos. Señal de que se ha disfrutado. Estoy segura que los pegotes de cera se han ido.

Lo abrazo, terminando de sentir los últimos espasmos de mi orgasmo.
Ha. Sido. Increíble.

Reafirmo lo dicho. He estado con un demonio que folla como los ángeles. Tuvo razón. Me ha llevado al cielo. Me ha hecho tocar lo celestial y me ha bajado de golpe al rojo para hacerme ver las estrellas con el mejor orgasmo de mi vida. Se puede decir que ha sido celestial.

Me quita la venda de los ojos y lo primero que veo son sus ojos negros. Su globo ocular está totalmente desaparecido. Lo único que logro ver es la negrura de su pupila. Tiene la respiración acelerada, su pecho sube y baja sin parar y sus labios rojizos entreabiertos.

—No has llorado— me dice— muy bien, cariño. Lo has hecho muy bien.
Sonrío por su halagos. Me apoyo en su pecho, aun estando en mi interior.
—Tienes razón— digo— me has llevado al cielo —le vibra el pecho por la risa.

—Voy a llevarte a la habitación. Necesitas muchas horas de sueño.— doy un gemido afirmativo, y sin importarle si nos ven desnudos o no me saca de la sala de cine, dejándolo todo echo un desastre. Camina por el pasillo en silencio y con pasos cortos para no incomodarme. Mis brazos siguen en su cuello, y mi cara metida en el.

Nos tumbamos en la cama. Sale de mi interior, haciéndome sacar un jadeo, pero sin hacerle mucho caso me coloca gentilmente a mi lado de la cama. Nos arropa y se acuesta a mi lado, mirándome.

Pasa sus manos por mi pelo para quitarme la coleta y darme caricias como solo él sabe hacerlo.

Ese toque... Tan simple, pero tan bueno y especial. Significa algo para ambos. Estoy segura que no es especial solo para mí.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse, y puedo ver algo de sus ojos marrones. Es un color tan peculiar. Siempre han dicho que los ojos negros no existen, es un marrón muy oscuro pero estoy casi segura que sus ojos son negros, y con algún destello marrón. Una mirada tan peculiar y misteriosa.

—Espero que descanses, Grace. Te lo mereces —sommolienta busco su cara con mi mano. Le acaricio la barba.

Una vez pensé sobre como sería mi hombre ideal, en mi mente no tenía barba. Ni un solo vello facial, y él es todo lo contrario. Tiene una barba arreglada y muy bien rellena, y lo mejor de todo es que le hace ser mucho mas sexi. No es una barba que se deje caer varios centímetros, está pegada a la piel, y creo que es lo que más me gusta de él.

Eso y su arrolladora personalidad y su gran corazón.

—Te quiero.

—¿Qué has dicho? —pregunta sin poder creerselo.

—Que te quiero, Andrew Carter. Te quiero.

Las últimas palabras que salen de mi boca antes de quedarme en un profundo sueño, en donde

Andrew, como siempre, es el protagonista.

CAPÍTULO DIECISIETE

Pongo un pie fuera del avión. No puedo creerme que estemos aquí. En Seattle. Cojo una gran bocanada de aire. No puedo estar más contenta. No hay nieve. No hace tanto frío. El cielo está despejado.

Que maravilla. Terminó de bajar las escaleras y me encuentro en el asfalto. Hay un coche de color negro esperándonos para llevarnos a la casa de Andrew.

Un momento. ¡Ahí está mi coche!

—Bienvenida a Seattle cariño —me da un beso en la cabeza— cojamos el coche. Iremos a casa y disfrutaremos de esta semana antes de irnos de nuevo.

Nos montamos en la parte trasera del coche, y rápidamente el resto de los coches y de los guardas arrancan hacia nuestro destino. Salimos de forma rápida del aeropuerto y nos adentramos en la autopista. Los edificios se vuelven hacer presentes.

—Echaba mucho de menos estas vistas. En Ucrania parece que vivo alejada de todos. —
Técnicamente, así es —suelto una pequeña risa— ¿tienes planes para cuando llegemos?

—Pues quisiera ir a mi apartamento a buscar algunas cosas— me mira fijamente— sola. Es un momento para despedirme y no te necesito a mi lado diciéndome lo que tengo que hacer.

—Está bien, pero tienes que tener cuidado. Mucho cuidado— asiento.

Ruedo los ojos. Ya me ha dicho esto más de cuatro veces en el día y apenas son las cinco de la tarde.

Ya no hablamos más. Me gustaría saber si sigo con mi trabajo o no. Quizás ya me hayan despedido, o contratado a otra persona, pero me gustaba mucho ese trabajo. Me gustaba despertarme temprano, hacer mi rutina, comprar mi café e irme a trabajar, editando libros. Era un trabajo espectacular cuando tu mayor hobby es leer. Si las cosas hubieran sido distintas... Si solo hubiera actuado de forma distinta, quizás podría conservar mi trabajo y las cosas hubieran sido distintas, pero mi hombre se empeñó en llevarlo todo por el lado difícil. Cruzamos la carretera principal y rápidamente llegamos a la carretera que ya conozco. Aquí cerca está mi casa, mi trabajo y la casa de Andrew.

¿Es esto seguro? Es decir, todo esto empezó porque supuestamente me estaban persiguiendo, cosa que creo que es mentira, pero nunca está de mal prevenir.

Le miro de reojo, intentando que no se de cuenta. Hoy es el día que se reúne con esa tal Cassie. Necesito saber quien es, y nadie me da respuestas. Además, estoy segura de que ya Andriy, Stephen o Dimitri se lo habrán dicho. No voy a salir. Voy a esconderme. Voy a enterarme de quien es Cassie quiera o no.

Llegamos al edificio donde empezó todo. Em - piezo a temblar involuntariamente. ¡No! Para. Ya todo ha pasado. Todo ha sido resultado de una bonita relación. Nada más. No tengo porque preocuparme más.

Entramos en el garaje. Los cuatro coches aparcan arbitrariamente en cada una de las plazas. ¡Mi coche! Me bajo sin que el coche haya parado totalmente y lo abrazo. ¡Es mi coche! ¡Mi bonito mini como te he echado de menos!

—¡¿Estás loca?! ¡Cómo te tiras del coche por abrazar a otro! —el grito de Andrew no me asusta esta vez. Me apoyo sobre mi bonito coche.

—Es la primera vez que veo mi coche desde hace ¿cuánto? Una semana o dos. —le doy palmadas en el capo— me gustaría llevármelo a Ucrania.

—Veremos que se puede hacer. Vayamos arriba—.me conduce hasta el ascensor, y una vez dentro le da al último botón.— ¿te pasa algo?

—Esto es raro...Muy raro a decir verdad. Pensé que sería maravilloso volver aquí, a mi casa, a mi país, pero lo único que siento es miedo. Puede que al estar encerrada en casa, sin estar en peligro me haya hecho más cobarde a la hora de...Ya sabes, enfrentarme a la realidad.

—Te prometo que siempre estarás a salvo conmigo. No habra nadie que pueda tocarte, si yo no lo autorizo claro.

Llegamos al apartamento, y antes de que pueda decir nada desaparece entre las paredes de la casa, dejándome sola.

Bien.

Que empiece el plan.

Voy con pasos normales hacia el salón, donde puedo ver una visión de todo Seattle. Como no. Andrew, el Dios tiene una visión perfecta desde arriba de todo el lugar. Pensando y actuando como Dios.

El susodicho aparece, abrazándome por la espalda y dejando un cálido beso sobre mi hombro. Me apoyo en su pecho y me dejo llevar por sus respiraciones. Se me hace tan difícil pensar que me está engañando. Tiene que ser una ex o un miembro de su familia, pero me niego a pensar que se ha esforzado tanto para tenerme a su lado y que tenga a otra. Sería el colmo del colmo.

—¿En qué piensa esa cabecita? Puedo ver el humo saliendo de tus orejas.

Pongo los ojos en blanco y sonrío cuando me da un pequeño apretón tras verme por el reflejo del cristal. Suelto un suspiro, y sin moverme de mi posición cojo una de sus manos y juego con sus grandes dedos.

—No es nada. Es Seattle. Este ha sido mi hogar practicamente toda mi vida. Han sido momentos tan buenos...

—Puedes crear momentos igual de buenos en Ucrania.
Oh no. No lo creo.

Donde vivimos no hay absolutamente nada. La ciudad más cercana está a treinta minutos y a nuestro alrededor solo ves las llanuras y las montañas. A parte de que no me dejan salir de casa. Aquí tengo más libertad. Mucha más libertad.

—Andrew es que Ucrania a mi...— le suena el teléfono.

Me hace una señal con la mano para que guarde silencio. Genial. Justo en el momento en el que pensaba decirle que no me quiero ir a Ucrania.

Tiene el gesto serio mientras habla. Su ceño se frunce y puedo ver como se le tensa la mandíbula. ¿Qué habrá pasado?

—Si claro. Dile que suba por el ascensor normal—.cuelga y lo lanza contra el sillón— joder. Se pasa las manos por el pelo y empieza a dar vueltas.

—¿Qué ha pasado? —me acerco para que deje de torturarse —puedes confiar en mi.

Vamos Andrew. Dime quien es Cassie por favor. No me hagas esto. Su gesto se relaja un poco, pero sigue conservando su enfado.

—Un cliente. Le he dicho que viniera más tarde, pero ha decidido venir ahora —asiento. No me creo nada.

Esta bien...Si no me quiere decir la verdad la tendré que hallar por mi misma.

—Tranquilo. Me iré a mi apartamento antes de que sea más tarde y recogeré algunas cosas —parece pensárselo pero acaba asintiendo— no seas duro. Ya sabes lo que dicen, el cliente siempre tiene la razón.

Suelta una carcajada. Le doy un beso en la mejilla y me voy hacia el ascensor. Sigo en el punto de mira, pero un timbre le hace distraerse e irse en la otra dirección.

¡Ahora!

Me meto en uno de los armarios del pasillo, el más próximo al ascensor y el que me permita oír la conversación. Cierro la puerta, pero dejo una rendija abierta para poder escuchar.

¿Qué hay en este ropero?

Palpo a ciegas, rezando porque no sean armas o drogas. Uff. No. Son abrigos.

Me hago hacia atrás para que no puedan ver mi sombra, lo que me permite abrir un poco más la puerta.

Se oyen los pasos cada vez más cerca. Dios no sé que estoy haciendo. Necesito respuestas y él no parece dárme las. Dios, perdóname por ser tan mala.

Si me encuentran estoy jodida. Me van a encerrar de nuevo.

—Andriy ve a seguir a Grace. No quiero que le pase nada y le prometí que la dejaría ir sola, así que, que no te vea.

¡Será...Hijo de su madre! ¿Así es como quiere confianza?

—¿Está ella aquí? —oigo que dice una voz aguda. ¿Cassie? —quiero conocerla. Tiene que ser guapísima.

—Ella no está. La he tenido que dejar ir sin protección porque haz decidido llegar cuando te la gana.

¿Cassie sabe de mí? ¿Cómo es posible? Me pego más a la puerta.

Esto está mal. Que me lo oculte y que le esté espiando.

—Perdón, es que en nada me voy a Nueva York y quería saber como estabas y eso —¿vivía aquí? ¿En Seattle? ¿Por qué quiere saber como está?

—Estoy bien, Cass —dice en tono cariñoso.

Definitivamente me está poniendo los cuernos. Hijo de puta. ¿Por qué me importa? Debería alegrarme de que tiene a otra a quien joder pero no puedo. No puede enamorarme y ahora largarse como si la cosa no fuera con él

—Siento mucho lo que pasó, todo. Sabes que estaba mal, aunque no es excusa. ¿Qué le hizo? ¿Por qué le pide perdón?

Me apoyo en la pared, sintiéndome rota por haberme dado cuenta de que me pone los cuernos y aterrorizada. ¿Ha secuestrado y hecho daño a más gente? ¿Cuántas lleva?

Cojo una respiración profunda y sigo escuchando.

—Sé que estabas dolido. Ha sido muy difícil para ti todo lo que haz hecho para tenerla en tus brazos, pero ya la tienes. Yo te he perdonado, y he rehecho mi vida gracias a ti, así que deja de culparte.

¿¿Qué para él ha sido difícil??

¡Soy yo la que ha estado siendo observada desde que era una niña!

Esa tal Cassie y él son tal para cual. Dos locos sin remedio.

—Tengo que irme. Cuidate —esa tal Cassie se despide.

Andrew le dice algo que no llego a escuchar y veo como la chica pasa por delante de donde estoy escondida. Llama al ascensor y las puertas se abren al cabo de unos segundos.

Es ahora o nunca.

Esto no va a salir bien. Seguro que Andrew la está observando mientras se va. Entra en el ascensor y sin fijarme mucho en ella, espero hasta que las puertas del ascensor se estén cerrando.

¡Ahora!

Salgo corriendo y me meto en el ascensor justo en el momento antes de que se cierren completamente.

¡Lo he hecho joder!.

Me reincorporo y la miro fijamente.

—No vas a ir a ningún lado, Cassie.

Sus ojos se entrecierran, observándome. ¿No somos muy iguales?

Es pelirroja, con los ojos verdes y una estatura muy parecida a la mía, incluso se puede decir que nuestra nariz es muy igual. Me fijo con más detalle en su cara. Sí, si hay diferencias. Además de que su pelirrojo no es tan potente como el mío.

No puede ser...No puede ser...

Estoy alucinando. Sí, es eso. Me ha drogado y no estoy pensando con claridad. Esto es un reflejo o un producto de mi imaginación. Me alejo algunos pasos para verlo todo con perspectiva, pero me sigue pareciendo todo igual. Quizás un poco más rellena que yo.

—¿Eres Grace? —no contesto, pero la miro fijamente a los ojos— Sí. No hay duda. Eres Grace. Encantada, soy Cassie Williams.

—¿Encantada? ¿Estás de coña? —consigo decir, cabreada— ¡¡vas a casa de mi secuestrador y le dices que sabes que ha sido difícil llegar a mi!! ¿¡Eres otra de ellos?! Andrew tiene a toda la ciudad comprada, seguro que eres otra.

—¿Qué? ¡No! Te juro que no soy otra que te vigila. Simplemente somos viejos amigos. —Amantes, querrás decir —abre los ojos— no me engañas. Ni tu, ni él.

—Vaya...Tal y como te describía— me apoyo en la pared del ascensor— fuimos amantes. Es verdad, pero se acabó.

Las puertas del ascensor se abren y me hace una señal para que salga primero. Sin dejar de mirarla para que no vuelva a meterse en el ascensor y escaparse salgo. Viene detrás de mí.

—¡No puedes irte! No sabes todo lo que me ha hecho. Es tan... —siento mis ojos escozer. —Pero ya estáis bien ¿no? Me ha dicho que te ha dejado ir a tu apartamento.

—Si estamos bien. Bueno, no. No sé como es - tamos porque simplemente no me cuenta nada. Me vigila y espera a que obedezca. Lo hago. Le dije que le daría una oportunidad, pero nada ha cambiado. Nada ha cambiado desde entonces.

No puedo. Intenté darle una oportunidad pero no puedo seguir con esto y pensar que en cualquier otro momento podría hacerme daño.

Se gira hacia mí con una mirada comprensiva. Se acerca y me da un abrazo. No sé por qué, pero se lo acepto y es lo mejor que me ha pasado en estas semanas. Un abrazo de alguien a quien no

tengo que temer.

—Escuchame. Yo no lo pasé mucho mejor que tu. Es verdad que Andrew tiene sus cosas, y son muy malas. No puedo justificarle porque lo he visto— antes de que pregunte me enseña su brazo — esto es un ejemplo. Algo que me hizo cuando le enfadé. Me drogó y me escribió su nombre con una navaja. Una marca permanente.

Veo las claras cicatrices, que dicen el nombre de Andrew. Me pongo a llorar en medio del recibidor.

—¿Por qué no te vengaste? Juro que intenté... Intenté m-matarlo, pero n-no pude. —hablo atropelladamente, aun sujetando su brazo. No puedo creerme lo que nos ha hecho.

—¿Intentaste matar a Andrew? —asiento, sorbiendo mi nariz— bueno. No importa. Estoy más que segura que tenías tus motivos, pero respondiendo a tu pregunta no me vengué porque no iba a hacer que desapareciera. Decidí perdonar y olvidar para no morirme por dentro —intento hablar pero me calla. Los ojos me escuecen de tanta lágrima en tan poco tiempo— sé toda la historia. Me la contó una noche. Tiene que ser difícil para ti, pero la decisión es tuya. Es tu decisión si quieres alejarte o estar con él. Aunque crea que puede obligarte de forma física, jamás podrá obligarte a cambiar tus sentimientos.

—Él ha sido tan malo— digo lo más tranquila posible. Me paso las manos por la cara —intenté resistirme a él, pero no pude. Me h-ha...— cierro los ojos con fuerza— me he enamorado. Le quiero hasta el punto de perdonarle todo, pero no se olvidan Cassie. No puedo olvidar las atrocidades que me ha hecho.

Me abrazo a mi misma para reconfortarme. La gente me está empezando a mirar, y estoy segura que no tardaran en hacerle saber a Andrew que estoy aquí. Me hago el pelo hacia atrás y la vuelvo a mirar fijamente.

¿Cómo lo ha olvidado todo?

—Escúchame. Tengo que irme al aeropuerto porque mi vuelo sale en practicamente nada. Sube arriba y habla con él.

Niego.

—Le he dicho que me iba a recoger las cosas a mi casa para cuando volvamos a Ucrania, pero no quiero ir.

Me da una sonrisa cálida, pero sin darme ninguna respuesta se va. Me encuentro sola en este edificio, a pesar de que esté rodeada de gente me siento sola. Tengo que ir a casa para que Andriy no se entere e que no estaba.

¡No! Tengo que ver al doctor Wallace y a Jake. ¡Dios mío! Deben de estar preocupadísimo, pero primero tengo que hablar con Berth. Es el hombre que me dio un techo. No puedo irme sin verle.

Está cerca de aquí. No más de tres calles así que puedo ir caminando y después ir a mi casa que

también me pilla al lado. Me gustaría irme a una iglesia también. Hace demasiado que no voy. A pesar de lo que dijeran mis padres o los curas nunca he creído que Dios me rechazara por ser transgénero. El mensaje de Dios es amarnos unos a los otros a pesar de todo, pero nunca hice nada malo así que rezaba en casa, pero ahora... He intentado matar a un hombre, le he pegado a otro, he dicho malas palabras, he intentado suicidarme y he espiado.

Está claro que he sido de lo peor estos días, pero tengo claro que me perdonará porque no soy mala y no me merezco cosas malas. Seguro que lo entenderá debido a lo que pasé.

Cruzo el paso de peatón y entro en el edificio. Bien. Ya estamos aquí. Tengo que explicarle lo sucedido y pedirle consejo para saber que hacer. Bueno, lo tengo muy claro. Quiero quedarme aquí. En Estados Unidos y no en Ucrania. Ese no es mi hogar, y estoy segura que tampoco es el de Andrew. Se ha pasado más de once años aquí, vigilando y amando este lugar tanto como yo lo hago. Estoy segura.

Sin tocar a la puerta giro el picaporte y entro en la consulta.
¡Ahí está!

Voy trotando hacia el interior de la consulta y me quedo en la puerta, con la respiración errática y el corazón palpitando de la alegría.

—¡Berth! —escucha mi voz y levanta la mirada del ordenador de golpe.

—¡Dios mío Grace! —se levanta y me abraza —¿estás bien? ¿Qué te ha pasado? Vi las noticias y dicen que estabas desaparecida. Tienes que llamar a la policía, cariño.

—Berth estoy bien. De verdad— alza una ceja, su movimiento típico cuando no me cree. Me siento en el sofá que me acompañó durante tanto —es muy frustrante. Seguí su consejo sobre sociabilizar y fui hacerle la entrevista a Andrew Carter. —coge su libreta— me trató super mal. Me gritó y me hizo llorar en medio de su oficina, así que no quise hacerle entrevistarle más y me fui. ¡Apareció en mi casa! Me hizo una lesión en la mano.

—¿Me estás diciendo que él...?

—¿Qué si me secuestró? ¡Pues sí! Me sacó del país. Me drogó y me saco del país a Ucrania.

No quiero volver a llorar, y no lo haré. Lo que estoy sintiendo ahora mismo es ira. Estoy furiosa con lo que me ha hecho. Le pegaría una patada en sus partes.

—Grace, escucháme. Tienes que ir a la policía y denunciarle.
Vuelvo a negar.

—¿Se acuerda del hombre que le dije que me ayudaba con comida y demás? —asiente — es él. Descubrí una habitación y dentro habían fotos, videos, documentos. Todo sobre mí desde que tengo doce años, Berth. ¡Doce!

Veo su rostro palidecer. Así misma me he quedado yo en cuanto lo supe. Me reclino sobre el sillón, cansada y sobrecargada de emociones.

—Vamos a comisaria— se levanta y deja la mesa sobre el sillón.

—¡No! ¡He venido aquí para que me ayude! — se vuelve a sentar —no sé si lo amo o que. Pienso en todas las atrocidades que me ha hecho y me digo que soy una estúpida por amar a mi cautivador, pero luego pienso en todo lo que me ha ayudado en toda mi vida, protegiéndome y dándome todo lo que necesitaba es cuando lo amo.

—Se llama síndrome de estocolmo, Grace. Es muy corriente cuando pasas por eso. No te preocupes. Conseguiremos que lo superes.

—¿Qué? ¿Síndrome de estocolmo? ¡No! Solo han pasado dos semanas desde que me llevo. Es prácticamente imposible que suceda en tan poco tiempo —asiente. Sabe que tengo razón —es confuso lo sé, pero le veo la cara de preocupación cada vez que me pasa algo o puede llegar a pasarme, y se me entenece el corazón en menos de un milisegundo.

—Verás, Grace...— antes de poder decir nada más le suena el timbre de la puerta —disculpa. Debe ser la cita de las seis y media. Espera aquí.

Sale de la habitación y me quedo sentada en el cómodo sofá. Que bien sienta poder soltarlo todo sin temer a que te juzguen. Aquí puedo decirlo con total libertad y no temer a que Andrew se enfade o alguien se lo diga, porque es algo que siempre pasa. Todo lo que les he confesado a las personas de la casa se lo han acabado diciendo.

¿Qué debo hacer? Vengo aquí a que me den una idea. Sé que el psicólogo no te puede dar la respuesta pero después de tanto tiempo tratándome se me debería hacer un poco más fácil. Debería saber que hacer, o alejarme sin dudar ni un poco, pero no puedo. El corazón me lo impide.

—¿Qué coño haces aquí? —no puede ser. Pero...¿cómo? ¿Cuándo?

Me levanto de un salto y le miro fijamente a los ojos. Está a punto de salirle espumarajos por la boca y salirle humo de las orejas. Sus ojos negros dan más miedo que nunca y para evitar un enfrentamiento superior bajo la mirada, rompiendo el contacto visual.

—¡No puede entrar aquí cuando le da gana! De gracias a que no llame a la policía. Andrew rueda los ojos.

—Él es el doctor Berth Wallace —le mira fija - mente. No sé por qué pero involuntariamente me muevo a su lado— después de haber faltado a tres sesiones vi adecuado contarle el por qué... Todo.

—Doctor Wallace— le da un firme apretón de manos. No puedo con tanta tensión. Se podría cortar con un cuchillo— gracias por preocuparse tanto por Grace, pero es hora de que nos vayamos. Acabamos de llegar de Ucrania y está cansada.

—Antes de que se vaya tengo que hablar con usted— le dice a mi acompañante —a solas — ahora me miran ambos a mi.

¿A solas? ¿Por qué?

—No es por nada, pero soy la paciente —estoy un poco cabreada —no le puede contar nada mío, acuerdese.

—Nunca me saltaría mi código de honor, Grace. Lo sabes —en eso tiene razón.

Berth es profesional hasta con su mujer. Es una relación un poco fría y distante pero ambos se quieren.

—No lo digo por usted —le tranquilizo— lo digo por él. Puede venderle un cubo de hielo a un esquimal.

Puedo jurar que le he sacado una sonrisa. Una pequeña sonrisa a los dos hombres más fríos y helados que conozco.

—Abajo están esperando Andriy, Stephen y Dimitri. Ve y montate en el coche —asiento y con una sacudida de mano en forma de despedida salgo de allí escaleras abajo.

Muy bien, Grace. muy bien. Te has buscado una pelea y que las sesiones del doctor Wallace suban a siete por semanas. Una por día.

Debe pensar que estoy loca por haberme enamorado de él. No duda de que me guste porque se lo he confesado con el corazón en la mano. Es la única persona a la que puedo decírselo sin ningún tipo de complicación, algo que con los demás no puedo por conflicto de intereses.

Llego a la planta baja y en seguida puedo ver el SUV negro esperando por mí. Me abrazo a mí misma y me subo al interior del coche.

Los tres presentes me miran atónitos. Andriy me mira con cabreo, al igual que Stephen pero en menor medida y Dimitri con una cara de querer reírse abiertamente por haberle desafiado.

—Nos has tenido preocupados, Grace. No puedes hacer eso— me regaña Stephen.

—¿Cómo lograste salir sin que te vieran? —me dice Dimitri.

—Lo siento por preocuparos, pero ya no soy una niña y sé moverme por esta ciudad —me pongo en el asiento central —me escondí en el armario cuando llegó Cassie y cuando se fue me metí con ella. Hablamos y decidí venir aquí para despistarme — abren los ojos como platos— y por cierto ¿cómo sabían donde estaba?

—Es que el chip se había destartado, pero ya está arreglado.

¿Chip? ¿Quieren decir un localizador? ¿Me han puesto uno en el móvil?
Yo no tengo móvil. Está en mi apartamento.

¿Eso quiere decir que lo llevo encima? No. Imposible. Me cambio de ropa cada día y me daría cuenta si me lo pusieran siempre.

Dentro de ti.

La voz de mi subconsciente me habla y me doy cuenta de todo. Miro a los guardaespaldas que me miran a través de los espejos, y Stephen que me evita con la mirada.

¡¡No me lo puedo creer!! ¡Esto ya es lo último de lo último!

Veo a Andrew abrir la puerta del portal con facilidad. Salgo del coche y me planto delante de él. Me intenta preguntar que me pasa, pero no le da tiempo ya que mi puño impacta contra su boca con una fuerza que no sabía que tenía.

Gruñe de dolor y se tapa la boca con la mano izquierda. La mano me arde. Siento mis dedos palpitar y la sangre correr con velocidad por mis venas.

Stephen suelta un grito de sorpresa, mientras que los otros dos abren la boca asombrados. Estoy que sudo ira. ¡Estoy hasta los cojones de que haga conmigo lo que le da gana!

—¿¡Dónde has puesto el puto chip?!—suelto un grito desgarrador en plena calle— ¡Estoy hasta los mismísimos cojones de que hagáis conmigo lo que os da la gana! Me han mentido, drogado, secuestrado, me han vuelto a mentir y han metido un localizador vete a saber donde. ¡Son unos hijos de puta, unos gilipollas y unos...!

No puedo terminar la frase porque me tapa la boca con la palma de su mano. Sin pensármelo le muerdo, clavando con fuerza mis colmillos en la blanda piel de su mano, haciendo que me suelte.

—¡Te doy veinticuatro horas para que lo quites de mi cuerpo por la vía buena! Si no, Andrew Carter. Te lo juro por Dios que está de testigo. Lo haré yo misma— le apunto con el dedo —fuera del coche. ¡Todos!

Salen del coche, por hacerme callar más bien, porque uno solo de ellos podría meterme a la fuerza e ir a casa, pero les parece divertido. Me ven como una niña pequeña a la que hay que seguirle el rollo. Se ponen en la acera, unos mirándome con desdén, otros de forma seria y otros con arrepentimiento.

—Lo que habeis hecho conmigo está muy mal. Me habeis tratado como si fuera una niña, un animal y un objeto. No me puedo sentir más insultada —cruzo los brazos y me alejo un poco de ellos para que no tengan opción de cogermesoy un ser humano como vosotros tres. Merezco un poco de respeto, y me avergüenza tener que decirselo a tres adultos.

Corro hacia el lado del piloto y arranco el coche. Gracias a Andriy que ha dejado las llaves puesta. Miro hacia atrás, viéndoles la cara de confusión. Arranco el motor, le doy al acelerador y sin perder un solo segundo me voy a la carretera. Ajusto los espejos retrovisores, y en mi punto de mira puedo ver a los cuatro hombres que miran como el coche se aleja con la boca abierta.

No lo puedo creer. ¡Lo he hecho! Les he plantado cara y me he ido.

Es increíble el como pueden cambiar las personas de una semana a otra. Si me hubieran dicho que habría robado un coche un día como el de hoy me hubiera reído en su cara. Bueno, no he robado, porque practicamente este coche es de mi pareja. Simplemente he sacado a los integrantes del coche y me he ido dejándolos en pleno Seattle.

Que se jodan.

Ahora a ir caminando. Así aprenderán a no meterse con quien no deben. Sí. Definitivamente creo que es un buen escarmiento.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Las puertas del ascensor se abren. Cuanto han tardado. Les he dejado a tres calles.

Sigo acostada en el sillón de cara a los grandes ventanales. La ciudad está oscureciendo. Una bonita mezcla de azules y negros se muestran ante mí, iluminados con las luces cálidas de los edificios. Es una combinación espectacular que hacen que el paisaje sea simplemente perfecto.

Noto la vibración del suelo con los pasos acer - cándose. Me muerdo el labio para no reír en cuanto Stephen y Andrew se sientan en el sillón, este primero más exhausto que el segundo. Cojo la copa de vino y la muevo, haciendo que el interior se agite, casi saliendo el contenido de su interior. Le doy el último gran trago, dejando la copa vacía. No he bebido mucho solo la mitad de la copa.

Es la primera vez que bebo alcohol, y siento de maravilla. Es como si mi mente se moviera de un lado a otro, y todas las preocupaciones se esfumaran en un solo segundo.

Ninguno de los tres parece querer hablar, y de momento yo tampoco quiero. Apoyo mi cabeza en el respaldar, deslizándome un poco hacia abajo para no dejar de ver la vista tan espectacular que tengo delante.

Pensándolo desde otra perspectiva podría acostumbrarme a esto. A esta vida de lujos, ropa de marca y casas super grandes y elegantes.

Mi vida era muy sencilla, respecto a las cosas materiales. Siempre he vivido con lo que necesito. A veces me daba algún lujo pero en el fondo lo necesitaba igualmente. Ahora estoy aquí, en un Penthouse en uno de los edificios más caros de Seattle y en un apartamento que tiene pinta de tener más de doscientos metros cuadrados. Me he convertido en algo que no quería.

Soy el colmo de la hipocresía. Bebo. Compró cosas caras. Me enamoro de un mal hombre... Genial. Todo va genial.

Stephen se levanta del sofá, y sin decirnos ni una sola palabra se va. Ahora solo estamos él y yo. Cojo la botella y me sirvo otra copa hasta arriba. El color del vino tinto me deja fascinada. Es un color violáceo profundo que se puede llegar a confundir con negro si no lo miras fijamente, y más difícil aun con tan poca luz.

Me la llevo a los labios, deseando probar mi nuevo sabor favorito, pero me lo arrebatan de las manos, dejándome colgada. Miro al culpable y veo que deja la copa sobre la mesa. Bufo exageradamente y estiro los pies donde estaba Stephen sentado.

—Creo que ya has bebido suficiente —ni una disculpa ni nada. Muy del estilo de Andrew.

—Deja de decirme de una puñetera vez todo lo que tengo que hacer —mi voz suena entrecortada y

grave. El alcohol se me ha subido a la cabeza— desde que te conozco todo han sido no hagas esto, no hagas lo otro. Encima hoy me he enterado de que me has puesto un localizador. ¿Dónde lo has puesto?

—En la parte trasera del cuello, pero tranquila no te he tocado la columna.

—¡Muchísimas gracias! —digo en tono de burla— ¿Qué haría sin ti?

Me echo a reír y me dejo caer hacia un lado. Este hombre es de lo que no hay. “*No te he tocado la columna*” como si eso fuera un alivio. Me agarro la barriga del dolor por las risas. En cuanto noto su mano en mi cuello, presionando suavemente. Paro de reír al instante y lo miro desde abajo. ¿Qué narices hace?

—Ya no eres tan valiente...— deja un beso húmedo en mis labios— me encanta tu osadía.

—¡Esto es a lo que me refiero! —me pongo de pie—me tratas mal. Me tratas como un juguete, algo que crees que puedes dominar pero no puedes. ¡No puedes aparecer en mi vida, tratarme mal, secuestrarme, enamorarme y tratarme como un objeto!

—¿Enamorarte? ¿Te has enamorado de mí? — pregunta, levantándose. Queda a escasos milímetros de mí.

Bajo la mirada, avergonzada. Se me ha escapado. No debería haber dicho eso. Me pasa por beber, por ser una inconsciente, así que me lo merezco. Me acaricia la mejilla con las yemas de sus dedos. Ahora se comporta de forma educada. ¡Me va a volver loca!

Me dejo hacer por el simple hecho de que sus caricias me relajan, a pesar de me dejen vulnerable. Cualquier toque que me de me relaja como nadie lo ha hecho. Es un conjuro contra mí para doblegarme, lo tengo claro.

—Yo llevo mucho tiempo enamorado de ti. — deja un beso en mi coronilla — tanto que me vi obligado a ponerte un localizador para no perderte nunca.

—No hagas que suene bonito —me quejo — sigo pensando que es demasiado. Llama a un médico mañana para que lo quiten.

—No molesta nada donde está. Ni siquiera hay marca —toca la parte posterior de mi cuello, y me centro en percibir cualquier tipo de dolor o cosa extraña.

—No quiero que en mi día a día sepas en donde estoy en todo momento —sus caricias ascienden desde mi mejilla a mi pelo.

—Ya lo discutiremos, ahora tienes que dormir. Estás muy borracha.

Un fuego interno sube desde las profundidades de mi cuerpo hasta mi estomago. No es excitación. Es ira. Estoy cabreada porque a pesar de lo que hemos hablado me sigue ordenando cosas. No importa todo lo que hayamos pasado. Él siempre vuelve a lo mismo.

Me separo como si quemara e intento controlar mi boca, pero las palabras salen antes de que

pueda pensar.

— ¡¡No quiero estar aquí!! —grito lo más alto que puedo— ¡¡Has hecho de mi vida un infierno!!
¿No te das cuenta?

—¡Todo lo que hice fue por el bien de los dos! Me río cínicamente.

—¿Por el bien de los dos? ¡Dime que bien me

hace un secuestro y enterarme de que me llevas vigilando desde que soy una niña!

Se acerca peligrosamente a mí. Me agarra del brazo y me estampa contra la cristalera. Suelto un jadeo de dolor y cierro los ojos para aminorarlo.

—¡No vayas por ahí, Grace! ¿Crees que tienes el poder porque te dejo hacer lo que quieras?
¿Crees que por robarme mi coche y hacerme caminar cinco calles ya eres más lista que yo?

—¡¡Nada de esto es verdad!! ¡Te montas tu propia película, creyendo que de alguna forma pueda perdonarte todo lo que me hiciste!

Los chicos bajan al salón principal por nuestros gritos. Intento soltarme, pero no puedo. Su simple toque me repugna.

—Te odio Andrew Carter. Te odio como no tienes ni idea por todo lo que me has hecho— su agarre aumenta— ¿quieres hacerme lo que le hiciste a Cassie? —me mira impactado por un segundo —he hablado con ella. ¡Dañaste a una chica por el simple hecho de que te recordaba a mí! ¡Estás enfermo! ¿Es lo que quieres? ¿Marcarme con tu nombre con una puta navaja como le hiciste a esa niña?

—Tu no sabes nada —se acerca tanto que puedo sentir su respiración en mi cara —y si quiero marcarte con lo que sea, lo haré.

—No vayas de...—no me deja terminar.

—¡¡Eres una simple muñeca con un coño que me apetece follar!! ¡¡No eres nada más!! Un puto objeto que está aquí para servirme cuando a mí me dé la gana—. intento no parecer impactada por sus palabras, pero oír esto duele un montón. Miro hacia el suelo, calmando a mis lágrimas, amenazantes por salir— no eres la víctima. Solo eres una puta que apenas sirve. Debí dejar que te murieras de hambre en la calle.

Me suelta con un empujón, haciendo que caiga al suelo. Intento aliviar el impacto colocando las manos, pero no llego a tiempo y solo consigo que una mano soporte todo el impacto y peso de mi cuerpo. No emito ningún sonido, simplemente me quedo observándole como se va sin mirar atrás. Sin ni siquiera cerciorarse de que estoy bien.

Stephen corre hacia mí y me ayuda a levantarme, pero de un manotazo le aparto. Me mira dolido, pero me levanto sin apenas fuerzas y camino como si nada hacia la cocina.

—Grace...— Andriy me llama —¿te has hecho daño?

Niego cuando es mentira. Me duele la mano, pero nada comparado con el alma. Esa sí que está rota. Cojo a Luke en brazos. El único hombre que no me hará daño nunca. Ronronea y se pega a mi pecho, como si comprendiera el dolor que está pasando. Mis lágrimas empiezan a salir sin control ninguno.

¡No!

Las quito con fuerza. No pienso llorar por él de nuevo. No más. Recorro el pequeño espacio y voy hacia el ascensor del Penthouse. Es momento de irme de aquí. No pienso permitir que esto siga pasando, aunque me duela, aunque me vuelva a encontrar no puedo seguir aquí sentada esperando.

—¿A dónde vas, Grace?— esta vez es Dimitri que habla.

—A casa. Si Andrew quiere a su puta ya sabe donde encontrarme. —lo digo con la voz más neutra que puedo para no romper a llorar de nuevo —dile que los servicios hasta ahora invita la casa.

—Deja que te llevemos a casa —niego— no seas cabezota. Es de noche, pueden pasar cosas malas.

—No serán peores de las que me han pasado aquí.

Entro en el ascensor aún con mi gato abrazado a mi pecho. Le doy al último botón. El piso subterráneo. Hay que estar mi coche y en la guantera unas llaves de repuesto.

Me apoyo en la pared metálica y cierro los ojos por unos segundos. Necesito una buena ducha caliente, y meterme en mi cama a dormir unas buenas horas. Apenas son las nueve, pero mi cuerpo siente que son más de las tres de la madrugada.

Las puertas se abren, y como un zombie camino hasta mi coche.

Rezo por haber dejado las puertas abiertas cuando vine la primera vez. Tiro de la manilla y se abre. ¡Bingo! Por fin algo me sale bien.

Dejo a Luke en la parte trasera y cojo de la guantera las llaves. Enciendo el motor, y el rugir de mi coche hace que lllore aun más.

Salgo del edificio, y como alma en pena voy por las carreteras de Seattle. Hay una intersección. Leo el cartel y voy directamente hacia allí. El hospital. Necesito sacarme esto de inmediato. Necesito que me pierda de vista.

Aumento un poco la velocidad. Soy una imprudente, pero quiero llegar cuanto antes porque ahora mismo podrían estar siguiéndome con el coche.

Necesito un plan. Algo con lo que pueda irme lejos y que no me encuentren. Un plan genial es lo que me hace falta para poder engañar a Andrew.

Sin darme cuenta estoy llorando de nuevo. Por mucho que quiera evitarlo no puedo no llorar por

él. Me hace tanto mal, pero a la vez siento como cada metro que estoy lejos de él mi corazón está más débil.

¡Puedes hacerlo!

Dejo el coche en uno de los estacionamientos libres, y dejando una rendija abierta me voy dejando a Luke dentro. Estoy cerca de la entrada, puedo vigilar, pero de todas maneras no me gustaría que me robaran el coche con mi gatito dentro.

Por suerte, la sala de urgencias está vacía. Me acerco al mostrador donde hay una señora de pelo rizado tecleando.

—Necesito ayuda— al decir esas palabras la señora me mira, y al ver mi cara, no sé si por las lágrimas o la desesperación se levanta y sale de allí, viniendo hacia mi —creo que tengo un localizador en el cuello. Necesito que lo quiten.

—¿Un Localizador? —asiento lentamente, estableciendo contacto visual. Necesito que me crea. Puede sonar raro para una persona que me acaba de conocer, incluso para mi lo era.

—Por favor. Tiene que ser rápido.

—Te haremos una radiografía para ver donde se encuentra, luego haremos una incisión rápida. —asiento y me abrazo a mi misma mientras su mano se coloca en mi espalda baja y me guía a la sala de rayos x. —¿cómo te llamas?

—Grace Johnson —digo en un susurro apenas audible.

Mis oídos están desactivados. Después de las palabras que me ha dicho no me apetece escuchar nada más, pero es verdad todo lo que ha dicho. Desde que llegué no opuse casi resistencia. Corrí hacia él como una tonta. Me acosté con él a pesar de saber lo que eso supondría, que sería totalmente suya. Esto es lo último que necesitaba para destruirme. Lo último para convertirme en polvo y no querer hacer otra cosa que dormir y no despertar.

Me froto los ojos, intentando quitar los rastros de cansancio. La enfermera sigue quieta en el lugar de donde estaba.

—¿La chica a la que secuestraron? ¡Gracias al altísimo que estás viva! —dice con asombro —tenemos que llamar a la policía para que estés a salvo, muchacha.

—No tengo mucho tiempo. No quiero policías. Solo quiero que me quiten esto del cuello para que no vuelva a encontrarme.

Asiente y me señala una camilla. Me acuesto boca arriba y la señora se va detrás de un cuarto con una cristalera.

Quitarme esto es una tontería. Puede volver a encontrarme en cuanto me lo quite, tal y como lo ha hecho durante estos últimos once años, pero me niego a seguir teniendo esto dentro. Pensé que podía perdonarle todo lo que me había hecho, pero lo de Cassie, el localizador, y lo que me ha

dicho me ha hecho darme cuenta de que es un auténtico monstruo. El demonio reencarnado.

La máquina de rayos x empieza a moverse desde mi cabeza hasta la cintura. Cierro los ojos para evitar la radiación y dejo que todo pase.

Por un segundo consigo olvidarme de Andrew para centrarme en como quiero que sea mi vida sin él. Me gustaría vivir en un sitio más caluroso. Los Angeles, por ejemplo. Tener una casa a pie de playa y un montón de comida para mi gato. Me gustaría llegar a adoptar alguna vez. Una personita que me llegó al corazón, pero creo que soy demasiado joven para ello.

La enfermera sale de la habitación, y es ahí cuando sé que es momento de reincorporarme.

—Vamos a una consulta. Ahí tengo todos los materiales y puedo ver mejor la radiografía, pero sé donde está.

Asiento, y con pereza me levanto y la sigo a una consulta un poco más alejada. Le echo un vistazo a mi coche antes de entrar. Sigue ahí. Bien.

Me siento en la camilla, preparada para que me quiten esto de encima.

—Te pondré un poco de anestesia. Quedarás dormida durante una media hora o así. Niégalo.

—No. No quiero anestesia. Simplemente quítalo —me mira durante unos segundos, pero al ver que no voy a retirarlo va hacia el mueble y coge un bisturí.

—Va a doler —me da un paño —muerde para que no te hagas daño en la lengua.

Le obedezco. Muerdo con fuerza en cuanto noto el bisturí cortar la carne de mi cuello. Grito de auténtico dolor. Una de mis manos agarra la sábana de la camilla con fuerza, mientras que con la otra me clavo las uñas en el muslo.

Puedo notar como se me abren cada capa de piel y músculo. El frío del metal tocando mi carne más sensible y la sangre brotando por la bata. Gracias a Dios que me puso algo para protegerme la ropa.

El dolor parece disiparse un poco, pero el escozor no se va. El escozor de mi corazón es peor, así que creo poder sobrevivir esto.

—Está aquí. No te muevas, será rápido. No te dolerá.

Como prometió saca el localizador y lo deja en una bandeja justo frente a mi. Es como una pastilla para el dolor de cabeza.

Me seco las lágrimas de la cara. No pensé que fuera a doler tanto. Sabía que iba a doler, pero pensé que sería menos. Mucho menos.

Cojo una profunda respiración en cuanto noto la aguja atravesar mi piel para darme los puntos. — ¡¡Dioss! —digo a través del trapo.

Empiezo a rezar para que esto termine rápido. No merezco sufrir tanto. No así. Nunca he hecho nada malo, no soy avariciosa, ni egocéntrica, ni cometo pecados, pero aun así me castigas.

¿Por qué? ¿Por qué tanto sufrimiento desde que soy pequeña?

—Ya hemos terminado — esas palabras me hacen suspirar de placer. Por fin —te pondré una gasa para protegerlo.

No hemos ocasionado un gran desastre des - pues de todo. Me coloca la gasa y cuando creo que ya es el momento me quito la bata de papel y la tiro a la basura. Miro el pequeño charquito de sangre que hay en el suelo.

Joder...

Odio la sangre, siempre la he odiado. Me acuerdo que de pequeña siempre me mareaba cuando me hacía alguna herida jugando y acababa en enfermería, desmayada. La herida escuece. Supongo que tendré que cuidarla durante un par de días antes de exponerme mucho al sol.

—Muchas gracias— cojo el localizador con una servilleta —tiraré esto en algún lado.

Sin entablar mucha conversación con ella me voy hacia mi coche. Espero que no me lo hayan robado. O que Luke se haya puesto nervioso y haya destrozado la tapicería. Conozco a ese gato, y sé de lo que es capaz. Es un gato traicionero, pero le amo con toda mi alma.

A medida que me acerco al coche puedo ver que está intacto. Mi gato se ha portado. Ha decidido hacerme caso por una vez.

Segundo paso del plan. Ir a casa de Berth para que se pueda deshacer de esto. Cuando vivía en su casa me contó que durante muchos años antes de meterse de lleno en el mundo de la psicología solía tener un hobby que era manipular aparatos electrónicos y demás así que supongo que destruir esto no sería un problema. Cuando se destruya esto tendré tiempo escaso para irme de aquí y hacer una vida nueva.

Cogeré el coche e iré donde me apetezca vivir. Dormiré en algún hostal hasta que encuentre un techo y un trabajo.

Gracias a mi buen sueldo he podido ahorrar lo suficiente para hacerlo.

Toco la puerta de nuevo, pero esta vez con mucha más rudeza. ¡Abreme ya, Berth!

Miro el reloj de muñeca. Once y media. Me he pegado más de lo previsto en el hospital. Quizas estén durmiendo y les esté molestando...

Me da vergüenza aparecer a esta hora, pero no me queda otro remedio, necesito ayuda y bastante, y es el único que puede ayudarme a conseguirla.

La puerta se abre, dejándome ver a Berth en pijama, con gafas y una copa de vino entre sus dedos.

Me mira confuso, pero sabe el por qué estoy aquí en su puerta. Sabe que es por él.

Se hace a un lado para que pase al interior de su casa. Le doy una sonrisa tímida y me adentro en la casa de madera donde pasé varios años. Tiene un aspecto muy personal, como si hubiese puesto cada fibra de su ser en decorarla para que se sienta su hogar.

—¿Qué te ha pasado en el cuello? —pregunta detrás de mí.

Me giro para tenerle cara a cara. Me saca varias cabezas, pero no me impide hacer contacto visual. Saco el papel que tengo metido en el bolsillo y cojo lo que hay en su interior delicadamente entre mis dos dedos.

—Es un localizador. Me he dado cuenta esta noche de que lo llevaba puesto —deja la copa y coge el pequeño objeto— me lo puso Andrew en el tiempo que estuve drogada.

—No me lo puedo creer... Ese hombre necesita psicología intensiva.
Suelto una pequeña risa.

—Lo sé —tomo una respiración profunda— no puedo seguir con él. No después de esta noche, por eso he ido a que me lo quiten, y por eso he venido aquí— me mira, dejando al chip en segundo plano —necesito que lo desconectes. Yo me iré esta noche.

—¿Cómo qué te vas? ¿A dónde? —me coge de los hombros.

Berth es la figura paterna que nunca tuve, por eso esto está siendo tan difícil. No quiero dejarlo, pero si me quedo aquí me encontrará.

—Cariño, piensa bien lo que estás diciendo. Podemos llamar a la policía para que lo detenga y te quedes tranquila.

Niego mirándome los pies.

—Quiero empezar de nuevo, Berth. En el momento que me echaron de casa me quede aquí, tres distritos más lejos pero no salí de aquí. Me quedé encerrada en el pasado, y ahora me di cuenta de que un hombre, que me observaba desde los doce años, y el que me tiene enamorada, no me quiere. Me lo dijo claramente. Soy un juguete que le sirve para follar cuando le apetezca. No quiero ser una esclava más —no me he dado cuenta de que estoy llorando hasta que pasa sus pulgares por mi mejilla, quitándome las lágrimas —quiero empezar de nuevo. Tengo dinero, y puedo permitirme algunos meses en algún apartamento en lo que busco trabajo.

Me da una sonrisa cálida.

—Eres la mujer más poderosa y buena que he conocido —acaricia mi pelo— puedo ofrecerte ayuda. Si la quieres claro— asiento —tengo un pequeño apartamento en Los Angeles. No lo uso desde hace tres años y está totalmente libre.

—No quiero que pierdas una posible entrada de ingresos por ayudarme.

—Si te hace sentir mejor, te cobraré un alquiler —sonríó —sé lo testaruda que eres, y aunque intente convencerte de que te lo quedes gratis no ibas a aceptar así que te cobraré un alquiler, pero

tienes que prometerme que me llamarás nada más llegar— asiento— espera aquí que voy a por las llaves y a apuntarte la dirección.

Se va dejándome en el salón, sola.

Me abrazo a mi misma y empiezo a llorar desconsoladamente. ¿¡Por qué esto me tiene que pasar a mi!? ¡¿Por qué me he enamorado de él?!

Este es el peor castigo que Dios me podría haber dado. Tengo que separarme de mi casa, de mis amigos, de mi trabajo... Todo lo que he forjado con mi propio esfuerzo ha sido destruido por una sola persona en menos de una semana.

Me tiro del pelo con fuerza y me siento en el desnivel de la entrada.
¡No puedo más!

Suelto un grito desgarrador y es enseguida cuando aparecen Berth y su mujer corriendo. Se quedan quietos viéndome llorar y gritar.

—¡Necesito que te tranquilices, Grace! —el grito de Berth hace que me calle, cortando el llanto —no puedo dejarte ir si estás en estas condiciones. No podría perdonarmelo.

—Berth tiene razón, cielo. Respira con nosotros.

Les sigo las respiraciones. Cojo aire profundamente y lo expulso por la boca muy lentamente. Repito ese proceso hasta que por fin noto a mi corazón dejar de ahorcarse, y mis pulmones recibiendo el aire que se merecen.

Miro a las dos mejores personas que he conocido nunca. Me levanto y les abrazo a los dos, hundiéndome entre el espacio que queda. Las dos personas que me han ayudado en esta vida sin esperar nada a cambio. Los únicos que se han portado como verdaderos padres sin tener por qué. Podrían haber seguido de largo esa noche de lluvia, pero miraron a esa pobre niña con una manta sucia y mojada envuelta en el cuerpo para aliviar un poco el frío y entumecimiento de sus dedos, la abrazaron, importándole bien poco como olierá y se la llevaron a casa para darle sopa y un baño caliente. Salvándola de la muerte.

—Muchas gracias por todo, papá y mamá— digo con la voz aun débil por el llanto.

Nos separamos. Sus caras se han quedado blancas, y creo el saber el porque, pero es verdad. Pueden que no sean mis padres biológicos, pero son mis padres. Un padre no es el que te crea, es el que te cuida y ama por encima de todas las cosas.

—Sois mis padres, y jamás podré agradecerles todo lo que habeis hecho por mí.

—No nos tienes que agradecer nada. Te que - remos como a una hija, y siempre estaremos aquí para ti— me da un papel y un juego de llaves —ve y empieza tu nueva vida. Yo me encargaré del lo- calizador—asiento— no te olvides de llamar.

—Llamaré tan pronto como pueda —les doy un beso en la mejilla a cada uno y salgo de allí.

¿Dónde voy ahora?

¿A casa? No. Estoy segura de que ya están allí esperando a que aparezca.

Me subo al coche, resguardándome del frío. Luke se acerca a mi, ronroneando, pidiendo por comida. Mi estomago ruge.

Joder.

He estado tan centrada en otras cosas que me he olvidado de alimentarnos.

Cojo a Luke entre mis brazos, dejándolo a la altura de mis ojos. Sus largos bigotes y sus ojos verdes me hacen derretirme.

—Será un viaje largo, pero te prometo que en tres horas estaremos comiendo la mejor comida del mundo.

Parece que me entiende porque salta hacia el asiento trasero y se acuesta. Antes de arrancar me voy hacia el maletero y saco la gran pila de papeles de periódico que tengo para estos casos.

La pongo en el suelo de la parte trasera. —Si tienes que hacer tus necesidades hazlas en el periódico.

Me vuelvo a subir al coche y sin más arranco. Doy gracias a mi yo del pasado por tener tantas copias de todo en la guantera. Tengo copias del permiso de conducir, de identificación y una copia de mi tarjeta de crédito donde guardo el dinero que he ahorrado. No tengo por qué volver a casa. Me da lástima dejar toda la ropa y todos mis recuerdos, pero no es el momento de cometer tal error y que me cojan. Es mejor irse y cuando la tormenta haya amainado volver.

Salgo de la barriada y me meto en la I-5 S. Es la forma más rápida de llegar y aún así son más de diez horas de viaje. Tendré que parar donde haya una gasolinera para dormir y para comer algo.

A pesar de que sea entrada la noche, los coches no paran de circular. Siempre hay movimiento. Coches que se van de Seattle, o que simplemente van a otro distrito, y coches que entran a Seattle.

Enciendo las luces de largo alcance, y con el indicador me voy a la izquierda para poder ir más rápido. Tengo ganas de llegar y olvidarme absolutamente de todo. De mis padres, de Seattle, de él...

Agarro el volante con fuerza y evito pensar en él. No lo necesito para nada. Me ha hecho creer que sí, pero no es verdad. Lo único que necesito en esta vida es a mi misma para poder salir adelante de todo esto. Mi alma, Dios y yo. Nadie más.

Enciendo la radio, y dándole a mi música descargada empieza a sonar Ruelle. Lo que me faltaba. Una canción para deprimirme, pero esta canción puede transmitirte cosas muy distintas. Cuando estoy feliz estas canciones me transmiten seguridad, pero cuando estoy un poco decaída es una bomba atómica.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sigo conduciendo. No llevo ni doscientos ki - lometros y estoy super cansada. Debería parar. Estoy poniendo en riesgo mi vida y el del resto de las personas y animales. Entre las señales veo una desviación hacia la gasolinera. Ahí podré dormir un poco. Cojo la desviación con cuidado y veo la gasolinera con una pequeña luz dentro del local. Estaciono el coche en una esquina de la gasolinera para no estorbar a los que quieran repostar y voy hacia la pequeña tienda.

Al entrar suena un pitido, avisando de mi llegada. Me acerco a las neveras y cojo una botella de agua. Me paseo por los pasillos y cojo algo de chocolate, croissants y latas de atún.

Me acerco al mostrador y le dejo las cosas. Las cobra rápidamente.

—Cóbrame también sesenta dólares en gasolina —asiento y teclea algo en el ordenador.

—setenta y cinco dólares, señorita —paso la tarjeta de crédito por la maquineta y cuando escucho el pitido pongo el número secreto y la vuelvo a guardar —¿se encuentra usted bien?

—Sí. Es que llevo toda la noche en la carretera. ¿Le importa si me quedo descansando dos horas? Luego pondré gasolina y me iré. Es que no quiero ocasionar accidentes.

—Quédese hasta el amanecer. No es bueno que salga de noche —asiento y con las cosas en la mano le agradezco y salgo de allí, entrando de nuevo a mi coche.

—He traído comida Luke —le abro dos latas de atún y se la pongo encima de un papel de periódico para que no se manche el sillón.

Me como un croissant. Que bueno está. Tenía mucha hambre. Llevaba sin comer desde el almuerzo. Si no comía algo me iba a desmayar.

Veo como mi pequeño gatito se ha comido ya una lata, dejándola limpia. La cojo, y abriendo la botella grande de agua lleno la lata para que beba algo. Me da un maullido, agradeciéndome mis servicios. Le doy una pequeña sonrisa. Ay Luke... Cuanto desearía que pudieras hablar y me dieras tu opinión respecto a esto. Sé que he sido una mala dueña esta última semana, pero te aseguro que ha sido Andrew. Es el culpable de todo.

Subo la ventanilla del todo, excepto una pequeña rendija y me acomodo sobre el asiento. Intento no caer en un sueño profundo, pero los parpados me pesan, el rostro y los hombros se me relajan totalmente, y cuando menos me lo espero estoy roncando suavemente.

Toc. Toc. Toc.

Abro los ojos, intentando acostumbrarme a los primeros rayos de sol de la mañana.
¿Dónde estoy?

Ah sí. En el coche. Vuelven a tocar el cristal y miro al chico de la gasolinera con una sonrisa de oreja a oreja. Me duele el cuello de dormir en el asiento.

Bajo el cristal para poder hablar con él.

—Buenos días. Ya mi turno ha terminado y le he puesto la gasolina a tu coche. Lo digo para que el siguiente que venga no te diga nada.

—Está bien. Muchas gracias.

Me restriego los ojos y abro mi ventana y la del copiloto para ventilar. Saco las hojas de periódicos sucias de las necesidades de Luke y los plásticos y cartones de la comida. Lo tiro todo a la basura y vuelvo a mi camino.

Ya solo quedan trece horas de viaje, y aunque me cueste no pienso parar. Quiero llegar ya y acostarme a dormir en una cama de verdad y olvidarme del coche y de todo esto.

Pongo esta vez la radio, para escuchar a los entrevistadores y no estar tan sola, porque mi acompañante no es muy hablador que digamos. Se pasa el día durmiendo. La carretera a esta hora está más tranquila, y puedo permitirme el lujo de ir un poco más rápido. Me encanta sentir el impacto del viento cuando voy en el coche. Es como una purificación de aire a la fuerza.

El trayecto se me hace muy lento. Me duelen las piernas, la cabeza, las manos. Tengo tanta hambre que me comería una tienda entera, pero no puedo parar. Solo me quedan doscientos metros para llegar a Seattle. Son las ocho y media de la noche.

¡Me he pasado un día entero en el puñetero coche!

¿Por qué no habré cogido un avión? Salen cada dos por tres hacia Los Angeles.

Debería haberlo hecho, pero ya he perdido suficiente. No quiero perder también a mi coche. Leo un cartel enorme en la parte derecha de la carretera. “*Bienvenidos a Los Angeles*”.

—¡Hemos llegado Luke! —grito emocionada, viendo los grandes rascacielos de cristal.

Hemos llegado a la famosa LA. Aquí es donde viven muchísimos famosos e influencias. No pretendo ser ninguna de ellas, pero debido a que es un sitio donde las celebridades viven, la ciudad está muy bien cuidada y presentada.

Miro a la pantallita del GPS que me dice exactamente donde ir. Según esto está muy cerca de la zona central. Mi gato maulla y con sus dos patitas se asoma a la ventana recibiendo el viento en la cara. Suelto una carcajada de felicidad.

¡Soy libre!

¡Qué te jodan, Andrew Carter!

Por dentro estoy dando saltitos de alegría, aunque por fuera tenga las pintas de que acabo de salir de un funeral.

<*Siga a la izquierda doscientos metros y habrá llegado a su destino.*>

Hago caso a la voz robotizada, y siguiendo sus órdenes llego a un enorme edificio de al menos treinta plantas. ¿Es aquí? Esta máquina se debe haber estropeado.

Miro el papelito amarillo que me dio Berth. *Edificio 24078*. Ahora miro la placa del edificio. *24078*.

Lo vuelvo a repasar dos veces más, pero no estoy equivocada. Es este edificio. Esta bien. Alla vamos.

Cojo a Luke y todo lo que tengo en el coche. No es mucho simplemente es él, los periódicos y lo que me ha sobrado de comida. Engancho las llaves en mi dedo índice, pasando este por el aro y camino hacia el edificio de color blanco. El papito dice que es el piso diecisiete A. Cojo una de las llaves, y milagrosamente acierto a la primera. La puerta de cristal del recibidor se abre sin apenas esfuerzo, y lo agradezco, si no, quien me vea intentar acertar con la llave, creería que intento forcejear la cerradura. Aunque apenas hay gente en la calle. Pensé que iba a estar más animado. Por eso dicen que este es el lugar donde nunca acaba el día y siempre hay fiestas, pero veo que me mintieron.

El recibidor es de color blanco. Nada distinto a otros. Unas escaleras, unos buzones y un ascensor. Le doy al botón, y en la parte superior de las dos puertas metálicas puedo ver una pequeña pantalla que indica porque piso va.

Golpeo el suelo con el pie para aliviar el estrés y los nervios. No debería estar así. Debería estar rebozante de paz y tranquilidad al saber que me he librado de Andrew, pero no es así. Me siento frustrada, como si me faltara algo y me impidiera respirar, lo que lleva a la ansiedad. Yo no quería irme de allí. Si Andrew no hubiera dicho esas palabras ahora mismo estaríamos cenando, charlando o llevándome al infierno como solo él sabe.

Me he hecho adicta a su toque, pero no por haber estado con él una semana, sino desde los quince. La primera vez que me acarició el pelo. Desde entonces soy una drogadicta a sus toques, sus besos, su cuerpo. Siento que cada vez que me toca cada fibra de mi ser arde hasta hacerme gritar de dolor y de placer. No es cien por cien placer, pero me vuelve adictiva. Me vuelve adictiva su cuerpo, y sin darme cuenta me controla totalmente, pero luego, con todas las cosas hirientes y malvadas que hace el dolor gana y es algo que no puedo soportar.

Sin darme cuenta ya he atravesado los diecisiete pisos y estoy frente a la puerta A.

Echo un vistazo. Hay tres puertas más. Tengo vecinos, que bien. No me gusta estar totalmente sola. Cojo la segunda llave y de nuevo la puerta blanca se abre suavemente, sin hacer ningún tipo de chirrido ni nada por el estilo. Me quedo con la boca abierta de par en par al ver el gran apartamento donde estoy, y ni si quiera he puesto un pie dentro.

¿Cómo es que Berth tiene un apartamento tan grande que no usa?

Una cocina con isla, un salón con pantalla plana, un gran sofá y una mesa de comedor para seis personas. Es lo que puedo ver desde el recibidor. De colores beige, verdes, marrones, blancos y negros. Berth si que sabe decorar una casa. Tanto esta como la otra tiene un carácter tan personal e íntimo que piensas que es totalmente tuyo. Te sientes como en casa.

Dejo a Luke en el suelo para que se vaya a explorar toda la casa, al igual que yo. Llego al salón y las vistas de Los Angeles me dejan con la boca abierta.

¡Es lo más bonito que he visto nunca!

Los colores del atardecer, apenas imperceptibles frente a la gran negrura de la noche hace que sea mucho más bonito. Las luces de los edificios parecen las estrellas, y para el otro lado los barrios más residenciales junto con la montaña de Hollywood. Tengo que ir de excursión allí.

Me siento en el sofá. Agotada de tanto trayecto. Mi vista baila por todo el salón y justo en la mesita de café hay un teléfono. Lo cojo y marco rápidamente el teléfono de Berth. Me dijo que le avisara nada más llegar y es lo que voy a hacer. Es lo mínimo que puedo hacer por tanta hospitalidad.

—Berth Wallace —saluda con voz grave y autoritaria.

Suelto una risita.

—Soy yo, Berth. Ya he llegado al apartamento. Es realmente precioso, en serio.

—¿Cómo has llegado tan rápido? Pensé que tardarías un día más como mínimo.

—Sí, es que no he parado de conducir desde las seis de la mañana creo, pero ya estoy aquí.

Oigo como suspira. No sé si de alivio o de cabreo porque he puesto en riesgo la seguridad de muchas personas.

—Me alegro que te guste el apartamento. No es gran cosa pero...

—¿Qué no es gran cosa? Es alucinante. Es como tres veces mi casa. Aun no la he visto entera, pero lo que he visto me encanta —sonríe como una tonta al ver el espacio — cuando me compre un móvil, que espero que sea mañana te hablaré para que me digas el alquiler y todo eso.

—Hay un ordenador en el despacho. Desde ahí puedes ponerte en contacto conmigo. No está registrado, por lo tanto tienes que poner tu cuenta y personalizarlo como gustes.

Se me ablanda el corazón. No puedo creer todo lo que está haciendo por mí. En menos de cuarenta y ocho horas me ha salvado la vida y me ha dado una casa.

—Nunca podré agradecerte esto que has hecho por mí. De verdad...

—No te pongas cursilona, Grace —me dice en tono de broma —ve al cajón superior de la cocina y allí hay algunos folletos de comida a domicilio. Come algo, date una ducha y descansa.

Sin dejarme responder acaba la llamada. Pongo los ojos en blanco. Siempre tan correcto y estricto. Desde que vivo en su casa ha sido así de frío y escueto. Tanto su mujer como conmigo.

Dejo el móvil sobre la mesa, pero vuelvo a cogerlo. Tengo que llamar a Jake para avisarle de que no podré ir más a trabajar ni nada. Tecleo indecisa los números. Intenté memorizar todos los números de mi agenda por si acaso las emergencias, pero muchas veces me equivoco. Le doy al último número y me pego el móvil en la oreja, rezando por no haberme equivocado. Suenan los tonos en intervalos de varios segundos, y después de lo que parece ser una agonía alguien descuelga.

—¿Diga?

¡Es la voz de Jake!

—¡Jake! Soy Grace Johnson del trabajo. ¿Sabes quién soy?

Puedo notar como se queda en completo silencio. Ni siquiera puedo escuchar su respiración. —
¿Jake?

—¡Joder Grace! Nos tenías a todos muy preocupados. ¿Dónde te habías metido? Denuncié una desaparición pero no lo vieron como tal y cerraron el caso. Lo siento tanto... Pero me alegro de que estés bien, y viva.

Ambos nos reímos.

—Escucha. Sé que es raro, pero necesito que retires la denuncia. Conseguí irme de Seattle. —
¿Cómo que te has ido? ¿A dónde?

Lo corto antes de que siga lanzando miles de preguntas al aire.

—Jake, cálmate. Estoy en Los Angeles. Mi padre me ha dado el apartamento donde me voy a quedar. Necesito que retires la denuncia para que no se sigan preocupando y le digas a todos en la empresa que lo siento, pero no podía seguir allí por temas de seguridad.

—Está bien. Se lo diré, pero tienes que contactarme al menos a mí por qué te has ido.

—¿Te acuerdas de Andrew Carter? Me secuestró. Tiene una rara obsesión conmigo y hoy he conseguido escapar. Por favor. No se lo digas a nadie. Me ha costado mucho irme para empezar mi vida.

Coge una respiración tan fuerte que parte del oxígeno de mi apartamento desaparece.

—¡Pedazo de hijo de puta! —grita —¡con razón hoy vino como un loco preguntando por ti! —
¿Preguntó por mi? — inquiero con voz temblorosa.

—Sí. Vino diciendo que dónde estabas, qué si te habíamos visto. Obviamente le dijimos que no, pero no me esperé que era porque te hubieras escapado.

No quiero creer que está preocupado por mi. Seguro que es una tonta excusa para encerrarme de nuevo e insultarme.

—No le digas nada. Ni a él ni a nadie.

—Descuida, cielo — su tono de voz baja considerablemente, pero aun el tono de cabreo al decir cada palabra se le nota— ¿y tienes trabajo?

—Pues voy a salir a buscar mañana. No tengo mal curriculum así que no creo que sea tan difícil.

—Ve al Angel Publishing. Llamaré para que te metan a trabajar ahí dentro de dos días para que puedas acomodarte.

—No quiero que te metas en líos Jake... —No es ningún lío. Me deben un favor y así será como se los cobraré.

No digo nada. No tengo palabras. Todas las veces que le daba esquinazo por no salir con él, y resulta que es un cielo de chico. Tiene mi edad si mal no recuerdo.

¿Por qué no me vino alguien como él?

Estoy más que segura que con Jake sería mucho más feliz. Seríamos una pareja joven, que haría

cosas normales e iría a la iglesia de vez en cuando. Disfrutaríamos de nuestros trabajos, sin agobiarnos el uno al otro y el tiempo que estemos juntos haríamos algo bonito. Si le hubiera dado una oportunidad nada de esto pasaría. Andrew me habría dejado en paz.

O no. Quizás se haya encargado de eliminarlo del camino para poder tenerme consigo. Mirándolo desde esa perspectiva es mejor haber estado soltera.

—Si te diera la dirección ¿vendrías? Podrías quedarte aquí el fin de semana. No malpienses es que yo...No sé...Me gustaria hablar con alguien que conozco.

—Eh...Claro que si. Por supuesto que puedo ir. Me encantaria.
Sonríó ante la afirmación. Le doy la dirección lentamente para que pueda apuntarla.

—Sé que es mucho trayecto. Créeme acabo de llegar despues de estar todo el día en el coche. — me río— es aterrador.

—No te preocupes por eso. Cuando desapa - reciste...No podía concentrarme. No hacía nada bien, y como veía que los agentes tampoco hacían mucho decidí cogerme las vacaciones que me debían que son casi dos meses. Así que tengo mucho tiempo libre.

—Entonces nos vemos el viernes. Muchas gracias.
—Nos vemos el viernes.

Termino la llamada y me pego el móvil al pecho. Se acabó eso de sentirme nerviosa con cualquiera que hablo y perder oportunidades que me harán feliz. Pienso disfrutar cada segundo a partir de ahora. Sin importar el qué o quien.

Sin soltar el teléfono voy a la cocina, y bus - cando entre los primeros cajones encuentro varios folletos de distintos tipos de comida. Ojeo rápidamente y me decanto por un mexicano. Me acuerdo que en casa de Berth lo comíamos todos los sábados.

Marco el número y me pongo el móvil en la oreja.

Un tono...Dos tonos...Tres tonos...

—Buenas noches. Bienvenidos al mexicup. ¿En qué podemos atenderle? —es la voz de una chica.

—Quería hacer un pedido —me dice que le de la dirección. Se la doy, y la siguiente pregunta que me hace es que qué deseo —quiero un burrito de pollo con salsa barbacoa y una ensalada César.

—De acuerdo. En cuarenta minutos estamos ahí.

Ahora si. Dejo el móvil encima de la encimera y me voy a seguir investigando el apartamento. Necesito ducharme y descargar toda la tensión que tengo.

Camino por el pasillo, decorado con cuatro puertas más. Abro la primera, que está a la derecha y veo una habitación de tamaño estándar. Tiene una cama de matrimonio, un pequeño armario de color blanco, un escritorio del mismo color y un ventanal dejando ver la ciudad.

La puerta de la izquierda, la que pilla más cerca. Es un baño. Un baño bastante grande, el doble

que mi otro baño. Es de color blanco y tiene un espejo enorme. De pared a pared. Mármol blanco, azulejos blancos...

La siguiente puerta me lleva a un despacho. Un par de estanterías, una mesa y un ordenador de mesa frente al ventanal. Nada nuevo, y la última puerta lleva a la habitación principal. Una inmensa habitación, no tanto como la de Andrew pero lo es. Todo aquí es de colores claros y madera, cosa que agradezco, porque me encanta la estética. Se ve un hogar cálido y acogedor.

Esta casa es absolutamente espectacular. Abro el armario de la habitación principal, buscando algo de ropa para dormir. Miro entre las mantas cuidadosamente y justo ahí veo una tanda de ropa de mujer. La esposa de Berth. Hay ropa de dormir y ropa interior. Cojo las cosas necesarias y me voy al baño.

Mañana necesito hacer la compra urgente de todo. Comida y bienes de primera necesidad primeramente y luego ir a comprar algo de ropa. No puedo vivir toda la vida con los mismos pantalones, así que mañana ese será mi día. Comprar ropa y comida.

Me voy quitando prenda a prenda con extremo cuidado. Si vendiera esto, aunque sea de segunda mano ganaría dinero suficiente como para renovar el armario dos veces. Lo doblo y lo dejo sobre la superficie de mármol. Miro mi cuerpo completamente desnudo. Aun tengo algunas marcas de mi último encuentro con Andrew. Marcas de dedos en las caderas, brazos y tres pequeños chupetones en la zona del abdomen. Las toco con las yemas de los dedos, teletransportándome a ese justo momento.

—Eres mía —asiento, embriagada por su toque — dilo. Di que eres mía.

—Soy tuya, Andrew...Soy tuya —me agarro a las sábanas de satén.

No me lo puedo creer. Estoy a más de cinco mil pies de altura y aun así creo que puedo llegar más arriba con sus toques. Su boca maestra succiona, besa y muerde mi piel arbitrariamente. No hay ningún propósito. Solo darme placer. Suelto un grito de sorpresa en cuanto siento un mordisquito muy cerca de mi ombligo.

—Por favor, Andrew. Te lo estoy rogando...Por favor.

—¿Qué me estás rogando pequeña? —sube directamente a mi cuello —dime lo que deseas. Todo lo que pidas se hará realidad.

—Hazme el amor...

Apoyo mis manos sobre la encimera. Mis ojos pican por las lágrimas.

¿Por qué has tenido que decirme eso? ¿Por qué has tenido que decir lo que de verdad soy para ti?

—Me dijiste que estabas enamorado — digo a la nada — me dijiste que me querías y te creí. Tanto que al final he sido yo la que se ha enamorado de tus mentiras.

Me suelto la coleta dejando que mi melena caiga por la gravedad hasta que me roza la cintura. Lo masajeo, intentando obtener la mitad de satisfacción que sentía con él, pero nada. No siento absolutamente nada. Solo un vacío enorme.

—Lo único que te tenía enamorado era esa niña, que dependía por el plato de comida que le dabas —la tristeza ha sido sustituida por la furia —solo estabas encaprichado por tener algo prohibido.

Harta de hablar conmigo misma busco entre los cajones y encuentro unas tijeras. Las cojo, temblorosa. Necesito hacerlo. No puedo seguir adelante con lo único que me recuerda a él. Cojo mi pelo, enrollándolo sobre si mismo, y sin medir exactamente corto a la altura del pecho. Siento las ebras romperse y caer de una en una al frío suelo. Cuando logro terminar de cortarlo puedo ver como lo único que ha perdurado junto a mi a pesar de todo se desvanece.

Me miro al espejo. Veo borroso por las lágrimas. Ya no sé porque lloro realmente. Si es por Andrew, por haberme cortado el pelo o por ser tan débil. Es una mezcla de las tres cosas juntas. Un cóctel molotov. Un arma mortal. Odiar a alguien y a ti misma a la vez.

Guardo las tijeras en su sitio, y acuclillándome recojo todo el pelo y lo tiro a la papelera del baño. —Ahí tienes el pelo que tanto te encanta, capullo.

Sin darle más vueltas me meto bajo la lluvia de agua caliente. Cierro los ojos, e instintivamente apoyo mi frente en el azulejo. Puedo sentir las gotas impactar contra mi espalda y caer rápidamente. Es relajante. Mis contracturas deciden dormirse y prometen desaparecer si no me someto a tanto estrés.

El pelo se me pega la espalda, y moviéndolo a un lado dejo que el agua siga haciendo su función. Relajarme.

En mi ducha no había de esto. También es verdad que nunca lo necesité porque nunca sentí que debería darme una ducha de agua caliente para relajarme.

Tenía una vida más o menos tranquila, que si alguna vez me agobiada, pues hacía un poco de ejercicio y ya, pero ya veo que ahora no basta.

Cuando creo que es suficiente le doy un des - canso al agua y me pongo un poco de champú. Froto con delicadeza para no agravar mis dolores de cabeza. Con los dedos limpio cada centímetro de cabeza que tengo y con el mismo jabón, ayudando con un poco de jabón extra me lleno el cuerpo de espuma. Me aclaro, quedándome un poco más tiempo del necesario bajo el agua, y cuando creo que es suficiente salgo envuelta en dos toallas. Una en mi cuerpo y otra en mi cabeza.

Tendría que hacer una lista de todo lo que voy a comprar, porque al final siempre se me olvida algo.

Me pongo el pijama de color rosa de satén que consta de una blusa y un pantalón, los cuales me quedan un poco grandes, pero no se nota demasiado.

Recojo el cuarto de baño, y metiendo todo junto en la lavadora pongo un lavado corto de apenas treinta minutos para tener algo que ponerme mañana.

—¡Luke! ¿Dónde estás gato rebelde? Voy a ponerte tu comida. Tienes que estar famélico. Vacío la lata de atún en un plato pequeño y lo dejo en el suelo.

—¡Luke!;Ve a comer ya!

El timbre de la puerta suena y mi espina dorsal se tensa como si fuera una pieza oxidada. Me acerco silenciosamente y con cuidado de no respirar demasiado fuerte miro a través de la mirilla. Me pongo de puntillas y logro ver que es el repartidor de comida.

Abro la puerta y le sonrío.

—Perdón por tardar tanto...Le estaba poniendo la comida al gato.

El chico me sonrío y se queda con la mirada perdida. En una fracción de segundo vuelve en si y mira al pedido.

—Aquí le traigo su pedido, señorita —me lo da y con cuidado lo dejo en el mueble del recibidor, intercambiándolo por la tarjeta de crédito.

—Disculpa por ser una de las personas que llaman de noche, pero acabo de mudarme y no tengo nada, literalmente.

Suelto una carcajada, y él con una sonrisa tímida me devuelve la tarjeta.

—No es molestia cuando te tratan con tanta amabilidad. Disfrute de su cena.

Y sin decir nada, se va. Cierro la puerta, cojo la bolsa y me voy al salón a disfrutar de mi comida mexicana. Enciendo la tele, y el canal por defecto son las noticias. Mi atención y mi vista se centran en la comida, mientras desenvuelvo el burrito con cuidado para no manchar nada.

“ El libro lo he terminado hace una semana. Ni si quiera le he dado la corrección que necesita, pero estaba emocionado por contarlo”.

Mis ojos van hacia la tele inmediatamente al oír esa voz tan conocida. Es Andrew. Una grabación de esta mañana.

“ Cuéntanos de que va tu nuevo libro. Los otros nos tienen enamorados a todos”.

El libro enamora por lo sucio y sordido que es.

“ Quise hacer una historia distinta. Esta vez es desde el punto de vista de una chica, la cual consigue hipnotizar a todo aquel que se encuentre”.

Cojo el mando, dispuesta a cambiar de canal. *“Su nombre es Grace”.*

—¡¿Qué?!

“ Es una chica, que desde pequeña, ha estado prometida, debido a las alianzas de los padres. Eso pasaba hace décadas en las altas sociedades, y sigue pasando, aunque se oculte”.

La chica asiente.

“ Escapa del lugar donde le pertenece. De su casa, y de la vida que le espera. Piensa que le irá bien, pero lo que no sabe es que a ella siempre la encontrará. Incluso desde principios del libro ya tiene una idea de donde podría estar”.

¡Dios! ¡No! ¡No!

¿Es verdad?

¿Me está amenazando en una entrevista? ¡Hasta ha utilizado mi nombre! ¡Ni a mil kilómetros puedo deshacerme de él!

“ Da un paso más allá, Andrew. Tus libros anteriores han tratado de temas tabú y que has conseguido hacer que se vean como lo más deseoso del mundo, pero ¿cómo crees que se lo tomaran tus lectores ahora que le das pie a la obsesión y a la posesión”.

Eso. Explicaselo a ella a ver si lo entiende.

“ Esos dos temas siempre han estado presentes en mis libros, querida. Estaban camuflados en otros temas, pero siempre iban implícitos, y respondiendote a tu pregunta. No me importa si mis lectores no les gusta. Empecé a escribir como un hobby, y dio la casualidad de que triunfó. Les estoy agradecidos, pero no son realmente los que me dan de comer. Quien los lee es porque los disfruta, le encanta lo prohibido y le da absolutamente igual que barreras pueda o no pasar”.

Todos se quedan callados, incluso la entrevistadora, menos él. Andrew está de lo más tranquilo.

“ Este libro me interesa que lo lea una persona en particular, y si ha visto esta entrevista es porque está cerca”.

¡Hijo de puta! Sabe que estoy en Estados Unidos.

Cambio el canal de mal humor y me pongo a ver un documental de animales.

Te vas a joder, Andrew Carter. Hay cincuenta estados y todos gigantescos. No me encontrarás tan fácil.

Le doy el primer mordisco al burrito, y siento como que es la primera cosa que he comido en años del hambre que tenía.

¡Qué bueno está! Dios bendito.

Sin haber tragado lo que tengo en la boca doy otro mordisco. Estoy comiendo como una loca, pero está demasiado bueno como para alargarlo más de lo necesario.

Hago zapping, buscando algo interesante en la televisión, pero después de ver a Andrew hablar así, amenazándome abiertamente me ha quitado las ganas de ver la televisión más nunca.

¿Será verdad? ¿Sabrá donde estoy?

Claro que sí. Es un puto controlador. Si no fuera porque me dijeron que tengo un localizador lo seguiría teniendo en mi cuello, sin vía de escape. Lo que me pregunto desde que me he ido es, por qué los chicos me dejaron ir sin oponer resistencia. Me da que pensar. Por un lado pienso que de verdad les daba pena y que se cansaron de seguirle los juegos a Andrew, pero por el otro lado, el cual creo que es el más lógico, es que saben como localizarme sin necesidad de GPS.

No quiero pensar que me encontraran, pero es cuestión de tiempo.

¡No Grace! ¡No va a encontrarte nunca más! Dejo el papel sobre la mesa y me acuesto en el sillón,

sin ganas de seguir comiendo.

Apago la tele, y sin muchas energías me arrastro a meter la ensalada en la nevera y a tirar la basura. Voy apagando las luces según voy avanzando hasta llegar a la habitación, que está todo sumido en la oscuridad. Gracias a las luces del exterior es como logro llegar a la cama sin caerme. Quito los cojines y el edredón, dejando ver la superficie de color blanco.

Me tumbo, dejando caer suavemente mi cabeza en la almohada, creyendo por un segundo que estoy en el cielo.

En pocos segundos me quedo totalmente dormida, entregándome a quien sea necesario para poder dormir ininterrumpidamente hasta el amanecer. Todo lo que veo se va volviendo borroso, hasta tal punto que solo veo manchas, que a su vez se van transformando poco a poco en el rostro de quien más amo y la vez odio.

Andrew...

CAPÍTULO VEINTE

*—¡Cariño se te enfría la cena!
¿Cariño? ¿La cena?*

Miro a mi alrededor y veo un jardín enorme con piscina. Me doy la vuelta, de donde viene la voz. Unos pasos más allá puedo ver a un hombre y tres niños.

¿Quiénes son?

—¡Mami! —uno de los niños corren hacia mi y me abraza de las piernas. Es un niño con el pelo oscuro y ojos negros.

Se me hace muy familiar estos ojos.

Me mira fijamente y vuelvo a teletransportarme a ese agujero negro que me atrapa.

—¡Ven a comer mami! —esta vez me habla otro niño de tez blanca y pelirrojo.

Espera...

Me acerco hasta la mesa del comedor. Está llena de comida. Ensalada, carne, pollo, zumos...

—¿Dónde estabas cariño? Te estábamos buscando. Me siento de un salto en la cama. Mi respiración errática. No puede ser.

¿Era Andrew? ¿Y esos niños? ¿Nuestros?

Esto tiene que ser una broma. No puede ser real, es decir, yo no puedo tener hijos. Me froto los ojos. Joder, vaya sueño. Mi mente ha mezclado las dos cosas por las que tengo más debilidad. Se encarga de castigarme duramente por todo el mal que le estoy haciendo.

Miro por el ventanal desde la cama. Ya está amaneciendo. No son más de las ocho, todavía el sol está muy abajo, pero ya se empieza a ver los primeros rayos solares del día. Me levanto en cuanto me recompongo del susto y me voy al baño a hacer mis necesidades. Me lavo los dientes como puedo, ya que no tengo cepillo y me aseo un poco. Cojo la ropa de la lavadora y la traslado a la secadora, un programa de quince minutos, mientras con un cepillo, que encontré anoche en el mismo cajón de las tijeras, intento arreglar este pelo alborotado y enmarañado.

No debería acostarme con el pelo mojado, luego parezco un espantapájaros.

Empiezo a hacer una lista mental de todo lo que necesito. Para empezar un móvil y ropa. Todo lo que me pueda ser útil. No irme por las ramas y por caprichos, simplemente lo que necesito.

En segundo lugar comida. Algo para poder llegar al mes que viene, cuando tenga mi primer sueldo, y por último todo lo demás que son productos como planchas, secadores de pelo, algo que vea necesario que me guste. Esto me va a ocupar todo el día y mi pobre coche ya casi no tiene gasolina. Así que primero que nada tendré que poner gasolina y ya luego hacer todo lo demás.

Cojo la ropa de la secadora, y sin perder el tiempo me visto y acicalo un poco. Voy a pasar frío durante las primeras horas, luego ya veremos, aunque suelen decir que aquí en Los Angeles suele hacer muy buen tiempo. Mi gato Luke aparece, estirándose como buen gato. Se apoya en el marco de la puerta, y se alarga.

—Eres un compañero de piso muy vago. Creo que eres el único que puede decir que se lo pagan todo —le doy un beso en la cabeza —me tengo que ir. Te voy a dejar la comida y el agua en la cocina, y por favor, si tienes que hacer tus necesidades hazlas en el periódico que te he dejado en la terraza hasta que te traiga tu nueva cajita de arena —le acaricio la cabeza y salgo del baño a toda prisa.

Cojo la tarjeta de crédito y las llaves del apartamento y coche. Salgo, no sin antes cerrar la puerta por dentro y me voy. Me subo al ascensor, abrazándome a mi misma. No me siento segura saliendo a la calle. No después de todo esto, y si le sumamos el hecho de que estoy en una ciudad completamente distinta, en donde no me conoce absolutamente nadie, pues da más miedo aun. Si pudiera me quedaría en casa toda la vida, pero tengo que afrontar la realidad. La gente es mala, pero no por eso debo esconderme en las sombras. Debo luchar con uñas y dientes para no dejar que me hundan.

Llego al recibidor y camino por el hasta salir a la concurrida calle de Los Angeles. Ahora es totalmente distinto a lo que era anoche. Ahora hay un montón de personas en las cafeterías de al otro lado de la carretera, un montón de coches y de civiles apurados por llegar a sus trabajos o dejar a los niños en el colegio.

Voy hacia el paso de peatón más cercano y cruzo rápidamente para no entorpecer. Antes de nada necesito desayunar. No puedo estar todo el día fuera sin reponer fuerzas.

Intento buscar algún sitio libre desde la puerta, pero no hay nada. Ni un misero sitio en la barra. Suelto un bufido.

Que bien ha empezado el día.

Me doy la vuelta, a punto de irme y buscar otro sitio un poco más lejos pero me detengo al escuchar como sisean. Busco al dueño de ese sonido. Miro de un lado a otro hasta que veo a un hombre justo al lado de mí que me hace señas discretas con la mano.

—Puede sentarse conmigo si desea desayunar— me ofrece.

¿Qué persona invita a una desconocida a sentarse con él a desayunar?

—No quiero molestar, pero gracias — me acerco un poco para no dar gritos ante todo el bullicio que hay.

—No es ninguna molestia, y no me gustaría que fuera tres calles más allá para tomarse un café. Siéntese, y si no quiere hablarme no lo haga. Seremos dos completos desconocidos.

Le analizo con la mirada, pero al final me siento justo en frente. Es un hombre adulto. No se ve avejado, pero está claro que ya pasó los veinte hace tiempo. Su bronceado dorado y sus ojos azules hacen una buena combinación con su barba y pelo rubio.

Me acomodo en la silla, manteniendo la espalda recta.

—Me llamo Caín —estira la mano.

Se la acepto por no parecer maleducada. —Como el de la biblia —me da una sonrisa— yo soy Grace.

Terminamos nuestro apretón de manos, pero no baja la mano sino que llama a la camarera con algunos gestos.

—Diga, caballero.

—La señorita se ha incorporado. Si tiene la amabilidad de traerle lo que ella desee.

—Claro que sí —dice con una sonrisa sincera — ¿Qué quieres cielo?

—Pues un café helado y unas tostadas con aguacate—asiente y se va.

Miro al exterior. El sol ya está más alto y todo está iluminado.

—¿No eres de aquí verdad? —pregunta. Le miro a los ojos.

—Soy de Seattle, o era. El caso es que vivía allí.

—Un cambio muy brusco. Desde Seattle donde pocas veces sale el sol a Los Angeles donde pocas veces llueve.

—Tenía ganas de cambiar de aires. Ya sabes eso de empezar de cero y demás —consigo sacarle una pequeña carcajada.

La chica me trae el desayuno y se va, dejándonos solos. Me sigo sintiendo desconfiada al estar aquí sentada, desayunando con un desconocido pero ya que me ha dicho su nombre, y ha sido amable he decidido darle un voto de confianza.

Le doy el primer sorbo a mi café, sintiendo la maravillosa sensación del café frío y de la leche.

“ Grace es una chica pelirroja, su larga melena llega hasta la cintura. De cuerpo pequeño y aparentemente frágil pero con una fuerza de voluntad admirable. De piel blanca, sin una marca y con ojos verdes, tan claros como esmeraldas”.

No puede ser.

Miro la televisión que tengo justo delante de mí. Joder. Están reproduciendo de nuevo la entrevista de Andrew en las noticias.

Caín me mira fijamente, y hace intervalos para mirar la televisión. Miro al suelo, a mi tostada, a

todo menos a Caín, y mucho menos al resto de las personas del restaurante.

—¿Es de ti de quien habla? —niego —si dijo hasta tu nombre.

Le miro de nuevo.

—Es la nueva protagonista de su libro. Es escritor.

—Sé que es escritor y sé que eres tu. Te ha des - crito tal cual, menos por el pelo que se ve que te lo has cortado. Un fallido intento de buscar el anonimato. Como hacia superman cuando no era superman y se ponía unas simples gafas.

Se me escapa una carcajada, pero la corto, intentando sellar mis labios.

¿Acaba de compararme con un personaje de ficción? Lo gracioso ha sido que tiene razón. —Si... Quizás debería teñirmelo.

—Entonces si eres tu —la comisuras de sus labios se curvan hacia arriba, dejando ver sus dientes blancos.

—Si. Soy yo. No se lo digas a nadie.

—Estoy hablando con una famosa —dice con un tono alegre.

—¿Famosa? No. Simplemente soy una amiga que le ha inspirado.

—Bueno amiga famosa. Me encantaría seguir hablando contigo, pero tengo que irme a trabajar. Nos vemos. —en cuanto se levanta la misma camarera que me trajo el desayuno se acerca a él. Este le tiende un billete de veinte. —cóbrese lo de la señorita también.

Me guiña un ojo, y antes de poder oponer resistencia se va, al igual que la camarera. Escondo una sonrisa mientras lo veo meterse en su coche. Se despide con la mano, y en una fracción de segundo arranca y desaparece en la carretera.

Famosa... Andrew es el famoso. No yo.

Sigo desayunando, saboreando mis tostadas y viendo las noticias a gusto, en cuanto se acaba la entrevista de Andrew y empiezan a hablar del tiempo. Como siempre en Seattle llueve y aquí hace más o menos sol. Es invierno, así que no puedo esperar gran cosa.

Espera. ¿Qué día es hoy?

Me fijo en la fecha de la televisión. ¿Veintiocho de diciembre? ¿Ya?

En tres días es nochevieja. Un nuevo año más en donde lo celebro sola. Bueno no. Estará Jake conmigo. No lo había pensado. Quizás quiera estar con su familia.

Dejo el plato vacío, y sin esperar mucho me voy para empezar con mi día. También tendría que ir a ver el trabajo que me ha ofrecido Jake, pero lo haré mañana. No creo que me de tiempo a nada más.

Me subo al coche, y activando el GPS del coche le digo que me lleve al Target más cercano, que maravillosamente está a menos de tres kilometros. Desde ayer odio los trayectos largos en coche.

Llego al gran supermercado, donde desde los aparcamientos puedo ver que está lleno de gente. Aparco, y antes de irme memorizo la letra y número que me ha tocado para no perderme en cuanto termine. Según mucha gente, Target es el mejor lugar para comprar, sobre todo cuando estás de mudanza porque puedes encontrar ropa, comida, decoración. Es todo en uno. Intentaré comprar lo máximo posible aquí y ya luego si necesito algo más específico iré a alguna tienda, como por ejemplo el móvil.

Cojo un carro de la compra y entro en el local. Los guardias se me quedan mirando, saben que desentono aquí. Cuando ven a una chica más blanca que estas paredes en Los Angeles ya dan por supuesto que no eres de por aquí, y en mi caso no están muy equivocados. Si señor. Soy de Seattle y he conducido por dieciseis horas yo sola. Paso por delante de ellos, y paso las barreras de seguridad por las que luego saldré. Me quedo quieta, observando por donde empiezo. Por la izquierda está la comida, por la derecha electrodomesticos, muebles y tecnología, y al fondo ropa para todos.

Creo que para empezar es mejor por la ropa, luego los elementos que me hagan falta, que son las cosas de Luke y ya despues por la comida que las cosas frías pueden ponerse malas si llevo mucho tiempo con ellas aquí.

La cajera va pasando cada artículo por la máquina para poder sumarlo a la cuenta. Pensé que iba a comprar menos, pero al final he acabado comprando como para llenar el carro.

Pasa los tres últimos artículos; el móvil, un vestido sencillo de color blanco y un cardigan canelo. —son mil doscientos dolares —me pasa el datáfono e introduzco el pin en la tarjeta.

La compra se efectúa y con ayuda de la chica lo meto todo en bolsas. Seis bolsas la comida, cinco la ropa y cuatro lo demás. Lo subo todo al carro y con una sonrisa salgo de allí, arrastrándolo, o más bien arrastrándome él a mi. Me juego lo que sea a que pesa más que yo.

Me miran como si estuviera loca por comprar tanto, pero creanme. Es necesario. Letra F...Letra F...¡Letra F! La encontré.

Hago grandes esfuerzos por dar la vuelta y cambiar de dirección, tanto que casi impacto contra el poste. Llego al coche, y con unos cuantos viajes descargo todo en el maletero y parte de los asientos traseros, dejando el coche completito. Dejo el carro donde la otra gente dejan los suyos y me subo en el coche, exhausta. Miro el reloj digital del coche. Doce y media. He terminado super pronto para todo lo que he comprado.

Me quedo pensando un par de segundos pero mi mente empieza a funcionar y recuerdo que tengo tiempo suficiente para ir a la empresa y que me digan cuando empezar. Meto la dirección que me dio Jake en la pantallita de mi mini y espero a que se cargue. En apenas minutos el recorrido más corto se muestra en color azul, y las posibles vías a elegir en rojo.

Pongo el coche en marcha y voy hacia mi destino. Espero que Jake haya hablado con alguien, sino me voy a morir de vergüenza al llegar allí, pidiendo reincorporarme a mi puesto de trabajo y que ni siquiera sepan de mi existencia.

Espero poder empezar mañana para estar ocupada y volver a como era todo antes. Mi trabajo,

Luke y yo. Nada más. Centrarme en leer, el cual es una de mis pasiones, y si se me permite otorgar ideas sobre como mejorar el libro, incluso poder llegar a reunirme con las mentes brillantes que escriben cosas tan buenas. Sé que no tendré tantas comodidades, ya que Lauren y yo eramos amigas, y eso, me gustara o no me dejaba cierta flexibilidad a la hora de querer irme antes, o cogermme algún día libre al azar. Aquí tendré que trabajar duro para ganarme el puesto, y sobre todo para que no crean que soy una enchufada y me echen.

Giro a la izquierda. A la derecha, de nuevo a la izquierda y estoy en mi destino. Que buen sitio me ha dejado Berth para vivir. Estoy cerca de todos lados. Incluso podría ir caminando cuando no me apetezca coger el coche.

Tengo que irme un poco más lejos para poder aparcar, ya que a esta hora, donde todo el mundo está trabajando, es muy difícil conseguir un aparcamiento justo al lado de donde quieres ir.

Al estar segura de donde he aparcado me dirijo a la editorial, donde se suponen que saben de mi. A medida que camino, el cumulo de nervios que mantenía a raya durante toda la mañana se altera y toma posesión y control de mi cuerpo. Me siento como la primera vez que empecé a trabajar. Estuve durante las dos primeras semanas tensa, porque no sabía si hacia las cosas bien o solamente entorpecía más al resto. Hasta que Lauren me cogió a solas en la cafetería y me dio una charla sobre lo increíble, inteligente y capaz que era para hacer lo que me propusiera. Desde ahí me relaje. Me vi como una más del equipo que hacía que miles de sueños se hicieran realidad. Incluso en un montón de ocasiones, donde rechazaban ciertos libros les hablaba con sinceridad a los autores, y les explicaba que a pesar de que no les hayan elegido la obra me transmitió lo que ellos quisieron expresar, junto con un par de consejos para mejorarla.

Tiro de la puerta de cristal para darme paso a mi nuevo trabajo. Rápidamente me envuelve las buenas vibraciones que hay aquí dentro. Es una decoración muy simple, donde las plantas son las protagonistas. El ambiente de trabajo es excelente. Puedo ver como charlan y ríen todos en los pasillos y salas de descanso.

Me acerco al mostrador. Rápidamente un chico joven, de apenas treinta años y con una sonrisa arrebatadora me da los buenos días.

—¿Qué desea señorita? ¿Viene a por información para publicar o ya tiene una cita?

—La verdad es que soy nueva, y un amigo que se llama Jake, y que trabaja en la editorial de Seattle, me ha dicho que hablaría con ustedes para bueno...Recomendarme.

En cuanto termino de pronunciar esas palabras su gesto cambia totalmente.

—¿Grace Johnson? Si. Un tal Jake llamó ayer y lo derivé directamente con el jefe. Me dijo que alguno de estos días vendrías y que cuando lo hicieras te llevara a su despacho —asiento. — soy Massimo. Encantada Grace.

—Un nombre muy bonito —sale del mostrador y con un gesto me dice que lo acompañe.

Cruzamos el largo recibidor hasta la puerta que está justo en frente. Toca dos veces la puerta de cristal translúcida y me hace otra señal para que espere.

—Aquí está Grace Johnson, señor.

—Dile que pase.

Esa voz me resulta familiar, pero no recuerdo de donde.

—Mucha suerte con la entrevista. —hace cruces con los dedos y vuelve a su puesto de trabajo.

Me adentro en su despacho. Lo primero que veo es la gran estantería con libros que tiene. Se ven que son antiguos, incluso me atrevería a decir que alguna que otra primera edición.

Me centro en buscar al chico, miro hacia el otro lado donde hay otra estantería y en ella un hombre de espalda colocando algunos libros.

—Buenas días señor. Soy Grace Jonhson y... — se da la vuelta antes de terminar —¿Caín? No puede ser. ¡Esto tiene que ser una broma!

—Anda si eres la Grace famosa— su tono es informal y amigable. Se va hacia unos asientos —sientate aquí. Empecemos con la entrevista.

—Nunca creí que el hombre para quien voy a hacer la entrevista es quien invitó a una desconocida a desayunar.

Mis palabras le hacen reír.

—Nunca creí que la mujer que quiere trabajar para mi fuera la musa de Andrew Carter —ahora soy yo quien ríe — cuando me puse a leer tu currículum, me sorprendió que no tuvieras foto. Iba a descartarte solo por eso, pensé que era un error que habías cometido, pero después de leerlo me quede...Intrigado.

—No pienso que las fotos sean apropiadas en una entrevista. Al fin y al cabo es solo una foto.

Asiente con una sonrisa contenida. Coge un papel, el cual supongo que es mi currículum y le echa un ojo por encima.

—Solo quiero hacerte una pregunta. Si la respondes bien el trabajo para ser mi secretaria es tuyo —asiento, dispuesta a ganar —¿Por qué estudiaste una carrera como esta y por qué quieres trabajar aquí?

¿Ya está? ¿Solo eso?

—Pues...Estudié lenguas modernas porque me gustan los idiomas, y porque cada lengua tiene libros maravillosos, lo que me lleva a la otra pregunta. Quiero trabajar aquí porque me gusta leer.

—¿Por qué te gusta leer? ¿Solo eso?

—Yo lo veo más que suficiente. ¿Por qué traen aquí todos tus empleados? Hagan lo que hagan tienen que leer, sentir una afición y conexión con la lectura para maquetar, editar, diseñar...Supongo que por lo mismo que tu eres el jefe. Apuesto lo que sea a que fundaste esta editorial por algo.

Se reclina sobre el asiento. Apoya el codo en el reposabrazos y con el dedo se acaricia la barba. Sus ojos verdes sueltan llamaradas. No sé si lo he cabreado o le he dejado sin palabras.

—Te contrato. Veamos si eres capaz de aguantar.

—Muchas gracias Caín. De verdad necesitaba el trabajo.

Me da una sonrisa y se levanta. Se estira sobre la mesa y coge unos papeles. Puedo ver como los músculos de sus brazos se tensan al estirar y contraer.

—Aquí tienes el contrato. Puedes leerlo pero solo habla de seguridad social, vacaciones, sueldos, horario, y miles de leyes judiciales sobre la protección de datos, confidencialidad y demás rollos burocráticos. Te dejo leerlo tranquila. Cuando lo firmes lo entregas al chico que te trajo aquí y empiezas mañana a las nueve y media.

Sale del despacho y me dispongo a leer y a ir rellenando con lo que me va pidiendo. Es exactamente igual al contrato que firmé la primera vez. Unas leyes que protegen al contratado, al contratante y a los autores. Paso algunas hojas y llego al final, donde tengo que dar algunas firmas y el número de identidad. Lo relleno con lo que es necesario y salgo del despacho. Me acerco al mostrador y le doy el papel al chico. Me da la enhorabuena y se despide.

¡Tengo trabajo!

Doy saltos de alegría internamente. ¿Es esto real? ¿De verdad me está saliendo todo tan bien?

Me muerdo el carrillo, para no destilar tanta felicidad y crean que estoy loca. Me subo al coche y suelto un grito, emocionada.

—¡Gracias Dios!

Arranco el coche, para dar la vuelta y poder volver a casa. Voy a celebrarlo. Es momento de celebrar cada pequeña cosa que consiga. Por ser tan fuerte y especial. Compré una botella de vino, para fin de año, pero voy abrirla ya. Voy a felicitar-me por haber conseguido tantas cosas en dos días.

Me paso el día ordenando, organizando, colocando ropa y poniéndole orden a mi vida. Me distraigo tanto que cuando me doy cuenta son las siete y media de la tarde.

Me dejo caer en la cama, agotada. Cojo el móvil ya configurado y miro entre mis contactos. Conseguí hablar con el dependiente y conseguir el mismo número de antes para no perder contactos ni fotos. Las pocas fotos que tengo, ya que la mayoría son de Luke y alguna que otra de mi graduación y demás.

Busco el contacto de Berth y le llamo.

—Grace. Veo que ya has recuperado tu número—. sonrío al escuchar su voz.

—Ya he comprado todo. Me he instalado y he conseguido trabajo en la editorial de Angel Publishing. Jake me ayudó con la entrevista y ahora soy secretaria del jefe ¿Sabes que significa?

—digo con alegría —que leeré miles de libros, iré a ferias y conoceré a los propios autores.

—¿Eres feliz allí? —pregunta de la nada.

—Pues sería mucho más feliz si estuvieras aquí, conmigo, pero quitando eso las cosas van bien.

—¿Quieres que vayamos para fin de año? — su pregunta hace que me quede sin respiración — no te quitaremos la habitación principal. Lo prometemos.

Nos reímos.

—Me parece bien. Si quiero que paséis fin de año conmigo. También vendrá un amigo. —¿Un amigo eh? ¿Tengo que sacar las armas de padre protector?

Ruego los ojos.

—¡No! Es solo un amigo. Es Jake, y se lo pedí yo.

—Si estás cómoda, estaremos más que felices de cenar con vosotros.

—¡Haré una cena espectacular! Lo prometo.

Buenas noches a los dos, tengo que ir a preparar la cena de Luke y mía, además de preparar las cosas para el trabajo.

—Buenas noches, cielo. No te olvides de pedirle ayuda a tu ángel para que te proteja. Acaba la llamada y me quedo pensando en lo que he dicho.

¿Mi ángel?

Me acuerdo de que muchas veces me lo contaba de adolescente.

—¿Qué es eso de un ángel Berth?

Le pregunto. Ambos estamos en el sofá, cenando. Su mujer, Katherine está de viaje en un congreso de psicólogos. Berth tendría que estar allí pero no ha querido dejarme sola.

—Cada uno tenemos un ángel que nos protege, Grace. Cada ser de este mundo tiene un ángel a su lado, para apoyarse en tiempos de necesidad, hablar y pedir ayuda.

—Yo no creo en eso, Berth. Si fuera verdad el ángel no me habría dejado en la calle por más de dos semanas. Me da una cálida sonrisa. Deja el plato sobre la mesa y hace lo mismo con el mío. Se acerca a mí y me abraza.

—Estoy segura que Miguel te estaba protegiendo desde ese entonces —le miro, confusa —el Arcángel Miguel. El segundo ser más poderoso del cielo, después de Dios. Es el encargado de proteger el mundo de los actos de su hermano Lucifer. El único que puede pararlo, y estoy más que segura que Miguel te puso en esa situación para hacerte igual de fuerte que él.

Sonríó, complacida por sus palabras. Puede ser que sea verdad...

No sé si me has abandonado, Miguel, pero me gustaría recuperarte. Me gustaría poder volver apoyarme en ti como lo hacía antes. Berth tenía razón. Tu me has hecho más fuerte.

Déjame contarte una cosa. He conocido a Lucifer, en carne y hueso. Es un ser hermoso, muy hermoso, pero tiene el poder de destruirme a mí y todo lo que toca. De reconstruirlo y volver a destruirlo una y otra vez. Es peligroso. Por eso me he alejado de él. Por eso he decidido poner distancia entre la persona que amo y yo, para que no me acabe destruyendo en piezas tan pequeñas

que la única opción que tenga sea quedarme con él.

Me voy a la cocina, y comienzo a preparar algo rápido para cenar. Unos sandwiches de jamón y queso junto con una copa de vino. Me río conmigo misma al imaginarme un chef de un restaurante de cinco estrellas viendome cenar esto.

Le sirvo la comida a Luke, el cual viene corriendo al salón, y antes de sentarme a comer meto su cajita dentro de casa y cierro la puerta. Nunca me dejaron tener gato en mi infancia, creían que era demasiado irresponsable como para tener un ser vivo, si ni tan siquiera podía cuidar de mi misma. Eso claramente lo pensaban mis padres biológicos. Como una “vergüenza” de ser humano puede cuidar a otra vida que no tiene culpa.

Cuando se lo conté a Berth justo al día siguiente me trajo un cachorrito, acabado de nacer y me dijo que ahora era responsabilidad mía darle amor y cuidarle.

Eso hice. Le amamanté, le ayudé con los primeros pasos, le di los primeros baños, y ahora tengo un gato enorme llamado Luke. El nombre se lo di en honor a mi hermano, uno de mis mejores amigos hasta que se enteró de que quería ser una chica. Lucas.

Me gustaría saber como está. ¿Tendrá esposa? ¿Hijos? ¿Un buen trabajo?

Espero que si. No le deseo el mal, ni a él ni a mis padres. Espero que sigan trabajando para tener su merecida jubilación y que mi hermano sea un hombre serio y aplicado, pero no se puede pedir demasiado, teniendo en cuenta como era en la adolescencia. La gente cambia, o al menos eso dicen.

Prendo la televisión y busco algo decente. Una película de dibujos animados sale por casualidad, pero decido dejarla. Prefiero ver esto a las noticias y que me salga de nuevo la entrevista de Andrew. Cojo la copa de vino y la levanto al aire.

—Enhorabuena, Grace. Por haber dado un paso más allá a la independencia y conseguir todo lo que querías en la vida, sobre todo la paz que tanto te mereces. Salud.

La elevo un poco, moviendo el contenido del interior. Me lo llevo a la boca, pero antes de poder dar ni siquiera un sorbo me empieza a sonar el teléfono. Dejo la copa en la mesita de café y veo el número. No lo tengo agregado.

No debería cogerlo, pero ¿y si es del trabajo? ¿O del hospital? Descuelgo y lo llevo a mi oreja.

— ¿Diga? ¿Quién es?

No se escucha nada. Simplemente nada. —¿Hay alguien ahí?

—Dios santo, Grace. Estás bien —me tenso de pies a cabeza. Una corriente eléctrica va por mi espina dorsal.

—¿Andrew? —mi voz suena temblorosa —¿por qué me has llamado?

—Llevo buscándote dos días sin parar Grace. ¿Dónde coño estás?

Me quedo callada por unos segundos, asimilando lo que está pasando. Me siento aterrizada, pero no por su llamada, sino porque me alivia oír su voz.

—Me fui Andrew. No quiero verte más. Me has hecho daño.

—Escucha. Lo sé. Lo siento, pero si me dices donde estás podemos arreglarlo.

—¿Arreglarlo? ¿Te refieres a meter mierdas en mi organismo y llevarme a Ucrania? ¿O arreglarlo después de que me dijeras todas esas cosas horribles?

—Escucha por favor...

—¿Estás alargando la conversación para rastrear el móvil?

Bufa.

—No, Grace. No estoy rastreándote el móvil. Solo quiero hablar y arreglarlo. Sé que lo hice mal, pero por favor...

—No quiero escucharte más.

Cuelgo sin dejar que termine de hablar. Tengo el corazón en la boca. Le he cortado. He dejado plantado a Andrew Carter. Bloqueo ese número, para que no pueda llamarme más y vuelvo a coger la copa de vino con una sonrisa.

—Por todo lo que he dicho antes, y por poner a Andrew Carter en su sitio. Salud — y terminando esto le doy un sorbo, saboreando la sensación amarga y fuerte del vino.

Salud por la nueva Grace. Por la nueva yo.
capítulo veintiuno

Corro por las calles de Los Angeles para poder llegar a tiempo. ¡Mierda! El primer día y voy a llegar tarde. ¿Por qué decidí dejar el coche en casa y venir caminando? No está cerca.

Nota mental: no volver a querer venir caminando.

Entro justo a tiempo a la empresa. Solo me he retrasado por un minuto. Me apoyo en el mostrador, intentando recuperar la compostura.

Massimo me mira divertido.

—¿Qué te ha pasado? Parece que has venido corriendo.

Cojo una bocanada de aire y vuelvo a enderezarme, recuperando las formas.

—He venido corriendo. Pensé que estaba más cerca de mi casa, pero ya veo que no.

Suelta una pequeña risa, intentando contenerse pero no lo consigue. Estalla a carcajadas y yo con él. Antes de que nos sigan mirando me voy a mi puesto de trabajo, el cual es una mesa justo antes de entrar al despacho de Caín.

Dejo el bolso en el suelo, sacando mi cuaderno de notas, móvil, agenda y bolígrafos. Lo coloco todo en la mesa, de forma casi perfecta.

Me encanta colocar los útiles de la mesa. Es una forma muy simple de ordenar tu mente de forma correcta. Cada blígrafo bien colocado es un problema solucionado.

Cito mentalmente la frase de Berth.

Le echo un vistazo al escritorio y encuentro una pila de folios la cual ayer no estaba. Miro el papelito amarillo que hay encima.

“ Buenos días, Grace. Me he ido a una reunión que durará hasta las cinco. Aquí te dejo el libro seleccionado. Léelo atentamente y marca todos aquellos errores importantes y cosas a mejorar. Buen día”.

Dejo el papel a un lado de la mesa, sonriendo como una estúpida. ¿Por qué sonrío así?

Sacudo las ideas locas que vienen en mi mente, las cuales no quiero ni pensar. Me centro en mi trabajo. Cojo la gran pila de folios.

—Pero esto...— hablo sola—están separados. Son varios. Pensé que era uno solo. Leo los títulos que aparecen en el centro de la página en blanco. ¡Esto es una saga entera!

Separo los cinco bloques. ¡Dios santo que maravilla! Estoy más que segura que cada uno de los manuscritos tiene más de cuatrocientas páginas. Los coloco en orden y me quedo con el primero, el que más páginas tiene. Quito los elásticos que lo mantiene todo junto y los dejo justo al lado de los bolígrafos. Paso la primera página y veo la caligrafía tan características de los libros. El tacto rugoso del papel es genial, y muy agradable a la vista que la autora se molestara en colocar márgenes y sangrías. De primeras impresiones, y tan solo ver la primera hoja creo que es perfecto.

Me acomodo en el asiento, no sin antes sacar mi botella de agua para hidratarme cada cierto tiempo, porque como defecto debo decir que cuando algo me gusta mucho me olvido totalmente del resto del mundo. No bebo agua, no como, no salgo...Es por eso que debo tenerlo a la vista, al igual que la fiambarrera con mi almuerzo.

Afilo el lápiz y con él en mano me dedico a leer esta saga, que quizás me dure una semana o simplemente esta jornada de trabajo.

Espero que me guste, porque no sé quien es la autora. No conozco su nombre, por lo que deduzco que es una persona nueva en el mundo de la literatura. Esto significa que ni si quiera las grandes celebridades de las novelas te entregan más de un libro terminado para publicarlo a la vez.

Me pregunto cuánto tiempo se habrá pegado la chica para escribir esto. Seguramente es la obra de su vida.

Luego la buscaré en Google para ponerle cara a quien me ha dado este bonito regalo.

“ Capítulo Uno...” comienzo a leer internamente. *“La lluvia golpea con fuerza la pequeña ventana. Puedo escuchar el sonido de la lluvia impactar contra el material. Tengo muy mala suerte. Mi madre me avisó. Me dijo que haría mal tiempo. Pensé que estaba exagerando, pero*

ahora estoy aquí. Con una tormenta en medio del atlántico a diez mil pies de altura...”

Oigo pasos. Levanto la mirada y me encuentro a Caín centrado en su móvil caminar hacia su despacho.

—Buenas tardes, Caín. —al saludarle deja el móvil de lado y me mira confuso, como si no se esperara verme aquí.

—¿Qué haces aquí, Grace? Son las seis y media de la tarde.

Miro el local por primera vez desde las diez de la mañana. Está vacío. No hay nadie a excepción de él y yo. Incluso algunas luces de los despachos ya están apagadas.

¿Tanto tiempo a pasado? Pero ¿Por qué no hay nadie si son las seis? Y lo más importante ¿por qué estoy sola?

Le vuelvo a mirar, y sus cejas se elevan, esperando una respuesta por mi parte.

—Pues trabajando...He estado leyendo y... Frunce el ceño y deja su maletín y su móvil sobre mi mesa.

—¿Trabajando? Si terminas a las tres.

No vi la hora de salida en el contrato. Simple - mente me fie con lo que dijo de entrar a las nueve y media. Me muerdo el labio inferior.

—¿Has estado leyendo todo este tiempo?

—Es que está muy interesante, de verdad. Se me debe haber pasado el tiempo. Me metí tanto en el libro que...

—¿Ya te has terminado la saga? —niego — menos mal porque es el trabajo de dos semanas. — Voy por el tercero. He hecho lo que mas dicho con los otros dos.

Me mira atónito. No sé si quiere reirse o darme una palmada en la espalda y mandarme a casa a dormir.

Sonríe, mostrando todos sus dientes.

—Sabía que eras una buena promesa, pero vete a casa. Necesitas hacer otra cosa que no sea trabajar.

El segundo trabajo en el que me lo han dicho, y teniendo en cuenta que solo he tenido dos trabajos creo que tienen razón.

—Es que el libro es buenísimo. Una chica que empieza a trabajar para poder pagarse el doctorado y justamente su vida se mezcla con la de un chico ciego, el cual no cree ser amado, al igual que tampoco quiere que le ayuden. Ella cambia eso en él. Es simplemente perfecto, en serio.

—Me lo leeré en cuanto me lo pases, que a este ritmo será mañana antes de irte a casa —me río —al menos has almorzado ¿verdad? —asiento.

—Me traje la comida de casa —saco la fiambarrera.

—Podrías haber cogido el coche e ir al restaurante que hay a un par de manzanas. Nos hacen descuento.

—No me hagas recordar lo del coche. Ayer me dio la sensación de que me quedaba cerca de casa y esta mañana decidí venir caminando. Una mala idea porque no está cerca —me río— tuve que venir corriendo porque iba a llegar tarde.

Ambos reímos.

—Recoge tus cosas que te llevo a casa.

Me levanto de golpe, sintiendo como si me hubieran forzado a levantarme.

—No hace falta de verdad. No quiero que la gente piense cosas que no son y perjudicarte. —enarca una ceja —¿Qué pasa?

—Ellos van a pensar mal de mí por haberte quedado aquí tres horas más. Van a pensar que exploto a mis empleados —me muerdo el labio inferior— voy a dejar unas cosas y nos vamos ¿sí?

Me deja sola y me dedico a recoger mis pertenencias, metiéndolo todo en el bolso y dejando el escritorio tal y como me lo encontré esta mañana.

Caín sale, cerrando la puerta tras de sí. Me cuelgo el bolso al hombro.

—¿Puedo llevarme el tercero para terminarlo en casa? —pregunto, esperanzada.

—Aunque te guste el libro hay que despejarse del trabajo de vez en cuando. No se puede estar trabajando todo el día. Ya lo terminarás mañana.

Asiento, y siguiéndole vamos hacia su coche. El mismo Mercedes Bens negro que vi en la cafetería. Me subo en el asiento copiloto.

En cuanto está dentro prende la radio y baja las ventanillas. Toco la piel de cuero blanco del asiento. Se calienta.

—¿Dónde vive la señorita?

—Justo en frente de la cafetería donde nos conocimos — me mira con una sonrisa y con un giro maestro vamos en dirección a mi casa.

El sonido de la música me envuelve en un estado de serenidad, al igual que el olor del aromatizador a menta.

—Cuéntame algo de ti, Grace. Creo que aparte de jefe y empleada podemos ser amigos.

—Pues no tengo nada que contar. Antes vivía en Seattle y tengo veinticuatro años. No he hecho nada muy relevante, a no ser que sea todo lo que aparece todo en mi curriculum.

—Pues para no haber hecho nada son bastantes cosas. Yo tengo treinta y cinco, y como cualquier

persona de mi edad tengo dos hijos y una preciosa esposa—sonríó cálidamente. —todavía eres muy joven, pero cuando llegues a los treinta verás que el reloj biológico empieza a pitar.

—Espero que sí. Me gustaría formar mi familia también, algún día.

—Estoy segura que sí. Apuesto lo que sea a que tu pareja y tu lo consideraran pronto —me echo a reír.

Me mira por un segundo antes de volver a fijar su vista en la carretera. Ya casi estamos en mi casa, solo hay que esperar a que el semáforo se ponga en verde para poder avanzar un poco y llegar.

—No tengo pareja. La tenía, creo, si nos po - díamos llamar así, pero las cosas no salieron para nada bien— me mira fijamente, golpeando con el dedo índice el volante —mi pareja era Andrew. El mismo que ha utilizado mi nombre y mi imagen, sin permiso, para la protagonista de su nuevo libro.

—Ya sabía yo —ahora soy yo quien le mira — te cogió de musa porque eres preciosa. Estoy más que seguro que no ha podido olvidarte.

—Ojalá fuera cierto —para a un lado de la carretera— gracias por traerme a casa. Descansa.

Salgo del coche antes de que siga haciendo más preguntas. No quiero seguir hablando de Andrew. He venido aquí para olvidarme de él, pero me lo recuerdan en las noticias, mi amigo, mi jefe...

Abro la puerta del recibidor y me subo al ascensor lo más rápido que puedo. Me apoyo en la pared metálica, intentando por tercera vez en el día volver a centrarme y olvidarme de él. Por eso quería llevarme el manuscrito a casa. Es la única manera que tengo de olvidarme de todas las sensaciones malas y de centrarme en lo que verdaderamente me importa. Mi trabajo.

Giro la llave con cuidado para poder entrar al apartamento. Nada más abrir mi gato se enrolla en mis pies, maullando, pidiendo un poco de cariño después de estar durante todo el día fuera. Lo cojo en brazos y me voy al sillón. Lo acaricio, le doy besos y lo dejo sobre mi pecho mientras me tumbo en el sofá.

Sin darme cuenta las lágrimas vuelven a salir de mis ojos. No quiero necesitarlo. No puedo necesitarlo, pero mi pecho se comprime un poco más cada día que no paso junto a él, y ya ni contar como se siente mi alma al respecto. Es un dolor tan intenso...Es como si me quemara el pecho. Miles de llamas en mis pulmones que me lo calcinan. Puedo sentir como las llamaradas se acercan a mi corazón, haciendo que me doble de rodillas y pida perdón por todo lo que he hecho.

Mi teléfono empieza a sonar escandalosa - mente. Cojo el móvil que está en mi bolso, sin levantarme del sillón y descuelgo sin mirar.

—D-diga —contesto con voz temblorosa. —Hola cariño. ¿Qué tal tu primer día de trabajo? Al escuchar la voz de Katherine me hace sentir un poco mejor.

—Bien, mamá. Hoy ha sido un día muy especial. Acabo de llegar de trabajar.

Intento que mi voz salga relajada, incluso más seria de lo que suelo estar para que no se note. —

¿Qué te pasa? — por lo visto fallo sin remedio. No sé mentir —no nos mientas cariño.

—¿Por qué me está costando tanto olvidarlo? — pregunto al borde del llanto —me ha hecho cosas malas, pero no puedo sacarlo de mi cabeza. ¡No puedo!

—Sé que es duro, cariño. Estás enamorada.

—¿Cómo puedo estar enamorada de él? ¿Por qué la vida me está castigando? ¿Es por querer cambiar la voluntad de Dios al cambiarme de sexo? ¿Es por eso que ahora me castiga con esto?

Sollozo.

—No es por nada de eso. Dios no te odia por querer ser quien eres, al contrario. Te ama más por luchar y ser quien de verdad eres. Eres la persona más valiente e inteligente que he conocido.

—¡Quiero olvidarme de él papá! Es tan difícil. Ahora mismo solo quiero estar a su lado, abrazándolo y que me diga lo mucho que me necesita, pero mi otro yo no quiere acercarse porque le temo. Le tiene miedo a él y a lo que me ha hecho. ¿Cómo puedo estar enamorada de alguien así?

—El amor tiene límites, a pesar de los que digan lo contrario. Tiene límites cuando se daña la integridad física y mental de tu acompañante —las palabras de Katherine me hace relajarme mucho más —es por eso que necesitas respirar y mirarlo todo de la siguiente perspectiva. ¿Lo amas tanto como para poner límites y tener una relación sana o le temes tanto como para no volverle a ver jamás? —toma una respiración profunda —escucha. No lo defiendo, pero él ya ha tenido el poder, sin que nadie lo sepa, de controlarte y saber todo de ti. Ahora eres tu la que decide si seguir con él o no. Solo es tu decisión.

—Muchas gracias a los dos. Estoy deseando que sea viernes para poder veros y cenar. He comprado vino.

—¿Ya bebes? Nunca pensé que lo harías, ya que tienes repugnancia al alcohol.

—No bebo, pero decidí comprarlo para la cena. Es una noche especial y la primera que pasamos juntos desde hace cuatro años.

—Estaremos encantados de tomarnos esa copa de vino —sonrío —hablamos mañana. Te queremos.

—Les quiero.

La llamada se termina y abrazo el teléfono. Esto es más duro de lo que pensé. Antes vivía sola en Seattle, pero estaba a diez minutos de su casa en coche y veinte caminando. Es diferente a estar a dieciséis horas en coche y vete a saber cuantas caminando.

Dejo a Luke en el sillón y me voy a mi cuarto para ponerme el pijama. Mi nuevo pijama de Target que consta de un pullover de los Lakers y un pantalón de chándal gris que se ciñe a la cintura.

Me hago dos trenzas, atadas con un elástico negro bien apretado y me pongo las gafas. He tenido

que comprar unas nuevas porque las otras las dejé en Seattle. Muy inteligente por mi parte.

Voy hacia la cocina y cojo la ensalada que había comprado la noche anterior. Tengo que pensar que quiero hacer para nochevieja. Quizás pollo con patatas. O algo que se suela comer en navidad. De guarnición ensalada y podría hacer algo especial como mariscos o algo por el estilo.

Tengo que ir a comprar. Preferiblemente mañana porque sino las cosas estarán mucho más caras si no lo están ya y porque la gente se lo llevará todo. Champagne para brindar también estaría bien. Dicen que brindar con agua no da buena suerte aunque es como lo he hecho toda la vida.

Voy cambiando de canal mientras me como la ensalada, sin encontrar nada que me guste. Me paso tanto tiempo así que cuando me he dado cuenta me he terminado el bol de ensalada.

Pues nada. A dormir. Tiro el plástico a la papelera de reciclaje y me voy al baño a cepillarme los dientes. Una vez hecho me acuesto a dormir.

Al día siguiente las cosas no son muy distintas. Voy a trabajar, en coche y me dedico a leer el libro y a hacer el informe de la saga. Ciertamente no hay casi nada que corregir. A lo mejor el uso de las mayúscula, alguna errata o los signos de puntuación, pero nada más relevante respecto a ortografía y gramática. Escribo las distintas opciones de tipografía para títulos, portada, corrección de estilo y demás. Procurando dejarlo todo perfecto.

Como fuera, en una pequeña cafetería donde sirven platos principales y segundo plato con postre, y directamente me voy a comprar las cosas para la navidad. Al final me decanto por hacer mi comida preferida. Muslos de pollo a la barbacoa con patatas nuevas, ensalada, y mariscos y animalitos del mar. Sé que esta comida les encanta a mi padre, espero que también le guste a Jake.

Y en cuanto menos me lo espero ya es por la noche y es hora de irse a dormir. Curiosamente y por primera vez en seis días no lloro. Me duermo tranquilamente leyendo un libro digital mientras miro a Los Angeles en su cúspide máxima. La noche.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Termino de recoger mi mesa de trabajo. La limpio un poco por encima con una toallita húmeda. Ya es viernes treinta y uno de diciembre. Las tres de la tarde y varias horas antes de que sea la noche. Tengo el tiempo perfecto para cocinar y ponerme algo bonito.

Le toco la puerta del despacho a Caín. Me grita que adelante y la abro, apoyándome en el marco de la puerta.

—Ya me voy. Te lo he enviado todo por correo para cuando volvamos el lunes.

—De acuerdo, Grace. ¿Está todo bien? ¿Vas a ir con tu familia?

—De hecho... Son ellos los que vienen aquí.

Tienen que estar en el avión ahora mismo, o en el coche. No sé como vendrán — le sonrío — ¿y tú cenarás con tu familia?

—Claro. Aparte vendrán mis suegros y mis padres. La familia al completo —nos reímos— ve a

casa y disfruta de la fiesta. Feliz año.

—Feliz año a ti también, Caín. No te vayas a casa tarde. No es día para trabajar.

Me voy de la empresa, felicitándolos a todos antes de irme a casa y ponerme a preparar la cena de esta noche.

Tocan el timbre. Me limpio las manos con el paño de la cocina y abro la puerta. Me encuentro a un sonriente y fresco Jake.

—¡Jake!; ¡Has venido! —le doy un abrazo, el cual me devuelve, envolviéndome en su cálido cuerpo.

—Claro que he venido. Como iba a rechazar un super fin de semana en Los Angeles con la chica más hermosa de Estados Unidos.

Le doy un golpecito en el hombro y pasa, dejando su pequeña mochila en la entrada.

—Estoy cocinando. Espero que te guste el pollo a la barbacoa y el marisco.

Pone gesto serio, borrando esa preciosa sonrisa. Mierda. Ya la he fastidiado. No le gusta, seguro que ahora prefiere quedarse en su casa.

—Me encanta — se empieza a carcajear. Me muerdo el labio inferior —¡Te deberías haber visto la cara!

—¡No tiene gracia! Me había asustado —meto las patatas y el pollo en el horno durante una hora.

—Nunca rechazaría el pollo a la barbacoa —me revuelve el pelo, ahora es cuando parece darse cuenta—te lo has cortado. Me gusta como te queda. Pareces más joven.

—¿Más? Pues habré retrocedido a primaria — ambos nos reímos —ven. Te enseñaré la casa. Coge su mochila y le voy enseñando cada habitación.

—Lo que más me gusta es el balcón por las vistas y la cocina, pero esta habitación no está nada mal —abro la puerta de la habitación principal.

—¿Entonces yo duermo en la de invitados verdad?

—De hecho... Duermes conmigo —se le cambia al gesto a uno más avergonzado e incómodo — no me malinterpretes. Es que mis padres vienen esta noche y ellos dormirán en esa habitación, porque sería raro si duermen separados, o si tienes que dormir con uno de ellos en la habitación —frunzo el ceño— la cama es bastante grande.

—¿Voy a conocer a tus padres? —asiento — joder. Que nervios.

—No estés nervioso. Son personas maravillosas. Te lo prometo. No querrás separarte de ellos.

Dejo la maleta encima de la cama y volvemos a la cocina, donde nos ponemos a hablar y a cocinar. Me ayuda con los mariscos. A limpiarlos y a prepararlos adecuadamente para no hacer un

estropicio.

—No quiero preguntar pero ¿Qué ha pasado con el tema de Andrew?
Me quito el delantal, doblándolo en partes iguales.

—Pues sabe que estoy en Estados Unidos. Me llamó y me pidió perdón por todo lo que había hecho, pero no quise escucharle y le colgué.

—No puedo creerme que hiciera esa entrevista. Levanto ambas cejas.

—Yo tampoco. ¡Te puedes creer que me ha sacado a la luz delante de millones de personas como si fuera un perro perdido por el cual ofrecen recompensas!

—Es un gilipollas.

Suelto una carcajada contenida, confundiéndole. —Sí. Definitivamente es un gilipollas.

El timbre vuelve a sonar. Doy un pequeño salto sin moverme.

—Deben ser mis padres.

Abro la puerta, y como predije Berth y Katherine están con una sonrisa que les llega de una oreja a la otra.

Me abrazan efusivamente y les devuelvo el abrazo. Hace una semana ue no les veo, pero parecieron siglos.

Nos separamos después de algunos segundos y me hago a un lado para que pasen.

—Te has cortado el pelo. Con lo largo y sedoso lo tenías —dice mi madre, acariciándolo. —Tenía ganas de cambiarlo, de empezar algo nuevo.

Mentira. Ha sido por venganza.

Acallo la voz de mi mente con un solo mando y les llevo a la cocina donde está Jake cocinando.

—Papá, mamá. Él es Jake. Un amigo —Berth y él se dan un apretón de manos, y a Katherine le da dos besos en la mejilla.

Me pongo entre medio de estos.

—Nosotros somos Berth y Katherine, pero dime Kat—sonríó ante lo dulce que puede ser mi madre—cariño vamos a dejar esto en la habitación y a asearnos un poco. El trayecto en avión ha sido horrible.

—Yo por eso he venido en coche —dice Jake con toque humorístico, a lo que todos reímos.

—Espero que hayas hecho alguna parada para descansar, porque aquí a la señorita le gusta pegarse los mil quinientos kilometros sin para ni una vez, ni para comer —dice Berth ¿regañándome?

—Solo fue una vez. No podía estar una semana para venir.

Rueda los ojos y se va con Katherine dentro. Me apoyo en la pared.

—Estoy emocionada. Es la primera vez que celebro fin de año con alguien después de cuatro años.

—¿Y eso por qué? —pregunta —vivían en la misma ciudad.

—Bueno. Tengo problemas para relacionarme con la gente. Creo que ya lo sabes. Y mi padre, no solo es mi padre adoptivo, sino que también es mi psicólogo. Una eminencia. Me ayudó a librarme de algunos traumas del pasado y se lo agradezco muchísimo.

—Vaya. Que historia tan peculiar —asiento. —Cuéntame de la tuya.

—Pues no hay mucho que contar. Mi padre me mandó aquí con dieciséis por la situación que había, y sigue habiendo en Venezuela. Desde entonces nos hemos mantenido en contacto, pero no quieren que vuelva por miedo a lo que pueda pasar.

—Que mal...Espero que puedas traértelos.

—Créeme lo he intentado, pero son tan cabezotas como nadie que haya conocido. No quieren dejar a su tierra.

—A mi también me está costando horrores no estar en Seattle. Así que les comprendo.

Aquí se acaba la conversación de nuestros padres. Aparecen los míos por la puerta. Llevan otras blusas, un poco más arregladas.

—Nosotros deberíamos ir a cambiarnos también — Jake asiente, dándome la razón —por favor. Vigila la comida. Ya solo falta lo que está en el horno que tiene que estar por terminar.

Agarro de la mano a mi acompañante y me lo llevo a la habitación. Cojo el vestido blanco de la cama y se lo enseño.

Es un vestido sencillo de manga corta y con una tela de puntos que deja ver pequeños circulitos de piel.

—Es sencillo, quizás demasiado pero me pareció ideal para la situación.

—Es perfecto, y estoy seguro que en ti queda aun más perfecto —me sonrojo —tú quedate aquí. Yo iré a cambiarme al baño.

Asiento, y antes de decir nada se va, cerrando la puerta a su paso. Me quito la ropa que llevo desde esta mañana que se trata de un sueter color crema con unos pantalones de mezclilla sencillos, conjuntados con unas tenis de color crema con bordados de encaje.

Me miro al espejo antes de ponerme el vestido. Aun tengo las marcas del brazo de último problema que tuve con Andrew. No fue tanto como parece ser, pero al ser de piel pálida y sensible las marcas se quedan más tiempo del deseado.

Me coloco el vestido por la cabeza y me hago una cola alta no muy apretada. Me saco algunos pelos sueltos para darle un toque desenfadado y pellizcándome las mejillas para darme un poco de

color estoy totalmente lista.

Me pongo los tacones nuevos de color beige y salgo de la habitación. Ya todos los demás están sentados en la mesa, repartiendo la comida a todos los platos. Me han dejado el sitio presidencial de la mesa. Sonrío y e siento como en todos los demás.

Sirvo el vino en las copas, con cuidado de no derramar nada sobre el mantel.

—Quiero hacer un brindis— levanto la copa — un brindis por habernos unidos de nuevo, por mi familia, y por ti —digo refiriéndome a Jake.

—Chin chin — dice Jake.

Chocamos las copas, haciendo ese mismo sonido y bebiendo un sorbo de este para luego dejarlo sobre la mesa.

Espero a que prueben la comida para que me den su bendición. Estoy acostumbrada a cocinar, pero no es lo mismo hacerlo para mi sola que para tres personas más. Jake es el primero en probarlo, haciendo gemidos de gusto, al igual que mis padres.

—¡Está buenísimo, Grace! No sabíamos que sabías cocinar tan bien.

—Menos mal. No sabía si había quedado bien —tomo el primer bocado yo también. Tienen razón. Está bueno.

Comemos alegremente y se acaba toda la comida. Puedo decir orgullosa que soy una de las pocas personas que cocina para fin de año y se acaba toda la comida. No ha quedado ni una gambá. Ni un trocito de pan, y eso me hace sentirme bien. No me gusta tirar comida.

Recojo los platos. Quieren ayudarme pero no les dejo. Lo llevo todo al lavavajillas y activo la función de lavado intensivo. Maldita maquinita. Tuve que buscar en internet como funcionaba por la cantidad de botones que tenía.

Cojo la tarta de la nevera y con cuidado voy al comedor.

—Aquí está el postre —dejo la tarta y los platos pequeños en la mesa —tarta de nata y dulce de leche.

Corto cuatro pedazos bien grandes y se los voy sirviendo de uno en uno. Cojo la cucharilla y empiezo a comer.

—Vamos a comenzar una tradición. Decir de las cosas que nos arrepentimos y queremos cambiar de este año.

Ay no. No quiero hacer esto.

—Me parece bien —dice Jake —empiezo yo— toma aire— me arrepiento de no llamar tanto a mi madre por una discusión que tuve con ella la última vez que le dije que se viniera aquí, y mi objetivo de este año es ir a Venezuela y verla, aunque no quiera.

Le sonrío, tocándole el brazo.

—Estoy segura de que tu madre hace todo lo que hace porque te ama. Pongo las manos en el fuego.

—Muchas gracias, Kat.

—Ahora yo— dice —me arrepiento de no haber llamado tanto a mi hija por culpa de mi trabajo, muchas veces me absorbe y no me doy cuenta de que la gente de alrededor, y mi objetivo de este año es tomarme un tiempo para mi y para ustedes.

Nadie dice nada al respecto. Katherine siempre ha estado inmersa en su trabajo, y no la culpo porque yo soy igual. Me encierro en el trabajo por no enfrentarme a mi vida de verdad.

—Ahora yo— dice Berth— me arrepiento de haberle dicho a mi hija que saliera de su zona de confort, a pesar de que no quisiera. Por mi culpa a mi hija la secuestraron. Se la llevaron a Ucrania y no pude protegerla de todo lo que se le avecinaba.

—Papá...

—Cariño, por favor. Solo quiero pedirte perdón por no haber estado ahí para protegerte cuando lo necesitabas. Por no ser tan buen padre —toma una respiración profunda —mi objetivo de este año es protegerte y no forzarte a nada que no quieras.

Todos me miran. No quiero hacer esto.

Respiro rápido e irregular. Cierro los ojos y tomo una gran respiración, cogiendo el valor que necesito para poder hacer esto.

Abro los ojos y sonrío.

—Supongo que ya lo mío lo sabéis todo, pero no me arrepiento de que me hayan secuestrado. Me arrepiento de haber sido tan débil. Me dejé manipular, lo hizo hasta que tuve sexo con él. Me enamoró. Me hizo pensar que lo que hizo no estaba tan mal. Que simplemente lo hacía porque quizás tenía una forma rara de relacionarse, como yo. Me hizo desearle y jurarle por Dios que nunca me separaría de él y que siempre sería suya. Se sabía mis debilidades. Mis puntos débiles y donde picar para dar en el centro de la diana, y me enamoré. De eso me arrepiento, de ser tan tonta como de enamorarme para que luego me trajera a Estados Unidos de vuelta y me recordara que solo soy un juguete más al que marcar y luego tirar a la basura. M-me dijo que era su juguete, que eso no cambiaría y nunca cambiará. Es por eso por lo que me arrepiento, que a pesar de todo lo que me dijo le siga amando como si no hubiese un mañana. Lo amo. Lo necesito desde que apareció en esa calle un día de lluvia. Me dio una manta y me acarició el pelo. Cada día hacia lo mismo, pero ahora me doy cuenta de algo. no lo hacía por amor. Lo hacía para marcarme, para que mi subconsciente fuera aceptándole y lo necesitara. Es por eso que me siento tan vacía.

Miro al resto de las personas que están serias o llorando. Les sonrío.

—Aun no sé que hacer. No sé si alejarme o darle una oportunidad, pero lo que tengo claro es que mi objetivo de este próximo año será no dejarme pisotear por él. Ahora la decisión es mía.

Al terminar de decir esto los tres miembros se levantan y me envuelven en un abrazo, dejándome sin ningún hueco para poder respirar.

—Ya todo ha pasado — me dice Jake— ya todo está bien.

—Lo sé. Todo está bien ahora porque lo he entendido. Yo soy la que tiene el poder de decidir, y si veo que no lo respeta, el que yo decida por mí, le mandaré a la mierda y que se vaya a por otra.

Se sientan de nuevo, no sin antes acariciarme el pelo de forma cariñosa.

—Eso sí. Va a necesitar terapia.

Ahora son ellos los que rien.

Disimulo, riéndome con ellos, pero lo decía en serio. Le hace falta terapia.

El resto de la noche nos la pasamos hablando sobre anécdotas de Jake, sobre todo y los tiempos de juventud de mis padres. Es una sensación maravillosa. Esto es una vida normal. Es justo lo que yo necesito. Una vida aburrida y normal, muy acorde conmigo.

A las doce cogemos las copas con champagne y nos ponemos en la terraza.

—Por un año lleno de felicidad, proyectos cumplidos y mucha salud —digo.

—Por un año espléndido —dicen mis padres a la vez.

Miro a Jake que tiene algunas lágrimas en sus ojos. Le doy un abrazo para reconforarle. —Por un año donde la familia permanezca unida.

Bebemos de las copas y nos damos dos besos. Nos abrazamos y reímos en la terraza, escuchando como el resto de las personas de este edificio o de otros disfrutan con la misma intensidad.

Mi teléfono empieza a sonar.

Me disculpo y voy al salón. Descuelgo y me llevo el móvil a la oreja.

—Grace Johnson, dígame.

—Te he encontrado cariño.

Esas cuatro palabras me dejan helada. Miro a mis padres y a Jake que ríen y hablan. Voy al pasillo y me apoyo en la pared. El alcohol se me ha bajado de golpe.

—Andrew. Déjame en paz por favor. No sé como decírtelo y...

—Pronto volveremos a estar juntos. Te demostraré que he cambiado y seremos una pareja feliz. —
Vas de farol. No sabes donde vivo.

—Tienes razón. No sé donde vives exactamente, pero conozco mucha gente en Los Angeles y te encontraré.

Me muerdo el labio inferior para no llorar. No puedo evitarlo. Suelto un sollozo, pero me tapo la boca para evitarlo.

—Andrew por favor. No vengas este fin de semana. Mi familia está aquí. Ven después. Habla-

remos como tu quieres pero concédeme esto.

Parece pensárselo con el silencio abismal que nos rodea, pero acaba respondiendo.

—De acuerdo cariño. No te diré que día voy a ir, pero ten por seguro que no será el fin de semana. Lo demás, será todo una sorpresa —sorbo la nariz. Me pican los ojos por el escozor de las lágrimas. Pego la cabeza a la pared, buscando aire limpio —nos vemos, cariño. Estoy deseando verte.

La línea se cuelga, dejándome el estridente pitido clásico de los teléfonos móviles. Otra vez no, por favor...